U7.51
LMA'501

EARL E. T. SMITH
EX-EMBAJADOR DE LOS ESTADOS UNIDOS EN CUBA

EL CUARTO PISO

RELATO SOBRE LA REVOLUCION COMUNISTA DE CASTRO

La Moderna Poesia, Inc.
Miami, Florida

Cultural Puertorriqueña, Inc.
San Juan, Puerto Rico

Título original: *THE FOURTH FLOOR*
Publicado por Random House, Inc.

Ediciones previas en español: 1963, 1966 y 1968
publicadas por Editorial Diana, S.A., México

Traducción de: Eduardo Escalona

Copyright © Earl E.T. Smith, 1963.
Copyright © Cultural Puertorriqueña, Inc., 1983.

Impreso en República Dominicana
Printed in the Dominican Republic

Impreso por:
EDITORA CORRIPIO, C. por A.,
Calle A, Esq. Central,
Zona Industrial Herrera,
Santo Domingo, República Dominicana

A mi esposa Florence

Haré donación del producto de la venta de esta obra al fondo de ayuda de los exiliados cubanos en los Estados Unidos. La editorial norteamericana Random House determinará la distribución que deba darse a dichos fondos

Contenido

Prólogo 9
Capítulo I
Me nombran embajador 11
Capítulo II
Los primeros días 16
Capítulo III
El incidente de Santiago 23
Capítulo IV
Dificultades con Batista 33
Capítulo V
Fidel Castro y la CIA 35
Capítulo VI
La cuerda floja 41
Capítulo VII
Censura y propaganda 45
Capítulo VIII
La disolución 50
Capítulo IX
Asesinato y confianza 57
Capítulo X
Conferencia de prensa en Washington 62

Capítulo XI
Promesas rotas y decepciones 67
Capítulo XII
Las elecciones y la intervención 77
Capítulo XIII
La base naval de Guantánamo 113
Capítulo XIV
Intervención norteamericana y caída de Batista . . 119
Capítulo XV
Los procedimientos comunistas 143
Capítulo XVI
Las elecciones que fracasaron 155
Capítulo XVII
La ambigüedad del Departamento de Estado . . . 161
Capítulo XVIII
La eliminación de Batista 166
Capítulo XIX
La chusma en el poder 189
Capítulo XX
Castro toma el poder 201
Capítulo XXI
Obligaciones y facultades de un embajador . . . 208
Capítulo XXII
¿Qué significa todo esto? 224

Prólogo

Me decidí a escribir la presente obra porque estoy convencido de que mi experiencia como embajador de los Estados Unidos en Cuba fue insólita en el sentido de que viví la revolución comunista de Castro, y considero que tengo con el pueblo norteamericano la obligación de demostrar que no era forzoso que ocurriera dicha revolución. Gracias a esa experiencia, no solamente he descubierto que el mecanismo de nuestras relaciones con Cuba era defectuoso, sino también que el modus operandi *para determinar nuestra política no es sólo inadecuado, sino peligroso para la defensa de nuestra patria. En el Capítulo XXII de este libro resumo las conclusiones a que he llegado gracias a esa experiencia.*

Cuando empecé a trabajar en este relato de mi experiencia como embajador de los Estados Unidos en Cuba, me inquietaba la responsabilidad: había trabajado en un órgano gubernamental, había sido nombrado por el Presidente Eisenhower y había trabajado a las órdenes del Secretrio de Estado John Foster Dulles, por quienes siento un gran respeto.

Los hombres a quienes tendré que censurar fueron mis colegas, y a algunos de ellos los admiro como funcionarios del gobierno y les profeso simpatía como seres humanos. Es difícil ser tan objetivo que se olvide uno de todos estos factores humanos, y es aún más difícil introducir en la compleja vida de

una nueva administración pública la crítica de un gran departamento del gobierno que, a mi juicio, necesita mejorar sus métodos internos.

¿Adoptaré la actitud de aquél al que le dan la oportunidad de vivir una experiencia interesante y guarda silencio? Muchos la adoptan porque es el camino más fácil. No está en mi naturaleza perjudicar a nadie ni considerar que mis ideas son superiores a las de los demás. ¿Por qué no dedicarme a lo que me interesa, llevar la vida tranquila a que estoy acostumbrado y dejar a los periodistas la tarea de revelar la verdad?

Por otra parte, no puedo olvidar que los Estados Unidos han sido generosos conmigo y con mis antepasados, y que mi primera obligación es para mi patria. Eso es lo que me enseñaron a creer. De lo contrario, nunca habría aceptado un puesto público ni habría prestado el juramento de proteger y defender a este país.

Por lo tanto, sólo he escrito este libro como una nota a la historia y a la ciencia del gobierno. No puedo tener otro propósito.

EARL E. T. SMITH

Nueva York, junio de 1962.

Capítulo I

ME NOMBRAN EMBAJADOR

Presté juramento como embajador de los Estados Unidos en Cuba el 13 de junio de 1957, en una ceremonia a la que asistieron mi esposa; mis dos hijas, esposas de Augustus Paine II y de William Hutton; la esposa de un joven senador de Massachusetts, John F. Kennedy; el Secretario de Estado, John Foster Dulles; Wiley Buchanan, jefe de protocolo, y otros funcionarios del Departamento de Estado.

Cuando no he estado al servicio de mi país, he trabajado activamente como corredor de inversiones y director de una sociedad anónima. He sido miembro de la Bolsa de Nueva York durante más de treinta años.

He participado en la política, tanto en el nivel nacional como en mi Estado natal de Florida. He servido a los Estados Unidos por designación presidencial de Franklin D. Roosevelt como uno de los miembros de la Junta de Producción Bélica, con el sueldo de un dólar al año, y después de Pearl Harbor como miembro de las fuerzas armadas en ultramar durante la Segunda Guerra Mundial. Me nombró el Presidente Eisenhower para acompañar al Vicepresidente Nixon en enero de 1956 como miembro de la delegación norteamericana a la toma de posesión del Presidente brasileño Juscelino Kubitschek en Río de Janeiro. Fui designado embajador del Presidente Eisenhower en tiempos muy difíciles. Fui elegido personalmente por el Presidente Kennedy para servir como embajador en

Suiza. Aunque me honró el hecho de que el Presidente Kennedy creyera que podía ser útil a mi patria, le pedí que retirara mi nombre debido a la controversia que esto suscitó.

El gobierno suizo representaba los intereses de los Estados Unidos en Cuba. Mi oposición a Castro y a su gobierno era bien conocida y se remontaba a la época en que presté mis servicios en La Habana. Había indicios de que los suizos consideraban que mi presencia en Suiza complicaría las responsabilidades que había asumido su gobierno a favor de los Estados Unidos en Cuba. Debido a ello, escribí al Presidente: "A mi juicio, será para bien de los intereses de mi patria en esta cuestión que no se tome en cuenta mi nombre como embajador en Suiza."

Cuba fue una misión diplomática que desde hacía mucho había deseado. Mi interés por Cuba nunca fue superficial; he visitado ese país desde 1928. Conozco al pueblo y al país, y tengo muchos amigos cubanos. He hablado el francés y el alemán desde mi niñez. Estudié el español en la Escuela del Servicio Exterior y seguí tomando lecciones de este idioma en la embajada de La Habana. Había viajado mucho y conocía bien a Cuba, y consideré que podría juzgar los pensamientos y sentimientos del pueblo cubano debido a la estrecha relación que había tenido con la isla durante tantos años. Me daba muy bien cuenta de que la misión sería una especie de desafío personal, pero esto no hizo más que estimular mi interés.

Sabía, aun antes de ir a Cuba, que tendría que tratar con la revolución de Castro. Ignoraba entonces que fuera una revolución comunista, y ni los funcionarios del Departamento de Estado, ni Herbert Matthews, del *New York Times*, con quien recibí instrucciones de obtener una orientación general, me informaron que entre mis obligaciones figuraría la de observar la revolución comunista de Castro.

Hoy sé que quienes se encargan de los asuntos cubanos en el Departamento de Estado habían sido advertidos por muchas fuentes de la infiltración comunista en el Movimiento

26 de Julio[1] y de que algunos simpatizadores comunistas ocupaban puestos importantes en el Movimiento, sobre todo entre las tropas que dirigía Raúl Castro.

Desde la época en que Castro desembarcó en la Provincia de Oriente en diciembre de 1956, el Departamento de Estado recibió informes sobre la probable infiltración y explotación comunista del Movimiento 26 de Julio. El Departamento de Estado tenía conocimiento de las relaciones de Castro con los comunistas de México. Ciertos funcionarios de dicho departamento conocían el papel que había desempeñado Castro en el levantamiento de inspiración comunista de Bogotá, conocido con el nombre de "bogotazo", de 1948. Además de mis informes y de la información que recibía de otras fuentes, el Departamento de Estado contaba también con los informes de su propia Oficina de Investigación e Inteligencia.

Nada de esto se dio a conocer al pueblo norteamericano. Ahora estoy convencido de que ni al Presidente Eisenhower, ni al Secretario de Estado John Foster Dulles, se les dio la información de que disponían los funcionarios del Departamento de Estado y la Agencia Central de Inteligencia (CIA).

Mi orientación oficial comprendió una larga conversación en Nueva York con Herbert Matthews. Dicha orientación me la sugirió William Wieland, director de la Oficina de Asuntos del Caribe y de México, y fue aprobada por Roy R. Rubottom, Subsecretario de Estado para los Asuntos Latinoamericanos.

El señor Matthews me informó que tenía puntos de vista muy bien fundados sobre Cuba y la América Latina en general. Tenía la firme creencia de que sería mejor para los intereses de Cuba y del resto del mundo que Batista abandonara el poder. El señor Matthews tenía una opinión muy desfavorable de Batista. Lo consideraba un dictador derechista, cruel y corrompido.

---

[1] El nombre tiene su origen en el ataque al cuartel "Moncada", en Santiago, el 26 de julio de 1953, que fue dirigido por Fidel y Raúl Castro.

La importancia de la orientación que me dio el señor Matthews estriba en que revelaba el modo de pensar y los objetivos de quienes tenían influencia en el personal subalterno del Departamento de Estado en esa época, pues las opiniones del periodista del *New York Times* sobre Cuba eran objeto de gran publicidad. En febrero de 1957, Herbert Matthews visitó a Fidel Castro en las montañas de la Sierra Maestro. Como resultado de esa visita, escribió tres artículos sobre Castro que aparecieron como columnas principales en la primera página del *New York Times* durante tres días distintos. El periódico publicó también fotografías de Fidel Castro y Herbert Matthews para disipar los rumores de la muerte del primero. En dichos artículos, Matthews elogiaba a Castro, lo pintaba como un Robin Hood político y lo comparaba con Abraham Lincoln.

El 30 de agosto de 1960, al responder al interrogatorio ante un subcomité de la Comisión Judicial del Senado de los Estados Unidos sobre el papel que habían representado los Estados Unidos en la toma del poder de Castro y el comunismo en Cuba, declaré:

> Los órganos del gobierno de los Estados Unidos y la prensa norteamericana representaron un papel muy importante para que Castro llegara al poder.
>
> Tres artículos de primera página del *New York Times,* escritos ya en 1957 por el editorialista Herbert Matthews, sirvieron para inflar a Castro hasta darle una estatura mundial y para que el mundo lo conociera. Hasta ese tiempo, Castro no había sido más que otro bandido en las montañas de la Provincia de Oriente de Cuba, con un puñado de partidarios que habían aterrorizado a los campesinos de toda la región.
>
> Fidel Castro desembarcó en la costa meridional de Oriente en diciembre de 1956, desde México, con una fuerza expedicionaria de ochenta y un hombres. Interceptados por los cañoneros cubanos y los aeroplanos de patrulla, Castro y un puñado de rezagados consiguieron ocultarse en la cordillera de dos mil quinientos metros de la Sierra Maestra.
>
> Después de los artículos de Matthews, que aparecieron tras una entrevista exclusiva por el editorialista del *Times* en el escondite

montañoso de Castro, en los que se le comparaba con Abraham Lincoln, pudo conseguir partidarios y fondos en Cuba y en los Estados Unidos. A partir de entonces, abundaron las armas, el dinero y los soldados de fortuna. Gran parte de la prensa norteamericana empezó a pintar a Castro como un Robin Hood político.

Antes de salir de Washington, concerté una cita con el Secretario de Estado, John Foster Dulles, para ofrecer mis respetos a tan distinguido caballero. Como se preparaba para visitar a Europa, nuestra reunión fue breve. Sin embargo, tuvo tiempo para convencerme del aprecio en que tenía la amistad cubana por los Estados Unidos, tan clara y frecuentemente demostrada por el embajador de Cuba ante las Naciones Unidas, doctor Emilio Núñez Portuondo. Al salir de la oficina del Secretario de Estado, no pude evitar reflexionar sobre sus palabras. Me había causado gran impresión la diferencia de la actitud del secretario hacia el gobierno de Cuba en comparación con las impresiones que había tenido durante mi prolongado periodo de orientación con el personal subalterno, al que muchas veces se da el nombre de "El Cuarto Piso".

Las instrucciones finales que recibí del Departamento de Estado eran de viajar por el país, ver al pueblo y hacer saber a los cubanos que quería conocerlos y conocer sus costumbres.

Llegué a La Habana en el *Grand Haven* el 15 de julio de 1957, desde Palm Beach, Florida, acompañado por mi esposa y mi hijo, el aya de éste y nuestro perro.

Capítulo II

LOS PRIMEROS DÍAS

Entre la salida de La Habana del embajador Arthur Gardner y mi llegada a esa ciudad, pasaron unas tres o cuatro semanas. A nuestra llegada, encontré una atmósfera de inquietud. También me conmovió la esperanza que abrigaba el pueblo de que el nombramiento de un nuevo embajador fuera indicio de una nueva actitud de los Estados Unidos hacia el gobierno cubano.

Algunos de los habitantes de Cuba pensaron que mi nombramiento podía presagiar la intervención directa en los tumultuosos problemas políticos de su país. Sin embargo, mi partida de los Estados Unidos se retrasó deliberadamente para evitar la deducción de que dicho nombramiento había sido un caso de urgencia.

Inmediatamente después de nuestra llegada a Cuba, nos informaron que se habían encontrado tres bombas en los terrenos del Hotel Nacional, donde pasaríamos nuestras primeras seis semanas mientras se preparaba la residencia de la embajada. El consejero ministro Vinton Chapin, que pronto saldría de Cuba para ocupar un nuevo puesto como embajador de los Estados Unidos en Luxemburgo, y otros funcionarios de la embajada tenían la creencia de que las bombas habían sido colocadas por el Movimiento 26 de Julio para recordar a nuestro gobierno que había una oposición activa contra el gobierno de Cuba. No obstante, los revolucionarios enviaron

mensajes a la embajada, por medio de un correo, sosteniendo que las bombas habían sido colocadas por funcionarios del gobierno para impresionar al embajador con la índole terrorista del movimiento revolucionario de Castro. Con ello, me vi inmediatamente complicado en el fiero oleaje de la política cubana.

En la primera reunión con los principales ayudantes de la embajada, expresé francamente que comprendía que en mi puesto no podría ganar ningún embajador, ya que, para ser correcto, el embajador de los Estados Unidos tenía que ser estrictamente imparcial en los asuntos internos del país al que se le envía. Por una parte, el gobierno norteamericano había sido censurado por querer perpetuar la dictadura de Batista. Por la otra, yo era el representante acreditado de los Estados Unidos ante el gobierno cubano de Fulgencio Batista.

Conocía lo bastante a los cubanos para comprender que hay que estar con ellos o contra ellos. El ser estrictamente imparcial significaba que no le agradaría a ninguno de los dos bandos. Estaba dispuesto a aceptar la situación, y dije que mis actos no tendrían más guía que lo que yo considerara mejor para el interés de los Estados Unidos.

Uno de mis primeros actos fue el de dar instrucciones de que no se enviara ningún cable de la embajada sin mi aprobación. Este procedimiento se siguió siempre. Si no estaba yo presente, los cables tenían que ser sometidos a la consideración del subjefe de misión, Vinton Chapin, y, más tarde, al consejero ministro Daniel E. Braddock. Lamenté la partida del consejero ministro Chapin para ocupar su puesto como embajador en Luxemburgo. Fue sustituido como subjefe de misión por el consejero ministro Braddock, funcionario capacitado, leal y escrupuloso del Departamento de Estado.

A las once de la mañana del 24 de julio celebré mi primera conferencia de prensa en la embajada de los Estados Unidos en La Habana. La conferencia duró una hora y quince minutos y estuvieron representados todos los grandes diarios cubanos (solamente en La Habana había diecinueve), así como

los servicios internacionales, revistas y noticiarios de cine. La sala de conferencias del último piso de la embajada estaba apiñada. Sentados junto a mí, frente a la larga mesa, se hallaban el primer secretario John Topping, el consejero ministro Chapin y un intérprete de la embajada que hablaba español. El procedimiento que escogí para reunirme con la prensa fue el de hacer primero una declaración general y luego abrir la conferencia a las preguntas.

Mi declaración inicial fue la siguiente:

Deseo hacerles saber que la señora Smith y yo nos encontramos muy complacidos en Cuba. Los dos estamos estudiando afanosamente el español. Me enorgullece haber sido escogido para esta misión por el Presidente Eisenhower. Admiramos a este país y al pueblo cubano, y nos proponemos ir con frecuencia a otras partes de la isla para conocerlas mejor. Efectivamente, pienso visitar a mediados de la próxima semana, con algunos miembros del personal de esta embajada, a Santiago de Cuba, la Moa Bay, Nicaro y nuestra base naval en la bahía de Guantánamo.

Estoy consagrado a mantener y fortalecer las buenas relaciones entre nuestros dos países. Los cubanos y los norteamericanos han luchado juntos en varias ocasiones en defensa de los ideales democráticos, y las dos naciones, según considero, serán siempre amigas y aliadas en la lucha común contra la subversión comunista. Cuba es tan leal y ha sido tan buena amiga de los Estados Unidos como cualquiera de nuestras naciones hermanas. Con mucho gusto trabajaré por el fortalecimiento de esas magníficas relaciones.

Después de la declaración, se abrió la conferencia a las preguntas. Seguí diciendo que:

La política fundamental de los Estados Unidos hacia Cuba es la de no intervención en los asuntos internos cubanos. Estamos más unidos que otros pueblos del mundo, no sólo geográficamente, sino por afinidad. Estoy cierto de que el pueblo cubano ama la paz y confío en que pueda resolver sus problemas a su manera, pues los problemas cubanos deben ser resueltos por el pueblo cubano, sin intervención exterior [1].

---

1 *Times* de La Habana, 25 de julio de 1957.

Naturalmente, los representantes de la prensa hicieron en seguida numerosas preguntas acerca de cuál de las facciones políticas cubanas sería recibida en la embajada, y socialmente en la residencia del embajador. Reiteré: "Estoy dispuesto a recibir y hablar con cualquiera que se acerque a mí por los conductos normales con el objetivo de explicarme sus puntos de vista, pero no celebraré ninguna reunión clandestina."

Otro miembro de la prensa insistió en el mismo tópico, expresado en lenguaje distinto, pues, con la inquieta y agitada situación política de Cuba, era del mayor interés saber quién sería recibido por el embajador de los Estados Unidos. Querían saber con exactitud qué dirigentes de la oposición serían invitados para conferenciar conmigo en la embajada. Me preguntaron: "¿Quiere usted decir que recibirá y hablará con todos y cada uno de los dirigentes de todos y cada uno de los partidos de la oposición, comprendiendo a los que están empeñados en derrocar al actual gobierno de Cuba por la fuerza?" [2]

Repetí enfáticamente: "No celebraré ninguna reunión clandestina, pero hablaré con todo aquél que se acerque a mí por los conductos normales con el objetivo de explicar sus puntos de vista."

Durante esta conferencia, procuré responder a todas las preguntas con franqueza. Únicamente en la cuestión de cuáles dirigentes de la oposición serían recibidos en la embajada, les pedí que no insistieran, fundándome en que ya había contestado y en que el seguir hablando de ello podría inducir a una mala interpretación. El hecho de que un embajador recientemente nombrado hubiera sido más preciso habría resultado, ciertamente, poco diplomático, y no habría servido de nada en las futuras relaciones con el gobierno ante el cual había sido acreditado, y tampoco habría servido a los partidos de la oposición.

La conferencia pasó a otros problemas. Interrogado sobre si creía que Batista estaba luchando contra el comunismo en

[2] *Times* de La Habana, 25 de julio de 1957.

Cuba de una manera satisfactoria para el Departamento de Estado de los Estados Unidos, repliqué: "A los Estados Unidos le complacen los pasos decisivos que ha dado el gobierno de Cuba para proscribir al Partido Comunista, romper las relaciones diplomáticas con Rusia y establecer un Buró para la Represión de las Actividades Comunistas (BRAC). Tengo la seguridad de que el pueblo cubano es demasiado inteligente para prestar ninguna atención a las mentiras y falsas promesas de los comunistas, o para dejarse engañar por ellas."

Agregué: "Los Estados Unidos y el pueblo norteamericano aprecian, con admiración y respeto, la posición adoptada por el delegado de Cuba ante las Naciones Unidas, doctor Núñez Portuondo, en el discurso histórico que pronunció censurando el papel de Rusia en la supresión de la rebelión húngara del otoño pasado (1956). Consideramos que sus palabras son indicio de lo que siente el pueblo cubano hacia el comunismo."

Los representantes de la prensa hicieron entonces preguntas personales y humorísticas. Un rasgo sobresaliente de la personalidad cubana es el sentido del humor, que no descansa ni siquiera en los momentos más intensos. El embajador de los Estados Unidos en Cuba ocupaba un puesto que sólo era inferior al del Presidente cubano debido a nuestros estrechos lazos comerciales, culturales y sociales. Por lo tanto, el pueblo cubano tenía una curiosidad muy particular sobre los antecedentes, la familia, los pasatiempos y todos los puntos que de una manera casi perturbadora recordaban el interés norteamericano por las estrellas del cine.

La conferencia se dispersó en una vena ágil. Me pareció divertido que me preguntara Ted Scott, columnista del *Havana Post*, quien en los meses venideros resultó ser un amigo leal y valioso: "Señor embajador, como ex campeón de box de la universidad, ¿está usted a favor del derrocamiento del actual campeón del mundo de peso pesado por el retador cubano Nino Valdés, por la fuerza?"

Antes de que un embajador presente sus credenciales al Jefe de Estado de un país ante el cual ha sido acreditado, es

costumbre que la embajada someta el discurso de introducción del embajador al Ministerio de Estado de ese país. Esto se hace con el fin de que el Jefe de Estado tenga tiempo suficiente para preparar una respuesta adecuada.

Mi discurso original de introducción, preparado por la embajada y el Departamento de Estado, declaraba que al pueblo de los Estados Unidos le entristecía profundamente la sangre que se derramaba en Cuba, y que todos los norteamericanos abrigaban la ferviente esperanza de que Cuba encontraría una solución pacífica a sus problemas. Cuando se entregó el discurso al Ministerio de Relaciones, produjo preocupación, ya que esa observación preliminar indicaba que el gobierno de los Estados Unidos no creía que el gobierno de Cuba pudiera dominar la situación política de la isla. Dicha declaración era poco diplomática. Por fortuna, recibí instrucciones de pedir que me devolvieran el documento y de suprimir las palabras desdeñosas. Por lo que ve al público, no hubo perjuicio, pues nadie se enteró. Pero Batista, que ya tenía una copia del discurso, sabía que el Departamento de Estado había indicado con estas palabras que su actitud se volvía más rígida hacia su gobierno.

En la mañana del 23 de julio presenté mis credenciales al Presidente Batista como embajador extraordinario y plenipotenciario de los Estados Unidos en Cuba. La breve y digna ceremonia, basada en tradiciones centenarias, se verificó en el Salón de los Espejos del Palacio Presidencial a las once y media de la mañana. No se permitió que asistieran las damas.

En Cuba, la señora Smith fue la primera esposa de un embajador que observara nunca toda la ceremonia. El Presidente rompió este viejo precedente invitándola a observar la ceremonia desde una pequeña galería que dominaba un enorme salón con un magnífico techo abovedado.

¡No podía yo adivinar entonces que dieciocho meses más tarde estaría visitando en el mismo salón al hombre que Fidel Castro había designado Presidente del Gobierno Provisional, Manuel Urrutia!

Acompañado por una delegación de siete funcionarios militares y civiles de la Embajada de los Estados Unidos, presenté mis credenciales al Presidente Batista. En mi discurso de introducción, le dije al Presidente que tenía la intención de hacer un viaje por Cuba "en cuanto tuviera la oportunidad a fin de conocer al país y al pueblo". Afirmé que había sido "un admirador de Cuba desde hacía mucho tiempo", insistiendo en que sentía "verdadero afecto por el pueblo cubano".

El Presidente Batista respondió que se enteraba con placer de que en una ocasión futura me proponía viajar por la isla a fin de conocer mejor al país y a los cubanos. El Presidente cubano dijo que mis intenciones de viajar por Cuba le recordaban otras visitas semejantes que había hecho cuando vivía en los Estados Unidos. Dijo: "Tengo la impresión más placentera de vuestra patria." Y agregó: "No olvido, y guardo con cariño el recuerdo de que, a pesar de que era yo entonces un exiliado político, pude ganar, gracias a mi conducta, el respeto de mis vecinos en ese país para Cuba y para mí, sin duda porque nunca intenté infringir su modo de vivir, o las leyes del país, la generosa hospitalidad que se me brindaba."

Después del discurso, el Presidente Batista y yo sostuvimos una breve charla, y en ella el Presidente insistió de nuevo en que le complacía mi intención de viajar por Cuba. Ésa fue mi primera reunión con el Presidente Batista. Me produjo la impresión de ser un hombre resuelto, con la fuerza de un toro, del cual emanaba una personalidad vigorosa y agradable. Era un ejemplo extraordinario de hombre viril, de hombre de la tierra y de antecedentes diversos, que había subido, de ser un simple sargento, a la presidencia de su patria.

Al salir del Palacio, los soldados del batallón de artillería se pusieron firmes y presentaron las armas mientras la banda tocaba "Las Barras y las Estrellas". El Presidente Batista se asomó al balcón del Palacio y agitó la mano para despedirse cuando nuestros automóviles emprendieron la marcha.

Capítulo III

EL INCIDENTE DE SANTIAGO

Es costumbre que el embajador que acaba de llegar a un nuevo puesto dé una recepción a los miembros del personal de la embajada. Desgraciadamente, la residencia de la embajada no estaba lista para ser ocupada, por lo que mi esposa y yo dimos la recepción en el Hotel Nacional el 17 de julio, dos días después de nuestra llegada.

En dicha fiesta, en una conversación entre el primer secretario de asuntos políticos John Topping, el consejero ministro Vinton Chapin y yo, se decidió que deberíamos salir a fines del mes en un viaje que comprendería Santiago, en la Provincia de Oriente, nuestra base naval de Guantánamo, la Moa Bay Mining Company, propiedad norteamericana (subsidiaria de la Freeport Sulphur), con una inversión de setenta y cinco millones de dólares aproximadamente, y los yacimientos de níquel del gobierno de los Estados Unidos, con una inversión de más de cien millones de dólares.

En cuanto se anunció el viaje el 25 de julio, seis días antes de nuestra partida, quedó forjado el molde de nuestro viaje. Se anunció con la suficiente anticipación para permitir al gobierno preparar el clima de la visita. Pero también le dio tiempo a la oposición para preparar una manifestación. El viaje se dispuso para ajustarse a mis instrucciones de recorrer la isla. Fue aprobado por el Departamento de Estado y el Presidente Batista.

Aproximadamente a las ocho de la noche de la víspera de nuestra partida, fui informado de que las fuerzas del gobierno habían matado a tiros, en Santiago, a un dirigente del Movimiento 26 de Julio y a un distinguido hombre de negocios, Frank País y Raúl Pujol. Cuando recibí la noticia, asistía yo a una recepción que daba el personal de la embajada en honor de un funcionario del servicio exterior, que se despedía de nosotros. Nos preguntamos si el suceso sería accidental, o si habrían hecho aquello con el objeto de inducirme a suspender mi viaje a la Provincia de Oriente. Pensamos en la posibilidad de aplazar el viaje.

Si se aplazaba, los revolucionarios alegarían que el gobierno los había matado para impedir el viaje. Después de consultar con los miembros del personal de la embajada, se llegó a la decisión de emprender el viaje.

Salimos de La Habana en el aeroplano del agregado de aviación de la embajada la mañana del 31 de julio a las 7:00 a.m., y llegamos a Santiago a las 10:30. En la comitiva figuraban la señora Smith, tres agregados militares, el segundo secretario de asuntos económicos, el primer secretario de asuntos políticos, los funcionarios de negocios públicos y el jefe del servicio de inteligencia. Nos dirigimos al edificio colonial del Palacio Municipal de Santiago, donde me entregaron las llaves de la ciudad.

Nuestra llegada a Santiago, que es la capital de la Provincia de Oriente y la segunda ciudad de Cuba, ocurrió cuando la población se hallaba emocionalmente perturbada, al parecer debido a lo que había acontecido. Una huelga general de comerciantes de Santiago había cerrado a la ciudad. Esa tarde serían los funerales de los dos distinguidos revolucionarios. Millares de personas participarían en el cortejo fúnebre.

Cuando mi esposa y yo entramos en el Palacio Municipal, un hombre se abrió paso hasta donde nos encontrábamos y le puso en la mano tres rollos de película. Le suplicó que los sacara de Santiago. Mi esposa tuvo que negarse.

Mientras recibíamos las llaves de la ciudad de Santiago de Cuba y se pronunciaban los acostumbrados discursos, se podía oir un creciente murmullo de voces en el exterior. Las madres de Santiago hacían una manifestación en la plaza. Un grupo de unas doscientas mujeres —algunas de ellas muy jóvenes y, al parecer, representantes de la clase media superior— hacían una manifestación en el Parque Céspedes, frente al Palacio Municipal. Las mujeres iban vestidas completamente de negro. Muchas eran demasiado jóvenes para haber sido madres de hijos crecidos. Evidentemente, las habían llamado para la ocasión. Las manifestantes cantaban el himno nacional cubano y gritaban: "¡Libertad! ¡Libertad!" Cuando las mujeres quisieron romper los cordones de la policía, provocaron la ira de ésta y de los agentes de la inteligencia militar. Llegaron los carros de los bomberos, y éstos abrieron las mangueras, arrojando chorros de agua sobre las mujeres. Los policías, innecesariamente las obligaron a retroceder golpeándolas con las macanas.

Los miembros de nuestra comitiva se aburrieron de los discursos y se asomaron por las grandes ventanas que daban a la plaza, frente al Palacio Municipal. En cuanto la señora Smith y yo salimos a la calle, la manifestación aumentó. Algunas de las mujeres pudieron romper los cordones y llegar junto a nosotros. Las madres de Santiago se pusieron histéricas y luchaban por llegar a mí. Nos dejó aterrados la innecesaria rudeza y brutalidad de la policía. Algunas mujeres fueron derribadas al suelo, otras fueron metidas en el coche celular de la policía.

Los periodistas me preguntaron cuál había sido mi reacción ante los acontecimientos. Les dije: "Considero desafortunado el hecho de que algunos habitantes de Santiago de Cuba hayan aprovechado mi presencia aquí para hacer una manifestación y protestar contra su propio gobierno." La prensa no quedó satisfecha. ¿Aprobaba yo aquella brutalidad y la actitud de la embajada de los Estados Unidos hacia el gobierno

de Batista sería la misma que con el embajador Gardner? La prensa insinuaba que mi declaración podía ser interpretada en el sentido de que aprobaba el método con el que se había reprimido la manifestación.

En Santiago se presentó una de esas ocasiones en las que un enviado tiene que tomar una decisión inmediata. Les dije a los periodistas que habría una conferencia de prensa después del almuerzo.

Teníamos la creencia de que si no hubiera ocurrido el incidente de Santiago, tarde o temprano habríamos tenido que arrostrar una situación parecida. Todos sabían en la isla que mi antecesor, el embajador Arthur Gardner y la señora Gardner, habían sido amigos personales del Presidente Batista, al grado de jugar canasta varias veces a la semana. La oposición sostenía que el embajador Gardner había sido demasiado benévolo con Batista.

Comprendí que se había presentado un delicado problema diplomático y que había que resolverlo. La cuestión había llegado a un estado decisivo y no era posible eludirla. Tenía instrucciones del Departamento de Estado de hacer que cambiara la opinión prevaleciente en Cuba de que el embajador de los Estados Unidos intervenía a favor del gobierno cubano para perpetuar la dictadura de Batista. Al parecer, el gobierno consideraba que el Departamento de Estado estaba iniciando un "nuevo trato". El gobierno de Cuba quería saber a qué atenerse. En consecuencia, tanto la oposición como el gobierno querían que se definiera la actitud del nuevo embajador. Los dos bandos procuraban usar para su provecho cualquier cosa que yo dijera o hiciera. Los dos bandos recibieron la respuesta en Santiago: que no estaba yo a favor de uno u otro, sino que era imparcial en la lucha política cubana.

Después del almuerzo en el restaurante del Rancho Club de Santiago, en las afueras de la ciudad, en una conferencia informal de prensa hice la siguiente declaración:

Querría hacer la observación preliminar de que considero que el pueblo de Santiago aprovechó mi presencia aquí para hacer una manifestación y protestar contra su propio gobierno.

Como dije en la conferencia de prensa del 25 de julio, al pueblo norteamericano le entristece y le preocupa la inquietud política que ha conducido al derramamiento de sangre en Cuba. He recibido una carta firmada por las madres de Santiago de Cuba, la cual será objeto de mi cuidadosa atención y consideración.

Para mí es odiosa cualquier forma de acción policíaca excesiva. Lamento profundamente que mi presencia en Santiago de Cuba pueda haber sido la causa de manifestaciones públicas que provocaran las represalias de la policía. Confío sinceramente en que los detenidos por la policía como consecuencia de sus manifestaciones hayan sido puestos en libertad.

En respuesta a una pregunta sobre el propósito de mi visita, dije que "no fue únicamente por cortesía, sino para enterarme por mí mismo, y que tenía libertad de mi gobierno a ese respecto".

En respuesta a otra pregunta, agregué que "tenía libertad para observar e informar, pero no para intervenir". Con estas palabras terminó la conferencia de prensa.

Mientras se celebraban esa tarde los funerales de los revolucionarios en Santiago, visité el cementerio para dejar una corona en la tumba del héroe nacional de Cuba, José Martí.

En la ciudad de Santiago, el sepelio de Pais y Pujol se convirtió en una huelga general espontánea. Desde sus escondites en las montañas, las guerrillas de Castro atacaron las avanzadas militares aisladas de Minas y Bueyecito. Tendieron emboscadas a sus soldados, se apoderaron de sus armas y municiones, y prendieron fuego a un gran ingenio de azúcar en Maceo.

Esa noche cenamos tranquilamente en la casa del cónsul de los Estados Unidos, Oscar Guevara, y nos informaron que se había publicado un despacho informando que habían sido puestas en libertad más de treinta mujeres que habían sido detenidas en la mañana, durante la manifestación del Parque Céspedes.

A temprana hora de la mañana siguiente, primero de agosto, salimos hacia la base naval de los Estados Unidos en la bahía de Guantánamo. Después de los honores que se rinden a un embajador, el almirante me presentó a los jefes de departamento y otros dignatarios de la base, quienes formaron filas. Entonces hice un recorrido completo de esa enorme base naval de los Estados Unidos, una de las principales bases navales de este país que se encuentran fuera de los límites continentales de los Estados Unidos. Pasamos la noche en la base y estuvimos encantados con el almirante Ellis, la señora Ellis y los oficiales del Estado Mayor.

Una vez más quedaron suspendidos los derechos civiles en Cuba. El Presidente Fulgencio Batista suspendió el primero de agosto las garantías constitucionales en todo el territorio cubano durante un periodo de cuarenta y cinco días. Con esta suspensión, el gobierno tenía autoridad para catear las casas sin orden judicial, detener a los ciudadanos y privarlos de la libertad sin proceso. Con estos mismos poderes, el gobierno impuso la censura de la prensa y la radio.

Me vi de súbito ante la posibilidad de interrumpir el viaje. La declaración hecha en la conferencia de prensa de Santiago había hecho furor. Las palabras "Para mí es odiosa cualquier forma de acción policiaca excesiva", se tornaron explosivas. Batista las objetó, y algunos de sus amigos iniciaron una campaña para que me llamaran a mi patria. Los periódicos del gobierno me atacaron enconadamente. La prensa de los Estados Unidos reprodujo los ataques publicados en la prensa del gobierno cubano. Resolví no hacer caso de la tempestad, continuar mi viaje como lo había proyectado y dar mi informe completo al Departamento de Estado después de terminar el viaje y cuando hubiera vuelto a La Habana.

El día siguiente, 2 de agosto, salimos para la Moa Bay Mining Company y los dominios del níquel de Nicaro. En estas vastas montañas, cubiertas de pinos, hay grandes yacimientos de hierro. El gobierno de los Estados Unidos y la Freeport Sulphur invirtieron separadamente un total de ciento

setenta y cinco millones de dólares para la producción de níquel en estos dominios.

Mi viaje a Santiago demostró que todo lo que los Estados Unidos y sus embajadores hacían o dejaban de hacer en la América Latina afectaba a la situación política interna de estos países. Es necesario hacer observar e insistir en que cada acto de un diplomático norteamericano y cada palabra pronunciada oficialmente, y a veces extraoficialmente, en un país como Cuba, se consideraba intervención política, y dichas palabras se exageraban mucho más allá de su importancia. Todo esto hacía particularmente difícil la tarea de un embajador. Antes de Castro, los Estados Unidos eran tan importantes en la mente del pueblo cubano que al embajador norteamericano se le consideraba, lo repito, como el segundo personaje más importante de Cuba. Era un símbolo de poderío y, a la vez, de amistad.

La estrecha relación que existe entre nuestros dos países se remonta a muchos años. Los Estados Unidos y Cuba lucharon juntos en la Guerra Hispanoamericana de 1898. En su casa de campo, la finca "Kuquine", el Presidente Batista me enseñó orgullosamente la carta original escrita en 1902, del Presidente Theodore Roosevelt al Presidente Estrada Palma de Cuba. Era una carta de felicitación porque Cuba había ganado su independencia.

Durante muchos años, nuestras relaciones con Cuba se basaron en la Enmienda Platt, que se agregó al Proyecto de Apropiación del Ejército de 2 de marzo de 1901. El 22 de mayo de 1903, la Convención Cubana la agregó como apéndice de la Constitución Cubana. Para evitar que la suprimiera un poder que quisiera reformar la Constitución, la Enmienda Platt se incorporó también en un tratado celebrado entre los Estados Unidos y Cuba el 22 de mayo de 1903. Dicha enmienda, que daba a los Estados Unidos el derecho de intervenir en los asuntos internos de Cuba, estuvo en vigor hasta el 29 de mayo de 1934, cuando terminó por una declaración mutua la abro-

gación. Después de eso, Cuba alcanzó la soberanía plena. Se debilitó nuestra posición legal en Cuba, pero se fortaleció nuestro prestigio y nuestra significación.

Después de mi regreso a La Habana, me satisfizo enterarme de que el Secretario de Estado, John Foster Dulles, en una conferencia de prensa celebrada en Washington, me defendió calurosamente y defendió también la declaración que había hecho en Santiago. Dijo:

Leí la declaración y deseo decir que es una declaración que, quizá desde un punto de vista estrictamente técnico, no sea enteramente correcta. Pero fue una declaración humana. Me alegro de que tengamos algunas; más aún, espero que muchos embajadores que no son meras máquinas automáticas, sino que tienen sentimientos de humanidad, los expresen a veces sin consideración, tal vez, a las minucias diplomáticas. Su declaración fue muy equilibrada y la hizo al considerar que lo habían complicado en un predicamento y había sido causa de él. Por una parte, lamentó que su visita hubiera sido aprovechada para hacer manifestaciones, y lamentó, por la otra, que para someter a los manifestantes se hubiera recurrido a lo que, en su opinión, eran brutalidades de la policía. Y una persona de carne y hueso, y de corazón, creo que, en las circunstancias del caso, habría hecho una declaración de la misma naturaleza. Estoy seguro de que aun cuando tal vez no fuera, en ciertos respectos técnicos, enteramente correcta, la entenderán las autoridades cubanas porque fue una cosa muy humana y, como digo, queremos que nuestros embajadores sean seres humanos.

En el *New York Times* del 3 de agosto de 1957 apareció el siguiente editorial:

Nos complació oir que el Secretario de Estado Dulles defendió el martes a nuestro embajador en Cuba, Earl E. T. Smith. Por otra parte, a las declaraciones del secretario no les faltó importancia tanto como expresión del procedimiento diplomático como de una actitud implícita hacia la dictadura militar del Presidente Batista.

Con la introducción de las comunicaciones por teléfono, teletipo, cable y radio, la diplomacia ha perdido mucho de su sabor personal. Un embajador puede tener el título de "plenipotenciario", pero rara

vez sucede que tenga que usar sus facultades en el punto y lugar donde se encuentre.

Sin embargo, hay ocasiones en que un enviado tiene que usar su juicio rápidamente. El señor Smith se encontró en tal situación en Santiago de Cuba el 31 de julio. Su visita inspiró una manifestación pacífica contra Batista, realizada por doscientas mujeres de la ciudad. El señor Smith vio que la policía trataba a las mujeres brutalmente y se enteró de que habían detenido a treinta. Como es natural, se sintió responsable y consideró que era un atropello, y, como "persona de carne y hueso, y de corazón" (para repetir las palabras del señor Dulles), protestó contra la "acción policiaca excesiva" y expresó la esperanza de que las mujeres detenidas serían puestas en libertad, como sucedió.

Esto —para repetir nuevamente las palabras del señor Dulles— "quizá no sea enteramente correcto" desde el punto de vista diplomático tradicional, pero fue "una declaración humana". Y también fue valiente. Las relaciones entre Cuba y los Estados Unidos habían empeorado seriamente desde antes de que llegara el señor Smith. Hizo más por restablecer las buenas relaciones de un golpe que lo que pudiera haber hecho la diplomacia más hábilmente tradicional en muchos meses.

¿Significa esto que ha cambiado la actitud del Departamento de Estado hacia el régimen dictatorial del Presidente Batista? Es evidente que los cubanos no lo creen así. El cambio de embajadores y la actitud del señor Smith se toman como indicaciones. Lo mismo sucederá con el apoyo que ha dado el señor Dulles al embajador Smith y su negativa a expresar una opinión acerca de la situación política de Cuba cuando se le pidió que lo hiciera el miércoles.

Descendió una cortina de tinieblas sobre Cuba con la imposición de la censura completa del primero de agosto. Es muy significativo el hecho de que la última noticia que saliera de Cuba sin haber sido censurada se refiriera a la defensa que hizo el embajador Smith de la decencia y la democracia. Muy bien puede haber existido cierta relación entre lo que sucedió en Santiago de Cuba y la suspensión al día siguiente de las garantías constitucionales. La puerta se cerró demasiado tarde.

Éstas fueron las últimas palabras lisonjeras que recibiría yo del *New York Times* y de su especialista en problemas latinoamericanos, Herbert Matthews. Cuanto más claramente vi a Fidel Castro en sus verdaderos colores, más se alejó de mí Herbert Matthews.

El primero de septiembre de 1957 asistí a las carreras de caballos en el Parque Oriental, de La Habana, porque le dieron mi nombre a una carrera. Centenares de cubanos se pusieron en pie y lanzaron vítores cuando entré. Según los periódicos cubanos, fue una de las mayores ovaciones que se hayan dado nunca a un individuo en los cuarenta y dos años de historia de las carreras.

La ovación no fue un tributo personal, ni fue un reconocimiento de virtud alguna como individuo, sino un vehemente tributo al respeto norteamericano por la humanidad, tan claramente expresado en Santiago.

Capítulo IV

DIFICULTADES CON BATISTA

Debido al furor creado por el incidente de Santiago, existió durante varias semanas una relación diplomáticamente incómoda, y comprendí que me correspondía a mí restablecer las relaciones diplomáticas normales con Batista. Fui a ver al Ministro de Estado Gonzalo Güell y le pedí una entrevista con el Presidente de la República.

El Ministro de Estado arregló la entrevista, y dos días después vi al Presidente de la República en el Palacio. Hablamos libre y francamente durante más de dos horas. Durante toda mi misión, ésta fue la única visita oficial que hice a Batista en el Palacio Presidencial. Todas las demás conferencias oficiales se celebraron en las noches, en su casa de campo, la finca "Kuquine", en las afueras de La Habana.

En esta reunión, le expliqué a Batista las circunstancias y razones de mi declaración de Santiago, a la cual se había opuesto su gobierno. Al principio protestó diciendo que yo era el embajador de los Estados Unidos acreditado ante su gobierno; por lo tanto, a él le debía mi "constancia" mientras estuviera en Cuba. Le contesté diplomáticamente que la embajada había sido acusada de tener relaciones muy estrechas con él. La oposición nos acusaba de perpetuar su régimen y mis instrucciones eran las de conseguir que los cubanos pensaran en la Embajada de los Estados Unidos sobre una base imparcial en los difíciles momentos políticos por los que estaba pasando

Cuba. Le hice observar al Presidente la presión que se ejercía sobre el Departamento de Estado debido a las relaciones tan amistosas de la embajada con él. Cuando le pregunté a Batista si sus acciones, o reacciones, habrían sido diferentes en mis circunstancias, en Santiago, acabó por decir que estaba de acuerdo conmigo y entendía mi situación.

Había cumplido mi primera misión de demostrar la posición imparcial de la embajada en los problemas políticos de Cuba. Nuestro intercambio de puntos de vista sirvió también para restablecer las relaciones diplomáticas satisfactorias entre los dos países.

Empecé a ampliar mis relaciones personales y a concentrar mi atención en la segunda misión: persuadir a Batista de que debería restablecer las garantías constitucionales y levantar la censura de la prensa.

Capítulo V

FIDEL CASTRO Y LA CIA

Hice un estudio intensivo sobre los antecedentes de Fidel Castro. Pasé días enteros hablando con personas que lo habían conocido desde la niñez. La opinión unánime fue de que Fidel era un terrorista inestable. Procuré, durante esta indagación y estudio exhaustivo, escuchar a cubanos sensatos e inteligentes que fueran opositores de Batista. Eran distinguidos profesionales, intelectuales y miembros del clero. Por mucho que se opusieran a Batista, creían que Castro sería peor para Cuba.

No es correcto suponer que la única oposición a Batista era la que ofrecían Castro y sus partidarios. Existía un poderoso elemento que se oponía a Batista y que no era terrorista. Representaba a la clase media y a la clase culta del país. Yo la consideré como la oposición legal, y en este elemento figuraban hombres que estaban capacitados para gobernar al país. Abrimos las puertas de la embajada a todas las tendencias del pensamiento político, comprendiendo la oposición legal. Pero no abrimos las puertas a los revolucionarios que intentaban derrocar al gobierno por la fuerza.

En mi testimonio del 30 de agosto de 1960 ante el Subcomité del Senado sobre la Seguridad Interior, se produjo el siguiente diálogo:

Senador Eastland: ¿Advirtió usted al Departamento de Estado que Castro era marxista?

Señor Smith: Sí, señor.

Senador Eastland: Y que el gobierno de Batista era amigo nuestro. ¿Fue eso lo que informó usted al Departamento de Estado?

Señor Smith: Permítaseme responder de la siguiente manera, que lo aclarará todo. Cuando fui a Cuba, salí de aquí con la impresión definida, según las orientaciones que recibí, de que el gobierno de los Estados Unidos tenía relaciones demasiado estrechas con el régimen de Batista y de que se nos acusaba de intervenir en los asuntos cubanos porque tratábamos de perpetuar la dictadura de Batista.

Después de haber estado en Cuba dos meses aproximadamente, y de haber hecho un estudio de Fidel Castro y los revolucionarios, me pareció evidente, como le parecería a cualquier otro hombre razonable, que Castro no era la solución, que si Castro llegaba al poder, no sería para bien de Cuba ni para bien de los Estados Unidos.

Desafortunadamente, algunos de los funcionarios de la embajada en La Habana siguieron creyendo hasta el fin que Castro era la salvación de Cuba. Transcurrió un lapso de tiempo de un mes, aproximadamente, entre la salida del embajador Gardner y mi llegada a Cuba. Durante ese periodo, la embajada de La Habana notificó al Departamento de Estado que el gobierno de Batista se deshacía de toda oposición calificándola de comunista, e informó que el llamar comunista a los opositores era el sistema acostumbrado por el gobierno de Cuba.

El 5 de septiembre de 1957, en la base naval de Cienfuegos, en la Provincia de Las Villas, los oficiales navales cubanos, con la ayuda de los revolucionarios civiles, iniciaron el mayor levantamiento hasta entonces contra el gobierno de Batista. La Embajada de los Estados Unidos recibió informes sobre los preparativos para la insurrección. El plan debía coordinarse entre las bases navales de La Habana y de Cienfuegos.

En La Habana, los responsables pospusieron la fecha del levantamiento, pero no lo comunicaron a los insurrectos de la base naval de Cienfuegos. Los elementos rebeldes pudieron apoderarse de la base y dominaron la ciudad entera durante algunas horas con la colaboración de los revolucionarios civiles armados. Se enviaron bombarderos a la base naval desde el

campamento de Columbia. Algunos de los pilotos, no queriendo matar a sus hermanos, dejaron caer las bombas en el mar. Tropas y tanques convergieron sobre Cienfuegos para aplastar la resistencia. El número total de muertos se calculó en más de trescientos.

Aunque la revuelta fue un fracaso y la aplastaron, hizo que Batista y su gobierno se dieran cuenta de que ya no podían contar con el apoyo ciego de las fuerzas armadas, de las que antes había estado Batista completamente seguro.

La información sobre la revuelta nos llegó por medio de nuestro agente número dos de la CIA en la embajada, cuyas actividades para dar ayuda y aliento a las fuerzas de Castro se revelaron en el consejo de guerra de los oficiales navales que participaron en la rebelión. En ese consejo se divulgó que un funcionario de la Embajada de los Estados Unidos había dicho a los revolucionarios que, si la revolución triunfaba y derrocaban a Batista, los Estados Unidos reconocerían a los revolucionarios, lo cual dio aliento moral a los rebeldes.

Aunque todos los funcionarios norteamericanos, cualquiera que fuese el servicio al que estuvieran comisionados, trabajan a las órdenes del embajador y deben informarle a él, no supe nada de las actividades de este agente de la CIA. Obró por cuenta propia. Dudo que el Secretario de Estado haya sido informado sobre este incidente.

Cito algunos párrafos del testimonio que rendí ante el Subcomité del Senado:

Señor Sourwine: Señor Smith, ya antes nos habló usted del agente número dos de la CIA en su misión, que fue sorprendido cuando daba ayuda y aliento a las fuerzas de Castro. ¿Quisiera contarnos qué fue lo que hizo?

Señor Smith: Sí. En septiembre de 1957, hubo un levantamiento de la armada en Cienfuegos, Cuba. En la Embajada de los Estados Unidos se tenía conocimiento de que se produciría una revuelta. Dicha información nos llegó por medio de la CIA o alguna otra fuente de la embajada.

Si me permiten divagar un momento, diré que eso es lo malo de los cubanos: hablan demasiado. Pero no sabíamos cuándo ocurriría.

Por último, nos enteramos de que se había aplazado la revuelta en Cienfuegos. Sin embargo, en La Habana, la armada se olvidó de comunicarlo a la armada de Cienfuegos, y éstos iniciaron el levantamiento sin que participara la armada de La Habana.

La revuelta fue aplastada por el gobierno de Batista.

En el consejo de guerra de los oficiales de la armada, se reveló que el agente de la CIA había dicho que si la revolución triunfaba, los Estados Unidos reconocerían a los revolucionarios.

No creo que el agente de la CIA se propusiera decir eso. A mí me contó que lo habían llamado para entrevistarse con unos hombres que se creía que eran médicos, porque estaban vestidos de blanco, y cuando le informaron que iba a ocurrir un levantamiento, le preguntaron cuál sería la actitud de los Estados Unidos.

Inadvertidamente insinuó, cosa de la que no estoy muy seguro, que los Estados Unidos podrían darles su reconocimiento.

En cuanto la embajada se enteró de esto, convoqué una reunión del personal y di a conocer la disposición de que (ni) el embajador, ni ninguna otra (persona) podría hacer (ninguna declaración) sobre quiénes serían reconocidos por los Estados Unidos; sólo había dos personas en los Estados Unidos que tenían esa atribución:

Una era el Secretario de Estado y la otra el Presidente de los Estados Unidos.

La información de lo que había ocurrido me la dio Batista, que estaba indignado. Sin embargo, le expliqué lo (que había) sucedido y le dije que el agente de la CIA lo había hecho inadvertidamente y no se había dado cuenta de lo que decía ni de quiénes eran las personas con quienes hablaba.

Batista se mostró comprensivo y no me pidió que el agente saliera del país.

En septiembre de 1957, le pedí al jefe de la sección de la CIA agregada a la embajada que revisara las cifras sobre la fuerza del Partido Comunista en Cuba, tanto en lo que se refería a sus miembros como a los simpatizadores de los comunistas.

Me parecían dudosos nuestros cálculos porque nueve años antes, cuando los comunistas votaron por última vez en Cuba como partido con el nombre de comunistas, emitieron más de ciento veinte mil votos y Juan Marinello era el candidato.

A pesar de ello, los cálculos de la CIA de la embajada sobre la fuerza del Partido Comunista en Cuba indicaban que sólo había diez mil miembros, y aproximadamente veintitantos mil simpatizadores.

Es interesante hacer observar que el funcionario de la CIA era de mente cerrada y le incomodaban mis referencias a Fidel, que yo hacía en numerosas ocasiones durante nuestras reuniones del personal en las mañanas. En dichas reuniones, acostumbraba yo referirme a Fidel Castro como el "proscrito" y el "jefe de bandidos" de las montañas. En broma le preguntaba si no era "fidelista".

Esta incomodidad se manifestó en una observación que hizo cuando salía de mi oficina. Después de que le pedí que revisara sus cifras, oí que decía: "No nos importa lo que usted piense." Comprendí que esa observación podía haberla pronunciado inadvertidamente, como si fuera hipo. Sin embargo, también era indicio del esnobismo intelectual de los funcionarios de carrera contra los que han sido nombrados políticamente.

Este funcionario fue transferido más tarde a otro puesto. La decisión la tomaron en Washington, por propia voluntad de la CIA, porque ya había estado mucho tiempo en la embajada de La Habana.

Los funcionarios de carrera y los funcionarios del servicio exterior son los profesionales del Departamento de Estado. Se enorgullecen de serlo y, como es fácil entenderlo, tienen un gran espíritu de solidaridad o compañerismo. Existe un resentimiento inevitable entre estos profesionales contra uno que ha sido designado políticamente, ya sea embajador, Subsecretario de Estado o inclusive Secretario de Estado. Los profesionales consideran que los políticos no ocupan sus puestos más que breve tiempo.

El 3 de abril de 1958, el jefe del Departamento Centroamericano de la CIA visitó a la embajada de La Habana después de hacer una visita a Panamá y Venezuela. Me dijo que compartía mi temor de la influencia comunista en Cuba. La CIA

tenía conocimiento de los lazos comunistas con Raúl Castro y el Che Guevara. Sin embargo, es significativo que a la CIA no le preocupara que Fidel Castro fuera comunista.

Casi once meses después de que Castro tomó el poder, el 5 de noviembre de 1959, se produjo el siguiente intercambio de puntos de vista ante el Subcomité de Seguridad Interior del Senado de los Estados Unidos entre el Senador Olin D. Johnston y el general C. P. Cabell (director suplente de la Agencia Central de Inteligencia):

Senador Johnston: ¿No es cierto que (Castro) es más peligroso que si aclarara las cosas y dijera que es comunista?

General Cabell: Personalmente, convengo en que tal vez Castro perdería gran parte del apoyo popular, o la mayoría de él, si ocurriera eso. Sin embargo, creemos que Castro no es miembro del Partido Comunista, y no se considera comunista.

Senador Johnston: Él sabe muy bien que, si saliera abiertamente a favor de los comunistas, dejaría de ser útil.

General Cabell: Es cierto. Hasta donde pierda el apoyo público, pierde la capacidad de alcanzar sus metas, aunque podría pintarse a sí mismo como víctima de las maquinaciones contrarrevolucionarias.

Varios meses después de que ocupé el puesto de jefe de misión en La Habana, envié un telegrama a Allen Dulles, director de la Agencia Central de Inteligencia, con la siguiente indicación: "Para ser leído únicamente por Allen Dulles." El telegrama recomendaba poner un agente entre los primeros oficiales de las fuerzas de Fidel Castro, que entonces se ocultaban en las montañas de la Sierra Maestra, de manera que la CIA pudiera estar informada sobre el grado de infiltración comunista y sobre el grado del dominio comunista en el movimiento castrista (Movimiento 26 de Julio). Debo suponer que nunca se hizo, ya que, de lo contrario, habrían estado mejor informados.

Capítulo VI

LA CUERDA FLOJA

Al principio, los miembros de la colonia norteamericana temían que yo estuviera frecuentando demasiado a la oposición. Advirtieron que jugaba al golf con el ex embajador de Cuba en los Estados Unidos, Luis Machado, y con el representante de la industria azucarera cubana en Washington, Joaquín Meyer, de quienes se sabía que eran opositores de Batista. Los intereses comerciales norteamericanos estaban a favor del gobierno de Cuba, pues éste les daba protección contra los intentos de sabotaje de los terroristas y las correrías y el pillaje de los revolucionarios.

Poco después de mi llegada a Cuba, el embajador francés, Philippe Grousset, dio una cena oficial para mi esposa y para mí. El ex Primer Ministro, Jorge García Montes, se negó a asistir. Otros funcionarios del gobierno de Cuba tenían temor de que los vieran conmigo porque consideraban que yo no era simpatizador de Batista.

Como mis simpatías parecían inclinarse hacia Castro cuando llegué a Cuba, el Ministro de Estado Güell dijo más tarde que había escrito a los Estados Unidos para indagar sobre mis antecedentes. Era un diplomático de la vieja escuela, para quien los antecedentes familiares significaban mucho. Declaró que había recibido la noticia de que mi padre era un caballero, de quien se tenía buena opinión en los Estados Unidos. El

doctor Güell quedó convencido de que yo vería las cosas correctamente.

Cada vez me parecía más evidente que el Movimiento 26 de Julio, encabezado por Castro, abarcaba a todos los elementos de ideas políticas radicales y de inclinaciones terroristas de Cuba.

A principios de 1958, la radio de Moscú apoyó abiertamente a los revolucionarios de Castro. En los primeros días de marzo de 1958, informé al departamento que el ejército cubano había anunciado que la noche anterior la radio de Moscú había hecho transmisiones de onda corta pidiendo ayuda para las fuerzas de Castro e incitando a derrocar al gobierno de Cuba. Durante todo el año de 1958, la radio de Moscú apoyó al Movimiento 26 de Julio.

En los primeros días de noviembre de 1957, las organizaciones revolucionarias habían formado un Pacto de Unidad en Miami, Florida, conocido como "Junta de Liberación Cubana". El Movimiento 26 de Julio era el grupo revolucionario más importante, pero las demás organizaciones representaron un papel muy importante en las actividades contra Batista.

Cualquier ilusión de que sería posible reprimir a Castro o de que colaboraría con otros elementos de la oposición se disipó el 14 de diciembre de 1957 con una carta que dirigió Castro a la Junta de Liberación Cubana. En ella se puso de manifiesto que era un ególatra dictatorial. Atacaba la organización de los otros grupos revolucionarios. Atacaba el Pacto de Unidad de estos grupos, formado en Miami, Florida. Atacaba tanto a Raúl Chibás como al doctor Felipe Pazos porque se habían atrevido a firmar a nombre del Movimiento 26 de Julio. Dijo que ninguno de los dos tenía atribuciones para firmar en nombre de su movimiento. Esta carta reveló las intenciones de Castro de colocar en el poder a su candidato a la presidencia provisional, y de dominar el gobierno en persona.

Dos de sus ardientes partidarios, el doctor Manuel Antonio de Varona, del Partido Auténtico, y Faure Chomon, dirigente del Directorio Revolucionario, atacaron los objetivos de

Castro, según los expresaba en esta carta. Algunos de los partidarios de Castro en los Estados Unidos, debido a su contenido, renunciaron al Pacto de Unidad de Miami. Tenían miedo de sus intenciones demagógicas.

Cada vez se hacía más claro para quienes tenían la mente abierta, que Cuba se desgarraba en una lucha entre un dictador derechista y corrompido que demostraba su amistad a los Estados Unidos, y un supuesto dictador izquierdista, que podía ser comunista. Así como el mundo se negó a creer lo que decía Hitler en *Mein Kampf*, así fueron pocos los que hicieron caso de los anuncios públicos de Castro en varias ocasiones antes de desembarcar en Oriente, en diciembre de 1956, de sus planes e intenciones socialistas. Era más popular considerar al barbudo terrorista como un cruzado, inclusive como un salvador.

Batista pudo seguir en el poder debido a que tenía: *a)* el apoyo de las fuerzas armadas, *b)* el apoyo de los dirigentes obreros, y *c)* debido a la prosperidad económica general de la isla.

Capítulo VII

CENSURA Y PROPAGANDA

A los norteamericanos que vivían en Cuba les incomodó la censura de la prensa.

En La Habana circulaban los siguientes periódicos de los Estados Unidos: el *Miami News,* el *Miami Herald,* el *New York Times* y el *Herald Tribune.* Cada uno de ellos fue recortado por los censores de La Habana cuando se referían a las actividades de los terroristas. Las revistas de noticias *Time* y *Newsweek,* pasaban por las tijeras de la censura del gobierno. Los norteamericanos que vivían en Cuba, abarcando al personal de la embajada, que creían en el principio de la libertad de prensa, no quedaron satisfechos hasta que desaparecieron los agujeros en todos los periódicos de La Habana, lo cual no ocurrió hasta que se restablecieron las garantías constitucionales.

El general Cabell, director suplente de la Agencia Central de Inteligencia, declaró ante el Subcomité de Seguridad Interior del Senado de los Estados Unidos que uno de los medios usados por los comunistas para influir en Castro fue "mediante sus órganos de propaganda abierta, los comentarios de la radio y la televisión, y la publicación de noticias escogidas o falsas, con la esperanza de los comunistas de evitar que Fidel y el público cubano se enteraran de las noticias favorables a la política de los Estados Unidos y de explotar las noticias desfavorables a los Estados Unidos".

Capítulo VIII

LA DISOLUCIÓN

Durante los dieciocho años en que fue, alternadamente, la fuerza dominante en la política de Cuba, Batista había hecho mucho por conservar la solidez de la economía. Estimuló los programas de obras públicas, obtuvo la ayuda de las inversiones extranjeras, construyó escuelas, hoteles y muchas carreteras. Se construyeron tantos hoteles durante los casi dos años en que estuve en Cuba, a fin de atender a otra fuente de ingresos, los turistas, que el perfil de La Habana empezó a parecer una Isla de Manhattan en miniatura. Sin embargo, en las pequeñas poblaciones del centro de la isla las condiciones de vida dejaban mucho que desear. En las pequeñas aldeas había pocos refrigeradores para los víveres en la tienda. Muchas veces la calle principal no era más que un camino de tierra. Pocas casas, si acaso, tenían calefacción, y durante las súbitas temporadas de intenso frío, sufrían los ancianos y los pobres. En el interior se necesitaban alojamientos modernos de costo reducido. Sólo había hospitales a muchos kilómetros de distancia. Las escuelas eran edificios provisionales. Fuera de la Provincia de La Habana, el país era pintoresco, pero retrasado.

Aunque Cuba fue la última de las repúblicas latinoamericanas que consiguió la independencia, una comparación de las cifras demuestra que ocupaba uno de los lugares principales en el desarrollo económico.

Efectivamente, como consecuencia de la revolución verdaderamente social y económica de 1933, los últimos veinticinco años de nuestra existencia como república vieron que Cuba alcanzó grandes alturas, y en algunos aspectos la pusieron entre las primeras filas del continente americano.

La vigorosa economía y el hecho de que Cuba gozara de un nivel de vida más alto que el de la mayoría de las naciones latinoamericanas se debía, en cierto grado, a los estrechos lazos que existían entre los Estados Unidos y Cuba, y la influencia de las grandes inversiones norteamericanas en la isla.

Esta afirmación, escrita en 1951, resume también la situación de 1956.

A ningún observador experimentado en la América Latina puede dejar de impresionarle la variedad, cantidad y calidad de mercancías que se exhiben en los pueblos provincianos y en las ciudades de la isla. Aunque se exhiben predominantemente artículos tales como refrigeradores mecánicos, estufas de gas y aparatos de televisión, la impresión más vigorosa la forma una inspección de las tiendas que venden artículos para el hogar, ropa y comestibles. Los artículos de esta naturaleza dan un indicio más exacto del poder adquisitivo en la América Latina que los automóviles, la televisión o los refrigeradores.

La cosecha de azúcar, con el subsidio norteamericano, daba a Cuba un presupuesto saneado. El Congreso Cubano promulgó una ley cuando era presidente del mismo el hábil político doctor C. Márquez Sterling, la cual determinaba que las utilidades deberían repartirse entre los propietarios de tierras, agricultores y trabajadores de acuerdo con el precio medio del azúcar, con lo que era imposible la explotación.

El doctor Márquez Sterling, principal candidato presidencial de la oposición en 1958, que era también presidente de la Asamblea que promulgó la Constitución de 1940, hizo observar que:

En Cuba existía el derecho de poseer la tierra, lo cual hacía imposible que los hacendados, arrendatarios, copropietarios y trabajadores del campo fueran desposeídos ni siquiera por el Estado mismo, mucho menos por los grandes monopolios que, en Cuba, como sucede inclusive aquí, en los Estados Unidos, buscan siempre las áreas empobrecidas. Dichos monopolios obligaron a Cuba, como también fue necesario hacerlo en esta gran democracia (los Estados Unidos de América), a promulgar leyes antimonopolistas para proteger esos derechos.

Aunque Cuba sufrió desigualdades, como las sufren todos los países actuales, los problemas que quería resolver con su lucha armada tenían su origen en una política que se oponía a las libertades públicas. Pero, como fácilmente puede corroborarlo cualquiera que estudie la materia, el caso fue que, coincidiendo con esta lucha por el poder público, nuestro país gozaba de gran prosperidad, ya que el año 1957 fue el mejor en toda nuestra historia por lo que ve a la economía y las finanzas.

En 1957, los ingresos nacionales de Cuba fueron de 2,397.000,000 de dólares [1]. La población era, aproximadamente, de 6.500,000 de habitantes.

Ingresos Nacionales en Millones de Pesos [2]

1953	1954	1955	1956	1957	1958
1,842	1,841	1,899	2,076	2,397	2,267

El peso cubano había estado a la par con el dólar de los Estados Unidos, salvo durante el periodo de 1936 a 1941. Los ingresos nacionales de Cuba habían descendido 130 millones en 1958 en comparación con el año 1957. Batista huyó de Cuba el primero de enero de 1959.

En julio de 1956, el Departamento de Comercio de los Estados Unidos publicó "Inversiones en Cuba", el cual decía:

La vida mínima para sobrevivir, que tanto prevalece en muchas regiones de la América Latina, no es característica de Cuba, cuyos ingresos nacionales reflejan la economía de salarios del país. La compensación de los empleados representó del 56 al 61 por ciento de los ingresos nacionales totales entre 1946 y 1949, y del 59 al 65 por ciento entre 1950 y 1954.

Los ingresos nacionales de Cuba han alcanzado niveles que dan al pueblo cubano uno de los niveles más altos de vida en la América Latina. La misión económica y técnica del Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento dijo lo siguiente en su informe sobre Cuba, en 1951:

"La impresión general de los miembros de la misión, gracias a sus observaciones hechas en los viajes por toda Cuba, es de que el nivel de vida de los agricultores, campesinos, obreros, tenderos y otros, es más alto que en los grupos correspondientes de diversos países tropicales y en casi todos los demás países latinoamericanos. Esto no quiere decir que no haya miseria en Cuba, sino, sencillamente, que, en términos relativos, los cubanos se encuentran en mejores condiciones que los pueblos de otras regiones."

---

[1] Según las cifras compiladas por el Fondo Monetario Internacional, mayo de 1962, Vol. XV, número 5.

[2] *Ibid.*

querían que Castro fracasara en ninguna circunstancia. Dichas personas estaban tan estrechamente vinculadas al concepto revolucionario, que inclusive parecían dispuestas a arriesgar la perspectiva del dominio comunista de Cuba. No acuso a nadie de falsificar deliberadamente los hechos, pero, desde mi puesto, pude percatarme de la parcialidad de los informes, y la parcialidad era siempre favorable a Castro.

Las simpatías del mundo libre estaban a favor de Castro, quien había sido pintado por la prensa liberal como un Robin Hood. Todo acto de violencia de parte de Batista recibía gran publicidad en las primeras páginas. Poca mención se hacía de la violencia de los terroristas.

En las plazas públicas de Cuba, los terroristas hacían estallar bombas. Mujeres y niños quedaban lisiados. Los rebeldes castristas ponían bombas en los teatros, las escuelas, las tiendas, en todas aquellas partes donde se reuniera una multitud. Los terroristas se volvían cada vez más osados en La Habana. Todo ello era parte de la campaña de terror para desorganizar la economía del país. En la prensa norteamericana se hacía poca mención de estos actos de violencia.

Al público norteamericano se le hizo creer, mediante una falsa propaganda, que los problemas fundamentales de Cuba eran económicos y sociales. No es cierto. Los problemas fundamentales eran políticos. El mejor año económico de la historia cubana fue el de 1957. Durante veinticinco años después del derrocamiento del Presidente Machado, el nivel de vida de Cuba se elevó hasta figurar entre los más altos de la América Latina. La balanza comercial favorecía a los Estados Unidos cuando estuve de jefe de misión en La Habana. Cuba compraba más artículos en dólares de los Estados Unidos que lo que los Estados Unidos compraban de Cuba, aun cuando los Estados Unidos adquirían aproximadamente 3.000,000 de toneladas de azúcar al año de Cuba con un subsidio de más de dos centavos por libra, lo cual representaba, aproximadamente, la mitad de la producción azucarera cubana.

De la misma manera, algunas de las publicaciones liberales de los Estados Unidos se convirtieron en instrumentos inconscientes de la propaganda comunista porque publicaban noticias escogidas e inexactas sobre los sucesos de Cuba y les daban un tono desfavorable al gobierno cubano y favorable a Castro.

La prensa contribuyó mucho para crear la ilusión popular de que debido a que Batista era el dictador que detentaba ilegalmente el poder, Castro, en cambio, tenía que representar la libertad y la democracia. Desde 1917, los pueblos del mundo han estado buscando "buenos dirigentes", "buenos dictadores", "buenos gobiernos". Por lo común, han permitido que personas tales como Stalin, Hitler y Mussolini los gobiernen. Así nació un culto del buen dictador y del mal dictador. Para algunos, Castro parecía un buen dictador antes de que subiera al poder.

Antes de que Castro saliera de Cuba, él y muchos otros dirigentes del Movimiento 26 de Julio eran miembros activos de la Federación Estudiantil Universitaria (FEU), que en gran parte fue responsable de los actos de terrorismo y motines que se produjeron en Cuba antes de que Fidel Castro desembarcara en las montañas de Oriente en diciembre de 1956. Desde 1952, la FEU era una organización terrorista y se sabía que la habían infiltrado los comunistas. Tenía una historia de participación en actividades gangsteriles comunes y se encontraba bajo la influencia comunista.

Cuando Fidel Castro estuvo en Costa Rica, México y otros lugares, sus discursos de dirigente estudiantil revelaban claramente su tendencia marxista de pensamiento político. Además, sus entrevistas durante el tiempo en que estuvo en México como exiliado indicaban igual tendencia de pensamiento político.

Hubo un momento en que algunas personas que tenían autoridad en los Estados Unidos y algunos periódicos no

a conclusiones fijas sobre situaciones complejas políticas y económicas de una nación en uno o dos días. Por desgracia, esto no solamente reza con los turistas, sino también con los periodistas y comentaristas de la televisión. Aun suponiendo que Batista ya no fuera un hombre útil, quienes con tanta petulancia se resolvieron en favor de Castro pusieron en peligro no sólo a Cuba, sino también a los Estados Unidos.

Como no apruebo la publicidad superficial, me negué, y fue una fortuna, pues el señor Paar regresó a los Estados Unidos convertido en uno de los distinguidos admiradores de Castro.

Hubo un periodista que tuvo el valor suficiente de reconocer en letras de molde que había cometido un error de juicio, y me refiero al señor Ed Sullivan. Después de una corta visita a Cuba, escribió:

> El embajador de los Estados Unidos en Cuba, Earl E. T. Smith, y el personal de la embajada, se equivocaron de medio a medio. Mordieron el anzuelo de la propaganda de Batista, y se lo tragaron con todo y caña de pescar. En los periódicos del domingo, la Casa Blanca anunció que había sido aceptada la renuncia del embajador Smith. Nuestro embajador debió haber escuchado a los corresponsales extranjeros veteranos de los Estados Unidos en la América Latina. Jules Dubois, del *Chicago Tribune*, le suplicó al embajador Smith que no permitiera que la Comisión Militar de los Estados Unidos entrenara a los pilotos de Batista para bombardear al pueblo cubano, haciendo observar que el ejército barbudo de Castro representaba y expresaba el sentimiento profundo del pueblo de Cuba. Nuestro embajador en La Habana consideró ridícula esta interpretación y no impidió los bombardeos del pueblo. Si nuestro Departamento de Estado diera instrucciones a los embajadores de los Estados Unidos en todo el mundo a fin de que se pusieran en contacto con los corresponsales extranjeros norteamericanos que están en la escena, con el objeto de que se enteraran de lo que piensa el hombre común, nos ahorraríamos incidentes como el fracaso en Cuba [2].

Se necesitó valor cuando, el 4 de abril de 1960, Sullivan escribió lo siguiente:

> Earl E. T. Smith, ex embajador en Cuba, relevado de su puesto cuando Castro llegó al poder, no ha sido felicitado por su análisis de Castro por ninguno de los que lo censuramos en ese tiempo. Pero Smith tenía la razón y todos los demás estaban equivocados [3].

Fueron muchos los que, sin considerar debidamente la situación y sin hacer un estudio diligente de los hechos, llegaron

---

2 *New York Daily News*, 12 de enero de 1959.
3 *New York Daily News*, 4 de abril de 1960.

Los comunistas son demasiado hábiles para infiltrarse abiertamente al principio y descubrir así su juego. Muchas veces, cuando estaba yo en Cuba, dije que el Movimiento 26 de Julio era un movimiento de niños exploradores en comparación con los comunistas, y que éstos lo borrarían cuando lo consideraran conveniente, y así fue como lo hicieron, absorbiéndolo.

Al no apoyar ya al gobierno constituido de Cuba, los Estados Unidos contribuyeron a que Castro subiera al poder, prefiriéndolo a cierto número de dirigentes propicios y políticamente rectos que hubiéramos podido apoyar. Lo que podía ocultarse tras nuestro apoyo renuente y tímido a Batista, tuvo un efecto sicológicamente devastador en las fuerzas armadas y en los dirigentes del movimiento obrero. Estos dirigentes se pusieron nerviosos y se atemorizaron. El régimen empezó a desintegrarse por dentro. Se difundió el rumor de que los Estados Unidos ya no apoyaban a Batista, pero hasta que algunos miembros idealistas, pero poco realistas, de la prensa norteamericana descendieron a Cuba para destruir a Batista y crear una imagen mundial del nuevo salvador del pueblo, Fidel Castro, la revolución castrista no progresó.

Fue desafortunado que tantos periodistas norteamericanos que iban a Cuba no visitaran la Embajada de los Estados Unidos para discutir la posición de este país con respecto a Cuba y Castro. Los periodistas tienen la obligación de escribir sobre los hechos tan objetivamente como sea posible. En algunos casos, antes de volver a la patria para escribir sus opiniones sobre una situación complicada, sólo pasaban veinticuatro horas en Cuba, lo que apenas es suficiente para echar un vistazo al país. En cierto momento, hubo inclusive un influjo de personalidades de la televisión que se convirtieron en autoridades y gente sabia de la noche a la mañana.

Tomemos como ejemplo al señor Jack Paar, quien fue a Cuba a pasar unos días produciendo una versión cubana de su variedad para los cabarets. El productor nos invitó a mi esposa y a mí a aparecer entre el público del "Tropicana" a fin de que las cámaras pudieran fotografiarnos brevemente.

Batista me dijo que cuando Prío se fue de Cuba, Prío y Almasia se llevaron de Cuba ciento cuarenta millones de dólares. Si reducimos esa cifra a la mitad, quizá se llevaron setenta millones. Se cree que Prío gastó muchos millones de dólares en los Estados Unidos para ayudar a los revolucionarios. Lo hizo desde nuestras propias costas.

Senador Eastland: ¿No se hizo ningún intento de evitarlo?

Señor Smith: El gobierno de Batista se quejaba continuamente de los vuelos y descensos de soldados y armas que iban desde los Estados Unidos. Siempre mantuve completamente informado al Departamento de Estado.

Pero, al parecer, nos era muy difícil hacer cumplir nuestras leyes de neutralidad. A veces he deseado que hubiéramos sido en esa época la mitad de diligentes que hemos sido después para hacerlas cumplir.

Como embajador de los Estados Unidos, era fácil leer los presagios: que Cuba habría de tener un nuevo caudillo, un caudillo que creyera en el proceso democrático del gobierno para el pueblo, pero resultaba evidente que Castro no era la solución. Para mí era tan evidente, a juzgar por mis primeros informes de primera mano, que Castro no era la solución, que, como lo dije en una conferencia de prensa celebrada en Washington el 16 de enero de 1958, un año antes de que Batista huyera de Cuba, "Los Estados Unidos no podrán tratar nunca con Fidel Castro."

Entonces tenía la certeza de que Fidel Castro nunca sería el gobernante de Cuba. Sus antecedentes eran los de un terrorista que trabajaba para las fuerzas revolucionarias que querían derrocar a los gobiernos latinoamericanos. El hecho de que Castro fuera o no miembro del Partido Comunista cuando desembarcó en Oriente, no era lo que más importaba. Los puntos importantes eran los siguientes: sus antecedentes de inestabilidad emocional, pensamiento político socialista radical, unido a un odio muy arraigado contra los Estados Unidos, y, fuera de Cuba, los antecedentes policíacos de un terrorista violento.

Bajo juramento, ante el Subcomité del Senado, declaré en agosto de 1960:

El 30 de agosto de 1960 se produjo el siguiente diálogo sobre "La Caída de Batista" en las audiencias del Subcomité del Senado de los Estados Unidos:

Senador Eastland: ¿Alguna vez ganó Castro una batalla?

Señor Smith: Castro nunca tuvo una victoria militar. Las más grandes victorias que alcanzó fueron incursiones contra los cuarteles cubanos que están esparcidos en el interior, y pequeñas escaramuzas con las tropas del gobierno.

Senador Eastland: ¿Cómo llegó al poder? En primer lugar, ¿por qué se fue Batista?

Señor Smith: ¿Por qué se fue Batista?

Senador Eastland: Sí.

Señor Smith: En mi opinión, si los Estados Unidos hubieran sido completamente imparciales, Batista no se habría tenido que ir de Cuba hasta después de que hubiera tomado posesión el presidente electo (Rivero Agüero).

Senador Eastland: No tenía que haberse ido. No lo habrían derrotado con la fuerza armada.

Señor Smith: Permítaseme decirlo de esta manera: hay muchas razones para que Batista se fuera. Batista había dominado con intervalos durante (dieciocho) años. Su gobierno se estaba desintegrando, al final, debido a la corrupción (y) al hecho de que había estado demasiado tiempo en el poder. La brutalidad de la policía iba empeorando.

Agregué también:

El hecho de que los Estados Unidos no apoyaran ya a Batista tuvo un efecto sicológicamente devastador en las fuerzas armadas y en los dirigentes del movimiento obrero. Esto contribuyó mucho para provocar su caída.

Por otra parte, lo que hicimos en los Estados Unidos fue causa de que subiera Castro al poder. Hasta que ciertas porciones de la prensa norteamericana empezaron a escribir artículos desdeñosos contra el gobierno de Batista, la revolución castrista no había progresado.

Batista incurrió en el error de exagerar la importancia de (doctor Carlos) Prío (Socarrás), quien residía en Florida, y de menospreciar la importancia de Castro. Prío trabajaba desde los Estados Unidos, desde Florida, enviando a los revolucionarios armas, municiones, soldados y dinero.

En 1900, dos años antes de que se independizara, su población era, aproximadamente, de 1.600,000 habitantes, y el país era pobre. En los cincuenta y seis años de independencia, la población aumentó a más de 6.500,000 y, gracias al sistema de libre empresa, los cubanos construyeron una próspera república.

Entre algunas de las razones que podría mencionar (aunque no son todas ni las enumero en el orden de su importancia) para explicar la caída de Batista figuran las siguientes:

1) Lo que hacían día a día los del Cuarto Piso del Departamento de Estado [1].

2) El empeño en derrocar a todos los dictadores izquierdistas, de parte de ciertas personas e instituciones influyentes de los Estados Unidos.

3) La falta de honradez y la corrupción que provocaron la desintegración del gobierno cubano y afectaron a las fuerzas armadas.

4) Los métodos violentos de los órganos encargados de hacer cumplir la ley.

5) La necesidad de elecciones libres y abiertas.

6) La falta de educación de las masas.

7) La necesidad de escuelas y hospitales en las provincias del interior.

8) La necesidad de alojamientos de costos reducidos en el interior.

9) Diversificación de la economía: Cuba dependía demasiado de un solo producto, el azúcar. Toda la economía del país se basaba en el volumen y el valor de la cosecha de azúcar. El volumen afectaba al empleo de los trabajadores, la duración de la zafra, el tráfico ferroviario y el movimiento de los puertos. El valor de la cosecha de azúcar determinaba los salarios y la cantidad de dinero que había en circulación. Durante la temporada del azúcar, había prosperidad en el interior de la isla. Durante la temporada muerta de la cosecha de azúcar, el gobierno de Batista creaba empleos para los trabajadores mediante gastos que producían déficit. Se hicieron intentos para rectificar la dependencia cubana del cultivo de la caña de azúcar diversificando su producción agrícola, fomentando la industria minera y la industria ganadera y lechera.

---

1 Las referencias al Cuarto Piso del Departamento de Estado deben tomarse simbólicamente. El Cuarto Piso es donde tienen sus oficinas los funcionarios que se ocupan de los asuntos latinoamericanos.

Capítulo IX

ASESINATO Y CONFIANZA

En diciembre de 1957, unos seis meses después de mi llegada, la Embajada de los Estados Unidos en La Habana recibió informes de que los miembros comunistas de la revolución castrista estaban tramando mi asesinato por razones políticas. Los informes sobre la maquinación nos llegaron de los servicios de inteligencia de la Embajada de los Estados Unidos en Ciudad Trujillo, República Dominicana. El complot, que más tarde fue verificado por el Departamento de Estado, consistía en que enviarían dos comunistas de México a La Habana para matar al embajador de los Estados Unidos. El plan tenía por objeto crear un incidente internacional con la esperanza de que el escándalo consiguiente provocaría la caída del gobierno de Batista.

También los servicios de inteligencia de la Embajada de Haití en México se enteraron del complot comunista para asesinarme. El agregado militar haitiano en Cuba comunicó al agregado militar de los Estados Unidos, teniente coronel Joseph Treadway, los informes recibidos por la Embajada de Haití. Aunque se discutió la cuestión de protegerme y me ofrecieron guardias personales, no los quise ni los acepté. El haberlos aceptado habría sido una ofensa para los buenos elementos de la oposición.

Nuestra única preocupación fue la seguridad de nuestro hijo de cinco años de edad. Debido a la posibilidad de que

lo secuestraran, dispuse que un empleado cubano de la embajada acompañara al niño para llevarlo y traerlo de la escuela.

Cuando estuve en Washington en uno de mis viajes de consulta, la situación de La Habana se volvió particularmente tensa debido al aumento de las actividades terroristas de los revolucionarios y al aumento de las medidas de represión de la policía. Creí necesario ponerme en contacto con mi esposa, Florence, para recordarle discretamente que nuestro hijo se hallaba enfermo y debía permanecer en la residencia de la embajada de acuerdo con las órdenes del médico. Fue necesario disfrazar nuestra conversación, pues todos los teléfonos de la embajada estaban intervenidos por el gobierno de Batista. Florence entendió inmediatamente. Me tranquilizó diciéndome que pensaba tener al pequeño Earl en la alcoba porque estaba resfriado.

El 24 de enero de 1958, Batista ofreció una solución electoral y prometió públicamente entregar el gobierno al sucesor que fuera elegido. Sin embargo, Batista no ayudó mucho a su causa con el departamento o con la embajada cuando hizo aprobar una ley que lo haría elegible para el mando del ejército en la siguiente administración. Según esta ley, Batista sería elegible para ocupar el nuevo puesto de jefe del Estado Mayor Conjunto. La oposición afirmó inmediatamente que Batista se proponía perpetuarse en el poder.

Los revolucionarios deseaban destruir la confianza del pueblo en el gobierno de Cuba y desorganizar la economía cubana. En 1957 y a principios de 1958, estas actividades de los revolucionarios dieron poco resultado.

No fue sino hasta principios de 1958 que estas actividades empezaron a tener efecto sobre la economía cubana. Durante algún tiempo, los revolucionarios castristas se portaron más bien como rufianes irresponsables que como una organización bien dirigida. Para el otoño de 1958, según pareció, habían recibido consejos profesionales sobre la manera de desorganizar la economía de Cuba, esto es, destruyendo las principales arterias de transporte, para lo cual volaban puentes y dislo-

caban las carreteras más importantes. volando las vías del ferrocarril y atacando a los trenes. Como consecuencia de la desorganización de los transportes, reinaba en la isla el temor sobre la posibilidad de transportar la cosecha de azúcar a los ingenios. Las comunicaciones quedaron desorganizadas destruyendo las líneas telefónicas y telegráficas. Los revolucionarios intentaban cortar a la isla en dos en la Provincia de Las Villas, e interrumpiendo todas las comunicaciones y transportes entre los dos extremos de la isla. El cambio de los ataques fortuitos a una campaña bien dirigida fue sorprendente.

Los rebeldes hacían incursiones periódicas sobre la mina de níquel de Nicaro, propiedad del gobierno de los Estados Unidos, y sobre Moa Bay Mining Company, propiedad de la Freeport Sulphur Company. En respuesta a mi solicitud, Batista envió tropas a las dos minas de níquel para proteger estas propiedades. Me dijo: "Pondré mil hombres en cada mina si usted me proporciona dos mil rifles."

Batista trató siempre de colaborar y siempre quiso acceder a las solicitudes de la embajada, sobre todo para la protección y salvación de las vidas norteamericanas. Insistía en que tenía conciencia de su responsabilidad por la conservación de la ley y el orden, comprendiendo la salvación de las vidas norteamericanas y la protección de la propiedad norteamericana, aunque ello significara un predicamento. Batista no quería que se dijera que su gobierno no podía cumplir ya sus obligaciones. No puedo recordar una sola ocasión en que no hiciera un esfuerzo por cumplir su obligación de proteger las vidas y las propiedades norteamericanas.

Batista me decía: "Viene usted a verme para que salve las vidas norteamericanas y proteja las propiedades norteamericanas. Es ésta una obligación del gobierno de Cuba que sabré cumplir. Sin embargo, no puedo comprender por qué su gobierno se niega a vender armas a mi gobierno, que es amigo de ustedes y enemigo del comunismo." Recuerdo muy bien que me preguntó: "¿Puede usted nombrar a otro gobierno amigo al que no quieran venderle armas?"

Cada vez que le pedía al Presidente Batista el voto cubano para apoyar a los Estados Unidos en las Naciones Unidas, daba instrucciones a su Ministro de Estado para que la delegación cubana votara de acuerdo con la delegación de los Estados Unidos y diera todo su apoyo a la delegación norteamericana ante las Naciones Unidas.

La predicción que hice en la primera reunión del personal de la embajada, de que "la tarea del embajador de los Estados Unidos en La Habana durante ese periodo era un puesto en el que ningún embajador podía ganar" se estaba cumpliendo. Para ser correcto, el embajador de los Estados Unidos tenía que ser estrictamente imparcial y, como dije en la reunión del personal, "conozco lo bastante a los cubanos para saber que hay que estar con ellos o contra ellos".

Los Estados Unidos eran objeto de críticas cáusticas de ambos bandos. Nuestra supuesta política era de completa no intervención. Sin embargo, las fuerzas antagónicas de Cuba nos atacaban a pesar de nuestra posición imparcial en la larga y latente lucha.

Los rebeldes afirmaban que nuestra no intervención tendía a favorecer al régimen de Batista porque el gobierno que estaba en el poder gozaba del reconocimiento oficial de los Estados Unidos. Este hecho fomentaba los sentimientos antinorteamericanos entre los rebeldes debido a que tendía a serles desfavorable.

Por otra parte, los funcionarios del gobierno estaban profundamente inquietos porque el Departamento de Estado suspendió los embarques de armas al gobierno de Cuba. Los funcionarios del gobierno de Batista estaban inquietos porque no hacíamos cumplir nuestras leyes de neutralidad, porque permitíamos que se desfiguraran las noticias sobre el gobierno de Cuba, exagerando las atrocidades del gobierno cubano y paliando las de los rebeldes, y debido a nuestra "intervención por insinuaciones", usando la presión moral para impedir que otras potencias vendieran armas al gobierno de Cuba.

Antes de la suspensión de la venta de armas, se daba ayuda militar a Batista para la defensa del hemisferio como protección contra "cualquier subversión comunista", y cada vez teníamos más pruebas de que el Movimiento 26 de Julio dirigido por Fidel Castro estaba siendo infiltrado por los comunistas, y de que cada día lo dominaban más los comunistas.

Al mismo tiempo, los revolucionarios estaban irritados con los Estados Unidos porque creían que eran aeroplanos de fabricación norteamericana y bombas hechas en los Estados Unidos (entregadas antes al gobierno de Cuba) las que se dejaron caer sobre la ciudad de Cienfuegos durante el levantamiento naval de septiembre de 1957. Además, los revolucionarios estaban furiosos con los Estados Unidos y con su embajador porque, según se decía, las fuerzas de Batista usaban armas norteamericanas contra los revolucionarios de la Provincia de Oriente. Dichas armas habían sido entregadas al gobierno cubano de acuerdo con el Programa de Ayuda para la Defensa Militar.

La pregonada política de los Estados Unidos era de no intervención, a pesar de que para una potencia tan importante como este país, resulta casi imposible no intervenir en una nación tan estrechamente vinculada a nosotros como Cuba. Antes de Castro, las relaciones entre Cuba y los Estados Unidos eran cordiales, estrechas y amistosas. Durante años habíamos estado unidos en una lucha común contra la subversión comunista. Los cubanos y los norteamericanos habían luchado juntos en varias ocasiones, en defensa de los ideales democráticos. Antes de Castro, Cuba era tan leal y había sido tan buena amiga de los Estados Unidos como cualquiera otra de nuestras repúblicas hermanas. Tanto el gobierno cubano como el Movimiento 26 de Julio esperaban que les ayudáramos y que no ayudáramos al otro bando.

Capítulo X

CONFERENCIA DE PRENSA EN WASHINGTON

Para mí se había hecho evidente, pero no para William Wieland, director del Departamento de Asuntos del Caribe y de México del Departamento de Estado (Sección MID), que Fidel Castro no era la solución de los problemas cubanos. A principios de enero de 1958, Wieland visitó la Embajada de los Estados Unidos en La Habana y nos enseñó un documento que había escrito, el cual decía que la economía cubana se estaba desmoronando y recomendaba que los Estados Unidos hicieran presión sobre el gobierno de Cuba para acelerar su caída. En realidad, las condiciones económicas de Cuba no habían sido nunca mejores que en el año que acababa de terminar. Dicho documento seguía diciendo que el gobierno cubano caería, probablemente, en un periodo de tiempo relativamente corto.

El propósito de su visita a La Habana era el de conseguir que la embajada preparara y presentara un documento que dijera más o menos lo mismo, a fin de respaldar su posición. William Wieland y John Topping, jefe de la oficina política de la embajada, prepararon a nombre de éste un bosquejo de dicho documento diciendo que la economía de Cuba era pobre en las caóticas condiciones y previendo la pronta caída del gobierno cubano.

Cuando me presentaron este documento, no estuve de acuerdo con la premisa. Dije que cualquier documento que quisiera

Continuaron los encuentros entre el ejército y las fuerzas rebeldes. La prensa norteamericana que simpatizaba con Castro exageró los ataques rebeldes. Según los informes rebeldes, habían capturado y ocupado varios pueblos. Sin embargo, no podían conservar dichas poblaciones más que unas horas. Los rebeldes se retiraban antes de que llegara el ejército. La prensa norteamericana hacía gran propaganda a los informes rebeldes y desestimaba los informes oficiales de que las tropas del gobierno no habían sufrido ninguna baja en sus encuentros con las fuerzas rebeldes. La prensa simpatizadora de Castro llamaba al ejército cubano el "ejército a prueba de balas".

El 20 de enero de 1958, la delegación cubana de seis miembros que representaba a la Confederación de Trabajadores de Cuba (CTC) regresó a una reunión del comité ejecutivo de la Organización Regional Interamericana de Trabajadores (ORIT) que se celebró en Washington del 13 al 15 de enero de 1958. El secretario de la CTC, Eusebio Mujal, informó que el comité ejecutivo de la ORIT había acordado unánimemente declarar que tenía absoluta confianza en que se cumplirían las garantías ofrecidas por el gobierno cubano y el poder legislativo para las elecciones, y que esto llevaría a la nación por el camino de la democracia, la paz y la libertad.

Con el apoyo de las fuerzas armadas y los dirigentes obreros, más la floreciente economía, el gobierno de Cuba parecía estar firmemente protegido a principios de 1958.

Cuando volví a La Habana, me recibieron los periodistas. Comprendí que al gobierno de Cuba le incomodaría que se hubiera hecho pública prematuramente su intención de restablecer las garantías constitucionales al terminar el periodo de suspensión, el 29 de enero de 1958. Por eso hice la siguiente declaración, con la esperanza de verter un poco de aceite en las agitadas aguas: "Ojalá los negocios, en términos generales, prosperaran en los Estados Unidos como están prosperando en Cuba." En esa época nos encontrábamos en un periodo de receso en los Estados Unidos.

Al día siguiente, 17 de enero, la prensa cubana publicó en la primera plana la declaración que hice, subrayando lo que se refería a la no intervención. No se hizo mención alguna de mis observaciones acerca de Castro. Dichas observaciones habían sido hechas en reserva. El Ministro del Interior, Santiago Rey, hablando en nombre del gobierno, indicó la incomodidad de éste por haberse revelado prematuramente sus intenciones de restablecer las garantías constitucionales, diciendo que esto se haría "tan pronto como fuera posible y cuando las circunstancias lo aconsejaran"; que le inquietaba la preocupación del Departamento de Estado en lo que veía a los problemas interiores de Cuba y que comprendía que los buenos amigos pueden preocuparse de los problemas de cada uno de ellos; que el gobierno de Cuba agradecía el interés norteamericano por las futuras elecciones, y que también se daba cuenta de que el embajador se proponía hacer un llamamiento a los agitadores y terroristas cubanos para que desistieran de su campaña de terrorismo en el momento en que el embajador manifestaba su esperanza de que se restablecerían las garantías constitucionales.

Sin embargo, la declaración de Santiago Rey no alteró las intenciones del gobierno cubano de restablecer las garantías al terminar el periodo de suspensión, el 29 de enero. El 18 de enero, el doctor Güell reiteró, en confianza, que las garantías serían restablecidas a fines del mes, pero que esto estaría supeditado a que no se cometieran actos de violencia imprevistos.

la violencia en el país y podría crear condiciones que fueran aceptables para las elecciones libres y abiertas.

Después de asistir a la conferencia de prensa del Secretario de Estado, John Foster Dulles, el 16 de enero, durante la hora del almuerzo, me apresuré a ir a la oficina del señor Wieland, donde encontré al señor Leonhardy, así como al señor Wieland y a varios periodistas. Leí la declaración preparada, la cual decía que los Estados Unidos tenían la esperanza de que el gobierno de Cuba podría celebrar elecciones aceptables, hablaba de nuestra preocupación por los problemas políticos cubanos y reiteraba nuestras intenciones de adherirnos estrictamente a nuestra política de no intervención.

Después de leer la declaración, se me preguntó, reservadamente, si creía que el gobierno de los Estados Unidos podría tratar con Fidel Castro. Respondí que no creía que los Estados Unidos podrían nunca tratar con Castro. Entonces me preguntaron las razones de mi afirmación. Repliqué que el gobierno de los Estados Unidos no podía tratar más que con un gobierno que cumpliera sus obligaciones internacionales y que pudiera mantener la ley y el orden. En mi opinión, Castro no haría ninguna de las dos cosas.

Aunque la declaración la hice reservadamente, antes de que hubieran transcurrido veinticuatro horas, Castro, en la Sierra Maestra, y ciertos miembros del Congreso de los Estados Unidos que simpatizaban con Castro, habían recibido la noticia de que yo había afirmado que Fidel Castro era comunista, aunque mi declaración se publicó como lo he dicho. A partir de ese momento (casi doce meses antes de que huyera Batista), oficialmente se consideró que estaba contra Castro. Además, a partir de ese momento los revolucionarios y los comunistas realizaron una campaña para destruir mi eficacia. La noticia sólo pudo saberla Castro por alguien que estaba en el Departamento de Estado o por alguno de los periodistas presentes. También se supo que el gobierno de Cuba se proponía restablecer las garantías constitucionales.

preparar Wieland con esas afirmaciones tendría que ser enviado al Departamento de Estado con su firma. Cualquier documento que saliera de la embajada con mi firma diría cosas muy distintas.

Debido a la visita de Wieland a La Habana, resolví ir a Washington para explicar en persona mis ideas sobre los problemas políticos de Cuba. Por eso, telefoneé al secretario auxiliar Roy Rubottom diciendo que quería ir a Washington para hacer una consulta y que estaba dispuesto a discutir con cualquiera sobre la situación económica y política de Cuba. El señor Rubottom contestó que al Departamento no le quedaban fondos suficientes para pagar mi viaje. Respondí que me complacería pagar mis gastos. Entonces accedió a que fuera, y dispuso lo necesario para que se dieran las órdenes del viaje.

Llegué a Washington el 16 de enero y fui recibido en la estación del ferrocarril por el señor Wieland y el señor Leonhardy (encargado de la oficina cubana). El señor Wieland me informó que había convocado una conferencia de prensa para esa tarde, a las dos y media. Me opuse a la conferencia, pues no tenía nada de interés que pudiera revelar a la prensa. Wieland dijo que era demasiado tarde para cancelarla.

En una consulta esa mañana, en la oficina del secretario Rubottom, informé a los funcionarios del Departamento de Estado que Batista había aceptado levantar la censura de la prensa y restablecería las garantías constitucionales. Sin embargo, no debería darse a conocer esta información, pues el Presidente Batista no haría el anuncio durante varios días. No discutimos el documento del señor Wieland, y fue desechado por instrucciones del secretario Rubottom.

A cambio del restablecimiento de las garantías constitucionales, recibí la autorización para informar a Batista que podía esperar la entrega de veinte carros blindados que había pedido desde hacía nueve meses. Al mismo tiempo, el Departamento de Estado me pidió que informara a Batista que los Estados Unidos tenían la esperanza de que podría eliminar

Capítulo XI

PROMESAS ROTAS Y DECEPCIONES

La embajada había estado recibiendo informes sobre el mal trato de varios dirigentes del Movimiento 26 de Julio, que estaban prisioneros en la cárcel de Santiago. Eran los siguientes: Antonio Buch, Javier Pazos, Armando Hart y Emilio Vallejo. Como consecuencia del interés que demostró la embajada, y debido a los informes de la prensa, el 18 de enero se permitió que los periodistas de Santiago visitaran a los dirigentes revolucionarios. El general Alberto del Río Chaviano, comandante en jefe militar de la Provincia de Oriente, explicó que el propósito de la invitación a los periodistas para que visitaran a los dirigentes revolucionarios era el de probar la falsedad de las noticias de la prensa norteamericana de que habían sido torturados o los habían matado. Los periodistas informaron que los prisioneros parecían estar en buen estado de salud. La embajada recibió informes del servicio de inteligencia de que a las madres de Antonio Buch y Armando Hart se les permitía visitar a sus hijos. A pesar de este incidente, persistieron las noticias sobre las brutalidades de la policía.

Poco después de mi regreso a Cuba, informé al Presidente Batista que recibiría los carros blindados. Y le dije: "Señor Presidente, ¿puedo hacer una sugerencia y pedir que no se considere como intervención en los asuntos de su patria?"

El Presidente Batista replicó: "Está usted en libertad de decir lo que quiera, señor embajador."

Hice observar que sus relaciones públicas en los Estados Unidos eran muy deficientes y sugerí que se crearía una reacción favorable en los Estados Unidos si destituía a los funcionarios de la policía que habían sido acusados de violencia excesiva. El Presidente contestó que estaba de acuerdo conmigo, pero que el hacerlo se interpretaría como señal de debilidad. Batista tenía a un tigre sujeto de la cola. Asimismo, sugerí a Batista que creara una atmósfera apropiada para las elecciones generales, y que debía declarar una amnistía general para los prisioneros políticos.

El Presidente Batista estuvo de acuerdo con estas sugerencias y se refirió a ellas en el discurso que pronunció ante una asamblea política. Al mismo tiempo, anunció su intención de terminar la suspensión de garantías constitucionales en todas las provincias, menos en la de Oriente, y levantar la censura de la prensa, lo cual se hizo el 25 de enero de 1958.

Sin embargo, el Departamento de Estado no cumplió más tarde su promesa de entregar los veinte carros blindados.

Desde el otoño anterior, había hecho yo todos los esfuerzos posibles durante muchas entrevistas con Batista para obtener el restablecimiento de las garantías constitucionales y que se levantara la censura de la prensa. Batista había accedido por fin, aunque se quejaba amargamente de que los Estados Unidos no hacían cumplir sus leyes de neutralidad.

Desde Florida salían soldados, municiones y armas en corriente incesante, y se entregaban a los revolucionarios que se hallaban en las montañas de la Sierra Maestra.

Por último, gracias a los esfuerzos de nuestro capacitado subprocurador general, William F. Tompkins, el Departamento de Justicia obtuvo en febrero de 1958 una acusación por el Gran Jurado Federal contra el doctor Prío Socarrás, ex presidente de Cuba, quien había sido el principal responsable de los contrabandos de armas de Florida a los revolucionarios. Los agentes de Prío eran los principales culpables,

y durante algún tiempo desafiaron abiertamente las leyes de neutralidad de los Estados Unidos enviando material de guerra desde Florida a las fuerzas revolucionarias en la Sierra Maestra y en la Sierra del Escambray.

Además del doctor Prío y sus agentes, había muchos grupos que trabajaban activamente en los Estados Unidos para derrocar al gobierno de Batista.

El Movimiento Cívico de Resistencia, organización formada en Santiago de Cuba para ayudar y alentar al Movimiento 26 de Julio, trabajaba en los Estados Unidos. Entre otros que trabajaban en el mismo país se encontraban la Universal de Trabajadores, el Partido Demócrata, la Organización Cuatro de Abril y el Partido del Pueblo Cubano.

El 19 de febrero de 1958, en una reunión con el Presidente de la República, le sugerí que invitara a representantes de: *a)* las Naciones Unidas, *b)* la Organización de Estados Americanos, y *c)* la prensa mundial para que presenciaran las elecciones. Batista se mostró comprensivo, pero indicó que era muy importante el momento en que lo hiciera. Por lo pronto, dijo, el gobierno estaba muy ocupado formando las listas de candidatos.

Algunos de los periódicos moderados de Cuba apoyaron las elecciones y dijeron que las urnas eran la única solución del problema. El periódico *Prensa Libre* instó a ambos bandos a llegar a una solución pacífica. *El Mundo,* cuyo director era opositor de Batista, dijo en un editorial a fines de enero de 1958: "El problema fundamental para restablecer la normalidad institucional en Cuba deberá resolverse en las urnas, en un clima de garantías absolutas para todos. Con el restablecimiento de las garantías constitucionales y el levantamiento de la censura, el gobierno ha dado un paso muy importante para hacer posibles las elecciones. Si se establece un clima de libertad, como prometió el gobierno, la oposición tiene el deber de acudir cívicamente a las urnas."

Fidel Castro se opuso violentamente a las elecciones y anunció que todo aquél que participara en las elecciones gene-

rales, comprendiendo a los enemigos políticos de Batista, serían hechos prisioneros o fusilados por los revolucionarios.

Para diciembre de 1957, se hacía cada vez más claro que la única manera de salvar la situación era que Batista acabara por renunciar a la presidencia y, al mismo tiempo, designara un gobierno de unidad nacional sin Castro y sin representantes de los terroristas, pero comprendiendo representantes de los mejores elementos de la oposición. El mandato de ese gobierno de unidad nacional tendría vigencia hasta que se hubieran celebrado las elecciones generales.

Teniendo esto en cuenta, tuve un intercambio de puntos de vista con algunos dirigentes cívicos cubanos, entre ellos el doctor Guillermo Belt, ex embajador de Cuba en los Estados Unidos. Estaba bien enterado de todo lo que se refería a Castro y se encontraba en contacto con muchos cubanos distinguidos que gustosamente habrían participado en un gobierno de unidad nacional. Sin embargo, no podría obtener la colaboración de ninguna de estas personas sin el apoyo de los Estados Unidos, pues dicho plan no podría ser eficaz sin nuestro apoyo.

Luis Machado, ex embajador de Cuba en los Estados Unidos, también intentaba muy activamente la formación de otra comisión de paz, que nunca se formó.

Guillermo Belt era opositor de Batista, pero tenía buenas razones para temer aún más a Castro. El doctor Belt fue el representante de Cuba en la Novena Conferencia Panamericana que se reunió en Bogotá del 30 de marzo al 2 de mayo de 1948, en la época del "bogotazo", el cual ocurrió el 9 de abril de 1948. El "bogotazo" de 1948 principió con el asesinato de Jorge Eliecer Gaitán, dirigente liberal, a fin de preparar el levantamiento de las masas que formaba el Partido Liberal, pues Gaitán gozaba de gran popularidad. El levantamiento de Bogotá fue inspirado y dirigido por los comunistas, por un grupo de dirigentes comunistas internacionales que fueron llevados a Bogotá para ese fin. El esfuerzo de quebrantar la Novena Conferencia Panamericana de Bogotá y demostrar al

mundo el poder de las multitudes dirigidas por los comunistas para hacer estragos era parte de la estrategia general antinorteamericana [1].

En el levantamiento de Bogotá, Fidel Castro representó su primer papel serio como organizador activo de la insurrección comunista. Tenía entonces veintidós años de edad y era estudiante de la Escuela de Derecho de la Universidad de La Habana. Fue el doctor Guillermo Belt quien dio asilo a Fidel Castro en la Embajada Cubana y le consiguió un salvoconducto después del levantamiento de Bogotá. El doctor Belt me contó que se acusaba a Fidel Castro de haber cometido varios asesinatos en ese levantamiento.

Cuando le pregunté al doctor Belt por qué le había dado asilo a Castro en la Embajada Cubana y por qué le había conseguido el salvoconducto para ir a Cuba, respondió que en esa época no conocía los crímenes de Castro.

El Departamento de Estado debe haber estado completamente informado no solamente de los antecedentes policiacos de Fidel Castro, sino también de su participación activa en el levantamiento de Bogotá, inspirado y dirigido por los comunistas. Sin embargo, nadie me mencionó en el Departamento de Estado el levantamiento de Bogotá durante el periodo de orientación, cuando me preparaba para ocupar mi nuevo puesto de jefe de misión en La Habana. No puedo recordar que nadie hiciera ninguna observación desdeñosa de Fidel Castro durante ese tiempo, aunque el señor Rubottom y el señor Wieland dispusieron que Herbert Matthews me orientara sobre las virtudes de Castro, pues consideraban que Matthews era un experto. No puedo recordar, durante mi orientación o mientras estuve como jefe de misión en La Habana, ninguna expresión de aprobación del Cuarto Piso al referirse al gobierno amigo de Cuba.

Mi primera información sobre el papel que representó Castro en el levantamiento de Bogotá me la dio el doctor

---

1 Nathaniel Weyl da un relato auténtico del levantamiento de Bogotá en su obra *Red Star over Cuba*.

Belt, unos meses después de que ocupé mi puesto de jefe de misión en La Habana. No se me había dicho que, en los días del "bogotazo", el Secretario Auxiliar de Estado para los Asuntos Latinoamericanos, Roy Rubottom, estaba en Bogotá, Colombia, donde prestó sus servicios como secretario y cónsul en la Embajada de los Estados Unidos de 1947 a 1949 [2]. El secretario Rubottom también prestó sus servicios como secretario de la delegación de los Estados Unidos en la Novena Conferencia Panamericana de Bogotá, Colombia, en 1948 [3]. No tuve conocimiento de este hecho hasta que di mi testimonio ante el Comité del Senado.

Fidel Castro era miembro del grupo comunista que se proponía hacer naufragar a la organización a la que el secretario Rubottom servía como secretario (Novena Conferencia Panamericana).

Volviendo a mis conversaciones con los dirigentes cívicos cubanos, diré que ninguno de ellos quería caer en el riesgo de incurrir en la ira tanto del gobierno de Batista como de Fidel Castro a menos que el plan de paz tuviera probabilidades de triunfar. Sabían que no podrían triunfar sin el apoyo de los Estados Unidos. El gobierno de unidad nacional sólo serviría de gobierno provisional y sólo estaría en el poder el tiempo suficiente para celebrar las elecciones generales.

Tuve muchas entrevistas con el nuncio papal, monseñor Luigi Centoz, para un intercambio de puntos de vista sobre estos respectos. El nuncio papal, que era un caballero anciano y encantador, de agudos y penetrantes ojos azules, sabía muy poco inglés. A pesar de mis lecciones, mi español era todavía muy deficiente. Por lo tanto, sosteníamos nuestras conversaciones en francés.

El nuncio papal abrigaba la esperanza de que pudiera tenderse un puente entre Castro y Batista. Para repetir las palabras textuales del nuncio papal: *Pour etablir un pont*

---

[2] Según aparece en el *Who's Who in America*, Vol. 28.

[3] *Ibid.*

entre Batista et Castro. Sin embargo, convinimos en que había que buscar la paz mediante un gobierno de unidad nacional.

Cuando el nuncio papal preguntó si el gobierno de los Estados Unidos prestaría su apoyo a nuestros planes, lamenté decirle que no podía obtener ningún compromiso del Departamento de Estado. El Departamento de Estado no me permitiría dar ninguna indicación de apoyo a la Iglesia Católica Romana. La posición que adoptaba el Departamento de Estado era la de que sólo si los esfuerzos de la Iglesia triunfaban, los Estados Unidos harían una declaración pública de apoyo. De otra manera, se consideraría que era una intervención.

El nuncio papal y yo llegamos al entendimiento de que en el gobierno de unidad nacional figurarían miembros de la oposición política, representantes de los revolucionarios y miembros del gobierno de Cuba: representantes de todos los sectores. Tendría que ser un gobierno de base muy amplia, y Batista lo presidiría. Aunque la jerarquía de la Iglesia adoptaba la posición de que la paz debía obtenerse mediante un gobierno de unidad nacional, no toda la Iglesia Católica Romana pensaba lo mismo. Había discordia entre los miembros de la Iglesia. La Acción Católica y la JOC (Juventud Obrera Católica) confiaban en la caída de Batista y simpatizaban con Castro.

Mientras representé a los Estados Unidos en Cuba, los representantes de Castro eran oídos con simpatía en el Cuarto Piso del Departamento de Estado.

En julio de 1958, en una conferencia celebrada en Caracas, Venezuela, se formó una confederación de los grupos revolucionarios, conocida con el nombre de Frente Cívico Revolucionario. El doctor José Miró Cardona, exiliado político, era el secretario de dicha asociación. Me dijo que se había hecho muy buen amigo de William Wieland, de nuestro Departamento de Estado.

Además del representante legalmente establecido de los revolucionarios, Ernesto Betancourt, el Departamento de Estado estableció un enlace con los revolucionarios mediante el

doctor Miró Cardona, ex decano de la Asociación Cubana de Abogados. El doctor Miró Cardona, fidelista, se oponía vigorosamente a cualquier solución que no entregara el gobierno de Cuba a Castro. A pesar de sus tratos con los representantes de los revolucionarios, el Departamento de Estado sostenía que no estaba interviniendo en los asuntos cubanos.

A fines de enero, Fidel Castro se encontraba en un estado de ánimo conciliador. Envió una proposición a Batista para terminar la guerra civil de Cuba. Se informó que Castro aceptaría las elecciones generales bajo el Presidente Batista, a condición de que fueran vigiladas en toda la isla por la Organización de Estados Americanos, y a condición de que Batista aceptara retirar todas las fuerzas militares del gobierno de la Provincia de Oriente. Castro quería también que el ejército dejara todo el equipo al retirarse, pues los rebeldes lo necesitaban desesperadamente.

En una entrevista exclusiva con Homber Bigart, del *New York Times,* Castro explicó por qué quería tener el dominio militar de Oriente como condición previa para las elecciones. "Si sus tropas vigilan la votación en Oriente y si se distribuyen observadores extranjeros en todas las provincias, Castro cree que su Movimiento 26 de Julio ganará las elecciones."

El editorialista del *New York Times* seguía diciendo que la proposición de Castro fue sometida al diputado Manuel de Jesús León Ramírez, de Manzanillo, el 28 de enero, y que el diputado conferenció después con miembros del gabinete de Batista.

En La Habana corrieron rumores sobre la oferta de Castro. Aunque lo más probable es que Batista no habría aceptado la exigencia de Castro de que evacuara la Provincia de Oriente, me aseguró personalmente que estaría de acuerdo en que los observadores de la OEA presenciaran las elecciones generales. Allí se presentaba una oportunidad para que los Estados Unidos, con la ayuda de la Iglesia, tendieran un "puente entre Castro y Batista".

A principios de febrero, la fuerza rebelde había declinado y Castro se mostró mucho más conciliador. Le preocupaba el hecho de que pudiera perder la simpatía de los Estados Unidos, debido al arresto en Miami del doctor Carlos Prío Socarrás por haber violado las leyes de neutralidad de los Estados Unidos.

Si el Departamento de Estado lo hubiera querido, ése era el momento oportuno para insinuar a Batista que debía ausentarse de Cuba y designar un gobierno de unidad nacional, excluyendo a Castro. Basándose en la no intervención, el Departamento de Estado no explicó nunca seriamente ninguno de los planes sugeridos para encontrar una solución pacífica que excluyera a Castro. Por lo tanto, la situación política cubana tenía que empeorar.

Castro insinuó públicamente que se había hecho un trato entre los Estados Unidos y el gobierno cubano. Según Castro, habían convencido a Batista de que restableciera las garantías constitucionales a cambio del acuerdo de los Estados Unidos de proceder contra los grupos revolucionarios cubanos en los Estados Unidos que enviaban armas y dinero a la Sierra Maestra.

En la última parte de febrero de 1958, la Iglesia Católica Romana de Cuba llegó a la decisión de mediar en los problemas políticos cubanos por sí misma. Se pensó originalmente nombrar una comisión con representantes de la Iglesia, la clase obrera, las universidades, las organizaciones cívicas y la prensa. Dicha comisión visitaría primero al Presidente. Fue una buena noticia en ese tiempo, porque de esa manera podría obtenerse una solución pacífica. El pueblo de Cuba, que se estaba cansando de la revolución, se sintió alentado por la posibilidad de encontrar una solución pacífica gracias a la Iglesia.

El primero de marzo de 1958, la jerarquía de la Iglesia Católica Romana en Cuba, bajo la dirección del cardenal y el nuncio papal, adoptó una actitud definida publicando una declaración en la que instaba a los revolucionarios cubanos a

desistir de sus actividades terroristas, y pedía al gobierno cubano que solucionara pacíficamente el problema mediante la formación de un gobierno de unidad nacional. La declaración, que estaba firmada por la jerarquía de la Iglesia, no entraba en detalles acerca de qué grupos figurarían en el gobierno de unidad nacional. En respuesta a mi pregunta, el nuncio papal dijo que la Iglesia había pensado en los dirigentes de la oposición, pero no en Fidel Castro.

Capítulo XII

LAS ELECCIONES Y LA INTERVENCIÓN

En la mañana del 3 de marzo de 1958, el doctor Gonzalo Güell me pidió que me detuviera en su casa cuando iba en mi camino a la cancillería. Cuando llegué, me informó que el Presidente había aceptado mis peticiones: *a)* de invitar a le prensa mundial a presenciar las elecciones, *b)* de invitar a los observadores de las Naciones Unidas a presenciar las elecciones, y *c)* de invitar a los representantes de la OEA a presenciar las elecciones. Agregó que el Presidente de Cuba estaba dispuesto a cooperar de todas las formas posibles a fin de crear una atmósfera favorable para las elecciones, y garantizaría unas elecciones libres y abiertas. Al parecer, la resolución de la Iglesia había apresurado la decisión de Batista.

La decisión final de la Iglesia era la de nombrar una pequeña comisión que no se considerara hostil a Batista. Temíase, además, que una comisión numerosa sería demasiado difícil de manejar, por lo que el 6 de marzo de 1958 se anunció que se formaría una comisión de unidad nacional con la esperanza de que pudiera encontrarse una solución pacífica a los problemas políticos de Cuba. Los miembros de la comisión eran los siguientes: Raúl de Cárdenas, ex vicepresidente de Cuba; Gustavo Cuervo Rubio, ex vicepresidente de Cuba; Pastor González, representante de la Iglesia; Víctor Pedroso, presidente de la Asociación Nacional de Bancos de Cuba.

La comisión fue bien recibida en Cuba, pues aún prevalecía la esperanza de una solución pacífica. Los editoriales de la prensa cubana apoyaban vigorosamente la actitud de la Iglesia de que había que buscar la paz mediante un gobierno de unidad nacional. Los principales periódicos publicaron las sugerencias de la comisión de paz, que pedían lo siguiente para crear un clima favorable para las elecciones:

a) Amnistía política.
b) Que todos los exiliados regresaran a Cuba.
c) Restablecimiento de las garantías constitucionales.
d) Que se permitiera que los miembros del Movimiento 26 de Julio participaran en las elecciones.

Teniendo presente que Batista y Fidel Castro eran los únicos factores importantes, la comisión de unidad nacional, que llegó a ser conocida con el nombre de Comisión de la Armonía Nacional, pensaba en un principio solicitar el apoyo de la prensa, las universidades, las organizaciones cívicas, la clase obrera y la oposición política. Después de que se hubiera obtenido dicho apoyo, se pensaba que la Comisión de la Armonía se pusiera en contacto con los revolucionarios y solicitara su colaboración para encontrar una solución pacífica. Aun cuando los revolucionarios no colaboraran, estos grupos continuarían negociando con el gobierno. Sin embargo, la comisión se reunió primero con Batista. Después de varios días, el Presidente recibió a la Comisión de la Armonía Nacional y les informó que estaba dispuesto a colaborar con sus sugerencias de formar un gobierno de unidad nacional, pero que no acortaría la duración de su mandato. Tampoco renunciaría a la presidencia antes de que terminara legalmente el 24 de febrero de 1959.

El Presidente dio a conocer la siguiente declaración pública:

A) Aunque el gobierno de Cuba había considerado siempre que todos los observadores extraños que presenciaran las elecciones cuba-

nas estarían interviniendo en los asuntos de Cuba, Batista estaba dispuesto a pedir a las Naciones Unidas que enviara observadores y estaba dispuesto a invitar a la prensa mundial a que observara las elecciones, si así lo pedía la oposición.

B) Estaba dispuesto a colaborar con cualquiera de las demandas de la oposición a fin de crear una atmósfera favorable para las elecciones.

En esa época, Batista se encontraba en el proceso de elegir un nuevo gabinete. Para hacer una oferta conciliatoria, nombró a varios profesionales y designó Primer Ministro a Núñez Portuondo. Batista lo eligió porque era bien visto en los Estados Unidos y en las Naciones Unidas.

Bajo la orientación de la Iglesia, la Comisión hizo proposiciones a Fidel Castro. Pero Castro rechazó a la comisión porque creía que ésta era simpatizadora de Batista y que no tenía el apoyo de los Estados Unidos. No solamente se negó a recibir a la comisión, sino que tampoco quiso recibir a ninguno de sus representantes. Esto ocurrió el 10 de marzo de 1958. Castro dijo que el gabinete no sería aceptable para él si lo presidía Batista. En consecuencia, todo el gabinete renunció. El Ministro de Estado Gonzalo Güell fue nombrado Primer Ministro, y ocupó ambos puestos hasta que huyó Batista.

Batista, el "hombre fuerte", había estado dispuesto a aceptar la mediación; pero Fidel, no. Como consecuencia de ello, Castro se convirtió en el hombre de la hora y aumentó su prestigio, mientras disminuía el de Batista debido a que su voluntad de aceptar la mediación fue interpretada como señal de debilidad.

Entonces, a la Comisión de la Armonía Nacional no le quedó más remedio que renunciar después de que Fidel Castro rechazó su oferta de paz. Esto ocurrió el 12 de marzo, y se expresó la esperanza de que se obtendrían sus objetivos mediante la formación de otra comisión.

Por el nuncio papal me enteré de que la Iglesia se proponía nombrar una nueva comisión de tres obispos: uno de Matanzas, el obispo Martín Villaverde; uno de la Provincia

de Oriente, el arzobispo Pérez Serantes, y uno de la Provincia de Las Villas, el arzobispo Dalmau. La Iglesia comprendía que si el gobierno de Cuba caía, quienes apoyaban al gobierno le reprocharían el haber intervenido. A pesar de todo, la Iglesia quería, por razones humanitarias, encontrar una solución pacífica.

El Episcopado de Cuba confiaba en que el arzobispo Pérez Serantes tendría aún influencia sobre Fidel Castro, pues en 1953 le había salvado la vida a éste consiguiendo que se le entregara sin sufrir daño a los tribunales civiles de Oriente después del ataque contra el cuartel "Moncada". La Iglesia había sufrido una amarga decepción porque Castro rechazó las ofertas de paz de la Comisión de la Armonía Nacional, y por fin resolvió adoptar por el momento una política de espera. De esto me enteré el 10 de marzo, cuando visité al nuncio papal en su residencia.

Después del 25 de enero de 1958, cuando se restablecieron las garantías constitucionales, los terroristas intensificaron sus actividades. Se colocaron bombas en las casas, en los teatros, las tiendas y las plazas públicas. Había muchachas que introducían las bombas en los cines debajo de las faldas. Algunas de ellas salieron mal heridas cuando las bombas hicieron explosión antes de tiempo. Se propagó la violencia. Se intensificó el incendio de la caña de azúcar, para causar daño a la economía cubana. Soltaron ratas y ratones con trapos ardiendo atados a la cola para que corrieran por los sembrados de caña.

Se intensificaron actos ilegales como los asaltos de los aviones comerciales para demostrar al mundo que el gobierno cubano no podía mantener la ley y el orden. Plagiaron al corredor argentino Juan Fangio para obtener publicidad.

En los intentos de la Iglesia y en los míos por encontrar una solución, recibimos el apoyo moral de muchas organizaciones cívicas que estaban alarmadas por las actividades terroristas de los revolucionarios. La mayor parte del pueblo deseaba la paz, comprendiendo a los mejores elementos de la oposición. Los revolucionarios terroristas y los ardientes partidarios de

Castro no querían que se celebraran las elecciones generales. Temían cualquier intento que hiciera posibles las elecciones generales y que estableciera un gobierno provisional en Cuba, con Batista en el extranjero. Si Batista renunciaba a la presidencia y se iba de Cuba, se obtendría el objetivo principal por el que supuestamente luchaba Fidel Castro; es decir, destituir al déspota. Entonces, Castro no tendría una causa legítima para continuar la revolución.

Durante este periodo, muchas organizaciones cívicas, así como profesionales y religiosas, creían que eran deseables las elecciones, pero que no podrían celebrarse hasta que no se restableciera la tranquilidad en el país.

El 10 de marzo, todas las escuelas de Cuba cerraron sus puertas. El temor se extendía por toda la isla. Aumentaban los actos de terrorismo y de sabotaje. Se hablaba de una huelga general. Eusebio Mujal, secretario general de la Confederación de Trabajadores de Cuba, me mandó decir que temía que ya no podría dominar a las organizaciones obreras.

Al aumentar las actividades de terrorismo y violencia en todo el país, el gobierno cubano, so pretexto de mantener la ley y el orden, intensificó las represalias.

Las mujeres y los niños eran víctimas inocentes de las bombas que hacían estallar los terroristas en las plazas públicas, los cines, los supermercados y diversos lugares donde podría reunirse la gente. La policía, a las órdenes de su jefe, Hernando Hernández, se portaba a veces de manera brutal en sus represalias.

Los miembros de la profesión médica que daban atención a los rebeldes heridos eran víctimas de la violencia de la policía. Un delegado de la Asociación Médica Mundial presentó una protesta en nombre de los médicos cubanos. Como consecuencia de esta publicidad, el gobierno de Cuba tomó algunas medidas para mejorar la situación.

El gobierno hacía presión sobre los jueces que se consideraban hostiles al gobierno cubano. Batista se quejaba de que estos jueces, con autos de habeas corpus, dejaban salir

inmediatamente de la prisión a los revolucionarios. La prensa de los Estados Unidos publicó con veracidad los casos de algunos prisioneros a los que volvían a detener inmediatamente, lo cual demostraba desacato a los autos de habeas corpus dictados por el tribunal.

Cuando hablé con el Presidente sobre la publicidad desfavorable y la hostilidad que estaban produciendo estos actos en los Estados Unidos, replicó: "Cuando los terroristas son arrestados por ataques cobardes contra los miembros de las fuerzas armadas y del gobierno de Cuba, y hay víctimas inocentes que sufren, los jueces dejan libres a los prisioneros porque hay autos de habeas corpus antes de que los testigos tengan la oportunidad de declarar. No podemos tener en la cárcel a los culpables a menos que se suspendan las garantías constitucionales."

El 11 de marzo recibí un recado del Primer Ministro, doctor Güell, diciéndome que iría a la residencia de la embajada para verme por una cuestión importante. Nos retiramos a la biblioteca y pude advertir que el doctor Güell se encontraba muy inquieto. Me dijo que la situación se estaba volviendo muy grave. El gobierno tenía que sufrir constantes actos de terrorismo y sabotaje. El Presidente había autorizado al doctor Güell para decirme que temía que sería necesario suspender otra vez las garantías constitucionales.

El Presidente Batista sabía que esta noticia sería una amarga decepción para mí, pues tanto él como el doctor Güell conocían cuántos esfuerzos había hecho para inducir a Batista a restablecer las garantías constitucionales y levantar la censura de la prensa. Por eso envió a su Primer Ministro a fin de prepararme para el golpe antes de que hablara con él.

Le dije al doctor Güell que mi gobierno se ceñiría estrictamente a su política de no intervención, pero que sufriría una honda y amarga decepción si el Presidente Batista consideraba necesario imponer de nuevo la censura a la prensa y suspender las garantías constitucionales.

El doctor Güell recordó que había ayudado a convencer al Presidente a levantar la suspensión de las garantías. Me recordó que el Presidente se oponía a ello, pero que había accedido a fin de colaborar con los Estados Unidos. En esta reunión, el doctor Güell dijo que el gobierno de Cuba recibiría con agrado la mediación de la Iglesia y le complacería colaborar con ella para buscar una solución pacífica.

Al día siguiente, 12 de marzo de 1958, el gobierno de Cuba suspendió otra vez, por un periodo de cuarenta y cinco días, las garantías constitucionales.

El mismo día me visitó en la embajada mi buen amigo, el doctor Mario Lazo, y su primo, el doctor Márquez Sterling, opositor político de Batista y candidato presidencial del Partido del Pueblo Libre. El propósito de esta visita era el de hablar acerca del aplazamiento de las elecciones generales. En mayo de 1957, el gobierno cubano había adelantado la fecha de las elecciones nacionales que se celebrarían en 1958, del primero de noviembre al primero de junio.

El doctor Márquez Sterling creía que las elecciones debían aplazarse hasta noviembre y que durante ese periodo de tiempo adicional debía hacerse todo lo posible por disminuir la tensión en el país y crear un clima electoral favorable. Al día siguiente me dijo el Presidente Batista que, de acuerdo con la solicitud de la oposición, las elecciones se aplazarían hasta el 3 de noviembre.

Tanto el doctor Márquez Sterling como el doctor Lazo creían que la mejor manera de obtener un clima favorable para las elecciones generales consistía en inducir a Castro a suspender sus actividades revolucionarias. Sin embargo, esto no era posible porque Fidel Castro se oponía violentamente a las elecciones.

El doctor Márquez Sterling afirmó que Castro se oponía a las elecciones porque creía que aun cuando Batista fuera derrotado en unas elecciones justas, la autoridad pasaría a la oposición política, y no a él. Agregó, además, que Castro haría todo lo posible por impedir que se celebraran las elecciones

porque creía que el gobierno caería en sus manos en febrero de 1959. Para entonces, Batista tendría que entregar las riendas del gobierno a su sucesor y retirarse, o aceptar abiertamente el papel de dictador.

El doctor Lazo y el doctor Márquez Sterling tenían la impresión de que había una buena probabilidad de que se celebraran las elecciones en el otoño si la Iglesia, apoyada por la oposición política y las organizaciones cívicas, con la colaboración del gobierno, hacía un esfuerzo decisivo por crear una atmósfera que permitiera celebrar elecciones libres y abiertas. Se confiaba en que los Estados Unidos darían su aprobación y apoyo a dicha solución.

Estos caballeros consideraban que la oposición política triunfaría en unas elecciones justas, en el otoño. Inclusive un candidato mediocre de la oposición podría ganarle a un candidato del gobierno, suponiendo que las elecciones fueran honradas.

Discutimos las posibilidades de que yo obtuviera de los Estados Unidos la aprobación para que sugiriera a Batista que abandonara el país, y que éste, antes de irse, estableciera un gobierno provisional que sería apoyado por los Estados Unidos. En su opinión, Batista no entregaría el poder a un sucesor o a un candidato victorioso de la oposición a menos que tuviera garantías satisfactorias de que no se reemplazaría a los jefes del ejército y de que no se tomarían represalias contra sus partidos. Si fuera posible obtener esas garantías, en su parecer Batista no se negaría a entregar la presidencia. Yo puse en tela de juicio que me fuera posible obtener ese apoyo del Departamento de Estado.

El doctor Mario Lazo y el doctor Márquez Sterling convinieron en que era necesario que el gobierno cubano renovara la suspensión de las garantías constitucionales a fin de mantenerse en el poder en vista de las actividades revolucionarias. En su opinión, el gobierno podría sobrevivir a esas actividades y, con esfuerzos concentrados, derrotar a Castro. Sin embargo, Batista no podía esperar ya mucho, pues la incerti-

dumbre y el temor empezaban a obrar en favor de Castro. Evidentemente, había que restablecer las garantías constitucionales antes de las elecciones.

El doctor Márquez Sterling dijo que tenía muy mala opinión de Batista. Sin embargo, por mucho que lo odiara, Castro sería diez veces peor. El político cubano afirmó que la única solución racional del problema cubano era una solución pacífica y que él daría su apoyo a cualquier recurso que condujera a esa solución. Estaba dispuesto a apoyar la suspensión de garantías en ese momento, si la acompañaba el aplazamiento de las elecciones y la garantía de que las elecciones serían honradas.

El 13 de marzo, un día después de que el doctor Güell me había visitado en la embajada, recibí un recado del Primer Ministro diciéndome que el Presidente quería verme a las siete en "Kuquine". Cuando nos vimos en su estudio, rodeado de bustos de Abraham Lincoln, de quien Batista era un gran admirador, no pude evitar advertir que no mostraba señales de cansancio. Podría decirse que parecía correrle agua helada por las venas. Para ser un hombre que había pasado crisis diariamente, estaba por fuera completamente tranquilo. El doctor Güell se encontraba presente. Se veía cansado y ojeroso.

Batista dijo que el aumento del sabojate y el terrorismo, y el aumento de la tensión en el país, lo habían obligado de nuevo a suspender las garantías constitucionales. Sin embargo, confiaba en que podría dominar la situación y estaba aumentando el ejército para dar la protección debida al pueblo cubano, y también para dar protección a las vidas y propiedades norteamericanas.

Más tarde resultó que el ejército, aumentado, no servía de mucho, pues las tropas no se hallaban adecuadamente preparadas. A los oficiales les interesaba más la corrupción y gozar de las oportunidades que ofrecía el cohecho. Permitían que pasaran suministros y armas por las líneas para los rebeldes, a cambio de dinero.

Batista me habló de su buena disposición para acceder a todas las peticiones razonables de la Comisión de la Armonía y colaborar con la comisión a fin de tener una atmósfera favorable a las elecciones generales. Creía que la Comisión de la Armonía Nacional había incurrido en un grave error. En su opinión, la comisión debía solicitar la ayuda de la oposición política, de las asociaciones comerciales, la Iglesia y las organizaciones cívicas y la prensa; luego, después de obtener un acuerdo entre estos grupos y el Presidente, en su concepto la comisión debería acercarse a los revolucionarios. Por el contrario, la comisión se había puesto en contacto con Castro antes de dar esos pasos. La consecuencia era que Castro los había rechazado y la comisión se había disuelto.

Batista dijo que el aumento de las fuerzas armadas requeriría más armas y me preguntó si el gobierno de Cuba podía esperar la entrega de las armas que yo había gestionado con los Estados Unidos.

Por lo que yo sabía, le contesté que no había cambio en la política sobre la venta de armas al gobierno cubano, salvo que el Departamento de Estado deseaba estar informado cuando las armas se usaran para fines de seguridad. La razón de ello era que los Estados Unidos querían hacer cumplir la estipulación del tratado que requería que el gobierno de Cuba consultara a los Estados Unidos cuando usara el equipo para otros fines que no fueran los de la defensa del hemisferio.

En esta reunión le hablé al Presidente de la supuesta brutalidad policiaca del capitán Sosa y le indiqué que la prensa le prestaba mucha atención en los Estados Unidos. Me contestó que había ordenado a la policía hacer una investigación; que si la investigación probaba que eran ciertas las acusaciones, le pondría remedio. "El hombre es un monstruo", dijo Batista. Pero nunca le puso remedio.

Hablamos de las elecciones generales y de la fechas que fijaría el tribunal, y dijo que haría la promesa pública de que las elecciones serían completamente honradas, y que accedería a todas las solicitudes razonables de la oposición, como: *a)*

pedir a la prensa mundial que presenciara las elecciones, *b)* pedir a las Naciones Unidas y a la OEA que enviaran observadores. Además, dijo que estaba dispuesto a conceder una amnistía general en las próximas elecciones, de manera que los revolucionarios pudieran ir a las urnas. No obstante, tendrían que prometer que dejarían las armas en sus casas.

Batista agregó que estaba absolutamente seguro de que los comunistas ayudaban y fomentaban el derrocamiento del gobierno cubano. Conviene en que era ingenuo pensar que los comunistas no estarían aprovechando la situación política de Cuba. Sin embargo, necesitaría pruebas concretas para convencer al Departamento de Estado.

Le sugerí a Batista que invitara a los dirigentes de todos los grupos cívicos responsables, de la Iglesia, la clase obrera, la prensa y la oposición política a fin de hablar sobre el mejor medio de crear una atmósfera que fuera favorable para celebrar elecciones libres y abiertas. Además, le sugerí que diera gran publicidad a las estipulaciones de las leyes electorales y que hiciera la declaración de que el gobierno cubano obraría de acuerdo con esas leyes.

Batista se mostró inclinado a aceptar esas sugerencias y me aseguró que accedería a todas las solicitudes razonables. Pero agregó que no abandonaría su puesto hasta el 24 de febrero de 1959, cuando terminara su mandato. Esto le daría tiempo al nuevo presidente de establecer su gobierno. "El gobierno de Cuba tiene la obligación de mantener la ley y el orden y de impedir las posibles represalias contra mi gobierno entre el momento de las elecciones y febrero de 1959", dijo el Presidente.

Batista me aseguró que con gusto se retiraría de una manera honorable, y que la mejor forma de conseguirlo era mediante las elecciones honradas.

El 14 de marzo de 1958, un día después de mi reunión con el Presidente Batista en "Kuquine", el Departamento de Estado dictó una orden suspendiendo el embarque de 1,950 rifles Farand que habían sido adquiridos por el gobierno cu-

bano y se hallaban en los muelles, listos para ser llevados a Cuba por barco.

Fidel Castro consiguió poner agentes de espionaje en la Embajada Cubana en Washington, D. C. Estos agentes mantenían informado a Castro en la Sierra Maestra.

Los revolucionarios y los simpatizadores de los revolucionarios cubanos en Nueva York tenían información de los rifles y del destino que pensaba dárseles. Los revolucionarios conocían inclusive los número de serie de los rifles. Los representantes de los revolucionarios en Washington ejercieron gran presión sobre el Departamento de Estado para que suspendiera este embarque. Dicha presión se aplicó fructuosamente en el momento en que el Presidente Batista anunció que suspendería de nuevo las garantías constitucionales.

La oficina cubana del Departamento de Estado estaba segura de que las noticias salían de la Embajada Cubana en Washington. Sólo había dos lugares donde podían obtenerse los números de serie de esos rifles: del Departamento de Guerra o de la Embajada Cubana. Yo advertí al Primer Ministro, y también al Presidente Batista, que creíamos que había espías de Castro en la Embajada Cubana en Washington. Hice más: le sugerí al embajador cubano Arroyo que sería conveniente para su gobierno destituir a todo el personal de la embajada cubana, que era reducido, y nombrar un personal enteramente nuevo a fin de cerciorarse de que se había deshecho de los espías castristas. Desde entonces, se ha demostrado categóricamente que había espías de Castro en la Embajada Cubana en Washington.

El mismo día, 14 de marzo de 1958, recibí instrucciones del Departamento de Estado de notificar al gobierno de Cuba que los Estados Unidos suspendían el embarque de todas las armas. Sin embargo, se me dieron instrucciones de asegurar al gobierno cubano que no había cambio alguno en la política fundamental de los Estados Unidos, que las medidas que se habían tomado para suspender los embarques de armas se

debían únicamente a las censuras y presión que ejercía la prensa norteamericana y algunos miembros del Congreso.

El diputado Charles Porter, de Oregon, y el diputado Adam Clayton Powell, de Nueva York, fueron provechosos para la causa de Castro. Una de las arduas tareas del Departamento de Estado era la de aplacar al diputado Porter, que llevaba la antorcha en favor de los revolucionarios. Refiriéndome al diputado Powell, repetiré las palabras de un artículo que apareció el 5 de enero de 1959 en el *Washington Star*, escrito por Robert K. Walsh:

> El diputado Powell dijo en una conferencia de prensa que había estado trabajando de acuerdo con los partidarios de Fidel Castro en los Estados Unidos desde marzo de 1958. Afirmó que no tuvo nada que ver con los embarques de armas, pero que buscó información para familiarizar al Congreso y al pueblo norteamericano con el movimiento castrista. Anunció que estaba solicitando del Presidente Eisenhower que propusiera el inmediato reconocimiento del régimen de Castro, y el envío de unos dos millones de dólares como préstamo o subvención para ayudar al gobierno.
>
> También pidió el retiro de Earl E. T. Smith como embajador de los Estados Unidos en Cuba. Dijo que el señor Smith era 100 por ciento anticastrista.

En cambio, muchos otros miembros de ambas cámaras del Congreso, como el senador Smathers, demócrata de Florida, tenían conocimiento de las inclinaciones marxistas de Castro, muchos meses antes de que éste llegara al poder.

Ante el Subcomité del Senado de los Estados Unidos sobre la Seguridad Interior, declaré el 30 de agosto de 1960:

> Fundamentalmente, yo diría que cuando nos negamos a vender armas al gobierno cubano y también con lo que llamé intervención por insinuaciones (que era persuadir a otros gobiernos amigos de que no le vendieran armas a Cuba), estos actos tuvieron un efecto moral, sicológico, en las fuerzas armadas, que fue desmoralizador hasta el extremo.
>
> En cambio, alentó el espíritu de las fuerzas revolucionarias. Evidentemente, cuando nos negamos a vender armas a un gobierno amigo,

el gobierno constituido, el pueblo de Cuba y las fuerzas armadas comprendieron que los Estados Unidos ya no apoyarían al gobierno de Batista.

El 14 de marzo, la embajada se enteró de que el Comité Coordinador Cívico, formado por todos los grupos cívicos de Cuba, estaba pensando seriamente en hacer una declaración pública contra el gobierno cubano.

A fin de no menoscabar la futura utilidad del Comité Coordinador Cívico para actuar como órgano mediador en cualquier solución pacífica futura, consideré que el comité debería saber, antes de hacer una declaración pública, que Batista estaba dispuesto a crear una atmósfera favorable en la cual se celebraran las elecciones generales y fomentar la confianza en el pueblo cubano de que las elecciones serían honradas. Por ello, creí que tenía la obligación de conferenciar con el doctor Raúl de Velasco, presidente del Comité Coordinador, así como presidente de la Asociación Médica Nacional.

En nuestra conferencia, le dije que el gobierno de los Estados Unidos tenía una actitud firme de no intervención y que de ninguna manera recomendaba que el grupo del doctor De Velasco usara mi información para hablar con el gobierno. Sin embargo, consideraba que el grupo cívico debía tener conocimiento del hecho de que podría haber una probabilidad de éxito si tenía el deseo de acercarse a Batista.

Según el doctor De Velasco, el Comité Coordinador Cívico había llegado más o menos a una decisión final de hacer la declaración. Empero, dijo que comunicaría nuestra conversación a su comité.

A fin de evitar cualquier futura posibilidad de censura, informé al Primer Ministro Güell de mi conversación con el doctor De Velasco. El Primer Ministro dijo que la aprobaba y que informaría al Presidente.

Pocos días después, los grupos cívicos hicieron una declaración al pueblo de Cuba pidiendo al Presidente que renunciara. Fue una declaración sin firmas; por ello, el documento,

en mi opinión, no menoscababa forzosamente la utilidad de las organizaciones cívicas en cualquier posible mediación futura en que quisieran participar.

La noche del 15 de marzo, fui informado por el ex Ministro cubano de Obras Públicas y el ex embajador cubano en los Estados Unidos, Nicolás Arroyo, en la casa del Primer Ministro, que el gobierno de Cuba se hallaba muy preocupado porque el gobierno de los Estados Unidos había considerado necesario suspender el embarque de armas al gobierno amigo de Cuba. Dijo que el gobierno cubano necesitaba las armas, pues proyectaba un gran ataque contra Castro. Sus palabras fueron las siguientes: "No es posible armar a las tropas con mondadientes. Necesitan armas de fuego."

Al mismo tiempo, el doctor Güell me recordó que el gobierno había tomado siempre la actitud de que no deseaba poner en un aprieto a los Estados Unidos; por ello, si éstos tenían la intención de cancelar los embarques de armas, suplicaba que se informara así al gobierno cubano. Entonces, el gobierno de Cuba cancelaría todos sus pedidos pendientes e intentaría comprar esas armas en otras naciones. Oficialmente, los Estados Unidos sólo habían suspendido el embarque de armas.

Hice la sugerencia de que diera a sus observaciones la forma de un memorándum del gobierno de Cuba a los Estados Unidos y de que yo me encargaría de que fuera enviado inmediatamente a mi gobierno. A continuación, agregué las seguridades del gobierno de los Estados Unidos de que no había ningún cambio en su actitud fundamental. Sin embargo, sabía que, después del 12 de marzo, esto no era cierto.

El 12 de marzo de 1958 es una fecha importante en la historia cubana. Después de esa fecha ya no fue posible obtener ningún apoyo del Departamento de Estado para el gobierno de Batista. Fue el 12 de marzo cuando Batista consideró necesario renovar la suspensión de las garantías constitucionales y volver a imponer la censura de la prensa. En el mismo día, Raúl Castro consiguió establecer un segundo frente en las mon-

tañas de la Sierra del Cristal. Esto fue un grave golpe para el gobierno de Cuba y aumentó grandemente el entusiasmo entre los fidelistas.

Durante meses había recurrido yo a todos los medios de persuasión para convencer a Batista de que restableciera las garantías constitucionales en la isla. Pasando por alto los consejos de sus hombres de confianza, accedió y lo hizo el 25 de enero. El departamento, creyendo que éste era un gran paso en la dirección que deseaba, adoptó una actitud de espera. Como ya dije antes, aceptaron renovar las instrucciones de entrega de los veinte carros blindados, que habían sido pedidos desde hacía algún tiempo.

Ahora, después de siete semanas, aproximadamente, el hombre fuerte se vio obligado a tomar las mismas medidas debido al aumento de las actividades terroristas. Terminó la actitud de espera. Los enemigos de los dictadores derechistas y los elementos simpatizadores de Castro, cuya opinión de la situación era que Batista no podía ya dominar con métodos violentos, volvieron a la carga.

Recordé al departamento que el hecho de dar a la publicidad su decisión de suspender los embarques de armas y hacer cumplir la enmienda que requería que Cuba consultara con los Estados Unidos antes de usar las armas para cualquier otro fin que no fuera la defensa del hemisferio tendría un devastador efecto sicológico. Si Batista caía después de que se dieran a la publicidad estas decisiones, muy bien podría achacarse a los Estados Unidos el derrocamiento del gobierno cubano y el caos y derramamiento de sangre consiguientes.

Aun cuando Batista había suspendido otra vez las garantías constitucionales, recomendé que continuáramos nuestra política de procurar obtener una atmósfera favorable en Cuba para celebrar las elecciones. Si no estábamos dispuestos a salvar la situación apoyando a un gobierno de unidad nacional (comprendiendo la venta de armas a ese gobierno), entonces era éste el único camino lógico que podían seguir los Estados Unidos.

El 17 de marzo, en una reunión del personal de la embajada (compuesto de jefes de todas las secciones, jefes de todos los órganos que prestaban sus servicios en Cuba, contando los oficiales del ejército que formaban parte del Programa de Ayuda para la Defensa Mutua), bosquejé el cambio de política de los Estados Unidos hacia Cuba, como lo indicaba la suspensión del embarque de armas.

Era evidente que ya no había ningún apoyo al gobierno constituido de Cuba.

El 17 de marzo, Jules Dubois, corresponsal del *Chicago Tribune,* cuyas convicciones contra Batista se habían vuelto una obsesión, vino a la Cancillería de la Embajada de los Estados Unidos. Cuando entró en mi oficina, sus primeras palabras fueron para decir que la caída de Batista era inevitable y para preguntar cuándo me uniría a los demás para librarme del hijo de p... Insistió en que no habría elecciones en Cuba y dijo que, en su opinión, el Departamento de Estado debía hacer una declaración que provocara el derrocamiento del gobierno cubano.

Repetí que estábamos buscando una solución pacífica y afirmé que la caída del gobierno de Cuba sería seguida por un baño de sangre. Además, repetí que el Departamento de Estado no tenía ninguna intención de hacer semejantes declaraciones y, con ello, intervenir en los asuntos de Cuba.

Raúl Menocal, ex alcalde de La Habana y Ministro de Comercio en el gabinete de Batista, casi fue asesinado cuando un hombre le hizo siete disparos y no atinó. Dos balas rompieron el brazo del secretario que lo acompañaba. Menocal dijo que estaba mirando la cara del hombre y pudo ver el fuego que salía de la pistola, y probablemente disparó cinco tiros antes de que él se agachara. Menocal no iba protegido por ningún guardián. Éste fue otro intento de los terroristas de asesinar a los miembros del gobierno cubano.

La noche del 17 de marzo, me notificó el señor Houser, del Hotel Hilton, que los periódicos de California publicaban la noticia de que todos los norteamericanos deberían alejarse

de Cuba. Estos incidentes eran parte de la propaganda que se hacía entre el pueblo norteamericano a fin de contribuir al derrocamiento del gobierno cubano. El señor Houser quería saber si estaba sucediendo algo drástico, porque el hotel esperaba dos días más tarde a 300 huéspedes para la gran inauguración de gala del Hotel Hilton. Le dije al señor Houser que, por lo que sabía la embajada, la inauguración del Hotel Hilton se realizaría sin ningún incidente.

El 18 de marzo, nuevamente recomendé al Departamento de Estado que cumpliera su compromiso de entregar los veinte carros blindados. Según mis instrucciones, había informado al Presidente Batista que podía esperar la entrega. Sin embargo, tenía indicaciones de que el Departamento de Estado no iba a cumplir su compromiso.

Lo que hicieron los Estados Unidos al suspender el embarque de armas tuvo un devastador efecto sicológico en el gobierno de Cuba; en cambio, dio gran aliento sicológico a los revolucionarios. Los cubanos dieron a este acto la interpretación de que retirábamos el apoyo a Batista, lo cual era cierto.

El gobierno de Cuba puso reparos a nuestro acto, por ser contrario a la Convención de La Habana de 1928 sobre los Derechos y Deberes de los Estados en el caso de una guerra civil. Pidieron que se renovaran los embarques de armas, ya que tanto los Estados Unidos como Cuba eran signatarios de dicha convención.

El 21 de marzo, el gobierno de Cuba anunció oficialmente que las elecciones se aplazarían hasta el 3 de noviembre de 1958. Este anuncio estaba de acuerdo con la declaración que me había hecho Batista.

El 24 de marzo envié otra vez un telegrama al Departamento de Estado pidiendo que continuaran los embarques de armas en vista de que el Presidente había declarado públicamente que aceptaría cualquier petición razonable de la oposición para celebrar elecciones honradas y crear la atmósfera adecuada para las elecciones, y en vista del hecho de que

estaba dando protección y salvaguardando las vidas y propiedades norteamericanas. También basé mi solicitud para la renovación de los embarques de armas en mi opinión sobre la situación política de Cuba que había enviado el día anterior. En esta opinión, una vez más afirmé que si el gobierno de Cuba caía, los únicos beneficiados serían los comunistas.

Citaré un memorándum personal que hice para posible consulta futura:

> Mi posición no ha variado. Soy imparcial en lo que se refiere al gobierno con respecto a la oposición política; sin embargo, no existe ningún grupo que esté preparado para encargarse del gobierno de Cuba. Considero que tengo la obligación de hacer todo lo posible, dentro de mis limitaciones, para obtener una solución pacífica, aun cuando no pueda conseguir el apoyo del Departamento de Estado para cualquier solución de esa naturaleza. Si Batista abdicara o fuera derrocado, indudablemente habría caos, derramamiento de sangre y vandalismo. Esto significaría el sacrificio de muchas vidas, comprendiendo muchas víctimas inocentes. La locura de la sicología de las multitudes o del populacho es algo aterrador.

Cuando terminaba el mes de marzo, le pedí al Departamento de Estado, antes de adoptar una nueva política de aplazamiento de todos los embarques de armas, que me permitiera sondear a Batista respecto a la posibilidad de que se ausentara de la isla y de que nombrara un gobierno provisional con el apoyo del ejército para vigilar las elecciones. Esto debería responder a las objeciones de la oposición de que no se podrían celebrar elecciones honradas bajo la actual administración.

El Departamento de Estado replicó que no estaba de acuerdo con mi sugerencia, pues la considerarían intervención.

En una cena que dieron el 25 de marzo el embajador peruano, doctor Brandáriz, y su esposa, el Primer Ministro Güell me llevó aparte después de la cena para decir que el Movimiento 26 de Julio tenía conocimiento de que habían embarcado 1,950 armas cortas y después las habían sacado

del barco, y que los revolucionarios aprovecharían esta información. El Primer Ministro me pidió que informara a mi gobierno que el gobierno cubano estaba muy preocupado por lo que veía a la política de los Estados Unidos sobre los embarques de armas.

Hice observar al Primer Ministro que la actitud oficial de los Estados Unidos no había cambiado hacia el gobierno de Cuba, pero que la suspensión de las garantías había sido una gran decepción para mi gobierno. Además, la ocasión en que se había dictado la suspensión de garantías había sido desafortunada, porque se produjo inmediatamente después del testimonio del Secretario Auxiliar de Estado Rubottom ante el Comité de Relaciones Exteriores del Senado de los Estados Unidos. Entendía yo que Rubottom había declarado que el gobierno de Cuba estaba haciendo todos los esfuerzos posibles por establecer un clima adecuado para las elecciones.

A la mañana siguiente recibí una llamada telefónica del Primer Ministro para decirme que el gobierno cubano había decidido cancelar el pedido de veinte carros blindados. No habíamos cumplido nuestra promesa de entregarlos, y el gobierno de Cuba trataba de salvar las apariencias. Daban este paso a fin de no poner en un aprieto a los Estados Unidos y también para demostrar el deseo de Cuba de colaborar con el gobierno de los Estados Unidos. Sin embargo, el Primer Ministro insistió en el punto de vista de que las armas de que disponía Cuba eran anticuadas y se encontraban en mal estado; por lo tanto, el gobierno cubano tenía el vehemente deseo de que los Estados Unidos continuaran el embarque de armas que habían prometido porque las necesitaban para mantener la ley y el orden.

Nuevamente hice la recomendación al departamento de que continuaran los embarques de armas a fin de que el gobierno de Cuba pudiera mantener la ley y el orden. Si lo que nos proponíamos era conseguir una solución pacífica y evitar un baño de sangre, debíamos continuar enviando armas.

En dos ocasiones distintas, en el mes de marzo, me reuní con Herbert Matthews, del *New York Times*. En la primera reunión, el día 18, él y la señora Matthews almorzaron con mi esposa y conmigo en la residencia de la embajada. Antes había hablado yo con el doctor Guillermo Belt, quien me contó que en una larga conversación con Matthews el periodista le había dicho que se había enterado por Homer Bigart, del *Times*, de que yo había dicho que Castro era un bandido. Aun cuando esto incomodó a Matthews, no mencionó mi observación durante el almuerzo, aunque fue él quien más habló.

En opinión de Matthews, Batista caería; habría una huelga general y los resultados serían inevitables. Dijo que la embajada y los Estados Unidos habían intervenido en los asuntos cubanos al tratar de obtener unas elecciones libres y abiertas. Me pareció divertida la afirmación de Matthews porque no pude menos que pensar en cuánto había estado interviniendo él con sus vigorosos editoriales contra Batista. El señor Matthews no quiso aceptar el hecho de que la embajada no podía seguir otro camino.

En nuestra segunda reunión, el día 26, advertí que Herbert Matthews estaba inquieto y preocupado por la situación. No podía entender por qué no caía el gobierno de Batista. Repitió sus acusaciones de intervención del gobierno norteamericano. Le dije a Matthews que yo esperaba una solución pacífica y que continuaría buscándola por remota que fuera la probabilidad de encontrarla. Si mi gobierno no quería ayudar a obtener una solución pacífica debido al miedo de la intervención, entonces la única esperanza que quedaba era la intervención de la Iglesia y la fuerza de su prestigio.

Matthews no estuvo de acuerdo conmigo. En su concepto, no era posible una solución pacífica debido a las emociones exacerbadas del pueblo cubano. Estas emociones tenían que encontrar una salida. Si así fuera, hice observar que sufrirían muchas víctimas inocentes.

Matthews había estado en contacto con el Movimiento 26 de Julio en La Habana y con los revolucionarios en Pinar del Río. Dijo que se realizaría la esperada huelga general, pero ahora no estaba seguro de su resultado. En opinión del periodista, Batista cometió un gran error al restablecer las garantías constitucionales el 25 de enero, pues Matthews estaba convencido de que Batista no sobreviviría.

Le pregunté a Herbert Matthews si los rebeldes habían hecho algunos planes por lo que veía al gobierno provisional o si había un acuerdo sobre los miembros del nuevo gobierno. El editorialista del *Times* replicó que no había acuerdo alguno, fuera de que Fidel Castro quería que Urrutia fuera presidente. Agregó que, a su parecer, Urrutia no duraría mucho en el nuevo gobierno. Era un buen hombre, pero desconocido.

Le dije a Matthews que la actitud oficial del departamento era de no intervención, es decir, que los Estados Unidos no darían ningún paso para mantener a Batista en el poder y tampoco para que lo abandonara.

En este punto, la embajada en La Habana decidió enviar un avión de la misión del ejército de los Estados Unidos a visitar la base naval de Guantánamo, la mina de níquel de la Freeport Sulphur en la bahía Moa y la mina de níquel de Nicaro, propiedad del gobierno norteamericano. El objetivo del envío del avión era el de obtener un efecto tranquilizador y demostrar el interés de la Embajada de los Estados Unidos por los norteamericanos que se encontraban en la Provincia de Oriente (cuartel general de los revolucionarios). Era también el de demostrar a los revolucionarios que la embajada estaba dispuesta a cuidar del personal norteamericano.

La noche del 29 de marzo, el padre John Kelly, presidente de la Universidad Villanova de Cuba, apareció en la residencia de la Embajada Norteamericana sin anunciarse. Después de un saludo cordial, me informó que la Iglesia temía la guerra civil y deseaba conocer cuál era la actitud de los Estados Unidos. Le dije que estábamos gravemente preocupados y nos dábamos cuenta de cuáles eran las condiciones que prevalecían

en Cuba, y agregué que, en mi opinión, la Iglesia era en ese momento nuestra última esperanza de obtener una solución pacífica.

El padre Kelly me dijo que la Iglesia no había podido ponerse en contacto con Fidel Castro y agregó: "Aunque el obispo Serantes de Oriente le salvó varias veces la vida a Castro, me temo que éste no es tan agradecido como debía serlo."

El padre Kelly me habló de los informes de que Fidel, cuando era un niño que asistía a la escuela parroquial, sufrió un accidente en una motocicleta que lo dejó sin sentido durante ocho días. Muchos tienen la opinión de que Fidel no es normal, según el padre Kelly, y atribuyen su falta de normalidad a este accidente.

En opinión del eclesiástico, el gobierno de los Estados Unidos debía hacer una investigación concienzuda sobre los antecedentes de Fidel Castro, pues muy bien podría suceder que Castro fuera el sucesor de Batista.

El padre Kelly, de quien se sabía que era opositor de Batista, estaba muy preocupado por las afiliaciones comunistas del Movimiento 26 de Julio y temía por Cuba si Castro se apoderaba del gobierno.

El padre Kelly dijo que sería mejor que los Estados Unidos intervinieran en ese momento, porque creía que seis meses después de que Castro tomara el poder, tendrían que intervenir por razones humanitarias.

Lo único que pude contestar fue que los Estados Unidos seguirían su política de no intervención y que sólo daríamos nuestro apoyo moral a cualquier intento de la Iglesia de conseguir una solución pacífica. Sin embargo, era posible que los Estados Unidos hicieran una declaración respaldando dichos objetivos.

Al padre Kelly le interesó saber que yo había pedido permiso al Departamento de Estado para ponerme en contacto con el Presidente Batista a fin de hablar con él sobre la conveniencia de que se ausentara de Cuba, estableciendo un

gobierno provisional de unidad nacional y obteniendo el apoyo de los Estados Unidos para ese gobierno provisional hasta que pudieran celebrarse las elecciones generales.

La conversación terminó con una discusión sobre la esperada huelga general. La embajada consideraba que si fracasaba el intento por falta de organización, era posible que los revolucionarios estuvieran más conciliadores. Si el gobierno cubano aplastaba la huelga con grandes pérdidas de vidas, sería difícil predecir los resultados. Si la huelga tenía éxito, el gobierno de Cuba caería, y entonces habría derramamiento de sangre por un periodo indefinido.

La reacción inmediata de Batista a nuestra suspensión de embarques de armas fue la de cancelar todos los pedidos pendientes de armas al gobierno de los Estados Unidos. Quiso contrarrestar la publicidad adversa haciendo aparecer que el gobierno podía obtener armas en otras partes. Sin embargo, el Presidente Batista me informó en numerosas ocasiones que la suspensión de armas de parte de los Estados Unidos retardó su programa de seis meses, por lo menos, porque había que reemplazar esos pedidos con otros gobiernos. El gobierno de Cuba podía comprar material de guerra de la República Dominicana, Inglaterra, Italia y otros países. La consecuencia fue una aglomeración de armas de diferentes tipos y de varios países.

Los revolucionarios seguían recibiendo embarques de armas de los Estados Unidos, Venezuela, México y otras naciones. Asimismo, los revolucionarios podían obtener armas de las fuerzas armadas cubanas. Algunos miembros del ejército cubano no tenían escrúpulo en vender las armas a los revolucionarios. Obtenían algunas armas mediante la captura y otras por la deserción. Los rebeldes robaban dinamita y explosivos de los campos mineros norteamericanos. Los rebeldes hacían minas terrestres y granadas de mano con los explosivos y la dinamita que robaban de las compañías norteamericanas.

Además de la suspensión de los embarques de armas a Cuba, el Departamento de Estado ejercía presión sobre el go-

bierno de Cuba llamando su atención sobre la violación de las estipulaciones del Programa de Ayuda para la Defensa Militar con Cuba, las cuales determinaban que el uso del equipo para cualquier otro propósito que no fuera la defensa del hemisferio necesitaba el consentimiento previo de los Estados Unidos. El gobierno norteamericano ostenía que las fuerzas armadas cubanas habían usado cierto equipo para aplastar la revuelta de Cienfuegos en septiembre de 1957.

Se ejerció presión sobre el gobierno de Cuba declarando que un batallón de infantería, que había sido equipado gracias al Programa de Ayuda para la Defensa Militar, estaba siendo usado en la Provincia de Oriente contra las fuerzas de Castro. Cuando le pregunté al Presidente Batista sobre este respecto, dijo que era imposible en esos momentos obtener información precisa sobre el despliegue de este batallón, pues había sido absorbido por las fuerzas expedicionarias y se había desplegado en varias unidades de combate del ejército.

Por instrucciones del Departamento de Estado, informé al Primer Ministro Güell que mi gobierno esperaba que todo el personal equipado y entrenado de acuerdo con el Programa de Ayuda para la Defensa Militar sería retirado de la lucha contra los revolucionarios.

El Cuarto Piso del Departamento de Estado sufría la constante presión de los representantes de los revolucionarios en Washington y de muchos importantes rebeldes en el exilio. Algunos de estos dirigentes revolucionarios habían sido detenidos alguna vez por Batista, tan sólo para salir de la prisión y que se les permitiera buscar asilo en los Estados Unidos.

Batista se inclinaba a acceder a la presión y dejar en libertad a sus enemigos. En una u otra ocasión, muchos de los revolucionarios distinguidos habían sido aprehendidos por Batista, comprendiendo a Fidel Castro y Manuel Antonio de Varona. La libertad de Castro y sus partidarios contribuyó más tarde a provocar la caída de Batista. A éste lo dominaba una combinación extraña y contradictoria de impulsos. Aunque lo consideraban un dictador cruel, en todos los años en que fue

el poder dominante en Cuba se abolió la última pena. Fue el "salvador del pueblo cubano", Fidel Castro, quien restableció la pena de muerte y la impuso de manera repugnante y excesiva a los enemigos de su revolución.

Los representantes de los revolucionarios en Washington ejercían constante presión sobre el Departamento de Estado en lo que se refiere al uso del equipo del Programa de Ayuda para la Defensa Militar en Cuba. El Departamento de Estado siguió ejerciendo presión sobre el gobierno de Cuba por lo que respecta a las violaciones de estas estipulaciones por medio de la Embajada Cubana en Washington y de la Embajada de los Estados Unidos en La Habana.

A principios de marzo de 1958 se entregó una nota formal al gobierno cubano llamando su atención sobre estas cuestiones y pidiendo un informe. La nota puso en un aprieto al gobierno de Cuba, que deliberadamente retrasó la respuesta a la nota del gobierno de los Estados Unidos. Recibí instrucciones de recordársela de vez en cuando al Primer Ministro y de preguntarle cuándo podría esperar la respuesta el Departamento de Estado.

En una reunión con los jefes de la misión, les pedí que evitaran toda publicidad y que se cercioraran de que no les tomaran ninguna fotografía en relación con las armas que estaban en Cuba de acuerdo con el Programa de Ayuda para la Defensa Militar. Insistí en que todas sus actividades tuvieran como guía la más absoluta discreción, pues el Departamento de Estado se encontraba bajo la presión de los revolucionarios cubanos por lo que veía a las actividades de nuestras misiones. El Departamento de Estado informó a los exiliados cubanos que las misiones norteamericanas en Cuba servían para un fin muy útil y cumplían las estipulaciones del tratado, según el cual se establecieron, y su fin era el de ayudar al gobierno de Cuba a entrenar sus fuerzas militares para la defensa del hemisferio. Asimismo, se recordó a todo el personal de las misiones, comprendiendo los agregados, que no deberían acercarse a las áreas de combate. De otra manera, acusarían a los

Estados Unidos de estar ayudando activamente a las fuerzas del gobierno.

Tanto el Presidente Batista como el Primer Ministro Güell me dijeron que el gobierno cubano estaba luchando por su vida misma contra los terroristas y los revolucionarios inspirados por los comunistas. Batista agregó que el gobierno de Cuba era amigo de los Estados Unidos y apoyaba sinceramente a este país en su lucha contra el comunismo. No podía entender la intervención de los Estados Unidos en favor de Castro en aquellas horas de necesidad para Batista.

El Presidente hizo observar, además, que el acuerdo del Programa de Ayuda para la Defensa Militar se había celebrado entre Cuba y los Estados Unidos en 1952, cuando el Presidente de Cuba era el doctor Prío Socarrás y antes de que Batista tomara el poder. Las misiones militares de los Estados Unidos se establecieron un año antes de que el doctor Prío fuera Presidente.

Expliqué a Batista que las razones de que nuestro gobierno se viera obligado a suspender los embarques de armas se debían a la presión pública y a la presión de los miembros del Congreso que no entendían que vendiéramos armas al gobierno de Cuba para ser usadas por los cubanos contra los cubanos.

En marzo de 1958, el Departamento de Estado hizo pública la suspensión del embarque de 1,950 rifles Garand. El efecto sicológico de este anuncio fue perjudicial para el gobierno de Cuba. El Primer Ministro Güell me informó que el gobierno cubano estaba muy preocupado por la ocasión y la necesidad de este anuncio. El Primer Ministro Güell no creía que fuera necesario que los Estados Unidos hicieran pública esta decisión.

El Presidente Batista me informó que había sabido por sus embajadores en diversas naciones que el Departamento de Estado había persuadido a esos países a no vender armas al gobierno cubano. También a esto lo consideraba intervención en los asuntos cubanos, en favor de los terroristas. Al preguntar al Departamento de Estado, me enteré de que lo que decía

Batista era cierto. Cuando a ciertos funcionarios del Cuarto Piso del Departamento de Estado les preguntaron los representantes de otras naciones sobre la venta de armas a Cuba, aclararon que los Estados Unidos verían con desaprobación esas ventas, aunque los Estados Unidos comprendían muy bien que la decisión final en tales cuestiones era exclusivamente de la jurisdicción de una nación soberana. Dicha intervención por insinuaciones fue parte de la campaña para provocar la caída del gobierno de Batista.

La presión continuó hasta que algunos ciudadanos norteamericanos, comprendiendo infantes de marina y marineros, fueron secuestrados por Raúl Castro.

El 18 de marzo recibí una visita del doctor Guillermo Belt con la buena noticia de que la Iglesia podría volver a entrar en escena. Su información provenía del cardenal, y el doctor Belt me informó que estaba usando su influencia para este fin.

El doctor Jorge de Cubas vino a la Embajada de los Estados Unidos para hacer una visita el 19 de marzo a fin de inquirir sobre la actitud del gobierno de los Estados Unidos. El doctor De Cubas era miembro de la firma de abogados Lazo y Cubas, probablemente la más distinguida y más conocida de La Habana. El doctor Cubas es un hombre de estudios, inteligente y bien informado. Esta visita era la segunda vez en que venía a verme en un periodo de tiempo relativamente corto.

En su visita previa, unos días antes, el doctor De Cubas había venido a verme para preguntar si había algún cambio en la actitud del gobierno de los Estados Unidos. El doctor Jorge de Cubas había visitado a Eusebio Mujal, dirigente del movimiento obrero cubano (Confederación de Trabajadores de Cuba) y me informó que Mujal estaba muy preocupado por la actitud de la Iglesia y la actitud del gobierno de los Estados Unidos hacia el gobierno de Cuba. Si la actitud del gobierno de los Estados Unidos hacia Batista cambiaba, seguramente Mujal no se mantendría firme. En nuestra primera

entrevista, le dije al doctor De Cubas que la actitud de los Estados Unidos no había cambiado. Cuba era un gobierno amigo, reconocido por los Estados Unidos, y continuarían nuestras relaciones amistosas. No había cambio alguno en las relaciones entre Cuba y los Estados Unidos. Además, agregué que los Estados Unidos no cambiarían sus relaciones con un gobierno amigo tan sólo porque las circunstancias se volvieran insostenibles para ese gobierno.

En nuestra segunda reunión, el 19 de marzo, el doctor De Cubas me dijo que si no hubiera sido por las seguridades que le di en la entrevista anterior, Eusebio Mujal se habría ido seguramente de Cuba. Como hice observar más tarde, Batista seguía en el poder porque contaba con el apoyo del ejército y los dirigentes obreros, y porque la situación económica era buena. Si Mujal se hubiera ido de Cuba, se habría eliminado uno de los principales puntales que sostenían a Batista, pues Mujal dominaba el movimiento obrero en favor de Batista.

Me enteré por el doctor De Cubas que el arzobispo Pérez Serantes, de la Provincia de Oriente, había celebrado una entrevista con el Presidente Batista el día anterior. El obispo Martín Villaverde, de la Provincia de Matanzas, había hablado también con Batista y le había asegurado a éste que la Iglesia no se oponía a él. El obispo Villaverde le sugirió a Batista que se estableciera un gobierno provisional en Cuba para vigilar las elecciones generales. Para que éste tuviera éxito, el gobierno provisional debería contar con el apoyo del ejército. Batista tendría que retirarse y, según la ley, el magistrado más antiguo de la Corte Suprema encabezaría al gobierno provisional. Aunque Batista no quiso comprometerse, el obispo Martín Villaverde se sintió lo suficientemente alentado para pensar en una entrevista con Fidel Castro.

El doctor De Cubas me preguntó si existía alguna posibilidad de que yo pudiera obtener el apoyo de los Estados Unidos para este plan. Le contesté al doctor De Cubas que ya había hablado de ello con el Departamento de Estado en

numerosas ocasiones. La decisión del Departamento era que no apoyarían a ningún plan, debido a la política de los Estados Unidos de no intervención. De buena gana respaldarían un plan semejante y darían su apoyo moral, pero únicamente si tenía éxito.

El doctor De Cubas dijo que el obispo Martín Villaverde estaba dispuesto a celebrar las negociaciones como persona particular. Si la misión no tenía éxito, entonces podría asumir la responsabilidad el obispo como persona particular.

Evidentemente, la Iglesia estaba dispuesta a entrar de nuevo en la escena. A la Iglesia le inquietaba la actitud adoptada por el gobierno de los Estados Unidos. Si el gobierno de Cuba caía durante estas negociaciones, se achacaría la culpa a la Iglesia. Ésta consideraba que los Estados Unidos deberían estar dispuestos también a compartir esa responsabilidad.

Mientras tanto, en la embajada proseguimos nuestros planes de evacuación por si derrocaban al gobierno cubano. El cónsul general Brown había hecho el plan. Bajo la vigilancia del ministro consejero Braddock se entregó cierta cantidad de carteles con la bandera norteamericana (para fijarse en las casas del personal). Obtuvimos del departamento veinticinco mil dólares en efectivo a fin de que la embajada pudiera satisfacer las necesidades de los norteamericanos en el caso de que la situación se tornara caótica.

El 29 de marzo me reuní con Stanley Fordham, embajador de la Gran Bretaña, en el Biltmore Club de La Habana, y le indiqué que, en caso urgente, teníamos la esperanza de que el gobierno de la Gran Bretaña y el de los Estados Unidos trabajarían tan unidos como gemelos siameses. La Embajada de los Estados Unidos quería que el embajador de la Gran Bretaña supiera que todos nuestros recursos estarían a su disposición, y le di a conocer nuestros planes.

Tuve la misma conversación con el embajador del Canadá, y también le aseguré que, en caso urgente, los recursos de la Embajada de los Estados Unidos estaban a su disposición.

La esposa del ministro consejero Braddock, la esposa de Eugene Gilmore, jefe del Departamento Económico, y mi esposa, prepararon y mecanografiaron una serie de planes para el caso de la evacuación urgente, los cuales deberían ser seguidos por las esposas de los funcionarios de la embajada. El memorándum abarcaba gran parte de lo que se esperaba de las mujeres norteamericanas que se encontraban en la embajada, como llenar la bañera de agua, preparar de antemano la comida, permanecer en el interior, etc.

La sensación de inquietud se propagaba a todos los grupos. Muchos de los dirigentes sociales estaban perdiendo la confianza en que sobreviviera Batista y pensaban en buscar otro puerto. Ahora que el barco parecía irse a pique, muchos de ellos, que ocho meses antes eran entusiastas simpatizadores de Batista, empezaban a hablar claro del actual régimen.

Serafín Romualdo, dirigente obrero, llegó con una delegación para la inauguración del Hotel Hilton. Me dijo que tenía miedo de que lo vieran con Batista porque no quería que se le considerara simpatizador ni opositor de éste. Romualdo me había preguntado antes si debía asistir a la inauguración. Le contesté que sería mejor que usara su propio juicio. De los dirigentes obreros a los dirigentes sociales, todos estaban dispuestos a abandonar el barco ahora que sentían llegar el inminente desastre.

Para el 31 de marzo, la Iglesia estaba dividida en su actitud a fin de obtener una solución pacífica en Cuba. El arzobispo de la Provincia de Oriente, Pérez Serantes, no estaba dispuesto a pedir una tregua. A pesar de ello, hizo un llamamiento por medio de una carta pastoral el domingo 31 de marzo, pidiendo la paz. No pedía una tregua. La mayoría de los habitantes de la Provincia de Oriente no querían una tregua. Oriente era el cuartel general de los rebeldes.

Entre el primero y el 5 de abril habían fijado los castristas la fecha para que se iniciara la huelga general, y exhortaban a todo el mundo a participar en ella. Castro había hecho el voto de iniciar su guerra total contra Batista en ese momento.

En La Habana, que Castro tenía que capturar para triunfar en Cuba, la situación era tensa, pero, al parecer, todavía el primero de abril era normal. Para ese día, la ciudad estaba llena de periodistas norteamericanos que esperaban la iniciación de la huelga general y la posibilidad de la guerra civil.

Los periodistas norteamericanos explotaban las noticias en favor de los revolucionarios y exageraban las condiciones caóticas de La Habana. Los barbudos rebeldes, con sus curiosos uniformes, despertaban el interés y daban mucho que escribir, pero la descripción de las condiciones caóticas en Cuba no eran exactas y aumentaron las dificultades en ese país.

Esa semana reinó la tranquilidad en La Habana, a pesar de que los castristas siguieron hostilizando a las propiedades norteamericanas. Ciento cincuenta revolucionarios armados llegaron a las propiedades norteamericanas en la bahía de Moa y suspendieron las operaciones de la compañía minera durante un día, lo cual no era muy difícil hacer ya que sólo había entonces unos cuantos soldados. Mataron a un cabo. Ésta fue una incursión típica.

El 30 de marzo, el gobierno capturó un gran embarque de armas y también obtuvo los nombres de las personas a las que se habían enviado.

A principios de marzo había tenido yo informaciones del doctor Guillermo Belt que me hicieron creer que la huelga general no tendría éxito. El doctor Belt se enteró, gracias a una persona que ayudaba económicamente al Directorio Revolucionario (DR) de que el movimiento del DR había enviado decir a Castro que nombrarían al alcalde, al jefe de la policía y a los dirigentes del gobierno político de La Habana cuando terminara con éxito la huelga general.

Fidel Castro respondió que todos los nombramientos los haría él en persona y que nadie más tenía autorización para hacerlos. Los dirigentes del DR se indignaron y le dijeron a Fidel Castro que, si ésa era su actitud, no participarían en la huelga general. Desde que el movimiento del DR atacó el Palacio Presidencial en marzo de 1957, había habido celos

entre el Movimiento 26 de Julio y el DR. Éste era otro indicio de que Fidel se proponía manejar el gobierno completamente solo y que no colaboraría con ninguna otra autoridad.

Sabía por experiencia que la información del doctor Belt era digna de confianza, por lo que pensé que la huelga general no tendría éxito. Aunque la embajada tenía pruebas de que los comunistas apoyaban activamente al Movimiento 26 de Julio en sus planes para que triunfara la huelga general, no creía yo que tendría éxito. Sin la participación del DR, la huelga no podría tener éxito en la Provincia de La Habana. Y a no ser que tuviera éxito en la Provincia de La Habana, estaba condenada al fracaso. Nuestros pronósticos resultaron correctos.

Poco antes del 9 de abril, las fuerzas armadas de la república estaban a la defensiva. El gobierno sabía que tenía que fortalecer su posición, pues sería un error negociar con los rebeldes en una posición débil.

Entre la oposición había una división completa acerca de qué es lo que negociarían, salvo el aplazamiento de la fecha de las elecciones. El gobierno cubano, a petición de la oposición política, había adelantado la fecha de las elecciones, a fin de que pudieran hacerse los cambios debidos en el código electoral. El gobierno de Cuba aceptaría una tregua únicamente después de haber fortalecido su posición, pues no creía que los rebeldes respetarían la tregua, sino que continuaría la violencia y el sabotaje, y entonces acusarían al gobierno de violar la tregua.

La actitud por lo que ve a la aceptabilidad de la tregua dependía de cuál de los bandos tuviera la ascendencia. En ese momento particular, antes de las elecciones y antes de la huelga general, los rebeldes creían que su posición se encontraba en un punto culminante y se sentían optimistas en cuanto a sus probabilidades de apoderarse del gobierno de Cuba. Por lo tanto, no se hallaban en estado de ánimo para discutir sobre una tregua.

La situación de Cuba era como dejar caer soda en un vaso de agua. Burbujea un momento y luego se acaba. Cuando burbujeaba, los rebeldes parecían tener la ascendencia. Cuando se detenía, el gobierno de Cuba parecía haber recuperado el dominio de la situación.

El doctor Güell, que también ocupaba el puesto de Primer Ministro, era un diplomático caballeroso, apacible. Declaraba estar contra la violencia y contra los dictadores, pero confesaba que a veces la policía era demasiado celosa al recurrir a la violencia. Fue desafortunado para el Ministro de Estado Güell que aceptara el nombramiento de Batista de Primer Ministro. Este nombramiento lo sacó del mundo diplomático y lo puso al lado de Batista, con su lucha por la supervivencia política. Güell era sincero en su creencia de que con Castro habría una dictadura izquierdista en Cuba. En lo que ve al comunismo, las palabras del Primer Ministro eran las siguientes: "Si Castro llega al poder, la situación de Cuba será peor aún que la de Guatemala. El comunismo prevalecerá."

El doctor Güell parecía sincero en sus seguridades de que Batista quería entregar el poder a un nuevo Presidente, ya fuera un candidato del gobierno o del partido de la oposición, el cual tendría que ser elegido por el pueblo y estar dispuesto a garantizar el desarrollo democrático normal de Cuba.

En respuesta a mi sugerencia de que el Presidente debía anunciar públicamente su intención, el doctor Güell dijo que creía que Batista accedería.

Estuvimos de acuerdo en que esto podría lograrse haciendo que el Presidente apoyara públicamente una declaración en esos términos, que harían los cuatro partidos de coalición del gobierno. El Primer Ministro llamó más tarde por teléfono para decir que el Presidente había convenido en hacer dicha declaración. Batista lo hizo unos días después, pero la declaración no fue lo bastante vigorosa para ser convincente.

El Departamento de Estado me autorizó para sugerir al Presidente que invitara, además de la Iglesia, a los dirigentes políticos de la oposición y de la clase obrera y a los dirigentes

cívicos para discutir los pasos que debían darse a fin de asegurar que las elecciones serían libres y abiertas. Además, me autorizaron para sugerir al Presidente que discutiera con estos dirigentes las maneras y los medios de obtener la colaboración de estas diversas organizaciones con el objeto de asegurar que las elecciones serían honradas.

No cabe ninguna duda de que la decisión del Departamento de Estado de suspender los embarques de armas a Cuba fue el paso más eficaz que diera el Departamento para provocar la caída de Batista. Apenas pasaba día sin que el gobierno de Cuba me recordara esta cuestión.

El doctor Güell insinuó afablemente que comprendía la situación embarazosa en que las críticas de la prensa y del Congreso de los Estados Unidos habían colocado al Departamento de Estado. Le dije que el secretario auxiliar Rubottom esperaba ser llamado pronto ante el Comité de Relaciones Exteriores del Senado para explicar la política del Departamento de Estado con respecto a las armas. Intenté aclarar que nuestras relaciones amistosas con el gobierno de Cuba no habían cambiado.

Al informar sobre estas conversaciones al Departamento de Estado, hice el comentario de que, en mi opinión, la mayoría de los cubanos deseaban una solución pacífica, y que ésta era también la esperanza y el objetivo de la embajada. También recordé al Departamento de Estado que es muy difícil deshacerse de las dictaduras, aunque es relativamente fácil cambiar de dictadores; que el pueblo de Cuba tenía que vérselas con un tigre y que no sería solución cambiar de tigres.

A fin de salvar las apariencias, el gobierno cubano canceló todos los pedidos de tanques, granadas y rifles. Sin embargo, deseaban saber si continuaría el embarque de partes de repuesto.

El 3 de abril, recomendé encarecidamente al Departamento de Estado que se hiciera algo favorable sobre el embarque de las partes de repuesto pedidas. Hice observar que

la situación política de Cuba se había convertido en una guerra civil entre dos figuras dominantes, el pretendiente a dictador Castro y el dictador Batista. Recordé al departamento que estábamos pidiendo constantemente al gobierno cubano que protegiera las propiedades norteamericanas contra los esfuerzos de sabotaje de los revolucionarios y enumeré ciertas instalaciones de los Estados Unidos que ya habían sido dañadas. Además, afirmé que los comunistas apoyaban activamente a Castro y colaboraban con su Movimiento Revolucionario en sus esfuerzos por hacer que triunfara la esperada huelga general.

Capítulo XIII

LA BASE NAVAL DE GUANTÁNAMO

Fuera de los límites continentales de los Estados Unidos, una de las principales bases navales norteamericanas es la que se encuentra en la bahía de Guantánamo, en la Provincia de Oriente.

Cuando fui embajador en Cuba, había, aproximadamente, 2,500 infantes de marina y marineros en la base y más o menos 2,500 parientes de los hombres que estaban en servicio. Además, la base empleaba a unos 5,000 cubanos.

El abastecimiento de agua de Guantánamo viene de una instalación en Yateras, situada en territorio cubano, a ocho kilómetros de la base. Esta instalación era propiedad de una compañía cubana y la manejaban los cubanos. El agua llegaba a la base mediante una cañería. La instalación estaba custodiada por soldados cubanos.

En marzo de 1958, me enteré por el comandante de la base, almirante R. B. Ellis, de que estaba muy preocupado por la seguridad de la instalación de Yateras y pedía que se comunicara esto al gobierno cubano, pues corrían rumores de que los revolucionarios cortarían el abastecimiento de agua dañando la instalación. Existía también el problema de que únicamente el personal cubano conocía el funcionamiento de la planta.

Le pedí autorización al Presidente Batista para que el comandante de la base norteamericana enviara a Yateras per-

sonal de la base, no uniformado, a fin de que pudieran familiarizarse con el funcionamiento de la planta.

Batista quería la protección conjunta de la planta entre la armada de los Estados Unidos y el ejército cubano, cosa que no podíamos conceder. El Departamento de Estado deseaba aclarar que los Estados Unidos de ninguna manera violarían la soberanía de Cuba y que en ningunas circunstancias podrían emplearse tropas norteamericanas con las tropas cubanas para proteger la instalación. Informé al Presidente que las fuerzas de los Estados Unidos no se usarían en el funcionamiento de la instalación más que en el caso de que el gobierno de Cuba no pudiera dar la protección necesaria. En el caso de que el gobierno cubano considerara necesario retirar las tropas de la instalación, le pedía permiso al Presidente para usar a los infantes de marina norteamericanos.

Quedó claramente entendido que no quedaría personal cubano en el lugar de la instalación si el comandante de la base de Guantánamo enviaba personal norteamericano.

El 4 y 5 de abril se celebraron negociaciones entre el Primer Ministro Güell y yo. Por fin llegamos a un acuerdo que permitiría a los norteamericanos aprender el manejo del acueducto. Los cubanos tendrían la principal responsabilidad en la protección del abastecimiento de agua. Si era necesario retirar las tropas cubanas en un caso urgente, los infantes de marina de los Estados Unidos tendrían de antemano autorización para encargarse de la protección de la instalación.

Me empeñé particularmente en cerciorarme de que el gobierno cubano entendía que los infantes de marina norteamericanos no podían pelear y no pelearían junto con las tropas cubanas. Sería éste un arreglo informal, que terminaría cuando se acabara la necesidad urgente actual. Unos días después, el comandante de la base norteamericana recibió la autorización de Batista para usar a los infantes de marina en las condiciones indicadas, si se consideraba necesario.

El Departamento de Estado autorizó al comandante de la base para que asumiera la responsabilidad de proteger el abas-

tecimiento de agua de Guantánamo si el gobierno de Cuba no podía dar la protección adecuada. Con la aprobación del gobierno de Cuba, la armada de los Estados Unidos hizo arreglos para la preparación del personal no uniformado en el funcionamiento de la planta.

En abril, Batista me dijo que las tropas lo estaban haciendo bien en la Provincia de Oriente, donde se hallaba situada la instalación de agua, y que el gobierno cubano dominaba la situación.

Para julio, dijo: "Los soldados que se encuentran en la instalación son presa fácil. Los rebeldes pueden tenderles una emboscada cuando quieran."

A fines de julio, fueron retiradas las tropas cubanas que custodiaban la instalación. El comandante de la base naval pidió autorización para enviar infantes de marina a la instalación. Recibí permiso del Departamento de Estado para conceder dicha autorización al comandante de la base naval norteamericana, de acuerdo con nuestro arreglo de abril anterior. El 28 de julio, un destacamento de infantes de marina de los Estados Unidos se encargó de la instalación de agua de Yateras.

Los Estados Unidos no tenían otra alternativa. Era absolutamente necesario proteger el abastecimiento de agua porque había 10,000 personas que no podían conseguirla en otra parte. Además, el envío de los infantes de marina para proteger la instalación se hizo con la aprobación previa del gobierno de Cuba.

Yo tenía la creencia de que a Fidel Castro le molestaría el envío de infantes de marina norteamericanos a la instalación porque esto permitía que el gobierno de Cuba retirara tropas del servicio de guardia a fin de usarlas en el área de combate. Efectivamente, Fidel Castro gritó: "¡Intervención!" y exigió el retiro inmediato de las tropas norteamericanas, afirmando que los Estados Unidos estaban violando la soberanía cubana. Los comunistas renovaron sus viejas acusaciones al imperialismo yanqui.

El Departamento de Estado sucumbió a la presión de los representantes de los revolucionarios en Washington y pidió al Departamento de Marina que retirara a los infantes de la instalación. El Departamento de Estado preparó un anuncio a la prensa anunciando el retiro de los infantes de marina.

En la noche del 30 de julio, el Primer Ministro Güell vino a la residencia de la Embajada de los Estados Unidos para protestar contra el esperado anuncio a la prensa sobre el retiro de los infantes de marina, del cual se enteró por medio de la Embajada Cubana en Washington. El anuncio lo haría el Departamento de Estado sin informar al gobierno de Cuba. Como consecuencia de una llamada por teléfono al secretario auxiliar Rubottom, pude aplazar el anuncio del departamento hasta que el gobierno cubano fuera informado sobre la manera en que estaba redactado. Esto dio al gobierno de Cuba la oportunidad de hacer un anuncio simultáneo por su cuenta para salvar las apariencias.

El 31 de julio fueron retirados nuestros infantes de marina y la instalación de agua quedó provisionalmente sin protección. El 2 de agosto, el gobierno envió nuevas tropas para protegerla, e indicó que sólo se habían usado infantes de marina norteamericanos en ella durante el intervalo necesario para reemplazar a los soldados cubanos. Después del retiro de los infantes de marina, el Departamento de Estado conferenció directamente con los representantes de Castro en Washington, pidiéndoles que no estorbaran el abastecimiento de agua de la base, e hizo observar que podría haber una reacción desfavorable en los Estados Unidos.

El temor de que los rebeldes cortaran el abastecimiento de agua continuó durante todo el año 1958.

El Presidente Batista me aseguraba de vez en cuando que daría la protección necesaria a la instalación. A pesar de sus seguridades, no pudo hacerlo cuando este territorio fue dominado por los rebeldes.

En noviembre, los rebeldes empezaron otra vez sus actividades de hostilidad contra la instalación de Yateras. De

acuerdo con la conocida táctica comunista de guerrillas, cortaron el abastecimiento de agua durante una hora el primer día, dos horas el segundo día y tres horas el tercer día. El comandante de la base naval norteamericana me pidió autorización para enviar infantes de marina a Yateras. Inmediatamente envié esta petición al Departamento de Estado, apoyando las recomendaciones y comunicando al Departamento que Batista había aprobado nuestra solicitud de enviar infantes de marina a la instalación hasta que él pudiera proporcionar tropas cubanas. Pedí la autorización del Departamento de Estado para aprobar la petición del comandante de la base naval si había nuevas interrupciones del abastecimiento de agua.

El Departamento de Estado, mediante sus relaciones con los revolucionarios en Washington, nuevamente instó a Castro a no reanudar estos actos hostiles e irresponsables. El Departamento de Estado procuraba todavía incitar el sentido de responsabilidad entre los dirigentes revolucionarios.

El Presidente Batista dijo que tenía tres alternativas. Preguntó cuál de las tres recomendábamos:

a) Dejar sin protección la instalación.

b) Proteger la instalación conjuntamente con infantes de marina norteamericanos y tropas cubanas.

c) Destinar aproximadamente a cincuenta soldados para ser sacrificados.

El Departamento de Estado contestó que informara al Presidente Batista que debía escoger la alternativa *c)*. Batista me dijo que enviaría tropas navales a la instalación y solicitó permiso para desembarcar a los infantes de marina cubanos en la base naval a fin de enviarlos a la instalación de agua. Yo no podía acceder a esta petición, pues los Estados Unidos quedarían en la situación comprometedora de estar ayudando activamente al gobierno de Cuba.

Por fortuna, las fuerzas de Castro no cortaron nuevamente el agua, por lo que no fue necesario hacer nada más.

Estos actos irresponsables de los revolucionarios para hostilizar a los Estados Unidos estaban inspirados por los comunistas y eran típicos de las maquinaciones de Raúl Castro.

El uso de los infantes de marina norteamericanos para servicio de protección en territorio cubano planteaba un delicado problema para el Departamento de Estado, aun cuando nuestros infantes fueran invitados por el gobierno cubano para proteger el abastecimiento de agua que era indispensable para la vida de 10,000 seres humanos.

A los revolucionarios les divertía insultar, atormentar y hostigar a los Estados Unidos porque parecían considerar que no haríamos nada para dañar a la revolución.

Capítulo XIV

INTERVENCIÓN NORTEAMERICANA Y CAÍDA DE BATISTA

Lo que hacían cotidianamente los del Cuarto Piso del Departamento de Estado determinaba la política exterior latinoamericana de los Estados Unidos por lo que veía a Cuba. Estos funcionarios procuraban complacer a la opinión liberal norteamericana, a veces a riesgo de sacrificar la dignidad norteamericana.

Enumeré algunos de los actos cotidianos de los del Cuarto Piso del Departamento de Estado que determinaron la política exterior de los Estados Unidos hacia Cuba (no están enumerados en el orden de su importancia):

1) Suspensión de la venta de armas y municiones al gobierno de Cuba, la cual tuvo un devastador efecto sicológico en quienes apoyaban al gobierno cubano. Por otra parte, este acto tuvo un gran efecto sicológico de aliento para los partidarios de Castro. Obligó a Batista a buscar armas en otra parte, lo cual entrañaba gran retraso. Además, la negativa de los Estados Unidos hacía difícil que Cuba obtuviera armas de otras naciones.

2) Negativa a cumplir los pedidos de armas pendientes, que habían sido pagados previamente.

3) Suspensión del embarque de todas las partes de repuesto para el equipo de combate.

4) Consejo al Departamento de Defensa de no embarcar equipo militar que pudiera ser causa de polémicas.

5) El no cumplir nuestra promesa de entregar veinte carros blindados.

6) El no cumplir nuestra promesa de entregar quince aeroplanos de instrucción.

7) El hacer declaraciones públicas que dañaban al gobierno cubano, ayudaban a los rebeldes y no ayudaban a los Estados Unidos, como el dar a la publicidad la suspensión del embarque de 1,950 rifles Garand; el dar a la publicidad la noticia de la suspensión del embarque de equipo del Programa de Ayuda para la Defensa Militar; el dar a la publicidad la noticia de que los Estados Unidos no enviarían armas ni al gobierno cubano ni a los rebeldes. Con esto, el personal subalterno del Departamento de Estado creó la impresión en el público de que los Estados Unidos reconocían a los revolucionarios como beligerantes.

8) Intervención por insinuaciones: el persuadir a otros gobiernos de que no vendieran armas al gobierno cubano.

9) El no permitir que los oficiales de los servicios militares, agregados a los grupos consejeros de Ayuda Militar, cumplieran debidamente sus funciones, según lo estipulaba el Programa de Ayuda para la Defensa Militar; es decir, el reprimir todas las actividades que pudieran considerarse ofensivas para los revolucionarios.

10) El ejercer presión sobre el gobierno de Cuba llamando continuamente su atención sobre la violación de las estipulaciones del Programa de Ayuda para la Defensa Militar con Cuba, el cual determinaba que el equipo militar no podría usarse para otros fines que no fueran la defensa del hemisferio sin el consentimiento previo de los Estados Unidos.

11) El ejercer presión sobre el gobierno cubano afirmando repetidamente que el batallón de infantería que había sido equipado de acuerdo con el Programa de Ayuda para la Defensa Militar, estaba siendo empleado para suprimir la rebelión en la Provincia de Oriente, e intentando luego obligar al gobierno a dispersar y retirar a este batallón de infantería del servicio activo.

12) El pedir al gobierno de Cuba que retirara de la zona de combate *todo* el equipo del Programa de Ayuda para la Defensa Militar y el personal entrenado.

13) El poner en un predicamento al gobierno de Cuba entregando una nota formal en marzo de 1958, en la que se llamaba su atención sobre estas cuestiones y se pedía un informe.

14) El no ejercer suficiente presión sobre el Departamento de Justicia para hacer cumplir nuestras leyes de neutralidad.

15) El permitir que el doctor Carlos Prío Socarrás y sus partidarios violaran las leyes de neutralidad de los Estados Unidos. Al doctor

Prío Socarrás se le permitió entrar en los Estados Unidos en la primavera de 1956 de manera condicional. Se convino en que, si violaba las leyes norteamericanas, automáticamente terminaría su derecho a permanecer en territorio norteamericano. Según el acuerdo, podía haber sido expulsado de los Estados Unidos. Batista estaba convencido de que el doctor Prío y sus agentes eran la principal fuente de abastecimiento de armas, municiones y soldados para la Sierra Maestra. No se obtuvo el enjuiciamiento del doctor Prío hasta mediados de febrero de 1958, y salió inmediatamente libre bajo fianza. Las actividades del doctor Prío eran motivo de grave preocupación para el Presidente Batista. Éste me dijo en numerosas ocasiones que si los Estados Unidos reprimían las actividades del doctor Prío, él podría derrotar a Fidel Castro.

16) El pedir al Departamento de Inmigración que fuera indulgente con ciertos exiliados revolucionarios cubanos, permitiéndoles prolongar su visita a los Estados Unidos.

17) El mantener relaciones amistosas con los representantes de los revolucionarios, con lo que daban oídos y aliento a quienes abogaban abiertamente por el derrocamiento del gobierno cubano.

18) El permitir que los simpatizadores y partidarios de Castro en los Estados Unidos formaran grupos y organizaciones que se dedicaban a reunir fondos y a hacer propaganda abiertamente.

19) El poner en un predicamento al gobierno de Cuba dándome instrucciones de obtener seguridades de que el gobierno cubano no dejaría caer bombas sobre las ciudades cubanas donde se hallaban los rebeldes, y que los bombarderos del Programa de Ayuda Militar usaran bombas sin metralla.

20) El mantener relaciones estrechas con Herbert Matthews, del *New York Times,* quien daba la impresión en sus editoriales de abogar por la caída de Batista.

El 8 de septiembre de 1960 se produjo el siguiente diálogo cuando William D. Pawley, ex embajador de los Estados Unidos en el Perú, declaró ante un subcomité del Senado de los Estados Unidos para investigar la "Amenaza Comunista en el Caribe":

Señor J. G. Sourwine (primer asesor): Señor embajador, en su testimonio nos ha dicho que creía que gran parte de la política respecto a la América Latina se había hecho en el Departamento de Estado, no en el nivel superior, sino en un nivel inferior. Según lo explicó usted, se hace en el cuarto piso, y no en el quinto.

¿Tiene usted alguna duda de que esta situación afecta a la seguridad interior de los Estados Unidos?

Señor Pawley: Sí, creo que tiene influencia directa en la seguridad de esta nación.

El 12 de junio de 1961, Robert C. Hill, ex embajador de los Estados Unidos en México, en Costa Rica y en El Salvador, y también ex Secretario Auxiliar de Estado encargado de las Relaciones con el Congreso, declaró lo siguiente ante el subcomité del Senado de los Estados Unidos para investigar la "Amenaza Comunista en los Estados Unidos en el Caribe":

El presidente (senador Eastland): Entonces, ¿quiere usted decir que todos los informes de la CIA y de otros órganos en 1957 y 1958, antes de que Castro tomara el poder en Cuba, indicaban que era pro-comunista?

Señor Hill: No quiero decir que lo indicaran todos los informes del servicio de inteligencia, senador Eastland, sino que, como ya dije, los representantes de la inteligencia de los Estados Unidos que estaban comisionados en México me llamaron la atención sobre Castro y sus afiliaciones. Empezaron a hablarme de Castro y el problema a principios de 1957. Yo estaba muy ocupado empezando a trabajar en México como embajador, y transcurrió gran parte de 1957 antes de que pudiera examinar los sucesos cubanos en relación con el señor Castro. Los informes del servicio de inteligencia de nuestra embajada empezaron a acumularse en 1958, y en 1959, mostrando cada vez más indicios de comunismo, de pro-comunismo, y de que los comunistas rodeaban a Fidel Castro en Cuba.

El Presidente: Es cierto. Se reunieron antes de que tomara el poder en 1959, los informes de que era pro-comunista y estaba rodeado de comunistas.

Ahora, la pregunta que voy a hacerle es la siguiente: ¿No tenía usted la opinión de que la oficina del Caribe del Departamento de Estado de los Estados Unidos era simpatizadora de Castro?

Señor Hill: ¿Antes de que fuera yo a México?

El Presidente: ¿Dice usted?

Señor Hill: Recuerdo el hecho de que en la primavera de 1957, Earl Smith, que fue a Cuba como embajador, vino a mi oficina y me pidió hablar conmigo acerca de sus preparativos para su puesto en Cuba.

Había conocido al embajador Smith en las convenciones republicanas que se celebraron en Chicago y San Francisco. En realidad, trabajé con él en 1956 en San Francisco, en problemas de la política exterior.

Le dije: "Earl, lamento que vayas a Cuba. Tal vez te interese saber que a *Cheap* Bohlen lo iban a mandar allá." Esto lo sorprendió. "¿Quieres decir que al embajador Bohlen lo iban a cambiar de Moscú a La Habana?" Respondí: "Eso era lo que se pensaba hace algunos meses. Luego, el Presidente y el secretario Dulles decidieron enviarlo a Manila. Te envían a Cuba para presidir la caída de Batista. Se ha tomado la decisión de que Batista tiene que desaparecer. Necesitas andar con mucho cuidado."

El Presidente: ¿Dónde se tomó la decisión?

Señor Hill: Me refiero a los corredores del Departamento de Estado, senador.

El Presidente: Pero, ¿usted tenía la opinión de que el Departamento de Estado había tomado la decisión de que Batista tenía que desaparecer?

Señor Hill: No me refiero a la decisión en el nivel superior, sino en el inferior.

El Presidente: Le pregunté sobre la sección del Caribe.

Señor Hill: Se sabía en el Departamento de Estado que Batista tenía que desaparecer. Se lo dije al embajador Smith.

El Presidente: ¿Que Castro tomaría el poder?

Señor Hill: Así es. Le dije al embajador Smith que debía pedirle al Secretario de Estado que le permitiera llevar a La Habana hombres en los que tuviera confianza, comprendiendo su ministro, porque si no tenía cuidado, se arruinaría su reputación. Recuerdo que almorzamos en el Chevvy Chase Club con mi esposa. En ese momento me preguntó si tenía algunas sugerencias que hacerle respecto a quiénes podrían ocupar el puesto de ministro en la embajada de La Habana. Le di los nombres de los funcionarios del servicio exterior que, a mi juicio, podían ayudarle y conocían esa región. Ninguno de ellos quiso aceptar el puesto. Algunos me dijeron en confianza: "No quiero ir a La Habana porque Castro va a tomar el poder." Me dijeron que iba a haber problemas muy graves allá. Dijeron que tenían hijos pequeños y no querían verse complicados.

Además, le dije al embajador Smith que no saliera de la embajada. Le dije: "Procura estar cerca de tu residencia en la cancillería hasta que sepas qué es lo que está pasando en La Habana. No viajes fuera de la región de la capital." Traté de ayudarlo cuanto me fue posible.

Mi predecesor como embajador de los Estados Unidos en Cuba, Arthur Gardner, declaró el 27 de agosto de 1960, ante el mismo subcomité del Senado de los Estados Unidos, que "durante dos años los Estados Unidos hicieron que Batista sintiera poco a poco que lo estábamos abandonando", y que a él (Gardner), el Departamento de Estado no le había hecho caso, se había desentendido de él y había salvado su conducto.

El 17 de julio de 1959, Spruille Braden (ex embajador en Colombia, Cuba y Argentina, y ex secretario auxiliar de Estado para los Asuntos de las Repúblicas Americanas, declaró también: "A principios o mediados de 1957 concedí una entrevista a *Human Events,* en la cual hablé de ciertas actividades de Fidel Castro —hoy Primer Ministro de Cuba—, actividades relacionadas con las insurrecciones inspiradas por los comunistas en Bogotá durante la Conferencia Panamericana que se celebró en esa ciudad en abril de 1948, y declaré que era comunista o instrumento de los comunistas, y que su victoria traería el caos político y económico y la tiranía del comunismo en Cuba.

(La entrevista, que publicó *Human Events* el 17 de agosto de 1957, decía lo siguiente): [1]

REVUELTA CUBANA

Muchos empiezan a decir ahora en el Senado: "Deberíamos preocuparnos más por la amenaza comunista en la América Latina, en nuestras mismas puertas, que por el comunismo en el Lejano Oriente." Lo que hay en realidad tras la revuelta dirigida por Fidel Castro contra el gobierno de Cuba, considerado por el *New York Times* y la prensa liberal como una sencilla rebelión contra la dictadura, se ve más claramente con la siguiente declaración, obtenida exclusivamente por *Human Events* del ex embajador de los Estados Unidos en Cuba, Spruille Braden. Este diplomático norteamericano, ya retirado, ha sido desde hace tiempo un conocedor no sólo de Cuba, sino también de la América Latina entera; habiendo prestado sus servicios en otros puestos

[1] En ese tiempo no conocía yo esta entrevista. Sin embargo, es interesante advertir que fue impresa apenas un mes después de que ocupé el puesto de jefe de misión en La Habana.

al sur de la frontera, en años recientes se le ha reconocido como observador crítico de la obra del comunismo en el Caribe y Sudamérica.

El señor Braden dice de Fidel Castro, dirigente de la joven revuelta cubana, que, de acuerdo con documentos oficiales que ha visto, "Es un compañero de viaje, si no miembro del Partido Comunista, y lo ha sido desde hace mucho. Fue uno de los jefes del sangriento levantamiento de Bogotá, Colombia, en abril de 1948, que ocurrió (y evidentemente fue preparado por el Kremlin) precisamente cuando se celebraba la Conferencia Panamericana en esa capital, cuando estaba presente nada menos que el Secretario de Estado George C. Marshall. El levantamiento fue preparado y dirigido por los comunistas, y el gobierno y la prensa de Colombia publicaron más tarde pruebas documentales del papel que representó Fidel Castro como dirigente de los motines que virtualmente acabaron con la capital colombiana. La aparición de este cubano a la cabeza del reciente levantamiento comunista para la subversión en la América Latina, aunque algunos cubanos decentes y patriotas, engañados, simpatizan y a veces apoyan al movimiento de Fidel Castro."

También declaré bajo juramento ante el mismo subcomité: "Creo que la política la determina el personal subalterno, y cuando el personal superior se entera, ya está hecha y hay que cumplirla."

Además de las actividades hostiles contra los ciudadanos y propietarios norteamericanos y contra la instalación de agua de Yateras, las empresas norteamericanas sufrían enormes pérdidas debido al sabotaje, el pillaje y la confiscación. Secuestraban a infantes de marina, marineros y ciudadanos norteamericanos. Asaltaban aviones comerciales cubanos en los que iban norteamericanos. Hubo depredaciones contra la mina de níquel de Nicaro, que valía cien millones de dólares y era propiedad del gobierno de los Estados Unidos. Los revolucionarios tenían un desprecio absoluto por las vidas y propiedades norteamericanas.

A pesar de ello, la prensa liberal y el Cuarto Piso del Departamento de Estado seguían simpatizando con los revolucionarios.

La embajada en La Habana mantenía relaciones normales con el gobierno reconocido de Cuba. El Cuarto Piso man-

tenía relaciones con los representantes de los revolucionarios y prestaba atención a sus peticiones. No solamente eran recibidos cordialmente los representantes de los rebeldes, sino que a veces los corredores del Cuarto Piso estaban llenos de partidarios de la revolución cubana.

Durante todo este periodo, los Estados Unidos daban auxilio a todos los exiliados cubanos. Muchos violaban abiertamente las leyes de neutralidad y el código penal de los Estados Unidos con las exportaciones de armas, municiones y soldados para los revolucionarios, organizando expediciones armadas desde las costas de Florida y preparando para el sabotaje y la demolición a los voluntarios castristas. El más culpable de todos ellos fue el doctor Carlos Prío Socarrás y sus agentes.

Los revolucionarios se ufanaban abiertamente de que sólo el 10 por ciento de las armas exportadas a Cuba desde los Estados Unidos eran detenidas por las autoridades norteamericanas. Salían de contrabando armas y soldados de los Estados Unidos por avión y en barcos para Fidel Castro en la Sierra Maestra y para Raúl Castro en la Sierra del Cristal.

Las actividades hostiles de los revolucionarios contra las propiedades y los ciudadanos norteamericanos ocurrieron no solamente en Cuba, sino también en Miami. El 4 de abril, el Presidente Batista se quejó de que un numeroso grupo de miembros del Movimiento 26 de Julio molestaban a los pilotos de la Cubana de Aviación en el aeropuerto de Miami. Tres pilotos cubanos habían recibido daño físico. El objetivo de los revolucionarios en Miami era el de evitar que los aviones comerciales volaran entre Miami y La Habana de acuerdo con sus horarios.

Informé al secretario auxiliar Rubottom de la queja del Presidente. Inmediatamente se puso en contacto con el Departamento de Justicia y también lo comunicó a los dos senadores de Florida, Smathers y Holland. Como consecuencia, la Cubana de Aviación pudo reanudar sus vuelos.

El Departamento de Estado comunicó a la embajada que habían sido aprobados los embarques de equipo no bélico al

gobierno cubano. Sin embargo, no aprobaba el embarque de partes de repuesto para el equipo de combate. Por lo tanto, el Departamento de Estado había resuelto no solamente suspender el embarque de armas a Cuba, sino también el embarque de todas las partes de repuesto para el equipo de combate.

A principios de abril, muchos periodistas norteamericanos fueron a la ciudad de Santiago —cuartel general de los revolucionarios— en espera de la huelga general y por considerar que Santiago sería una mejor fuente de noticias que La Habana.

El 8 de abril fueron arrestados siete norteamericanos en Santiago. Eran representantes de la prensa y las estaciones radiodifusoras norteamericanas. La razón que dio el Primer Ministro Güell para su arresto fue la de que al gobierno de Cuba le preocupaba su seguridad. La posición del gobierno de Cuba era de que si los revolucionarios mataban a uno de ellos, le echarían la culpa al gobierno y se crearía una situación embarazosa. El gobierno trataba de desanimar a los periodistas para que no fueran al territorio rebelde. Debido a los esfuerzos del ministro consejero Braddock, del primer secretario Topping y míos, pudimos obtener la libertad de estos caballeros a las dos de la mañana.

Durante la presidencia de Batista no hubo embajadas de los países comunistas en Cuba. El Presidente obligó a la Embajada Soviética a cerrar sus puertas y tomó medidas que provocaron la ruptura de relaciones diplomáticas de Rusia con Cuba. Estas medidas las tomó antes de que me nombraran embajador de los Estados Unidos en Cuba.

Durante el gobierno de Batista se estableció el Buró para la Represión de las Actividades Comunistas, conocido como BRAC. Este órgano, con la ayuda norteamericana, estuvo trabajando durante varios años. Algunas veces fue eficaz. Otras, consideré necesario pedir una acción más vigorosa.

Aunque teníamos muchas pruebas intangibles de la infiltración y dominio de los comunistas en el Movimiento 26 de Julio, los comunistas eran demasiado hábiles para darnos una prueba concluyente e irrefutable de su dominio del movi-

miento castrista. Muchas veces le pedí al Presidente Batista y al Primer Ministro Güell que me dieran pruebas con las que pudiera comprobar mis acusaciones ante el Departamento de que la revolución de Castro no solamente estaba infiltrada, sino también dominada por los comunistas.

A principios de abril recibí noticia del doctor Güell de que tenía nuevas pruebas para comprobar la relación que existía entre los comunistas y el movimiento castrista. El Buró para la Represión de Actividades Comunistas, en unión con la policía, registraron el cuartel general del periódico comunista *Hoy*, y habían encontrado, según el doctor Güell, literatura de propaganda del Movimiento 26 de Julio impresa en la misma imprenta que la usada por el periódico *Hoy*.

El señor Bruce Henderson, de *Time-Life*, se indignó de que hubiera enviado yo al funcionario de relaciones públicas de la embajada para que asistiera a una conferencia de prensa de la policía cubana, en la que el gobierno de Cuba presentó supuestas pruebas que relacionaban a Fidel Castro con los comunistas. En su opinión, compartida por algunos otros miembros de la prensa norteamericana, la policía cubana había representado una farsa para tildar a Castro de comunista.

El señor Henderson estaba considerado como uno de los periodistas de la América Latina más distinguidos de Time, Inc. Y sucedió que, ese mismo día, mi esposa Florence lo encontró en una recepción. Consideró que el señor Henderson era encantador y lo invitó a la residencia para nadar y almorzar, sin conocer nuestra diferencia de opiniones. Aunque el señor Henderson tenía ideas preconcebidas, que se acercaban al antagonismo hacia mí, entendió mi situación. Le prometí mantenerlo tan informado como me estaba permitido sobre los acontecimientos políticos; nos separamos, según creo, sintiendo un mutuo respeto.

La noche del 8 de abril recibí la visita en la residencia de la embajada del nuncio papal, monseñor Luigi Centoz, y del obispo de La Habana, monseñor Alfredo Muller. El obispo Muller salía a Oriente para reunirse con el arzobispo Pérez

Serantes y subir a las montañas en helicóptero a fin de visitar a Castro para obtener una tregua.

El nuncio papal preguntó si, debido a mi gran interés por obtener una tregua, los ayudaría a mediar. Yo sólo estaba autorizado para confirmar la posición de no intervención de los Estados Unidos, por lo cual le contesté que no tenía autorización para mediar o participar en cualquier diligencia preliminar. Si la Iglesia podía conseguir una tregua, estaba seguro de que el Departamento de Estado Norteamericano haría alguna declaración demostrando su deseo de que hubiera una solución pacífica para los atormentados días de Cuba. No estaba autorizado para prometer más.

El nuncio papal preguntó si la armada proporcionaría un helicóptero para transportar al arzobispo Serantes y a monseñor Muller a las montañas. Dicho vuelo, según dije, crearía una gran publicidad y aconsejé al nuncio papal que no se hiciera por entonces. Luego sugerí que el momento sería más propicio si aplazaran su visita a Castro hasta una fecha posterior.

La propuesta visita de los dignatarios de la Iglesia había sido arreglada con el Presidente Batista diez días antes, cuando su situación era un poco precaria. En los diez días que siguieron, la posición de Batista se tornó más vigorosa. Por lo tanto, sugerí que podría ser prudente hablar de nuevo de la visita con el Presidente. También tenía información de que la huelga general se iniciaría de un momento a otro. Cualquier insinuación de una tregua sería mucho más eficaz en fecha posterior. La visita a las montañas en un helicóptero atraería la atención. Sería conveniente que la Iglesia se cerciorara de que su expedición tendría éxito; si fracasaba, la visita pondría a la Iglesia en una situación embarazosa.

A la mañana siguiente di gracias de haber aconsejado esto al nuncio papal, ya que la esperada huelga general se inició en la mañana del 9 de abril.

A las once de la mañana, las condiciones eran todavía normales en La Habana. Las noticias de las provincias del

interior resultaban diferentes. En Oriente, donde la huelga no empezó hasta el mediodía, era más o menos eficaz. Sin embargo, la verdadera prueba se presentaría en La Habana. Si la huelga no era eficaz en esta gran ciudad, se interrumpiría en el resto de la isla.

La huelga no fue eficaz en La Habana debido a que el comité del grupo estudiantil había resuelto no colaborar con el Movimiento 26 de Julio. Si Castro hubiera estado dispuésto a permitir que el Directorio Revolucionario nombrara al alcalde y a otros funcionarios de la ciudad, habrían colaborado activamente y quizá los resultados habrían sido distintos. Además, el público general no tenía confianza en Castro, y Batista contaba con el apoyo del ejército, la fuerza policiaca y los dirigentes obreros.

A las once de la mañana recibí una llamada telefónica del señor William Wieland, director del MID del Departamento de Estado. La conversación comenzó de la manera siguiente:

Wieland: "¿Cómo están las cosas por allá esta mañana?"

Embajador: "Tranquilas... La guerra se sigue librando en los Estados Unidos."

Sabía yo que el director del MID y otros de su sección esperaban que la huelga tuviera éxito, y me complacía informarle lo contrario.

En La Habana, la huelga general fue completamente ineficaz y sólo duró poco tiempo, para decepción de muchas personas influyentes de los Estados Unidos. Hubo algún desorden, pero La Habana volvió a la normalidad unas horas después.

Los rebeldes se habían ufanado de que 50,000 cubanos irían a la huelga en La Habana y quedaron decepcionados por su completo fracaso.

En ese momento, después del fracaso de la huelga general, al parecer Batista consideró que tenía la ascendencia. Resolvió

intensificar la campaña militar. Pero el Cuarto Piso sostenía que la reanudación de los métodos violentos no crearía un clima adecuado para la paz. Asimismo, el Cuarto Piso sostenía que los métodos violentos no significarían más que combatir al terror con el terror, lo cual haría que la opinión pública se volviera aún más contra Batista. Para éste, el buscar una solución puramente militar fue desafortunada.

El Departamento de Estado me dio instrucciones de manifestar a Batista y a los funcionarios del gobierno que teníamos la esperanza de que se establecieran condiciones para celebrar unas elecciones aceptables, tales como el restablecimiento de las garantías constitucionales y el levantamiento de la censura de la prensa, la invitación a la OEA, a la prensa mundial y a los observadores de las Naciones Unidas para que presenciaran las elecciones. Batista prometió acceder a todas estas sugerencias y me dio su palabra de que las elecciones serían honradas.

Mientras tanto, los agentes de prensa de Fidel Castro en Miami continuaban sus actividades molestas, que incomodaban al gobierno cubano más que las actividades de las guerrillas castristas. En la mañana del 10 de abril, el *Miami Herald* publicó la siguiente noticia en la primera plana:

> Un vocero de la Embajada de los Estados Unidos en La Habana dijo por teléfono, aun antes de que Batista proclamara su victoria, que el "incidente" sólo había durado poco tiempo y que La Habana volvió a la normalidad unas horas después.
>
> Sin embargo, en Washington, el Departamento de Estado dijo que estaba preparado para evacuar a los ciudadanos norteamericanos de Cuba si se intensificaba la lucha. Dijeron que había aviones de transporte y barcos de la armada dispuestos a retirar a unos 10,000 ciudadanos norteamericanos en el caso de que hubiera una lucha violenta.
>
> Los funcionarios dijeron que el plan de evacuación se había establecido en varias etapas. Comenzaría con una alarma en toda la isla para que todos los residentes norteamericanos se reunieran en puntos convenidos de antemano a fin de esperar el transporte por el aire o por el mar.

El Departamento de Estado negó inmediatamente la noticia de que hubiera barcos norteamericanos preparados para evacuar a 10,000 norteamericanos, e hizo la siguiente declaración:

En los últimos días, ciertos periódicos de los Estados Unidos han publicado algunas noticias diciendo que el Departamento de Estado se hallaba dispuesto a evacuar de Cuba a unos 10,000 ciudadanos norteamericanos. Los periódicos publicaban que había aeroplanos militares de transporte y unidades navales preparadas para evacuar a unos 10,000 ciudadanos norteamericanos en el caso de que se intensificara la violencia de la lucha. El Departamento de Estado hizo ayer en la tarde una declaración que dice lo siguiente: "No hay nada cierto en estas noticias. Naturalmente, hay unidades navales de los Estados Unidos en las cercanías y en la base de Guantánamo, y en las instalaciones continentales cercanas, en los Estados Unidos. Estas unidades, por supuesto, podrían participar en la realización de nuestros planes de evacuación si resultara necesario. Pero, normalmente, esto deben decidirlo quienes se encuentran en la escena, y el Departamento de Estado no ha recibido ninguna indicación de la embajada en La Habana en el sentido de que lo consideren necesario."

El ministro consejero Braddock había formulado en la embajada los planes rutinarios de evacuación de los norteamericanos si resultaba necesario. Sin embargo, la situación no se alteró.

La prensa de los Estados Unidos siguió interviniendo en los asuntos de Cuba y exagerando y desfigurando las noticias sobre las condiciones violentas, con lo que influían en la opinión pública de los Estados Unidos y ahuyentaban a los turistas de Cuba.

Faustino Pérez, que era la mano derecha de Fidel Castro en La Habana, estaba encargado del Movimiento 26 de Julio en esta ciudad el 9 de abril. Los dirigentes revolucionarios quisieron imputarle el fracaso de la huelga. La embajada recibió informes de que Pérez y otros representantes de las fuerzas castristas en La Habana tenían pensado atacar las propie-

dades de los ciudadanos norteamericanos en Cuba debido a su disgusto por el fracaso de la huelga.

La huelga general fue un fracaso debido a que las condiciones económicas eran buenas; no hubo colaboración de parte de los revolucionarios en La Habana, ni hubo confianza de parte de la generalidad del público en Castro, fuera de la Provincia de Oriente; el gobierno de Cuba conservaba el apoyo de las fuerzas armadas, la policía y los dirigentes obreros.

El fracaso de la tan esperada huelga fue un grave golpe sicológico para las fuerzas de Castro. Si lo hubiera querido el Departamento de Estado, ése habría sido el momento oportuno para que los Estados Unidos ejercieran presión sobre Batista a fin de que buscara la paz, comprendiendo su retiro de la escena política. El Episcopado Cubano estaba dispuesto a acercarse a Batista con sugerencias concretas y a buscar el apoyo de los Estados Unidos. El Departamento de Estado no quiso respaldar ninguna solución. Sin embargo, el departamento comprendía que, debido a nuestra posición dominante en Cuba, ninguna solución podría tener éxito sin el apoyo de los Estados Unidos.

Los voceros rebeldes en Washington ejercían presión sobre el Departamento de Estado a fin de obtener ayuda moral para poner en un predicamento al gobierno de Batista. Estos partidarios de la causa rebelde intentaban convencer al Departamento de Estado de que el gobierno cubano estaba bombardeando ciudades cubanas, donde se encontraban los rebeldes, con los bombarderos del Programa de Ayuda para la Defensa Militar.

Los representantes de los revolucionarios le dijeron al Departamento de Estado que si los rebeldes trataban de capturar algunas ciudades, el gobierno de Cuba usaría bombarderos de dicho Programa para dejar caer bombas que adquirían en la República Dominicana. Me dieron instrucciones de obtener seguridades de las autoridades de que el gobierno de Cuba no haría nada semejante.

Con el conocimiento previo y el consentimiento del Ministro de Estado Güell, mi secretario tomó nota de las observaciones que hizo:

Nunca bombardeamos ciudades ni poblaciones importantes. No existe la más remota posibilidad de que ocurra semejante cosa. Mi gobierno lamenta mucho recibir esta petición porque no corresponde a la realidad. No hay ninguna probabilidad de que los revolucionarios capturen alguna de estas ciudades. Lo que hacen algunas veces es realizar incursiones contra poblados pequeños. Nunca bombardearemos ninguna ciudad. Repito que no existe la más remota posibilidad de que hagamos algo semejante. No lo hemos hecho en la sierra debido a las fincas que rodean al lugar. Inclusive en los combates procuramos, hasta donde es posible, no causar muchas muertes. Tratamos de capturar prisioneros, mientras que los rebeldes disparan contra nuestros soldados cuando entran en acción. Hemos adquirido armas en otro lugar y las hemos pagado.

En esta época, el Departamento de Estado hizo una declaración pública diciendo que no embarcaría armas a los rebeldes ni al gobierno cubano; con esta declaración, el Departamento de Estado creó la impresión de que consideraba a los rebeldes en el mismo plano que al gobierno de Cuba.

Hice observar en un cablegrama al Departamento de Estado que habíamos dado ayuda indirecta a los rebeldes al no cumplir nuestro compromiso de entregar veinte carros blindados y al dar a la publicidad la suspensión de los embarques de armas. Recomendé vehementemente que dejáramos de hacer declaraciones públicas que pudieran dañar al gobierno de Cuba y ayudar a los rebeldes, y que no ayudaban a la supuesta posición imparcial de los Estados Unidos.

El 12 de abril recibí un memorándum para mis archivos personales, haciendo constar que estábamos recibiendo cada vez más informes en los que se indicaba que el Partido Comunista del Cuba (Partido Socialista Popular) apoyaba al Movimiento 26 de Julio. Los últimos informes eran de J. Edgar Hoover.

El prestigio de las fuerzas castristas se había reducido debido al fracaso de la huelga general. En consecuencia, los revolucionarios creían que se necesitaba algo dramático para volver a ganar la popularidad perdida.

El 15 de abril, la embajada se enteró por fuentes fidedignas de la Administración de Cooperación Internacional (Programa de Cuatro Puntos) de que las fuerzas de Castro iban a secuestrar al embajador norteamericano. Debido a la pérdida de prestigio, como resultado del fracaso de la huelga general, el Movimiento 26 de Julio quería recobrar la popularidad mediante un golpe de publicidad. Más tarde resultó que abandonaron la idea de secuestrarme. En lugar de ello, las fuerzas de Raúl Castro prepararon el secuestro de gran número de norteamericanos, comprendiendo infantes de marina y marineros.

Mientras tanto, continuaban los esfuerzos de la Iglesia por obtener una tregua. El obispo Alfredo Muller de La Habana y el obispo Alberto Martín Villaverde de la Provincia de Matanzas pidieron a Castro que enviara un emisario para discutir sobre la posibilidad de encontrar una solución pacífica.

Entre los esfuerzos por encontrar una solución pacífica que proponían los dignatarios de la Iglesia se contaban: que el Episcopado Cubano, interpretando el pensamiento y los sentimientos de la mayoría del pueblo cubano, creía tener la obligación de poner fin a la violencia en que se estaban debatiendo los problemas políticos del país. La Iglesia no creía que pudiera obtenerse con la violencia y el derramamiento de sangre la paz del país, con el restablecimiento de los derechos democráticos.

El Episcopado Cubano declaró que procuraría obtener los siguientes objetivos:

a) Mantenimiento del orden público.
b) Respeto a los derechos fundamentales de los ciudadanos.
c) Proceso electoral libre con iguales derechos y garantías para todos los partidos políticos.

Estos objetivos podrían obtenerse mediante la formación de un gobierno neutral, a cuyos miembros no se les permitiría ser candidatos a los puestos de elección en las siguientes elecciones. Se constituiría de acuerdo con la Constitución de 1940 y tendría facultades de conformidad con los artículos 281 y 282 de esa Constitución.

Según este plan, el Episcopado asumiría la responsabilidad de proponer a la persona que sería designada Primer Ministro del gabinete. El Episcopado recomendaría personas para el gabinete, pero la selección de éste correspondería al Primer Ministro. El Episcopado estaba dispuesto a conseguir el apoyo de los grupos sociales y cívicos.

En un intento de coordinar la opinión pública nacional sobre el conflicto político, los dignatarios eclesiásticos estaban dispuestos a visitar al Presidente de la República para comunicarle lo que se proponían hacer, lo mismo que a los hermanos Castro y a los principales representantes de la revolución en los Estados Unidos.

El Episcopado trataría de obtener de los hermanos Castro y de los representantes de los revolucionarios en los Estados Unidos, en el periodo más breve posible de tiempo, la expresión escrita de las proposiciones que cada uno de ellos creyera necesarias para llegar a una solución pacífica de la disputa nacional.

En cuanto se obtuvieran las opiniones solicitadas, el Episcopado las incorporaría, cuando fueran compatibles, a la fórmula para el restablecimiento de la paz con derechos democráticos.

La Iglesia estaba dispuesta a tomar la iniciativa, pero ni siquiera el Episcopado Cubano podría conseguir una solución pacífica sin el apoyo de los Estados Unidos. (Los esfuerzos de la Iglesia no eran suficientes por sí mismos, pues tenía menos peso en Cuba que en otros países latinoamericanos.) El departamento no estaba dispuesto a apoyar activamente ninguna proposición para encontrar una solución pacífica. La razón que se daba era que cualquier apoyo de esa naturaleza

sería considerado como intervención en los asuntos internos de Cuba. En realidad, interveníamos incesantemente para provocar la caída de Batista y entregar el gobierno a Fidel Castro.

Ante el subcomité del Senado de los Estados Unidos para Investigar la Amenaza Comunista en el Caribe, declaré lo siguiente el 30 de agosto de 1960:

Debido a que Batista era el dictador que había tomado ilegalmente el poder, el pueblo norteamericano suponía que Castro, en cambio, tenía que representar la libertad y la democracia. El papel de cruzado que la prensa y la radio conferían al barbudo rebelde hacían que el pueblo no viera la filosofía política izquierdista de la que ya entonces se sabía que profesaba.

Los discursos (de Castro) cuando era dirigente estudiantil, sus entrevistas como exiliado en México, Costa Rica y otras partes, revelaban claramente la tendencia marxista de su pensamiento político.

La actitud oficial de los Estados Unidos hacia Castro tenía que estar bajo la influencia de la prensa y la radio que simpatizaban con él; ciertos miembros del Congreso también simpatizaban abiertamente con Castro.

En respuesta a una pregunta del Senador Eastland sobre quién era responsable principalmente de que Castro hubiera subido al poder, mi declaración fue la siguiente:

Señor Smith: Sin los Estados Unidos, Castro no estaría hoy en el poder. Más claramente no lo puedo decir, señor.

Senador Hruska: Pero la responsabilidad de ello es algo más complejo, ¿verdad?

Señor Smith: Sí, es algo más complejo.

Senador Hruska: Tal vez haya habido partes donde eran más virulentos quienes abogaban por Castro que en otras, pero, de todas maneras, es algo más complejo. Sin esa complejidad, probablemente no se habría producido el resultado que siguió.

Señor Smith: Así es. En otras palabras, no creo justo decir que esta persona o la otra, o que este órgano particular, por sí mismo, es responsable de que Castro haya llegado al poder. Es, más bien, la complejidad la responsable.

Senador Eastland: ¿Es decir, la complejidad del gobierno de los Estados Unidos y sus dependencias?

Señor Smith: La complejidad de aquellos elementos que formaban el gobierno de los Estados Unidos.

Senador Eastland: Que formaban el gobierno de los Estados Unidos.

Señor Smith: Me refería a sectores de la prensa, ciertos miembros del Congreso, la CIA, el Departamento de Estado. Todos ellos tomaron parte en esto, senador.

Senador Dodd: Pero en cualquier complejidad, creo que todos reconocemos que hay algunas influencias que son más vigorosas que otras. No todas son iguales.

Señor Smith: No. Algunas deben tener más culpa que otras.

Senador Dodd: Y algunas pueden hacer más que otras.

Señor Smith: Y algunas están en la situación de hacer más.

Senador Dodd: A eso es a lo que creo que vamos a parar.

Senador Eastland: Y los órganos del gobierno de los Estados Unidos, naturalmente, podían hacer más que los miembros del Congreso, o la prensa, o cualquiera otro.

Señor Smith: Es cierto. Existe toda clase de órganos.

Senador Dodd: Ciertamente, se puede decir de otra manera. Se puede decir que, sin el gobierno de los Estados Unidos, los demás factores de esa complejidad no podían hacer nada. Si el gobierno se hubiera mantenido firme y hubiera dicho: "No ayudaremos a Castro", el hecho de que hubiera muchos otros elementos de nuestra sociedad que simpatizaran con él no hubieran traído este resultado, ¿verdad?

Senador Hruska: A la inversa, si los demás elementos —y me refiero a lo que consideraríamos elementos exteriores; refiriéndonos a los negocios y a la prensa— si, por ejemplo, la prensa, con su poder de formar la opinión pública, hubiera sido antagónica a Castro, ninguna acción gubernamental habría podido vencer a ese factor.

Señor Smith: Es cierto.

Senador Hruska: Lo mismo puede decirse en lo que se refiere a la ayuda a Castro. Si las empresas comerciales situadas en Cuba o que tuvieran inversiones en ese país, ya fuera por extorsión o por exacciones apoyaban económicamente al movimiento castrista, era algo que, de manera semejante, sería una gran ayuda para quienes en los círculos formales del gobierno dijeran: "Ayudemos también a Castro."

Señor Smith: Quienes pagaron tributos, al final lo hacían por protegerse a sí mismos, pues consideraban que si no lo hacían, perderían sus propiedades.

Senador Eastland: En realidad, ¿no fue la imparcialidad del gobierno de los Estados Unidos lo que ayudó a que Castro subiera al poder?

Señor Smith: ¿Que si no fue la imparcialidad?
Senador Eastland: Sí.
Señor Smith: Senador, nosotros somos los responsables de que Castro subiera al poder. Me tienen sin cuidado las palabras con que usted quiera decirlo.

En la primavera de 1958, algunos de los periódicos norteamericanos publicaron noticias exageradas sobre las condiciones caóticas y la violencia en las calles de La Habana. La corriente de turistas empezó a reducirse hasta casi desaparecer. Los hoteles estaban vacíos. En los cabarets y los casinos, las orquestas tocaban para que las oyeran los camareros.

Citaré un incidente que describe la atmósfera de temor:

Se acercaba el 16 de abril, día en que se iniciaba la temporada de beisbol. Los directores de la Liga Internacional resolvieron el 13 de abril iniciar la temporada en La Habana en la fecha fijada, pero el equipo de Buffalo indicó que no iría debido a las noticias que publicaba la prensa sobre las condiciones caóticas que prevalecían en La Habana.

Pude tranquilizar a los directores de la Liga Internacional, y también a los directores de los equipos de Cuba, de Buffalo y de Rochester, diciéndoles que la violencia estaba muy lejos, en la Provincia de Oriente, a unos mil kilómetros de la capital cubana.

"El cambio de la decisión de Buffalo se produjo después de una conversación entre los representantes del equipo de Buffalo y el embajador de los Estados Unidos en Cuba, Earl E. T. Smith", según el *Miami Herald* de 16 de abril, el cual seguía diciendo que "el embajador Smith de La Habana aseguró al equipo de Buffalo que «las condiciones son normales en La Habana»", y agregaba: "Si los niños pueden jugar en las calles de la ciudad, ¿por qué no han de poder jugar hombres crecidos en el estadio?"

Al equipo de Buffalo se le dio protección policiaca durante los cuatro días que estuvo en La Habana. Un automóvil con cuatro detectives militares seguía al equipo de Buffalo

en sus viajes de ida y vuelta al estadio, y en el viaje al aeropuerto, cuando se fueron. En la noche de inauguración, dos detectives se sentaron en la banca de los jugadores de Buffalo. "Con toda esa protección", dijo el empresario, "no creo que estuviéramos en verdadero peligro."

El *Courier Express* de Buffalo, Nueva York, escribía el 21 de abril que los Bisontes de Buffalo habían llegado a Miami después de terminar la "operación La Habana" y que la opinión general entre los atletas era de que la situación política de Cuba "ladraba, pero no mordía" por lo que se refería a los norteamericanos. El *Courier Express* seguía diciendo que en los cuatro juegos que jugaron en La Habana no había ocurrido ni un solo incidente.

El Presidente Batista adquirió de los Estados Unidos quince acroplanos de instrucción para ser usados por la Fuerza Aérea Cubana para la instrucción de los pilotos. Los aeroplanos fueron enviados a Fort Lauderdale, Florida, para ser entregados en La Habana. Aunque los aeroplanos habían sido comprados y pagados, y el gobierno de Batista nos había asegurado que dichos aeroplanos se usarían únicamente para la instrucción, el Cuarto Piso suspendió su entrega.

Era difícil justificar ante el gobierno cubano nuestra negativa a entregar equipo no bélico. Nuevamente envié un cablegrama al Departamento de Estado diciendo que los únicos que acabarían por beneficiarse con nuestra política serían los comunistas. Por último, la entrega fue aprobada por el secretario auxiliar adjunto de Asuntos Latinoamericanos William Snow, a pesar de las objeciones de William Wieland. Recibí instrucciones de comunicar al gobierno de Cuba que se entregarían los quince aeroplanos de instrucción.

Inmediatamente llamé por teléfono al Palacio Presidencial para dar esta noticia al Presidente, quien presidía una junta del gabinete. Eran buenas nuevas para Batista, pues la noticia contribuyó a mitigar los escrúpulos de los miembros del gabinete acerca de la presión hostil que estaban ejerciendo los Estados Unidos.

Los aeroplanos no fueron entregados. Poco después, cuarenta y siete norteamericanos fueron secuestrados por Raúl Castro. El Cuarto Piso usó el secuestro de los norteamericanos como pretexto para cambiar la decisión de cumplir nuestro compromiso por la circunstancia de que la entrega de los aeroplanos podía inducir a Raúl Castro a causar daño corporal a los norteamericanos secuestrados. Informé al Presidente Batista que la entrega se suspendería únicamente hasta que quedaran en libertad los norteamericanos secuestrados. Cuando por fin éstos fueron puestos en libertad, el Departamento de Estado se mantuvo irreductible en su negativa a hacer la entrega.

Aproximadamente durante tres meses, el gobierno de Cuba insistió en sus solicitudes de que se hiciera la entrega. La posesión misma de quince aeroplanos de instrucción no era tan importante para el gobierno; lo que importaba era el efecto sicológico que la negativa a entregarlos podría tener en el espíritu de las fuerzas armadas y los funcionarios del gobierno. El Departamento de Estado negó la autorización para que salieran los aeroplanos de Fort Lauderdale, pero no cobraron el almacenaje ni los servicios de reparación al gobierno cubano.

La razón que se dio para no hacer la entrega fue que podían ponerse bombas en los aeroplanos, aun cuando hubieran sido diseñados estrictamente para la instrucción. Se podía usar el mismo razonamiento contra el embarque de automóviles, en los que podían haberse montado ametralladoras.

El asesor del Comité Judicial del Senado de los Estados Unidos preguntó en la audiencia:

Señor Sourwine: Habló usted de quince aeroplanos de instrucción que no se entregaron y, según entiendo, dijo que no se entregaron porque nuestro gobierno temía que, si se enviaban, podían sufrir algún daño los norteamericanos secuestrados, ¿no es cierto?

Señor Smith: Es cierto.

Señor Sourwine: ¿Quiere usted decir con eso que el gobierno de los Estados Unidos cedió al chantaje?

Señor Smith: No. No creo que el gobierno de los Estados Unidos hubiera cedido al chantaje, pero creo que el Departamento de Estado no quería hacer nada que pudiera ayudar al gobierno de Batista y provocar las protestas de los revolucionarios.

Señor Sourwine: ¿Quiere usted decir, entonces, que no fué más que un pretexto que dieron?

Señor Smith: Creo que al Departamento de Estado le complacía tener una razón para justificar el cambio de su decisión.

Nuestra negativa a entregar los veinte carros blindados y nuestra negativa a entregar los quince aeroplanos de instrucción me pusieron en un apuro. En ambos casos recibí instrucciones de prometer su entrega. Pero en ninguno cumplimos nuestras promesas. Sin embargo, no es justo dejar toda la culpa al Departamento de Estado por no haber entregado las armas y el equipo militar al gobierno cubano. Los miembros del Congreso, la prensa, los representantes de los revolucionarios en los Estados Unidos y la reacción pública norteamericana ejercían gran presión sobre el Departamento de Estado.

Capítulo XV

LOS PROCEDIMIENTOS COMUNISTAS

El 22 de junio, Raúl Castro dictó la Orden Militar Número 30 que exigía el secuestro de ciudadanos norteamericanos en la zona que dominaba. Esta orden, escrita según el modelo comunista, justificaba el acto por la circunstancia de que sus fuerzas estaban siendo bombardeadas intensivamente por los aeroplanos del gobierno que, según alegaba, cargaban combustible en la base naval de los Estados Unidos en la bahía de Guantánamo.

Transcurrieron cinco días entre el momento en que se dictó la orden militar y la fecha en que fueron secuestrados los primeros norteamericanos. Si los servicios norteamericanos de inteligencia hubieran tenido conocimiento de la Orden Militar Número 30 durante ese periodo de cinco días, la embajada habría hecho inmediatamente algo para prevenir y evacuar a los norteamericanos de la zona que estaba dominada por Raúl Castro. Además, el Departamento de Estado habría podido recurrir a Fidel Castro valiéndose de sus representantes en Washington para revocar la orden de Raúl Castro.

Los primeros norteamericanos secuestrados fueron de la región minera de la Moa Bay Mining Company, el 27 de junio. Más tarde, veintisiete infantes de marina y marineros de los Estados Unidos fueron capturados a bordo de un autobús cubano, cuando volvían a la base naval después de haber ido a la ciudad de Guantánamo. El número total de personas

secuestradas fue de cincuenta (cuarenta y siete norteamericanos y tres canadienses).

En cuanto la embajada se enteró del secuestro, llamé por teléfono a nuestro cónsul en Santiago, Park Wollam, y le dí instrucciones de que subiera a las montañas y se pusiera en contacto con los rebeldes. Las instrucciones que dí a Wollam fueron las siguientes: Informar inmediatamente a los rebeldes que ha recibido instrucciones de obtener tan pronto como sea posible un informe sobre el paradero y las condiciones de los norteamericanos presumiblemente secuestrados por el grupo de Castro. El gobierno de los Estados Unidos determinará lo que deba hacer después de recibir la respuesta a esta solicitud, que se espera dentro de veinticuatro horas.

Entre mi personal surgió la duda de si había hecho bien en ordenar al cónsul norteamericano que se pusiera en contacto con los revolucionarios, a quienes el gobierno de los Estados Unidos no reconocía oficialmente. Comprendí que el tiempo era de importancia esencial y que cualquier retraso significaría la pérdida de contacto con los rebeldes y podría poner en peligro las vidas de los norteamericanos. Fue ésta una ocasión en que había que tomar una decisión inmediata, sin retardo. Me alegró recibir una llamada telefónica al día siguiente, de Allen Stuart, jefe adjunto de la sección MID, diciéndome que mi conducta había sido aprobada después de consultar al departamento legal.

Los rebeldes habían bajado de sus escondites en las montañas y habían secuestrado a nueve ingenieros norteamericanos y dos canadienses de las propiedades mineras de la bahía Moa. Se apoderaron de provisiones y medicinas y se retiraron a las montañas con sus rehenes. El cónsul Wollam, de acuerdo con mis instrucciones, fue en avión de Santiago a la bahía Moa, y subió a pie a las montañas, donde se puso en contacto con los rebeldes. Su rápida aparición los tomó de sorpresa. Pudo convencer a los rebeldes de que los Estados Unidos no se dejarían extorsionar, no pagarían ningún rescate y exigían la inmediata libertad incondicional de los cautivos.

El Presidente Batista ordenó a la Fuerza Aérea Cubana que no bombardeara ni atacara, y dio órdenes a todas las fuerzas armadas de que suspendiera toda actividad militar en la región.

Con la autorización del Presidente Batista, el almirante R. B. Ellis, comandante de la base naval de la bahía de Guantánamo, envió cazas de los Estados Unidos en vuelos de reconocimiento por la región con el propósito de intimidar a los rebeldes. El 29 de junio, el vicecónsul Wiecha subió a las montañas hasta el escondite de los rebeldes para ponerse en contacto con el segundo grupo que había secuestrado a treinta infantes de marina y marineros de los Estados Unidos.

En la embajada se recibió una carta, dirigida a mí, de un pequeño grupo de cautivos, y en ella decían que serían puestos en libertad con las siguientes condiciones: que suspendiéramos los embarques de todo equipo militar al gobierno de Cuba; que dejáramos de proporcionar combustible a los aviones del gobierno cubano en la base naval de Guantánamo, y que los Estados Unidos enviaran un representante al gobierno cubano para obtener la seguridad de que éste no usaría equipo militar norteamericano en su campaña contra las fuerzas castristas.

La verdad era la siguiente: El Departamento de Estado no proporcionaba armas al gobierno cubano. La base naval de Guantánamo no aprovisionaba ni reparaba aviones militares cubanos. Estos cargos eran infundados y fueron negados inmediatamente con una noticia que dieron a la prensa el Departamento de Estado y la embajada en La Habana.

La decisión de Raúl Castro de secuestrar a los norteamericanos, en opinión de la embajada, se inspiró en las siguientes razones:

a) Para obtener publicidad mundial.

b) Para recobrar el prestigio que las fuerzas castristas habían perdido como consecuencia del fracaso de la huelga general.

c) Para obligar a la Fuerza Aérea del gobierno a dejar de bombardear la región rebelde.

d) Para intentar obtener el reconocimiento público de los Estados Unidos.

Para mejorar las inciertas comunicaciones de radio entre Oriente y La Habana, envié un aeroplano de la embajada con el segundo secretario Bowdler para que hiciera vuelos entre la base de Guantánamo, Santiago y la bahía Moa. Bowdler podía dar informes constantes a la embajada por radio de onda corta, cuya comunicación se estableció entre la embajada, la base de Guantánamo y el Consulado Norteamericano en Santiago.

Cuando los representantes rebeldes en los Estados Unidos se pusieron en contacto con Fidel Castro por medio de la radio de Caracas, éste insistió en que la orden de los secuestros había sido dictada sin su conocimiento previo y sin su autorización.

El Departamento de Estado me dio instrucciones de acercarme al Presidente Batista con la solicitud de que se permitiera a nuestro cónsul Park Wollam, volar en un helicóptero de la armada a la Sierra del Cristal a fin de recoger a Raúl Castro y luego proseguir a la Sierra Maestra para celebrar una entrevista con Fidel Castro sobre la libertad de los cautivos.

Batista rechazó esta solicitud, diciendo: "Como Jefe de Estado, no puedo permitir ese golpe de publicidad, sobre todo porque no puedo garantizar la seguridad del cónsul norteamericano ni del avión norteamericano."

En Washington, el departamento continuó haciendo presión para que se pusiera en libertad a los norteamericanos por medio de sus numerosas relaciones, por medio de Betancourt, representante oficial de los rebeldes, y de otros representantes revolucionarios en Washingon.

El Presidente Batista se encontraba en un dilema. No podía sacar a Fidel Castro y sus partidarios de sus escondites. Por otra parte, se hallaba bajo considerable presión de los Estados Unidos para obtener la libertad de los rehenes. En mi opinión, Batista habría dado la autorización para que desembarcaran

infantes de marina norteamericanos a fin de liberar a los cautivos.

El Departamento de Marina, algunos miembros del Congreso y muchos de los principales funcionarios de Washington, así como yo, nos inclinábamos a obtener la aprobación del Presidente Batista para que desembarcaran infantes de marina a fin de liberar a los cautivos si Raúl Castro no los ponía inmediatamente en libertad.

Sin embargo, prevaleció la recomendación del secretario auxiliar de Estado Rubottom. Se oponía al desembarque de infantes de marina fundándose en que tal vez no recogiéramos más que los cadáveres de los norteamericanos.

A mi juicio, Raúl Castro no se habría atrevido a hacer daño a ninguno de los norteamericanos secuestrados. Aun cuando no se diera cuenta de que el Movimiento 26 de Julio no podría triunfar sin la simpatía de los Estados Unidos, era evidente que el desembarque de infantes de marina norteamericanos para liberar a los norteamericanos y los canadienses pondría a los Estados Unidos contra Castro. La injustificable captura de norteamericanos y canadienses era un acto que repugnaba a toda norma de conducta civilizada.

Los rebeldes me mandaron un ultimátum sobre las negociaciones. Dicho ultimátum decía que sólo pondrían en libertad a todos los cautivos norteamericanos y canadienses si aceptaba hablar con Raúl Castro. Se rechazó este ultimátum, así como todas sus exigencias. Los rebeldes deseaban que se les reconociera como beligerantes, pero nunca lo consiguieron.

La embajada no perdió nunca el contacto con los rebeldes. Podíamos establecer comunicaciones directas por radio. La Agencia Central de Inteligencia envió por avión desde los Estados Unidos a un operador especial con equipo de onda corta para establecer las comunicaciones por radio entre la región donde estaba el escondite de los rebeldes y la embajada de La Habana.

Envié por avión a la base naval de los Estados Unidos a Eugene Gilmore, asesor de asuntos económicos, para una

entrevista con el comandante de la base, contralmirante R. B. Ellis, en relación con los norteamericanos y el canadiense que aún seguían detenidos como rehenes por los rebeldes cubanos. Eugene Gilmore era un funcionario inteligente, culto y serio del servicio exterior. Al mismo tiempo, la embajada de La Habana negó que el viaje de Eugene Gilmore tuviera alguna relación con los informes de que los rebeldes querían que se enviara a un negociador de alto nivel para hablar con ellos antes de dejar en libertad a los cautivos restantes.

Debido a la proximidad de la base naval de Guantánamo con nuestro consulado en Santiago y la región donde se encontraban los norteamericanos secuestrados, la armada podía darnos valiosa ayuda con sus instalaciones.

El 2 de julio recibí aviso de nuestro operador especial en el territorio rebelde de que los rebeldes estaban dispuestos a dejar en libertad a siete norteamericanos. A fin de obtener toda la publicidad que querían, los rebeldes estipulaban que se enviara un helicóptero de la armada a la región. Cuatro ciudadanos norteamericanos y uno canadiense fueron enviados por avión a la base naval de los Estados Unidos. Todavía faltaba poner en libertad a cuarenta y cinco. El cónsul Wollam me aseguró, después de recuperar la libertad y traer a los cinco rehenes liberados, que los demás cautivos se hallaban bien.

Los cautivos fueron puestos en libertad poco a poco. Cuatro días más tarde quedaron libres otros cinco civiles, sin haber sufrido daño. Los rebeldes retenían a los rehenes norteamericanos todo el tiempo posible porque gozaban de un respiro de los bombardeos y ataques de la Fuerza Aérea Cubana. La liberación de los militares se dejó hasta el final. No fue sino hasta mediados de julio que todos fueron puestos en libertad y sacados de la región en helicóptero.

Con el interrogatorio de los militares secuestrados en Guantánamo y el interrogatorio de los civiles secuestrados en la embajada, se puso de manifiesto que la idea del secuestro se inspiró y tuvo su origen en las mentes de Raúl Castro y un barbón conocido con el nombre de "Buffalo Bill" (no se

le conocía con ningún otro nombre y algunos de los rehenes que volvieron dijeron que era comunista).

La infiltración comunista del movimiento se puso también de manifiesto con el violento antiamericanismo que se hacía evidente en los dirigentes rebeldes. Dos de los principales dirigentes del movimiento castrista, el comandante Ernesto (Che) Guevara y el comandante Raúl Castro, pertenecían a organizaciones marxistas. El Departamento de Estado sabía que los dos habían hecho prolongadas visitas detrás de la Cortina de Hierro. Tanto la CIA como el Departamento de Estado tenían conocimiento de que el "Che" Guevara era un comunista activo en Guatemala y México, y que Raúl Castro había participado en el movimiento estudiantil comunista internacional.

En las montañas, la amiga de Raúl Castro, Vilma Espín (hoy señora Castro), sostenía todas las noches discusiones políticas con los prisioneros norteamericanos. No era posible convencerla porque se consagraba al procedimiento comunista de la gran mentira, según informaron algunos de los rehenes que volvieron. Sin embargo, algunas personas influyentes de los Estados Unidos seguían negándose a creer que el movimiento castrista estuviera infiltrado y dominado por los comunistas.

Estas mismas personas afirman ahora que "la revolución ha sido traicionada" y que "la revolución ha devorado a sus hijos" [1]. Evidentemente, a Raúl Castro le gustaron los secuestros, porque tres meses más tarde, en octubre de 1958, secuestró a otros dos norteamericanos y a varios empleados cubanos de la Texaco Company.

Di instrucciones al cónsul Wollam de que se pusiera en contacto con los rebeldes para decirles que, a menos que dejaran libres inmediatamente a los norteamericanos, recomendaría al departamento que reanudáramos los embarques de armas al gobierno de Cuba. Sabía que no harían caso de dicha recomendación, porque ya se sabía en el Departamento

---

1 Papel Blanco del Departamento de Estado sobre Cuba, abril de 1961.

de Estado que yo abogaba por la venta de armas al gobierno cubano. Pero los castristas no tenían conocimiento de ello y me encontraba convencido de que la única manera de obtener resultados era un procedimiento firme. Mediante sus relaciones con los representantes rebeldes en Washington, el Departamento de Estado trató de hacer ver a los revolucionarios la tontería y gravedad de sus acciones.

Obtuvimos resultados. Los norteamericanos fueron puestos en libertad tres días más tarde, sin haber sufrido daño.

Los rebeldes cubanos acompañaron el secuestro de dos trabajadores petroleros norteamericanos con la amenaza de secuestrar a algunos diplomáticos ingleses. Los rebeldes decían que secuestrarían a los diplomáticos como represalia por la venta de armas inglesas al gobierno de Batista.

El 28 de octubre de 1958 el siguiente editorial, "Ya Estamos Cansados", en el *New York Journal American*. Era un indicio de la reacción de la prensa conservadora en los Estados Unidos.

Estamos empezando a tener la impresión de que Fidel Castro, el dirigente rebelde cubano, considera que el secuestro de los ciudadanos norteamericanos es un acto de diplomacia juguetona que debería ser recibido con tolerante sonrisa en este país.

Le espera una sorpresa. El año pasado, las guerrillas castristas secuestraron a cuarenta y siete norteamericanos. Pasaron tres semanas antes de que los dejaran en libertad. La semana pasada, se apoderaron de dos norteamericanos. Los dejaron en libertad dos días después de que nuestro embajador, Earl E. T. Smith, envió a Castro, con un correo, una nota enérgica. El vocero del Departamento de Estado, Lincoln White, dijo que quizá los Estados Unidos tendrían que hacer algo a menos que se acabaran estas afrentas.

Ahora, Castro llama "declaraciones agresivas" a estas manifestaciones. Acusa al embajador Smith de confabularse con el Presidente Batista para provocar la intervención norteamericana. A la luz de los esfuerzos del señor Smith para mantenerse neutral en la lucha entre Batista y Castro, esa acusación es un desatino insultante.

La actitud de Castro es una combinación de arrogancia y estupidez.

Es él quien ha cometido una agresión contra los ciudadanos norteamericanos.

Es él quien ha provocado.

No sentimos admiración por el régimen de Batista. Pero Castro está siguiendo el camino más eficaz para destruir la simpatía que pueda despertar su causa. Cuando un funcionario de Washington dijo: "Ya estamos cansados de que secuestren a los norteamericanos", hablaba en nombre de todos nosotros.

Ante el subcomité del Senado de los Estados Unidos, declaré:

Los revolucionarios a las órdenes de Fidel Castro exigían tributo en toda Cuba. Para el otoño o fines del verano de 1958, resolvió exigir también tributo de las empresas y propietarios norteamericanos.

En cuanto me enteré de esto, escribí una carta a todos los hombres de negocios norteamericanos que residían en Cuba, en la cual afirmé claramente que los norteamericanos no debían pagar ningún tributo y les pedí que no dieran dinero a los revolucionarios, que todavía teníamos relaciones con un gobierno amigo y que, como norteamericanos, no teníamos el derecho de dar dinero a los revolucionarios que trataban de derrocar por la fuerza a un gobierno amigo.

Esta carta fue aprobada por el Departamento de Estado antes de ser enviada. Todas las semanas me reunía regularmente, en mi embajada, con algunos de los principales hombres de negocios de La Habana, y me aseguraron que los norteamericanos no pagaban ningún dinero.

Sin embargo, hacia los últimos días del régimen de Batista, creo que algunos norteamericanos pagaron dinero para protegerse. Pagaban impuestos al régimen de Batista y pagaban también impuestos a los castristas. No pude probarlo. No me permitieron enterarme de ello.

Los rebeldes de Castro exigieron un préstamo de quinientos mil dólares de la Texaco Corporation, que la compañía se negó enérgicamente a hacer. Cuando se exigió tributo a los norteamericanos, muchas veces se usó mi carta como excusa para negarse a pagarlo. A fines del verano había un desprecio casi completo de parte de los rebeldes para las vidas y propiedades norteamericanas.

Poco después de que volvieron los norteamericanos secuestrados, los Estados Unidos desembarcaron 3,500 infantes de marina en el Líbano. Esto no sólo sirvió para distraer la aten-

ción pública de Cuba, sino que, para muchos de nosotros, nos devolvió el orgullo nacional.

En el otoño de 1958, el Secretario de Estado, John Foster Dulles, asistió a una cena que dio en su honor el embajador cubano en Washington, Nicolás Arroyo. Este acto no indicaba hostilidad de parte del personal superior del Departamento de Estado hacia el gobierno de Cuba. Contrastaba claramente con la actitud de los del Cuarto Piso, y causó gran preocupación entre los simpatizadores de Castro.

Cerca de la bahía Moa se encontraba la instalación de níquel de Nicaro, que valía cien millones de dólares y era propiedad del gobierno norteamericano, donde estaban empleados muchos norteamericanos. Washington resolvió evacuar aproximadamente a cincuenta mujeres y niños, familiares de los empleados norteamericanos de la instalación. La decisión se basaba en el deseo de tomar precauciones extraordinarias para estos norteamericanos contra el posible daño que pudieran causarles los rebeldes.

El buque transporte de ataque, *Kleinsmith,* fue enviado a Nicaro, en la costa septentrional del oriente de Cuba. En total, salieron de Nicaro aproximadamente cincuenta y cinco familiares del personal norteamericano de la instalación para ser conducidos a la base naval de los Estados Unidos en la costa meridional. El resto se negó a salir. Los norteamericanos habían quedado aislados en la región infestada de rebeldes, alrededor de la instalación de níquel. El enorme portaviones *Franklin D. Roosevelt* recibió órdenes de patrullar la costa frente al puerto para garantizar la seguridad de la operación. En ese momento, hice la declaración de que la decisión de enviar el portaviones a Nicaro había sido tomada en Washington e insistí en que la presencia del portaviones no tenía más objeto que el de proporcionar transporte por helicóptero en el caso de que fuera necesario. Todos los familiares fueron evacuados, sin sufrir daño, al transporte naval.

El Departamento de Estado, valiéndose de su vocero, Lincoln White, dijo que quizá los Estados Unidos tuvieran

que hacer algo si los rebeldes no dejaban de secuestrar a los norteamericanos. El caudillo rebelde replicó acusándonos, a Batista y a mí, de confabularnos para provocar la intervención norteamericana. Al parecer, la acusación que me hacían había tenido como causa la evacuación de Nicaro. Cuando los evacuados llegaron a Miami después de pasar por la base naval de Guantánamo, informaron que los rebeldes se habían apoderado de la población durante cuatro a cinco días, en los cuales "estuvimos prisioneros, pero los rebeldes no tenían mucho que decirnos".

El 25 de octubre de 1958, Fidel Castro, en una radiodifusión personal desde las montañas de la Sierra Maestra, advirtió a los Estados Unidos que no debían entrometerse en la rebelión cubana. Sin duda se refería a la declaración del Departamento de Estado de que los secuestros de los rebeldes eran un "comportamiento incivilizado". Castro dijo que correspondía al pueblo cubano, y no al Departamento de Estado de los Estados Unidos, juzgar sus actos.

El primero de noviembre de 1958, el agente del Movimiento 26 de Julio en Washington, Ernesto Betancourt, nos acusó a mí y a dos generales de los Estados Unidos de "estar en connivencia para socavar" la política de no intervención de los Estados Unidos en la guerra civil cubana, según lo publicó el *New York Herald Tribune* de 2 de noviembre de 1958.

La acusación fue hecha por Betancourt en una carta dirigida al senador Wayne Morse, presidente del Subcomité del Senado de Relaciones Exteriores sobre los Asuntos Latinoamericanos. Según la queja, un general norteamericano de cuatro estrellas y otro de dos estrellas, a ninguno de los cuales designó por su nombre, querían que los Estados Unidos apoyaran al Presidente cubano, Batista, para acabar con la revolución. El *Herald Tribune* seguía diciendo que el señor Betancourt sostenía en su carta al senador Morse que "es evidente que el embajador de los Estados Unidos, Smith, en lugar de seguir fielmente la política sancionada por sus superiores, está en

connivencia con esta facción de los militares norteamericanos para socavar la política del Departamento de Estado".

El 2 de noviembre, Castro continuó su injustificable desprecio de las vidas y las propiedades ordenando a sus pistoleros que asaltaran otro avión de la Cubana. Esta vez había siete norteamericanos a bordo. Los sobrevivientes informaron que cuatro rebeldes cubanos se apoderaron del enorme avión *Viscount* de propulsión a chorro en un vuelo a Miami a la playa de Varadero. Obligaron al avión a estrellarse en la bahía Nipe, cerca de Preston, en territorio rebelde de la Provincia de Oriente. Inmediatamente envié a dos representantes consulares a Preston para hacer investigaciones en la escena y para identificar a los norteamericanos muertos, de manera que la embajada pudiera enviar en seguida un informe completo al Departamento de Estado.

Aunque el señor Betancourt negó que el comité en exilio del Movimiento 26 de Julio, en Miami, tuviera ninguna relación con alguno de los hombres que iban a bordo del avión, los sobrevivientes indicaron lo contrario. Además, se encontraron brazaletes del Movimiento 26 de Julio entre las ruinas del avión.

Éste fue otro golpe de publicidad de parte de Castro. Se apoderó del aeroplano para aparecer en los encabezados de los periódicos. Era el segundo avión del que se apoderaban en vuelo desde el 21 de octubre.

En esa fecha, dos rebeldes que iban entre los pasajeros se apoderaron de un DC-3 con otras doce personas a bordo. Dos rebeldes cubanos, fingiéndose pasajeros, capturaron a un avión comercial cubano cuando volaba sobre la Provincia de Oriente. Pistola en mano obligaron a la tripulación a aterrizar en una pista rebelde en las montañas de la Sierra Maestra.

Capítulo XVI

LAS ELECCIONES QUE FRACASARON

En Cuba había numerosos partidos y numerosos candidatos que pertenecían a la oposición política. Eran miembros de lo que yo llamaba la "oposición legal". Dichos grupos no participaban en las actividades terroristas. A la oposición política le interesaba la sustitución del gobierno de Cuba por los procesos normales de la elección, y no le interesaba derrocar a Batista por la violencia.

El 14 de enero de 1958, después de almorzar con el Presidente Batista, los dirigentes de los cuatro partidos de coalición del gobierno anunciaron que se unirían para proclamar al candidato de la coalición del gobierno. El anuncio fue hecho por medio de Justo Luis Pozo, alcalde de La Habana y dirigente del Partido Acción Progresista (PAP) de Batista. Los partidos más pequeños que se unieron al PAP eran el Partido Demócrata, el Partido Liberal y el Partido Unión Radical. Su candidato de coalición, elegido por Batista, era el ex Primer Ministro Andrés Rivero Agüero.

Había tres partidos principales de oposición: el Partido del Pueblo Libre (PPL), cuyo candidato presidencial era el doctor Carlos Márquez Sterling; el Partido Auténtico (PRC), cuyo candidato presidencial era el ex Presidente de Cuba, doctor Ramón Grau San Martín, y el Partido Nacional Revolucionario (PNR), cuyo candidato presidencial era Pardo Llada.

El doctor Carlos Márquez Sterling quería que la oposición se consolidara tras un solo candidato, lo mismo que los partidos del gobierno. Evidentemente, dicha coalición sería mucho más eficaz que la división de la oposición, mientras que los partidos políticos del gobierno estaban unidos y bien organizados. Yo tenía la esperanza de que la oposición política aceptara este objetivo. Sin embargo, no fue posible obtener dicha coalición debido a la oposición del candidato presidencial del Auténtico, el ex Presidente de Cuba doctor Grau San Martín. El candidato del gobierno no era muy conocido. Pero, dividida, la oposición tenía muy pocas probabilidades de triunfar.

Como embajador de los Estados Unidos, el procedimiento correcto consistía en tener un "intercambio de puntos de vista" con cada uno de los principales candidatos presidenciales. Los dirigentes de los dos principales partidos de oposición, el doctor Carlos Márquez Sterling y el doctor Grau San Martín, sostuvieron hasta el día de las elecciones que la única solución a los problemas cubanos eran las elecciones libres y abiertas. Pero había que celebrar dichas elecciones con el restablecimiento de las garantías constitucionales.

A principios de 1958, el Partido Auténtico, cuyo candidato presidencial era el doctor Grau San Martín, y el doctor Márquez Sterling, del Partido del Pueblo Libre, publicaron una Resolución en la que pedían una tregua en Cuba, solicitaban la amnistía política y pedían un gobierno de unidad nacional. El Partido Auténtico agregaba que fomentaría el empadronamiento de sus partidarios para que pudieran votar y que seguiría tomando las medidas legales necesarias durante el periodo preelectoral.

El tercer partido de la oposición, el Partido Nacional Revolucionario, cuyo dirigente era José Pardo Llada, no tenía unidad y, además, su dirigente se había ausentado desde hacía tiempo. En consecuencia, se disolvió antes del día de las elecciones. Hubo un momento en que el doctor Márquez Sterling se acercó vanamente a Pardo Llada para ver si su partido se

interesaba en que él, el doctor Márquez Sterling) fuera el candidato presidencial de ambos partidos.

Los partidos políticos terminaron las fases preliminares del proceso electoral y eligieron a sus candidatos nacionales. Esto se hizo a pesar del ultimátum de Castro de que cualquiera que se presentara como candidato sería encarcelado o fusilado por sus fuerzas. El 10 de octubre de 1958, Fidel Castro dictó en la Sierra Maestra la llamada Ley Revolucionaria Número Dos, la cual imponía la pena capital a todos los candidatos. No hizo distinción entre los candidatos de la oposición y los del gobierno. Castro anunció por la radio rebelde: "Al candidato que sea capturado en la zona de operaciones del territorio libre se le impondrá una condena que irá, de acuerdo con el grado de responsabilidad, de diez años de prisión a la muerte."

Un candidato, el señor Aníbal Vega, hermano del presidente del Partido del Pueblo Libre en la Provincia de Camagüey, fue ejecutado de esta manera. También Castro había dado órdenes de disparar y ametrallar a los ciudadanos que hicieran cola en los lugares donde se encontraban las urnas el día de las elecciones. Muchos candidatos locales tuvieron que renunciar.

En nuestras reuniones, Batista había prometido solemnemente que habría elecciones honradas. También había prometido que invitaría observadores para que presenciaran las elecciones, de las Naciones Unidas, la Organización de Estados Americanos y la prensa mundial. En octubre, el Presidente envió a las Naciones Unidas la petición de uno de los candidatos de la oposición, el doctor Grau San Martín, de que enviaran observadores. El delegado cubano ante las Naciones Unidas, doctor Núñez Portuondo, entregó esta invitación. A nombre del gobierno de Batista, hizo una invitación semejante a las Naciones Unidas para que enviaran observadores a las elecciones. Asimismo, a fines de octubre, el gobierno hizo una invitación a la prensa mundial para que presenciara las elecciones.

A pesar de las amenazas de Castro y del esfuerzo por impedir las elecciones, éstas se celebraron en la fecha fijada, el 3 de noviembre. Fueron pacíficas. En Oriente, los rebeldes consiguieron impedir que el pueblo acudiera a las urnas. En las otras provincias hubo una votación importante. Los resultados oficiales indicaron que había habido una votación del 60 por ciento, aproximadamente.

Ganó el doctor Andrés Rivero Agüero, candidato de Batista. El doctor Márquez Sterling, candidato del Partido del Pueblo Libre, ocupó el segundo lugar. En su programa, el doctor Márquez prometía que, si lo elegían, convocaría inmediatamente a una asamblea constitucional para abreviar su mandato y convocar nuevas elecciones. El candidato del Auténtico, doctor Grau San Martín, ocupó el tercer lugar.

La noche de las elecciones recibí una llamada telefónica del doctor Gonzalo Güell. Por su conversación deduje que hablaba en presencia de Batista. Cuando me preguntó qué pensaba de los resultados, guardé reserva, pero mi decepción fue muy grande. Los resultados de las elecciones indicaban que no serían aceptables para el pueblo.

La falta de cumplimiento de Batista a la solemne promesa que me había hecho de que habría elecciones libres y abiertas que serían aceptables para el pueblo, fue el último de sus grandes errores. Si el candidato de Batista hubiera perdido y si las elecciones hubieran sido aceptables para el pueblo, todavía hubiera sido posible encontrar una solución pacífica. Como consecuencia de las elecciones, perdió a los simpatizadores que le quedaban. El pueblo quedó completamente desilusionado y decepcionado. Habían esperado, hasta el último momento, encontrar por medio de las elecciones una solución a la violencia y la lucha civil.

Si el doctor Márquez Sterling hubiera ganado las elecciones, se habría eliminado el supuesto objetivo de Castro de librar a Cuba de Batista. Castro comprendía muy bien este hecho. En consecuencia, le encantó que el candidato de Batista ganara las elecciones generales el 3 de noviembre de 1958.

El doctor Márquez Sterling me informó que en varias ocasiones se le habían acercado los representantes de Castro para conseguir que se retirara como candidato presidencial. Según sus propias palabras: "Me negué obstinadamente a hacerle el juego a Castro; sostuve que Castro era comunista y colaboraba con el Partido Comunista para acabar de una vez para siempre con las instituciones democráticas en Cuba."

El doctor Andrés Rivero Agüero triunfó en las provincias de Oriente y Las Villas, donde hubo poca votación, pues la gente tenía miedo de salir de sus casas a votar. El doctor Márquez Sterling ganó en las provincias de Pinar del Río, Matanzas, La Habana y Camagüey. Según el doctor Márquez Sterling, perdió las elecciones debido a que se violaron las urnas, lo que en Cuba se conoce con el nombre de *cambiazo*. Además, Castro ordenó a sus hombres que quemaran y destruyeran la documentación electoral que contenían las urnas.

El doctor Márquez Sterling protestó contra los resultados de las elecciones porque el Partido del Pueblo Libre (PPL) creía que el recuento demostraría que había ganado la presidencia. El doctor Roberto Melero presentó una apelación, a nombre del Partido del Pueblo Libre, al Tribunal Superior Electoral, protestando por la forma en que se había hecho el recuento de los votos y pidiendo un recuento completo.

El Tribunal Superior Electoral, que había sido creado por la Constitución de 1940, no tuvo la oportunidad de juzgar la apelación. El Congreso cubano decretó que el proceso electoral había terminado y que los resultados eran decisivos.

El sábado 15 de noviembre de 1958, el Presidente electo, doctor Rivero Agüero, almorzó conmigo en la residencia de la embajada. Su hermano había sido asesinado por los revolucionarios castristas. Le ofrecí mis condolencias. Expresó su deseo de que hubiera paz y tranquilidad en la nación. Pensaba convocar a una asamblea constituyente para abreviar su mandato, celebrar nuevas elecciones y restablecer todas las garantías constitucionales después del 24 de febrero de 1959. En

estas circunstancias, el doctor Rivero Agüero quería saber si podía esperar el apoyo de los Estados Unidos, el cual comprendería la reanudación de las ventas de armas. El Presidente electo sabía que su causa estaba perdida sin la ayuda norteamericana. El doctor Rivero Agüero me impresionó con la sinceridad de sus intenciones de buscar términos aceptables para una solución pacífica de los problemas políticos de la nación. Sin embargo, dudé de su capacidad para hacerlo en fecha tan tardía.

Capítulo XVII

LA AMBIGÜEDAD DEL DEPARTAMENTO DE ESTADO

Para eliminar al dictador derechista, algunas personas influyentes del Departamento de Estado estaban dispuestas a correr el riesgo de que un dictador izquierdista dominara el movimiento de Castro. Estaban dispuestas a aceptar las seguridades de los representantes de los revolucionarios en Washington de que podrían dominar a Castro.

El Primer Ministro Güell me informó que sabía de fuente irrecusable que William Wieland había afirmado que los Estados Unidos no intervendrían en Cuba hasta después de que hubiera un caos. El señor Wieland agregó supuestamente que después de que hubiera un baño de sangre, los Estados Unidos estarían dispuestos a convocar a la Organización de Estados Americanos y obtener un mandato para restablecer el orden en Cuba. Cuando negué el cargo, el doctor Güell insistió en que tenía pruebas. Informé sobre esta conversación al Departamento de Estado en diciembre de 1958, y no fue negada.

A principios de 1958, la propia Oficina de Investigaciones e Inteligencia del Departamento de Estado reconoció que por lo menos uno de los principales dirigentes (el "Che" Guevara) era marxista y que había informes de infiltración comunista. Sin embargo, no creían que el movimiento fidelista en su conjunto fuera comunista. En el verano de 1958, después de los secuestros, la Oficina de Investigaciones e Inteligencia hizo observar que los rebeldes eran antinorteamericanos; que

los comunistas se habían introducido en las filas inferiores de los revolucionarios y confesaron que algunos simpatizadores de los comunistas ocupaban puestos importantes en el movimiento.

En noviembre de 1958, una sección de inteligencia del Departamento de Estado preparó una "Opinión Sobre el Peligro Comunista en Cuba". Este informe reconocía que el Movimiento 26 de Julio estaba expuesto a la explotación comunista y confesaba la existencia de la infiltración comunista y del dominio comunista del movimiento revolucionario, pero afirmaba que no tenían suficientes pruebas para determinar el grado a que llegaba ese dominio.

La corrupción del gobierno de Batista había asqueado al pueblo cubano. Querían un cambio. Batista había sembrado la semilla. Los voluntarios de Castro, con la ayuda abierta de los órganos comunistas de propaganda, usaban todos los medios posibles para llamar la atención sobre los métodos violentos que existían. Con intervalos, durante dieciocho años Batista había representado el papel dominante en el gobierno de Cuba, pero ahora su gobierno se desintegraba desde adentro. Esta descomposición se había acelerado gracias a las muchas influencias que tenían peso en los Estados Unidos y que se consagraban al derrocamiento de las dictaduras derechistas.

Yo estaba convencido de que se había vuelto una política norteamericana fija la oposición a todos los dictadores derechistas, inclusive los que fueran favorables para los Estados Unidos. Esta política abría la puerta a los dictadores izquierdistas y al Partido Comunista. Evidentemente, era un juego peligroso, pues cada Partido Comunista, en cualquier país, es un brazo político de la Rusia Soviética.

El 23 de noviembre fui a Washington para consultar al departamento. Comuniqué al Departamento de Estado mi confianza en el deseo y las intenciones del doctor Rivero Agüero de llegar a una avenencia y recomendé que el Departamento de Estado aceptara la exhortación del Presidente electo, que pedía nuestro apoyo, pues era la alternativa más prometedora

que quedaba para evitar el caos en Cuba, del que los únicos beneficiados serían los comunistas. Según la opinión que tenían el secretario Rubottom y William Wieland de la situación, no era posible solucionar el problema político con la ayuda de los Estados Unidos al gobierno de Rivero Agüero, pues no creían que ninguno de los elementos respetados, civiles y militares, se unirían al gobierno del Presidente electo. Además, no querían apoyar y estimular los esfuerzos de la Iglesia para poner fin a la lucha. Mi petición de apoyo al gobierno del doctor Rivero Agüero fue rechazada.

El propósito de mi visita era el de informar al Departamento de Estado sobre la mala situación económica que comenzaba a prevalecer en Cuba. Ahora se hacía evidente, aun para los más obstinados, que el gobierno de Batista no podía perdurar. Cuando me preguntaron en una reunión que se celebró en la oficina del subsecretario auxiliar de Estado Robert Murphy cuál era mi opinión sobre la situación, respondí que la economía de Cuba se estaba desintegrando. Las principales arterias de transporte estaban siendo cortadas. Los puentes importantes de la Carretera Central estaban siendo destruidos. Al parecer, los revolucionarios recibían consejo profesional sobre la manera de destruir las principales líneas de comunicación y transporte.

El subsecretario Murphy me pidió mi opinión sobre si el movimiento de Castro era comunista. Mi respuesta fue, sustancialmente, la siguiente:

> Si pudiera conseguir un jurado de doce personas imparciales, estaría dispuesto a apostar cien mil dólares a que puedo convencer a todos los miembros del jurado, antes de veinticuatro horas, de que el movimiento de Castro está infiltrado y dominado por los comunistas. Si no puedo convencer al jurado, el dinero se puede entregar a cualquier institución caritativa que estipule el Departamento de Estado. Los comunistas son demasiado hábiles para darnos una prueba concluyente. Necesito veinticuatro horas para explicar cuáles son las fuentes, la significación y la fuerza de las pruebas que se han acumulado en el pasado periodo de dieciocho meses. Estoy seguro de que después de veinticuatro horas, el jurado quedaría convencido.

No hubo ningún comentario sobre mi oferta, y continuó la discusión acerca de la situación económica de la isla. Di mis puntos de vista y las razones de que la situación cubana hubiera empeorado tan rápidamente.

Poco después de que me nombraron embajador de los Estados Unidos en Cuba, formé un grupo consultivo de hombres de negocios norteamericanos de La Habana para reunirnos a intervalos regulares con los principales funcionarios de la embajada. El intercambio de puntos de vista que se producía en estas reuniones fue de mucha ayuda para todos los que participábamos en ellas. La última reunión de este grupo se celebró treinta y un días antes de que el Presidente Batista huyera de Cuba.

El punto de vista unánime de estos hombres de negocios era que la situación cubana había empeorado muy rápidamente. La opinión general era que Batista no podría durar hasta el final de su mandato (que terminaría el 24 de febrero de 1959) y quizá no llegaría al primero de enero de 1959 a menos que los Estados Unidos estuvieran dispuestos a apoyarlo. Ahora, el apoyo de los Estados Unidos podría llegar demasiado tarde. Estos puntos de vista resultaron verdaderamente proféticos.

El grupo tenía la convicción de que el movimiento de Castro estaba dominado por los comunistas. El representante de la Esso, G. W. Potts, hizo observar que una reciente declaración del Movimiento 26 de Julio era extraordinariamente parecida a una declaración hecha por el gobierno de Arbenz en Guatemala. Hubo un acuerdo general de que al triunfo de Castro seguiría un derramamiento de sangre semejante a lo que ocurrió después del derrocamiento del Presidente Machado. Los hombres de negocios agregaban que era inconcebible que los Estados Unidos ayudaran a Castro; pero, como tal vez fuera demasiado tarde para ayudar a Batista, la mejor alternativa sería la de apoyar una junta civil y militar; quedar a la expectativa y dejar que triunfara Castro, no sería benéfico para los intereses de los Estados Unidos ni de

Cuba. Por eso, el grupo recomendaba que los Estados Unidos estimularan y dieran su apoyo, comprendiendo el embarque de armas, a una junta civil y militar. En esta reunión había, aproximadamente, ocho representantes de los hombres de negocios norteamericanos. Los demás se encontraban ausentes de la ciudad. Estos caballeros creían que la junta tendría más probabilidades de contar con el apoyo del pueblo cubano y de debilitar a Castro si comprendiera a algunos de los representantes de la oposición, representantes de los grupos cívicos que ahora apoyaban a Castro y algunos de los mejores elementos del gobierno de Cuba. Sería necesario excluir a Batista.

Cuando comuniqué estos puntos de vista al Departamento de Estado, pedí que se tomaran en cuenta las opiniones de estos hombres responsables y que no fuéramos espectadores silenciosos, sino que influyéramos en los sucesos para encontrar una solución pacífica a fin de impedir que creciera la influencia comunista.

También recomendé persuadir a Batista de que entregara la presidencia al doctor Rivero Agüero tan pronto como fuera posible, que apoyáramos a la nueva administración después de cerciorarnos de que el Presidente electo tenía el apoyo de los militares y después de que hiciera el anuncio oficial de que formaría un gobierno de unidad nacional que comprendiera a los elementos respetados de la oposición tanto política como cívica. Ello requeriría convocar una asamblea constituyente y abreviar el mandato del Presidente electo convocando las elecciones generales y restableciendo las garantías constitucionales. El doctor Rivero Agüero ya me había asegurado que tenía la intención de cumplir todos los requerimientos indicados. En mi mensaje al Departamento de Estado, volví a decir que los comunistas serían los únicos que se beneficiarían si los Estados Unidos seguían negándose a apoyar cualquier solución que excluyera a Castro, debido a nuestra política de no intervención, y que quizá los Estados Unidos tendrían que intervenir por razones humanitarias.

Capítulo XVIII

LA ELIMINACIÓN DE BATISTA

El Día de Acción de Gracias de 1958, se acercó a mí, en el Country Club de La Habana, el doctor Mario Lazo, distinguido abogado cubano, recibido en la Universidad de Cornell. El doctor Lazo me dijo que tenía alguna información muy importante. La experiencia me había enseñado que era inteligente, digno de confianza y verídico. Se oponía vigorosamente a Batista, pero temía que Castro fuera peor que éste para Cuba.

El doctor Lazo me comunicó la decisión que habían tomado la CIA y el Departamento de Estado de enviar un emisario a Cuba para sugerir al Presidente Batista que saliera del país y para hablar con él sobre la posibilidad de establecer una junta militar. No pude hacer ningún comentario sobre esto, ya que era una noticia nueva para mí. Es muy significativo que el embajador de los Estados Unidos tuviera que recibir tan importante información de un caballero cubano, por decorosa que fuera la fuente.

Más tarde me enteré de que la información del doctor Lazo era correcta y que el Departamento de Estado y la CIA habían llegado en noviembre a la conclusión de que Batista tendría que irse de Cuba. En ese momento se consideró aconsejable que fuera otra persona, y no el embajador norteamericano, quien se pusiera en contacto con el Presidente Batista. El plan consistía en llamarme a Washington para una consulta

y retenerme allí hasta que hubieran hablado con Batista. Esto serviría para proteger la posición del embajador, en lo que veía al gobierno de Batista, si el plan no daba resultado. El Departamento de Estado quería protegerse contra las acusaciones de intervención, por lo que pensaba enviar a un emisario que no tuviera vínculo oficial con el gobierno.

En consecuencia, el 4 de diciembre fui llamado a Washington para una consulta. El miércoles 10 me reuní en la oficina del subsecretario Robert Murphy con el secretario auxiliar de Estado Rubottom, el subsecretario auxiliar de Estado de Asuntos Interamericanos Snow, William Wieland, encargado de los negocios cubanos y el funcionario de enlace de la CIA con el Departamento de Estado.

En esta reunión me informó el subsecretario auxiliar Murphy que a Batista lo iría a ver alguien que no tuviera vínculo oficial con el gobierno, para sugerirle que se ausentara de Cuba y nombrara una junta militar. Las posibles sugerencias para la junta eran el general Cantillo, el coronel Barquín, el general Sosa y otro. Me preguntaron mi opinión y convine en que desde hacía algún tiempo estaba convencido de que Batista tenía que irse del país para evitar un mayor derramamiento de sangre y, además, en que estaba de acuerdo con el plan, pues tenía la esperanza de que una junta militar podría establecer un gobierno provisional que excluyera a Castro y que más tarde celebrara elecciones generales.

Esa misma noche, 10 de diciembre, llamé por teléfono al subsecretario Murphy y le pregunté si podía ir a visitarlo a su casa. Fui a ella y le pregunté si la junta militar se formaría con la aprobación de Batista. El subsecretario Murphy me contestó que así se haría, que habían hablado con Batista el día anterior, pero no mencionó el nombre del emisario ni el resultado de la reunión. Me alegré de que la responsabilidad de los asuntos cubanos, aunque fuera en esta fecha tardía, estuviera pasando al subsecretario Robert Murphy, pues nunca tuve más que el mayor de los respetos para este antiguo funcionario de carrera.

William D. Pawley, que fue el emisario secreto, declaró ante el subcomité de la Comisión Judicial del Senado de los Estados Unidos que fue el elegido para ir a Cuba y hablar con Batista a fin de ver si podía convencerlo de capitular. Pawley se reunió con el Presidente Batista el 9 de diciembre de 1958, y citó el testimonio del señor Pawley ante el subcomité de la Comisión Judicial del Senado de los Estados Unidos el 2 de septiembre de 1960:

Fui el elegido para ir a Cuba y hablar con Batista a fin de ver si podía convencerlo de capitular, cosa que hice. Pasé tres horas con él la noche del 9 de diciembre.

No tuve éxito en mis esfuerzos, pero si hubiera conseguido que Rubottom me permitiera decir que "lo que le ofrezco tiene la aprobación tácita, suficiente respaldo del gobierno", creo que Batista lo habría aceptado.

Le ofrecí la oportunidad de vivir en Dayton Beach con su familia, que sus amigos y su familia no serían molestados; que haríamos un esfuerzo por impedir que Fidel Castro llegara al poder como comunista, sino que los que se encargaran del gobierno serían enemigos suyos, ya que de otra manera no daría resultado, y Fidel Castro tendría que abandonar las armas o reconocer que era un revolucionario que luchaba contra todos únicamente porque quería el poder, no porque estuviera contra Batista.

Senador Keating: ¿Y el nuevo gobierno sería también hostil a Castro?

Señor Pawley: Sí.

Señor Sourwine: ¿Quiénes formarían el nuevo gobierno?

Señor Pawley: Los hombres elegidos y aprobados, cuyos nombres pude dar a Batista, eran el coronel Barquín, el coronel Borbonnet, el general Díaz Tamayo, Bosch de la familia Bacardí, y otro cuyo nombre se me escapa por el momento. Pero había cinco hombres, todos ellos enemigos de Batista.

Estuvo a punto de dar resultado, y lo único que, a mi juicio, impidió que lo diera, fue no decirle (después de todo, lo había conocido desde hacía treinta años y podía hablar con él francamente): "Si lo hace usted, tendrá la aprobación del gobierno norteamericano."

Lo único que pude decirle fue: "Trataré de persuadir al gobierno de los Estados Unidos a que lo apruebe."

Senador Keating: Pero, ¿no quisieron permitirle que lo dijera?

Señor Pawley: No, lo cual fue trágico en cierta manera porque creo que eso habría resuelto el problema.

Señor Sourwine: ¿Sabía usted que seis días después de que se entrevistó con Batista el 9 de diciembre, el embajador de los Estados Unidos lo vio y le dijo que el gobierno norteamericano había perdido la confianza en su capacidad de mantener la paz y que, para evitar el derramamiento de sangre, lo mejor que podía suceder sería que se fuera del país?

Señor Pawley: No, no lo sabía, y si hubiera estado en el secreto, habría hecho lo posible por evitar que sucediera de esa manera, porque la única consecuencia posible de ello habría sido que Fidel Castro llegara inmediatamente al poder, y estoy convencido de que había bastante ruido en las reuniones del Departamento de Estado y la CIA para que un número suficiente de personas estuvieran convencidas de que Castro no podía traernos más que el desastre.

Señor Sourwine: ¿Tiene usted algún conocimiento. sobre cualquier información entregada oficialmente o por órdenes oficiales al gobierno recientemente elegido de Cuba, el gobierno de Rivero Agüero, de que no tendría el apoyo del gobierno de los Estados Unidos?

Señor Pawley: No.

Señor Sourwine: ¿Tiene usted conocimiento de que se le hubiera comunicado a Batista que no apoyaríamos al gobierno de Rivero Agüero?

Señor Pawley: No, no lo sabía.

El Día de Acción de Gracias de 1958, el doctor Mario Lazo me dio los nombres de las personas, representantes de ciertos intereses comerciales norteamericanos, que fueron informadas en una reunión, en Washington, por el director de la Agencia Central de Inteligencia, de que se enviaría un emisario a La Habana para hablar con Batista sobre la posibilidad de que nombrara una junta y se ausentara de Cuba. El haber sabido por un cubano que un emisario que no era el embajador norteamericano iba a entrevistar a Batista, Presidente de la República, fue embarazoso.

Cuando estuve en Washington en consulta, el 4 de diciembre de 1958, comuniqué al secretario Rubottom toda la información detallada que había recibido sobre el emisario que se enviaría a La Habana y su revelación a los jefes de empresas comerciales norteamericanas. Le pregunté si podríamos confir-

mar mi información. Su completo silencio me convenció de su veracidad.

Aunque sabía que habían hablado con Batista, no conocía los resultados, y no sabía el nombre de la persona que había hablado con él. Por eso, varios días antes de mi entrevista con el Presidente de la República le pedí al secretario Rubottom, en un cablegrama, para evitar encontrarme en desventaja, que me indicara si habían hablado con Batista. No hubo respuesta.

Aunque es cierto que los rebeldes no tuvieron nunca una victoria militar y lo único que consiguieron fue apoderarse de avanzadas militares y ganar algunas escaramuzas, para diciembre de 1958 estaba desvaneciendo rápidamente la voluntad de luchar del Ejército Cubano. El ejército no quería pelear. Aumentaban las deserciones para unirse a las fuerzas de Castro. El alto mando del ejército cubano creía que su causa estaba perdida.

En toda Cuba se desmoronaba la situación. En la Provincia de Las Villas, el "Che" Guevara y Camilo Cienfuegos se preparaban para tomar la ciudad de Cienfuegos. Cabaiguán fue tomada por los rebeldes, lo cual significaba que la Carretera Central de Santa Clara, al Oriente, quedaría cortada. El objetivo era el de cortar a la isla en dos. A principios de diciembre, el temor del gobierno de que los rebeldes pudieran romper las líneas de comunicación en Las Villas se estaba volviendo realidad. Además de dinamitar los puentes, grandes tramos de la Carretera Central estaban destruidos.

Batista pensaba hacer trasladar de Osaka, Japón, una pequeña fábrica de armas, que valía diez millones de dólares, para fabricar rifles de acuerdo con las normas norteamericanas. Se arreglaron todos los detalles. Nunca se consumó el trato debido a dificultades económicas.

Batista arregló y preparó el equipo de un tren armado para llevar técnicos a fin de reconstruir el sistema general de transportes. La idea era buena, pero había desaparecido la voluntad de luchar. El tren no funcionó jamás.

El dominio castrista de la mayoría de los servicios de transporte del país en las regiones rurales amenazaba en 1959 la cosecha del azúcar. Los últimos cálculos de los sembradores de caña eran de que si las condiciones no mejoraban ni empeoraban, la cosecha de 1959 sería de menos de cuatro millones de toneladas. En la Provincia de Oriente, el bloqueo rebelde paralizaba la mayoría de los transportes por carretera y ferrocarril. En las provincias vecinas de Camagüey y Las Villas, los trenes corrían de manera intermitente.

En las primeras horas de la mañana del 14 de diciembre recibí instrucciones de Washington. Era evidente, según dijo el subsecretario Roy Rubottom, a juzgar por la publicidad que acompañó a mi última conferencia en Washington y las declaraciones hechas por el gobierno de Cuba, que Batista conservaba aún la esperanza de que el gobierno norteamericano apoyaría al doctor Rivero Agüero, que había sido elegido el 3 de noviembre de 1958. Mi misión consistiría en desengañarlo.

Mis instrucciones eran muy claras, por lo que inmediatamente concerté una entrevista con el Ministro de Estado, doctor Güell. Después de los acostumbrados saludos diplomáticos y placenteros, le pedí una entrevista con el Presidente. "Tengo el desagradable deber", le dije, "de informar al Presidente de la República que los Estados Unidos ya no apoyarán al actual gobierno de Cuba y que mi gobierno cree que el Presidente está perdiendo el dominio de la situación."

Después de un explicable momento de silencio, el Ministro de Estado me aseguró que al Presidente le complacería verme antes de que pasaran muchos días. También me aseguró que procuraría convencer al Presidente de que debía actuar prontamente para intentar todavía tomar medidas aceptables que dieran una solución viable. El Ministro de Estado comprendía muy bien que se necesitaban medidas extraordinarias si se quería resolver la situación, aunque palideció al oir lo que le dije y conservó la calma. Es notable que durante nuestras muchas reuniones en que hubo intercambio de puntos de vista, por desagradables que fueran algunos de ellos, encontré que

el Ministro de Estado era comprensivo, benévolo, cordial y afable.

Había llegado el momento de que comunicara al Presidente Batista las instrucciones que me había dado el Departamento de Estado. Caminando en el automóvil por la noche cubana, comprendí que Batista y yo habíamos llegado al final del camino en Cuba y que pronto tendríamos que hacer frente a Castro.

El automóvil redujo la velocidad. Me di cuenta de que había llegado a mi destino fatal. Los banderas norteamericanas de los guardafangos refulgieron brevemente cuando las lámparas de mano de los soldados que custodiaban la finca "Kuquine" iluminaron primero al chofer y luego al asiento de atrás, antes de que se agitaran para indicarnos que podíamos continuar nuestra camino. Las luces estaban encendidas en toda la finca. Aquí y allá alcancé a distinguir soldados que llevaban subametralladoras, los cuales hacían su ronda. La atmósfera era imponente y siniestra.

Cuando el automóvil pasó frente a la casa principal, dirigiéndose hacia el pequeño edificio en el que trabajaba Batista, donde tenía su biblioteca, repasé mentalmente por última vez las instrucciones que me habían dado. La conversación se celebró en la pequeña y conocida oficina particular en que nos habíamos reunido en muchas ocasiones anteriores. Sólo estuvo presente el doctor Güell durante la entrevista de dos horas y treinta y cinco minutos de la noche del 17 de diciembre de 1958. Una vez más, la reunión se celebró en una atmósfera amistosa y cordial. El hombre vigoroso y de baja estatura, que aún tenía un aire de fuerza para los demás, tomaba asiento, al parecer insensiblemente, al otro lado de la habitación. Su rostro no traicionaba el más leve indicio de emoción, y sus penetrantes ojos oscuros no se apartaban un momento de mi cara mientras hablábamos.

Mi premisa entera se basaba en que el pueblo de los Estados Unidos había estado vinculado al pueblo cubano desde hacía mucho tiempo con afectuosos lazos de amistad, que no

debíamos intervenir en los asuntos internos de Cuba, que nos movían razones humanitarias para evitar un mayor derramamiento de sangre que sólo beneficiaría a los comunistas y que a mi gobierno lo movían también sus responsabilidades en el hemisferio y nuestro aprecio de la contribución de Batista a la historia cubana. Le hablé de nuestro reconocimiento de los muchos actos de amistad que había demostrado él por los Estados Unidos y de los lazos históricos de vecindad que habían existido entre nuestras patrias durante tantos años.

Expliqué detalladamente al Presidente Batista cómo había intentado yo convencer al Departamento de Estado, en mi último viaje a Washington a principios de diciembre de 1958, a fin de que diera señales de apoyar los planes del gobierno cubano para la administración del doctor Rivero Agüero. Había fracasado en mi empeño porque mi gobierno estaba convencido de que Batista había perdido el dominio de la situación.

Seguí diciendo al Presidente que el Departamento de Estado tenía conciencia de su valiosa amistad y colaboración en el pasado con el gobierno de los Estados Unidos y que había llegado con repugnancia a esta decisión. Según veía la situación el Departamento de Estado, era inminente una crisis que, probablemente, crearía prolongados desórdenes civiles con grandes pérdidas de vidas. Si Batista obraba con prontitud, el Departamento de Estado creía aún que había elementos cubanos que podrían salvar la situación, la cual empeoraba rápidamente. Sería necesario obtener su apoyo y colaboración en un gobierno de unidad nacional que fuera capaz de tomar medidas constructivas para encontrar una solución nacional.

De acuerdo con mis instrucciones, comuniqué al Presidente que el Departamento de Estado vería con escepticismo cualquier plan o intención suya de permanecer indefinidamente en Cuba. El Presidente me preguntó si podría ir a Florida con su familia a visitar su casa en Dayton Beach. Le sugerí a Batista que pasara un año o más en España o en algún otro país extranjero y que no debía retrasar su partida

de Cuba más allá del tiempo necesario para que fuera ordenada la transmisión del poder.

El Presidente Batista replicó que el ejército se desintegraría si salía del país. En su opinión, la única solución práctica era que el doctor Rivero Agüero, poco después de tomar la presidencia, anunciara la formación de un gabinete de coalición, compuesto por representantes de los elementos responsables, anunciar la convocación de una asamblea general, y que dicha asamblea nacional convocara las elecciones generales, pero que esta asamblea debía contar con el apoyo de los Estados Unidos, comprendiendo el embarque de armas.

Entonces le pregunté al Presidente sobre sus intenciones de salir de Cuba. Respondió que las circunstancias del momento serían un factor determinante. Cuando le pregunté al Presidente si creía que podría dominar la situación hasta el 24 de febrero, cuando tomaría posesión el nuevo Presidente electo, dijo que sería difícil porque los Estados Unidos le habían negado armas en el momento en que las necesitaba.

En nuestra reunión, le dije claramente que no estaba autorizado para hablar de ninguna solución concreta o de ninguna personalidad para la posible junta. Procuré dar a entender al Presidente que todas las sugerencias se hacían con espíritu de amistad y solamente porque mi gobierno temía que la situación hubiera empeorado al grado de que su gobierno no pudiera sobrevivir mucho tiempo. Sin embargo, tenía que desengañarlo de cualquier esperanza de que los Estados Unidos fortalecerían su situación por el momento. Además, durante nuestro intercambio de puntos de vista, no tenía autorización para ofrecerle el apoyo de los Estados Unidos a una solución que no tuviera el apoyo auténtico del pueblo cubano.

Creo haber conseguido todo eso y, sin embargo, no dejé la impresión de que yo, como embajador norteamericano, participaba activamente en ningún esfuerzo para elegir o establecer un gobierno que le sucediera.

El Presidente habló de la posibilidad de que se formara una junta militar. En su opinión, ninguna junta de esta índole podría sobrevivir sin su apoyo, y agregó que sería necesario incluir al Presidente electo Rivero Agüero en cualquier solución que se propusiera. El Presidente insistió, además, en que los Estados Unidos acabarían por verse obligados a intervenir debido al dominio comunista del Movimiento 26 de Julio. El Presidente expuso la posibilidad de que el Presidente electo, doctor Rivero Agüero, convocara inmediatamente a una asamblea constitucional y celebrara las elecciones generales en cuanto la ley lo permitiera. Sugirió, además, un gabinete de coalición con representantes de los elementos no militantes de la oposición. También habló de la amnistía política después de que cesaran las hostilidades. Si el Ejército Cubano tenía un sistema político constructivo que apoyar, él, Batista, podría irse a España o a Dayton Beach cuando se hiciera efectiva la solución. Sin embargo, en cualquier solución viable debía figurar el Presidente electo, Rivero Agüero.

El Presidente me preguntó si los Estados Unidos estarían dispuestos a poner fin a la lucha. Cuando repliqué que el gobierno norteamericano no podía interceder o mediar, me dijo que en ese momento yo estaba mediando a favor de los Castro.

Para ser un hombre que agonizaba políticamente, Batista parecía apacible por fuera, aunque no pude dejar de advertir el ruido de su respiración. Respiraba como un hombre herido, y tanto él como yo sabíamos que lo estaba. Batista afirmó que en el futuro sería muy peligroso que nos reuniéramos, ya que lo que habláramos sólo podría ser benéfico para los hermanos Castro y le ataba las manos. Una indiscreción sería fatal para su gobierno. Nadie debía saberlo, ni siquiera el Presidente electo. Designó al Ministro de Estado Güell para que fuera nuestro enlace confidencial. El Presidente aceptó mis comentarios en el mismo espíritu en que se los di, aunque le había dado un golpe mortal. Dijo, en resumen: "Usted ha

intervenido a favor de los Castro, pero sé que no es cosa suya y que no hace más que obedecer sus instrucciones."

En mi informe subsiguiente al Departamento de Estado, dije que, según creía, Batista aceptaría la mediación para poner fin a la lucha y que, además, a mi parecer, los Estados Unidos tenían ahora la obligación de buscar algún medio para poner fin a la lucha. Repetí que, en mi opinión, no escatimaría esfuerzo alguno por hacer la paz si yo podía asegurarle que los Estados Unidos la apoyarían. Hice la recomendación de que se me autorizara para ponerme en contacto con el nuncio papal y sugerir que la Iglesia estableciera una comisión imparcial para hablar tanto con Batista como con Castro. Además, recomendé acercarse a la Organización de Estados Americanos para que apoyara la mediación de la Iglesia. De otra manera, mi papel sería el de quedarme en La Habana para presenciar la agonía de Batista.

El que los Estados Unidos se quedaran a la expectativa significaba que habría un periodo de caos y derramamiento de sangre en Cuba, para beneficio únicamente de los comunistas.

El Departamento de Estado no acogía de buen grado ninguna sugerencia de Batista. El Departamento no creía que el cambio constitucional del poder al Presidente electo fuera la única manera de impedir que la situación siguiera empeorando. El subsecretario Rubottom me informó también que el Departamento de Estado se negaba a aceptar la idea de apoyar el esfuerzo de la Iglesia para poner fin a la lucha porque había dudas de que la jerarquía de la Iglesia pudiera triunfar en esa empresa.

Al día siguiente de mi reunión con el Presidente Batista, el Primer Ministro, doctor Gonzalo Güell, pidió una entrevista. Dijo que el Presidente Batista quería revisar nuestra conversación del día anterior. El Presidente deseaba estar completamente seguro de la actitud de los Estados Unidos. Después de confirmar nuestra conversación de la noche anterior, le dije

al Ministro que no podía convencer al Departamento de Estado de que apoyara las soluciones propuestas por Batista.

Dejé abatido al Ministro de Estado, pues sabía que ya era demasiado tarde para establecer un gobierno sin Castro, sobre todo si no se contaba con el apoyo de los Estados Unidos. Cuando fue posible establecer un gobierno provisional sin Castro y sin Batista, el Departamento de Estado se había negado a dar su apoyo fundándose en que dicho apoyo sería considerado como intervención. Durante doce meses, antes de que se fuera a pique la nave del Estado, hubo ocasiones en que se habría podido obtener la solución del problema cubano.

Recordé el punto de vista unánime expresado por los representantes de los hombres de negocios norteamericanos de La Habana en mi última reunión con el grupo consultivo el primero de diciembre, cuando me pidieron comunicar al Departamento de Estado que el movimiento castrista estaba inspirado y dominado por los comunistas, que era inconcebible que los Estados Unidos ayudaran a Castro quedando silenciosamente a la expectativa y permitiendo que triunfara Castro. Los Estados Unidos habían hecho algo más que quedar a la expectativa y permitir que Castro triunfara; los Estados Unidos habían dicho de una manera diplomática, pero clara, al Presidente de la República, que debía ausentarse de su patria.

La sustancia de mi intercambio de puntos de vista en la reunión con Batista el 17 de diciembre de 1958 fue revelada públicamente por los íntimos de Batista a principios de 1960.

El 19 de marzo de 1960, la prensa norteamericana publicó la acusación hecha por el ex director de un periódico cubano de que yo había obligado a Batista a abandonar su puesto. Según la United Press International, la acusación provenía de un ex secretario particular de Batista, Raúl Acosta Rubio, quien anteriormente publicaba periódicos en La Habana y Caracas. Entrevistado por los periodistas, hice el siguiente comentario: "Me interesaba mucho la declaración del señor Acosta Rubio, pero cualquier comentario debería hacerlo el

señor Roy R. Rubottom, subsecretario de Estado encargado de los Asuntos Latinoamericanos."

El 30 de agosto de 1960 repetí la sustancia de mi entrevista con Batista, bajo juramento, ante el Subcomité del Senado de los Estados Unidos sobre Seguridad Interior. En este libro aparece la primera revelación auténtica detallada.

La Fuerza Aérea seguía siendo leal al Presidente Batista, y éste pensaba continuar su campaña militar en la Provincia de Las Villas, en un último y desesperado intento. Si quería conservar el dominio de la situación, sabía que tenía que rehacer sus fuerzas y atacar.

El Departamento de Estado adoptó la actitud de que los Estados Unidos no podían apoyar activamente ninguna solución que no entrañara el cese de las hostilidades. Se estaba acabando el tiempo e informé al doctor Güell que dudábamos de la conveniencia de que Batista enviara a su familia a Florida. Debido a la numerosa población de Florida que simpatizaba con Castro, a mi gobierno le preocuparía la seguridad de su familia.

Una semana antes de que Batista huyera de Cuba, recibí la noticia, por medio del agregado militar, de que el general Francisco Tabernilla Dolz, comandante en jefe de las fuerzas armadas cubanas, solicitaba una entrevista. El general Tabernilla, acompañado por el general Río Chaviano y el general Carlos Tabernilla, llegaron a la residencia de la embajada en sus coches de la policía militar. El general Carlos Tabernilla era jefe de la Fuerza Aérea Cubana. El general Chaviano había sido comandante en jefe de las fuerzas armadas en la Provincia de Oriente.

El general Carlos Tabernilla y el general Chaviano pasaron a la habitación contigua mientras el general Francisco Tabernilla y yo conferenciábamos a solas. Después de que el general Tabernilla describió la gravedad de la situación, dijo que era necesario encontrar inmediatamente alguna solución a fin de evitar que Castro tomara el poder. El general Tabernilla afirmó que los soldados cubanos no querían luchar y

que el gobierno no podría sobrevivir mucho tiempo. Dijo que había que formar inmediatamente una junta militar, compuesta por el general Cantillo, el general Sosa Quesada, el coronel García Casares y un representante de la armada. Su idea era de que todo el estado mayor general debería salir de Cuba, y también los que estuvieran vinculados estrechamente con el Presidente Batista. El general afirmó que el propósito de la visita que me hacía era el de salvar a Cuba del caos, de Castro y del comunismo.

El general Tabernilla quería dar escolta a Batista para que saliera de Cuba. No debería parecer que Batista se iba como fugitivo, sino que la junta lo obligaba a irse. La junta pondría a Batista en un aeroplano y llamaría al Vicepresidente Guas Inclán para que se encargara del poder. El general quería saber si los Estados Unidos apoyarían a dicha junta. Le respondí que comunicaría la conversación al Departamento de Estado, pero que no creía que éste me enviara una respuesta directa para dársela a él. Agregué que si le contestábamos directamente, sería socavar la autoridad del Presidente Batista, ante quien estaba yo acreditado como embajador de mi patria. El general Tabernilla entendió esta actitud y pidió que lo orientara. Le sugerí que volviera a conferenciar con el Presidente. Le pregunté al general Tabernilla si le había mencionado al Presidente Batista la visita que me hacía y contestó: "No, no lo he hecho." Agregó: "No le he dicho que venía a verlo, sino que he hablado del problema en términos generales con Batista."

No le di ninguna indicación al general Tabernilla de que Batista y yo habíamos conferenciado ya.

Las ideas del general Tabernilla no eran muy claras. Su plan no era práctico. Algunos de los puntos eran oscuros. Creo que el general buscaba auxilio a tientas, en su desesperación.

Por el general Tabernilla me enteré de que la campaña en Las Villas no tendría éxito. Se quejó de la escasez de armas, de la cual padecía el gobierno cubano. No pude dar ningún

ánimo al general. Acompañado por los otros generales, se fue de la Embajada de los Estados Unidos asegurándome que vería al Presidente Batista el mismo día y le recomendaría un intercambio de puntos de vista entre Batista y yo.

Con esta visita se hizo evidente que el gobierno cubano estaba a punto de derrumbarse. Le indiqué al secretario Rubottom que si iban a hacer algo en esa fecha tan tardía, o si tenían nuevas recomendaciones, era necesario tomar esas medidas inmediatamente.

Antes de una hora, los teléfonos de la embajada estaban repiqueteando. Las amigas de mi esposa querían informes sobre la visita de los generales, pero nada les dijo. Entraba en acción la "Radio Bemba". El paso de la información de una persona a otra se llamaba Radio Bemba en Cuba. No era difícil de entender, ya que, durante la entrevista, la residencia de la embajada estuvo rodeada de automóviles de la policía de la inteligencia militar, y un helicóptero del ejército volaba en lo alto.

En cuanto el Presidente Batista se enteró de nuestra entrevista, tomó medidas para quitar al general Tabernilla gran parte de su autoridad. El general Río Chaviano salió para Ciudad Trujillo esa misma noche a fin de refugiarse en la República Dominicana.

Los acontecimientos se habían precipitado desde la primera vez que hablé con Batista, y se estaba haciendo evidente que habían llegado a un punto en que el Presidente no podía dominar la situación de manera satisfactoria. Si Batista hubiera empezado a negociar con los candidatos para la junta, se habría propalado la noticia, lo cual habría sido catastrófico para su gobierno.

Desde el 17 de diciembre de 1958 hasta que Batista huyó de Cuba en las primeras horas de la mañana del primero de enero de 1959, el doctor Güell y yo seguimos teniendo reuniones diarias. Gracias a estas conferencias sabía yo que el Presidente Batista se daba cuenta del grado al que había empeorado su situación. La actitud de Batista en lo que ve a salir de

Cuba había cambiado. Indicó su buena voluntad para salir de Cuba en ese momento más bien que esperar hasta el 24 de febrero de 1959, que era la fecha en que el Presidente electo, Rivero Agüero, tomaría las riendas del gobierno cubano.

El 8 de diciembre de 1958, el Departamento de Estado dio instrucciones a los embajadores en las repúblicas latinoamericanas de obtener de los gobiernos de estos países sus reacciones al problema cubano. El propósito era también el de determinar cuáles de las repúblicas estarían dispuestas a mediar. Las respuestas recibidas indicaban una variedad de reacciones.

Mientras yo celebraba conferencias diarias con el doctor Güell, el Departamento de Estado tenía consultas con varias repúblicas latinoamericanas. El propósito era el de interesarlos por la posible mediación en el conflicto cubano. Se discutió la proposición de conseguir que varios ex presidentes de las repúblicas americanas prestaran sus oficios para mediar en el conflicto cubano por razones humanitarias.

Yo había notificado al Departamento de Estado que existía un rápido empeoramiento de la situación económica y política de Cuba y que había un verdadero peligro de que los comunistas acabaran ocupando posiciones clave.

Informé que Jorge García Montes creía que José Aguilera y Lázaro Peña se convertirían en los dirigentes del Sindicato de Empleados de Bancos y de la Confederación de Trabajadores y que a los pequeños agricultores se les estaba diciendo que la tierra era suya. Se creía que tanto Peña, quien se encontraba en México en ese tiempo, como Aguilera estaban afiliados a los comunistas.

Jorge García Montes había ocupado el puesto de Primer Ministro durante más tiempo que cualquier otro Primer Ministro de Cuba. En opinión de la embajada, era un hombre íntegro y digno de confianza. Sus opiniones resultaban siempre correctas y seguras.

El doctor Gonzalo Güell me informó que Batista estaría listo para salir de Cuba en cuanto el ejército se fortaleciera y el gobierno se estabilizara. Sin embargo, esto requeriría el

apoyo de los Estados Unidos, comprendiendo el embarque de armas.

Batista tenía la creencia de que el plan que ofrecía más probabilidades de éxito era que el Presidente electo Rivero Agüero empezara, antes del 24 de febrero, las conversaciones para formar un gabinete de unidad nacional que comprendiera a los elementos responsables de la oposición. El nuevo gabinete convocaría a elecciones generales y a la elección de una asamblea nacional que redactara una nueva constitución. La asamblea nacional sería soberana.

Para que el gobierno de Cuba pudiera luchar con éxito contra Castro, insistía en que dicho plan necesitaba el respaldo de los Estados Unidos, comprendiendo el suministro de armas.

El Departamento de Estado contestó que no había solución mientras Batista permaneciera en Cuba. Por otra parte, Batista consideraba que era necesario estabilizar la situación antes de su partida para evitar el derrumbamiento completo del orden público.

Yo sabía que las sugerencias de Batista eran ya inútiles. Eran las peticiones de un gobierno moribundo. La suerte estaba echada. Pero también sabía que Castro tomaría el poder en cuanto Batista se fuera de Cuba. De buena fe consideraba que tenía que luchar sin tregua para evitar que Castro se apoderara de la isla. Quizá esperaba un milagro. Con la ayuda del Departamento de Estado, tal vez habríamos hecho un milagro aun en esa fecha tan tardía.

Con el apoyo de los Estados Unidos había todavía la esperanza, por remota que pareciera, de que el doctor Rivero Agüero consiguiera el apoyo de la oposición responsable en el nuevo gobierno provisional. En todo caso, más valía correr el riesgo que permitir que Castro se apoderara de las riendas del gobierno, y así lo comuniqué al Departamento de Estado.

Recibí instrucciones de llamar al doctor Güell e informarle que los Estados Unidos no consideraban que las últimas proposiciones de Batista ofrecieran la probabilidad de encontrar una solución práctica, que dichas proposiciones no sig-

nificaban más que la continuación del actual tipo de régimen y política sin Batista, apoyados por las armas de los Estados Unidos. Y, además, recibí instrucciones de notificar al doctor Güell que si los Estados Unidos aceptaban esas proposiciones, se producirían acusaciones de intervención militar norteamericana en los asuntos internos de Cuba. Esto haría que se robusteciera la actitud de muchos cubanos contra el gobierno provisional. Afectaría también de manera adversa a la política latinoamericana de los Estados Unidos, con consecuencias trascendentales, en opinión del Departamento de Estado.

Recibí autorización para decir al Primer Ministro Güell que la única perspectiva de una transmisión pacífica del poder consistía en que Batista eligiera un gobierno de transición de unidad nacional. No me autorizaron para sugerir nombres de los candidatos que prestarían sus servicios según el plan. Batista no creía que dicha solución fuera practicable. Ya era demasiado tarde. Batista me mandó decir con el doctor Güell que si hablaba con alguien para que prestara sus servicios en un nuevo gabinete, la noticia se propalaría rápidamente, y el actual gobierno se desplomaría.

Se estaban desvaneciendo las últimas esperanzas de evitar que Castro se apoderara del gobierno de Cuba. Yo tenía la seguridad de que muy pronto presenciaría el tercer acto de la tragedia griega, y así lo comuniqué al Departamento de Estado. Era evidente que no podía hacerse nada para cambiar el curso de los acontecimientos.

Aumentaron las deserciones para unirse a los rebeldes de Castro. Muchos de los altos oficiales conspiraban contra el ejército. El general Eulogio Cantillo estaba tomando en consideración un plan para defeccionar y unirse a Castro. Si el general Cantillo defeccionaba, sería el final de la dinastía de Batista, pues tenía el mando de los batallones más numerosos y mejor equipados del gobierno.

El día de Navidad de 1958, el doctor Güell vino a la Embajada de los Estados Unidos con la noticia de que se iba al día siguiente a Ciudad Trujillo a pasar unos días para corres-

ponder a una visita de cortesía del Ministro de Relaciones dominicano. A la luz de los acontecimientos posteriores, mucha gente creyó que el doctor Güell se fue a la República Dominicana a fin de preparar la huida de Batista a Ciudad Trujillo. En mi opinión, no es así. Creo que el doctor Güell fue a la República Dominicana a discutir el embarque de armas de dicha república a Cuba. En ese tiempo habían llegado a La Habana Arturo Espaillat y otros tres funcionarios dominicanos, supuestamente para discutir el apresuramiento de los embarques de armas de la República Dominicana al gobierno de Cuba. Según el Primer Ministro, al generalísimo Trujillo le alegraba ayudar a Batista con los embarques de armas, no por amistad personal con Batista, sino porque los hermanos Castro luchaban por la causa comunista.

Para ese tiempo, Batista se hallaba dispuesto a hacer cualquier sacrificio para conseguir el cambio del poder en Cuba sin Castro, y los Estados Unidos se encontraban en la situación de imponer sus condiciones. Batista, por medio de Güell, me notificó que estaba dispuesto a discutir, y afirmó que si el Ejército Cubano recibía inmediata ayuda, sobre todo de armas, para hacer frente a Castro, entregaría en seguida el gobierno al Vicepresidente Guas Inclán. Si éste no aceptaba el ofrecimiento, entregaría el gobierno al presidente del Senado, Anselmo Alliegro, y él, Batista, saldría de Cuba inmediatamente. Todo lo que se hiciera debería ser simultáneo.

Batista preguntó si aceptábamos el plan. Perfería que estuviéramos de acuerdo en que entregara el gobierno a Anselmo Alliegro y no a Guas Inclán porque éste ocuparía el puesto de alcalde el 28 de enero de 1959, y sería más complicado entregarle a él la presidencia.

Hice un último esfuerzo por evitar que Castro tomara el poder, por lo que recomendé al secretario Rubottom que el Departamento de Estado aceptara la formación de un nuevo gabinete con Rafael Guas Inclán o Anselmo Alliegro. El nuevo gabinete debería comprender a elementos responsables de la oposición. Con la partida inmediata de Batista, afirmé que

aún era posible obtener la colaboración de los elementos responsables.

La otra oferta de Batista era la de entregar inmediatamente el gobierno de Cuba al Presidente electo Rivero Agüero, pero el gobierno cubano tendría que recibir el respaldo de los Estados Unidos, especialmente en lo que se refiere a los embarques de armas.

El doctor Güell dijo que el gobierno de Cuba podría ser entregado legalmente al Presidente electo Rivero Agüero adelantando la fecha de la nueva administración mediante el mismo procedimiento legal con que se había fijado ésta. Sin embargo, ningún plan podría tener éxito sin el apoyo de los Estados Unidos, y, sobre todo, sin los embarques de armas. El doctor Güell estipuló que debería llegarse primero a un acuerdo y tomar después todas las medidas simultáneamente; de otra manera, según el doctor Güell, las turbas saldrían a las calles y Castro saldría victorioso. Si los Estados Unidos tenían otras sugerencias factibles, el doctor Güell pedía que se le comunicara inmediatamente a Batista.

Para salvar a Cuba de Castro, se requería el apoyo de los Estados Unidos, pero el Departamento de Estado no tenía intenciones de ir tan lejos.

Pregunté sobre el destino al que pensaba ir Batista. El doctor Güell dijo que el Presidente quería ir a su casa en Dayton Beach, Florida. De acuerdo con las instrucciones que me había dado el Departamento de Estado, sugerí que fuera a España. El doctor Güell me preguntó si la familia de Batista podía ir a Dayton Beach si Batista se iba a España. Le repliqué que no había ninguna objeción a esta solicitud.

En la mañana del 31 de diciembre de 1958 envié a mi secretaria, Edith Elverson, a examinar la casa del doctor Güell como una posible inquilina. La señora Güell estaba muy atareada haciendo las maletas. El Ministro de Estado y su esposa querían alquilar su casa a un norteamericano, previendo el pillaje que se produciría después de que huyeran de Cuba.

Se confiaba en que la ocupación de un norteamericano detendría a los vándalos.

El mismo día informé al secretario Rubottom que el Presidente Batista, el Ministro de Estado Güell y otros funcionarios del gobierno saldrían de Cuba en las siguientes veinticuatro horas. Este mensaje informó al secretario Rubottom que la familia de Batista saldría para Nueva York en el aeroplano presidencial y que tal vez fuera necesario hacer una escala en Florida para aprovisionarse de combustible. También informé al secretario Rubbottom en el mismo mensaje que Batista se iba a la República Dominicana [1].

Batista había tenido la costumbre, desde hacía varios años, de celebrar una fiesta de año nuevo en el campamento de Columbia. Ese año no celebró la fiesta acostumbrada; sin embargo, invitó a algunos íntimos, sus esposas, parientes, altos funcionarios del gobierno y jefes militares para que fueran al Campamento de Columbia después de la cena a tomar una taza de café. No se sabía absolutamente nada de las intenciones de Batista. Había unas setenta personas que se habían reunido esa noche en una atmósfera tensa, con poca conversación. Tanto Andrés Domingo, secretario del Presidente, como el doctor Gonzalo Güell, llevaban grandes sobres de papel de Manila que nunca abandonaban. Nadie sabía cuál era su contenido. Pero, a la luz de lo que sucedió desde entonces, los que estuvieron presentes en esa ocasión suponen ahora que los sobres estaban llenos de dinero norteamericano. En realidad, contenían los pasaportes.

El Presidente Batista se unió a sus invitados con algunas palabras agradables para cada uno de ellos. Pasó la mitad del tiempo en la sala de recibo, donde se habían reunido sus íntimos, y el resto en un cuarto contiguo para recibir los últimos informes de los jefes militares sobre lo desesperado de la

1 En el libro de Fulgencio Batista, *Cuba Betrayed*, recientemente publicado, se indica que yo ignoraba cuál era el destino de Batista; no obstante, según mis archivos, informé al secretario Rubottom cuál sería el destino de Batista el día anterior de su partida.

situación. Poco dijeron los invitados. La atmósfera era tensa e imponente, pero ninguno de los presentes sospechaba que la dinastía de Batista habría de terminar esa noche.

A eso de la una de la mañana, la señora Batista abandonó la habitación anunciando que se iba a cambiar de vestido porque sentía frío. Poco después se fueron los invitados, sin comprender que era la última vez que verían a su Presidente.

Aproximadamente a las dos de la mañana del primero de enero de 1959, Fulgencio Batista renunció. Fue designado un gobierno provisional de acuerdo con la Constitución de 1940. El más antiguo de los magistrados de la Corte Suprema, Carlos Piedra, era el indicado para tomar la presidencia según la Constitución de 1940. El general Eulogio Cantillo fue nombrado jefe del Estado Mayor del Ejército.

El Presidente, el Presidente electo, el Primer Ministro, los jefes de las fuerzas armadas, los jefes de gobierno, los jefes de la policía, sus esposas y sus hijos, se dirigieron al aeropuerto militar, donde esperaban tres aviones DC-4 del Ejército Cubano, los cuales serían conducidos por pilotos cubanos de la Cubana de Aviación. Estos jóvenes no supieron nada de su misión hasta que vieron que el Presidente Batista y su comitiva abordaba los aeroplanos. No se informó a los pilotos cuál era su destino hasta que se encontraban en el aire.

Batista, su esposa, su hijo Jorge, el doctor Güell y su esposa, el doctor Andrés Rivero Agüero y otros funcionarios del gobierno volaron a Ciudad Trujillo, República Dominicana. Los otros dos aeroplanos salieron hacia los Estados Unidos con los otros hijos de Batista y algunos de sus colaboradores más íntimos del gobierno. Después de que Batista aterrizó en la República Dominicana, les dio al piloto y al copiloto mil dólares en efectivo a cada uno [2].

El gobierno dominicano no tenía conocimiento previo de la llegada de Batista a su país. A mí me dijo categóricamente el embajador dominicano en Cuba, Porfirio Rubirosa, que el

[2] Ayudé a estos pilotos en 1959, sacando a sus familias de Cuba porque sus vidas habían sido amenazadas por el gobierno de Castro.

gobierno de la República Dominicana no tenía conocimiento de las intenciones de Batista de buscar asilo en Ciudad Trujillo. Fue un caso de: "Aquí estoy."

Poco después de la partida de Batista en las primeras horas de la mañana del primero de enero de 1959, recibí una llamada telefónica del general Eulogio Cantillo confirmando la salida del Presidente y comunicándome que había sido escogido por Batista para mandar las fuerzas armadas.

El general Cantillo ocupó el puesto de jefe del Estado Mayor del Ejército. El doctor Gustavo Pelayo fue designado Primer Ministro. Sin embargo, Fidel Castro se negó a aceptar el nombramiento del Magistrado Piedras como Presidente provisional, por lo que la Corte Suprema le tomó el juramento.

Fidel Castro exhortó a una huelga general el día de año nuevo y exigió que el doctor Manuel Urrutia, ex magistrado del Tribunal de Urgencia de Santiago de Cuba, tomara posesión como Presidente provisional. La huelga general fue muy eficaz. Hoteles, cafés y tiendas cerraron sus puertas. Se interrumpieron todas las formas de transporte.

Durante muchas horas, el pueblo de La Habana creyó que la huida de Batista no era más que otra *bola* (rumor). No podían creerlo.

Capítulo XIX

LA CHUSMA EN EL PODER

Cuba fue sorprendida en un momento desprevenido. La noticia cayó sobre el pueblo como un rayo.

Cuando las difusiones de las estaciones de radio y televisión repitieron la noticia de la caída del gobierno, la gente empezó a atribuir importancia a la huida de Batista. Salieron multitudes de los edificios, los automóviles corrían por las calles haciendo sonar las bocinas. Todas las estaciones de radio y televisión exhortaban a la gente a conservar la calma y a ayudar a mantener el orden, y advertían que los responsables de actos de pillaje y vandalismo serían tratados duramente.

No fue sino hasta la mitad del día cuando las multitudes empezaron a reunirse en las calles de La Habana. Ya para entonces, las tropas del Directorio Revolucionario (grupo estudiantil) patrullaban las calles en *jeeps* y en automóviles incautados. Dadas las circunstancias, dominaron notablemente la situación.

Hubo pillaje y motines. Los medidores de estacionamiento fueron destruidos; los escaparates de restaurantes y tiendas fueron hechos añicos. En los barrios residenciales, las casas de los altos funcionarios del gobierno cubano fueron saqueadas, comprendiendo las casas de Pilar García, jefe de la Policía Nacional. Las emociones exacerbadas del pueblo encontraron un desahogo en accesos de violencia, pero no se produjo el temido baño de sangre.

Con la partida de Batista y los revolucionarios en el poder, la huelga general fue completamente eficaz. Ningún camarero de ningún hotel o restaurante servía la comida. Los transportes se interrumpieron completamente.

Todavía a las nueve de la mañana del primero de enero, el general Cantillo me informó que estaban saliendo aviones de Cuba y que no había restricciones para la evacuación de las personas que quisieran abandonar el país. El general Cantillo les dijo a todos los pilotos de la Fuerza Aérea Cubana que podían salir del país si lo deseaban, o quedarse en Cuba y correr el riesgo de las futuras consecuencias que pudieran sobrevenir. Casi todos se quedaron. Más tarde, cuarenta y tres pilotos de la Fuerza Aérea Cubana fueron juzgados y absueltos. Su absolución enfureció a Castro. Por órdenes suyas se formó un nuevo tribunal, de manera que los mismos pilotos que habían sido absueltos pudieran ser juzgados de nuevo. En el nuevo proceso, vigilado por Fidel y Raúl Castro, fueron condenados y se les impusieron sentencias hasta de treinta años de prisión.

El embajador de Cuba en Washington, Nicolás Arroyo, renunció la tarde del primero de enero, poco después de que los simpatizadores de Castro se introdujeron en la Embajada Cubana en Washington. Quedó encargado de ella el doctor Emilio Pando, consejero económico de la embajada.

Los prisioneros políticos fueron puestos en libertad inmediatamente en La Habana y en el interior. Los exiliados cubanos en Florida sitiaban las oficinas de la Cubana de Aviación para conseguir billetes a fin de volver a Cuba. La embajada había hecho desde hacía mucho los planes para hacer frente a todas estas eventualidades. Estábamos preparados para proteger a los ciudadanos norteamericanos durante el esperado periodo de caos. El cónsul general Brown fue el responsable de formular el plan. Daniel E. Braddock, consejero ministro, estaba encargado de llevarlo a cabo.

Nuestra primera obligación era la de evacuar a más de dos mil turistas norteamericanos y alumnos de las escuelas que

se encontraban en Cuba. Los barcos que llegaban a La Habana no podían atracar debido a la huelga. La embajada de los Estados Unidos se consagró inmediatamente a arreglar el transporte para todos los estudiantes y turistas norteamericanos que pidieran ayuda.

Mi amigo Daniel Taylor, presidente de la West Indies Fruit and Steampship Company, en respuesta a una llamada telefónica, arregló que viniera un barco de Cayo Hueso el 3 de enero a fin de recoger a los ciudadanos norteamericanos, ingleses y canadienses. La embajada decidió ofrecer a los ciudadanos ingleses y canadienses los mismos favores y privilegios que a los ciudadanos norteamericanos.

En La Habana se establecieron tres grupos de automóviles —cada uno compuesto por dieciocho automóviles— para transportar a los norteamericanos desde varios centros de La Habana al aeropuerto o a los muelles. Los automóviles habían sido prestados para este servicio por los funcionarios de la embajada y los hombres de negocios norteamericanos. Bajo la dirección del consejero ministro Daniel Braddock y de Eugene A. Gilmore, jefe del departamento económico, los funcionarios de la embajada realizaron una tarea magnífica en los trabajos de evacuación.

Los aeroplanos salían vacíos de Cuba y regresaban de los Estados Unidos con exiliados cubanos. Era necesario corregir esa situación. Le pedí al Departamento de Estado que no dejara salir más cubanos de los Estados Unidos hasta que los funcionarios castristas permitieran que los norteamericanos abordaran los aviones de la Pan American que salían de Cuba.

Más de quinientos turistas norteamericanos que se encontraban en Cuba y a los que se les estaba acabando el dinero fueron llevados por mar, la tarde del 3 de enero, a Cayo Hueso, Florida, a bordo del *ferry* de automóviles, *City of Havana*, de la West Indies Fruit and Steampship Company. El mismo barco regresó a La Habana el 4 de enero, después de un viaje de siete horas, para recoger a muchos centenares más de norteamericanos que querían volver a la patria. Los

aeroplanos llevaron aproximadamente a mil quinientos norteamericanos a la Florida después de que se hicieron los arreglos necesarios.

El Movimiento 26 de Julio accedió a que las líneas cubanas de aviación evacuaran a los norteamericanos, pero impidió que se usaran las líneas de las compañías norteamericanas. Intenté comunicarme con Fidel Castro o con Raúl Castro para que nos dieran permiso de usar los aviones norteamericanos. La Pan American tenía seis aviones comerciales que esperaban en Miami. Sin embargo, los castristas no permitieron el uso de aviones norteamericanos.

Todos los automóviles llevaban banderas o carteles con el emblema norteamericano. Había barricadas y hombres armados en las calles. Cuando llegábamos a un puesto de las carreteras, permitían que nuestros automóviles pasaran en cuanto reconocían que los ocupantes eran norteamericanos.

La embajada dio la siguiente noticia a la prensa el 3 de enero:

El embajador de los Estados Unidos anunció que a las dos de la mañana de hoy quedaron terminados los arreglos por los que el Movimiento 26 de Julio convino en permitir a las líneas aéreas cubanas que transportaran a los turistas y estudiantes norteamericanos a los Estados Unidos.

El Movimiento 26 de Julio accedió a que hubiera un punto central de reunión y dio escoltas para los convoyes que se dirigían al aeropuerto. Tres convoyes de la Embajada Norteamericana, formados por automóviles de la embajada complementados con automóviles particulares de los residentes norteamericanos, empezaron a transportar a los pasajeros al aeropuerto a las siete y media de la mañana, y continuarán haciéndolo durante todo el día.

Todos los vuelos, menos uno, son vuelos locales a Miami. El otro, que llevaba a noventa norteamericanos, salió para la ciudad de Nueva York a las once y media de la mañana.

Además de los vuelos, el *City of Havana, ferry* de automóviles con acondicionamiento de aire, volverá a La Habana hoy en la noche, 3 de enero, y transportará más turistas norteamericanos a Cayo Hueso la mañana del 4 de enero.

La operación se está llevando a cabo sin incidentes, y la Embajada de los Estados Unidos confía en que todos los turistas y estudiantes norteamericanos habrán regresado a los Estados Unidos hoy o mañana. La noche anterior salieron quinientos ocho y esperamos hacer los arreglos para la salida de más de cuatrocientos el día de hoy.

Debido a la huelga general, el Movimiento 26 de Julio no ha permitido a la embajada el uso de otros transportes.

En el *Havana Post* apareció el siguiente anuncio pagado que publicó la Cámara Norteamericana de Comercio de Cuba el 6 de enero:

A fin de evitar la posibilidad de que haya una impresión errónea sobre la situación de Cuba, la Cámara Norteamericana de Comercio de Cuba está interesada por hacer notar que, por lo que sabe, ninguno de los miles de residentes norteamericanos ha salido de Cuba a causa de los últimos acontecimientos.

Los centenares que han partido desde el primero de enero estaban compuestos exclusivamente, por lo que sabemos, de visitantes y estudiantes que volvían de sus vacaciones a las aulas en los Estados Unidos. Esto se facilitó grande y cortésmente gracias a todo el personal de la Embajada de los Estados Unidos en Cuba, para quienes tenemos los elogios más cálidos, y fue posible gracias a la colaboración rápida y diligente de las autoridades cubanas, a quienes enviamos nuestro agradecimiento.

Un editorial que apareció en el *Havana Post* afirmaba que había habido muchos comentarios favorables sobre la manera en que se portó el personal de la embajada durante los violentos sucesos de principios de enero de 1959. Más de dos mil norteamericanos fueron evacuados a los Estados Unidos por la embajada norteamericana en los primeros días del nuevo régimen. El *Havana Post* agregaba que esto era muy meritorio para la embajada.

El 7 de enero se recibió del Secretario de Estado, John Foster Dulles, el siguiente telegrama de felicitación, que no venía en clave:

Al embajador: Sírvase aceptar mis felicitaciones y las de todo el departamento, para usted y todo el personal, por su magnífico com-

portamiento al llevar a cabo la evacuación de los turistas norteamericanos de Cuba sin que sufriera daño ninguna persona y sin que se produjera ningún incidente enojoso. Fue una magnífica demostración de habilidad y colaboración, y agradecemos la excelente manera en que se llevó a cabo la operación. Dulles (firmado).

Como siempre sucede, hubo algunos turistas que se quejaron. Puedo recordar a varios que no podían entender por qué tenían que llevar ellos mismos sus maletas al abordar el *City of Havana*.

El 4 de enero recibí un mensaje de William Wieland, jefe del Departamento del Caribe, en el que pedía que fuera inmediatamente a Washington para discutir el reconocimiento de Castro por el gobierno de los Estados Unidos, pues el Departamento de Estado quería reconocer al gobierno de Castro en cuanto fuera posible. Contesté que no podía salir de Cuba mientras estuviéramos evacuando a los norteamericanos. Habría parecido impropio que el embajador norteamericano usara un asiento en un avión comercial que salía de Cuba cuando había más turistas norteamericanos que evacuar. Dije que iría a Washington tan pronto como hubiera sido evacuado el último norteamericano.

El 8 de enero de 1959, el Cuerpo Diplomático celebró una reunión en la residencia del nuncio papal, monseñor Luis Centoz. El propósito de la reunión era el de elegir una comisión que preguntara si el general Cantillo respetaría el derecho de asilo y daría protección a las diversas embajadas latinoamericanas. Se escogió una comisión compuesta por los embajadores en Cuba de España, Argentina, Chile, Brasil, el nuncio papal y yo.

La comisión se dirigió inmediatamente al Palacio Presidencial para celebrar una entrevista con el general Cantillo, quien nos aseguró que se daría protección a las diversas embajadas y que se respetarían los tratados entre las naciones latinoamericanas sobre el derecho de asilo.

A la salida, encontré a Hebert Matthews en las escaleras

del Palacio Presidencial. Me preguntó cuál era el propósito de mi visita. Le dije la verdad. Evidentemente, no me creyó, pues poco después fui llamado al teletipo de la embajada por el Departamento de Estado. William Wieland se encontraba en el otro extremo de la línea, en Washington, acompañado por William Snow, subsecretario auxiliar de Asuntos Latinoamericanos. El señor Wieland dedujo que yo había ido al Palacio Presidencial con el propósito de respaldar a una junta militar que impidiera que Fidel Castro tomara el poder. Confesó que la fuente de su información era Herbert Matthews, y preguntó si era cierto. No sé si Herbert Matthews informó a William Wieland para verificar el propósito de mi visita al Palacio o si su objetivo era el de cerciorarse de que los Estados Unidos no harían nada para impedir que su amigo, Fidel Castro, tomara el gobierno de Cuba. Sin embargo, es éste otro indicio de la estrecha asociación que existía entre Herbert Matthews y el Cuarto Piso del Departamento de Estado.

El 5 de enero de 1959 me encontraba en el aeropuerto de La Habana para dirigirme a Washington cuando recibí una llamada telefónica del consejero ministro Daniel E. Braddock. Me informó que la situación era incierta y que podía empezar la lucha en La Habana. El Directorio Revolucionario (estudiantes rebeldes), que aún ocupaba el Palacio Presidencial, no había accedido a entregarlo al Movimiento 26 de Julio. Arriba, en el Palacio Presidencial, en la elegante oficina de Batista, Rolando Cubela, el joven jefe del grupo estudiantil, ocupaba el sillón de Batista; y existían ciertas dudas de que el grupo rebelde entregara el Palacio Presidencial al doctor Manuel Urrutia, designado por Fidel Castro como Presidente del nuevo gobierno provisional.

Había gran agitación en el aeropuerto debido a la esperada llegada del Presidente Manuel Urrutia. Luego corrió en el aeropuerto el rumor de que el doctor Urrutia no aterrizaría. Su aeroplano había vuelto a Florida.

Cancelé mis planes de salir y volví a la embajada. Sin embargo, se evitó la lucha, pues los representantes de ambos bandos negociaron la evacuación del Palacio, permitiendo que el doctor Urrutia entrara en él esa noche.

Y así, el 6 de enero de 1959, acompañado por mi esposa, salí para Washington y aterricé en el Aeropuerto Internacional de Miami en un avión militar de los Estados Unidos, conducido por mi agregado de aviación, coronel E. S. Nichols. Estaba corriendo el rumor de que sería retirado de mi puesto. El *Miami News* del 6 de enero afirmaba que se había enterado de que los altos funcionarios del gobierno provisional del Presidente Manuel Urrutia Lleo habían redactado los documentos para enviarlos al Departamento de Estado de los Estados Unidos pidiendo el retiro del embajador Smith en cuanto fuera posible.

El *Miami News* decía también: "Smith ha sido una espina para los revolucionarios desde hace varios meses. Repetidamente lo han acusado de que era «neutral a favor del dictador Batista»."

El consejero de Castro en los Estados Unidos, Constantine Kangles, solicitó mi inmediato retiro en una carta dirigida al Secretario de Estado, Dules. Hacía la acusación de que (Smith) "ha demostrado abiertamente su hostilidad al doctor Fidel Castro, héroe nacional del pueblo cubano". Y entre otros cargos decía: "Se ha negado inclusive a estrechar la mano amistosa que le tendía el caudillo demócrata (Castro)." No hice ningún comentario sobre estas noticias.

En cuanto llegué a Washington, acudí a la oficina del subsecretario Roy Rubottom y fui recibido con estas palabras: "¿Cuál es su situación con el nuevo gobierno del Presidente Manuel Urrutia Lleo?" Le contesté que ya conocía mi posición respecto a los Castro.

Sin más preámbulos, me pidió que lo acompañara al quinto piso para celebrar una entrevista con el subsecretario Christian Herter. Éste me informó que el gobierno de los

Estados Unidos quería reconocer al nuevo gobierno del Presidente Urrutia inmediatamente, y habían decidido mi retiro.

Recibí las instrucciones de regresar a La Habana esa noche o, a más tardar, la mañana siguiente para concertar una cita con el nuevo Ministro de Estado, Roberto Daniel Agramonte, y entregar la nota de reconocimiento de los Estados Unidos al Ministerio Cubano de Estado.

Al terminar nuestra conferencia, el secretario Herter me pidió que me quedara. Después de que se fueron los demás, dijo que tenía instrucciones del Presidente Eisenhower de ofrecerme otro puesto de embajador. Le expresé mi agradecimiento y respondí negativamente. Era una reacción natural en ese momento.

El 7 de enero, mi esposa y yo volvimos a La Habana después de mi apresurada consulta en el Departamento de Estado e inmediatamente hice una cita para entregar la nota de reconocimiento al Ministro de Estado, Agramonte. El Departamento de Estado mantenía abierta una línea telefónica con la embajada, de manera que pude dar en seguida la noticia. El reconocimiento se produjo seis días después de que el ex Presidente Fulgencio Batista huyó a la República Dominicana.

Fidel Castro no llegó a La Habana hasta el día siguiente, 8 de enero, después de recorrer el camino hacia el Oeste desde las provincias, asegurándose de los regímenes municipales que dejaba tras él.

Por lo general, los Estados Unidos no reconocen a un nuevo gobierno hasta que éste se establece y funciona de manera formal. Normalmente, los Estados Unidos no desean contarse entre los primeros ni los últimos que reconocen a un gobierno. Por lo común, los Estados Unidos esperan hasta que se den seguridades de que el nuevo gobierno cumplirá sus obligaciones internacionales. Era costumbre de los Estados Unidos esperar hasta que varios países latinoamericanos hubieran reconocido al nuevo gobierno. Declaré ante el Subcomité del Senado de los Estados Unidos:

Siempre ha sido la política de los Estados Unidos la de no ser uno de los primeros ni uno de los últimos en reconocer a un gobierno amigo. Siempre ha sido la política del gobierno de los Estados Unidos, antes de reconocer a un nuevo gobierno, la de cerciorarse de lo siguiente. No lo enumero en el orden de su importancia, pero los puntos: a) Si el gobierno es comunista o está muy infiltrado por el comunismo. b) Si el gobierno cumplirá sus obligaciones internacionales, c) Que ese gobierno pueda mantener la ley y el orden. Y siempre confiamos en que tendrá el apoyo del pueblo. En este caso, creo que nos precipitamos un poco en el reconocimiento del gobierno de Castro.

Según un artículo que apareció el 7 de enero en el *New York Times,* algunos funcionarios del Departamento de Estado dijeron que los Estados Unidos se habían cerciorado de la estabilidad y dirección del nuevo gobierno debido a que el gabinete representaba a una gran variedad de cubanos que se oponían a Batista. Varios de los miembros cubanos, según dijeron los funcionarios del Departamento de Estado, eran hombres que se habían distinguido en sus profesiones.

Ni yo ni ningún funcionario de la Embajada Norteamericana sostuvimos conversación alguna con ningún miembro del nuevo gobierno provisional de Cuba sobre sus intenciones de cumplir sus obligaciones internacionales.

Si hubiéramos tomado las acostumbradas precauciones normales y adoptado los procedimientos comunes para obtener las seguridades de Fidel Castro, antes de nuestro reconocimiento, de que cumpliría las obligaciones internacionales de Cuba, nos habríamos encontrado en una situación más firme para proteger los intereses de los ciudadanos norteamericanos. Fidel Castro expropió ilegalmente unos mil millones de dólares de inversiones norteamericanas. Además, el gobierno de los Estados Unidos había invertido cien millones de dólares en las propiedades de las minas de níquel de Nicaro. Los cubanos no hicieron ningún intento de compensar estas expropiaciones.

Siempre ha sido la política de los Estados Unidos la de reconocer los derechos inalienables de un gobierno extranjero a nacionalizar sus propiedades y su tierra. Sin embargo, en el pasado, los Estados Unidos insistieron en que los ciudadanos norteamericanos recibieran compensación equitativa por la propiedad o las inversiones que les fueran expropiadas. Esto no se hizo en Cuba.

La siguiente es la nota que entregué personalmente al Ministro de Estado, Roberto Daniel Agramonte:

He recibido instrucciones de mi gobierno de informar a Su Excelencia que, habiendo tomado nota con satisfacción de las seguridades dadas por el nuevo gobierno de Cuba sobre su intención de cumplir las obligaciones y acuerdos internacionales de Cuba, el gobierno de los Estados Unidos se complace en reconocer al gobierno del Presidente Manuel Urrutia Lleo como gobierno provisional de la República de Cuba. Al mismo tiempo, el gobierno de los Estados Unidos expresa la buena voluntad del gobierno y el pueblo de los Estados Unidos para el nuevo gobierno y el pueblo de Cuba.

En la nota oficial de reconocimiento se usó el lenguaje diplomático acostumbrado sobre las seguridades respecto a las obligaciones internacionales. Sin embargo, nadie habló con Fidel Castro. El gobierno de Castro recibió el reconocimiento oficial de los Estados Unidos antes de que llegara a La Habana después de hacer su recorrido triunfal por Cuba. El Presidente designado por Castro, Manuel Urrutia, no regresó a Cuba hasta la noche del 5 de enero. El 6 de enero, la embajada recibió una nota oficial comunicándonos la formación del nuevo gobierno cubano del Presidente Manuel Urrutia Lleo. El 7 de enero, entregué personalmente la nota oficial de reconocimiento de los Estados Unidos.

Nunca hablé con Fidel Castro. Tenía la intención de pedir una entrevista por medio del Ministro de Estado poco después de que llegó a La Habana. Abandoné cualquier idea a este respecto después de la declaración que hizo a un grupo

de periodistas en el vestíbulo del Hotel Hilton de La Habana. Las observaciones que hizo Castro fueron de que si los Estados Unidos intervenían para proteger sus inversiones, habría doscientos mil *gringos* muertos en las calles. Después de estas observaciones belicosas e irrespetuosas acerca de los Estados Unidos, era evidente que una entrevista entre Fidel Castro y yo no podría servir para ningún fin útil.

Capítulo XX

CASTRO TOMA EL PODER

Recuerdo muy bien la noche, poco después de que las fuerzas barbadas ocuparon el Campamento de Columbia a principios de enero de 1959, en que le salvé la vida a un general del ejército cubano.

Batista dejó al general Cantillo al mando de las fuerzas armadas cuando huyó de Cuba, con instrucciones de formar un gobierno provisional para gobernar al país hasta que pudieran celebrarse las elecciones generales. Cuando hablé por última vez con el general Cantillo, me dijo que le habían dejado un ejército muerto. Poco después fue reemplazado, por órdenes de Fidel Castro, por el coronel Ramón Barquín, quien había estado prisionero en la isla de los Pinos.

El coronel Barquín estaba encargado de las fuerzas armadas y al mando del Campamento de Columbia en el momento en que llegó a La Habana el ejército barbudo al mando del comandante Cienfuegos. El coronel Barquín abrió las puertas del Campamento de Columbia y dio la bienvenida al ejército revolucionario. Cienfuegos y las tropas barbudas habían llegado a La Habana para ocupar la ciudad mientras Fidel Castro hacía su camino a la capital desde el extremo oriental de la isla. El "Che" Guevara y sus tropas habían tomado el mando de la fortaleza de La Cabaña.

La noche del 4 de enero me enteré por mi agregado militar, coronel aviador Nichols, de que la señora Cantillo

había recibido la noticia de que su esposo, el general, se vería ante un pelotón de fusilamiento a temprana hora de la mañana siguiente, por órdenes de Fidel Castro, porque el general Cantillo había permitido que Batista escapara. El coronel Nichols me preguntó si no podía yo hacer nada para salvar la vida del general. Por medio del agregado militar norteamericano, coronel Samuel Kail, concerté una cita con el comandante Camilo Cienfuegos en el cuartel general militar.

Llamé por teléfono al embajador del Brasil en Cuba, Vasco de Cunha, y le pregunté si quería acompañarme al Campamento de Columbia en una misión compasiva. Sentí alivio cuando el embajador de Cunha accedió a acompañarme, porque obraba como persona particular en esta misión y no en mi condición oficial, y quería un testigo. Además, el embajador era muy conocido por su simpatía hacia las ideas de los revolucionarios.

En las primeras horas de la mañana llegué a la residencia suburbana del embajador, en el distrito de Vedado. Había disparos en las calles. Los miembros del Directorio Revolucionario luchaban con las fuerzas del 26 de Julio. Los vándalos seguían saqueando las casas de los simpatizadores de Batista. La ciudad estaba sumida en las tinieblas. Me acordé de los días de oscurecimiento en Londres durante la Segunda Guerra Mundial.

La ciudad se encontraba todavía dominada por las fuerzas del Directorio Revolucionario. Las tropas de Fidel Castro se mantenían dentro de los confines del cuartel general militar.

Cuando llegué a la Embajada del Brasil, la Milicia de la Juventud disparaba contra la residencia del embajador brasileño. Un partidario armado del 26 de Julio acompañó al embajador, que salió de la embajada y subió al asiento delantero del coche. La distancia de la Embajada del Brasil al Campamento de Columbia era, aproximadamente, de ocho kilómetros. Aunque las banderas norteamericanas ondeaban en los guardafangos del automóvil, nos detuvieron varias veces los milicianos civiles.

Al entrar en el Campamento de Columbia, me asombró descubrir que los oficiales del Ejército Cubano se mezclaban fraternalmente con los oficiales barbudos. Mientras esperábamos nuestra audiencia con Cienfuegos, el embajador da Cunha me presentó a un hombre robusto y afable que, según dijo, había buscado asilo en la Embajada del Brasil. Me enteré por el embajador de que este individuo había sido el segundo al mando del servicio militar de inteligencia de Batista durante dos años, aproximadamente. Durante ese tiempo había sido uno de los espías más valiosos de Castro.

Después de algún retraso, nos condujeron a una pequeña habitación, donde vi por primera vez al comandante Cienfuegos. Antes había sido un jugador cubano de beisbol y lavaplatos en Nueva York. El grupo me hizo recordar las fotografías que había visto de la pandilla de Dillinger. Estaban sucios, sin afeitar, descalzos y bien armados.

Cienfuegos poseía una agradable personalidad. Fue cortés, aunque reservado, y nos informó que sólo Fidel Castro podía revocar la orden de la inminente ejecución del general Cantillo.

Le dije que si el general Cantillo era ejecutado sin un juicio justo o siquiera sin ser oído, el Movimiento 26 de Julio perdería prestigio ante la opinión mundial. Le hice ver a Cienfuegos que a Fidel Castro y al movimiento revolucionario les convenía aplazar la orden de la ejecución del general. El embajador Da Cunha apoyó mis argumentaciones. Cienfuegos estuvo de acuerdo, pero no podía rescindir la orden sin la aprobación de Castro. Por último, accedió a aplazar la ejecución y dijo que informaría inmediatamente a Castro sobre nuestra conversación.

En cuanto salí del Campamento de Columbia, comuniqué nuestra conversación a la señora Cantillo. El general no fue ejecutado, y al día siguiente tuve una larga charla con la señora Cantillo. Me preguntó si podía conseguirle asilo, lo cual obtuve en una embajada latinoamericana. Sin embargo, más tarde cambió de parecer, diciendo que quería quedarse al lado de su esposo.

Esa noche, durante dos horas, Fidel Castro desvarió y disparató en la televisión contra el general Cantillo porque había permitido que Batista se fuera de la isla. Castro dijo que el general sería enjuiciado, pero que él personalmente se encargaría de que fuera condenado. Más tarde, el general Eulogio Cantillo fue procesado, condenado y sentenciado a quince años de prisión en la Isla de los Pinos.

Cienfuegos no era un hombre con el que no se pudiera razonar. Accedió a nuestra petición de posponer la ejecución del general Cantillo. Más tarde, debido a circunstancias inexplicables, el aeroplano que llevaba a Cienfuegos de Camagüey a La Habana, desapareció. Hasta el momento en que salí de Cuba, no había traza o indicio sobre el paradero del avión, el piloto o Cienfuegos. Era difícil de entender porque el vuelo entre las dos ciudades abarca terreno normal. Los rumores decían que Castro había ordenado su muerte. Cienfuegos era admirado y respetado por los rebeldes. Debido a su barba y su rostro juvenil, los cubanos lo llamaban "El Cristo". No era el tipo que obedeciera ciegamente las órdenes de Castro y se creía que no simpatizaba con el dominio comunista del Movimiento 26 de Julio.

Como ha demostrado una y otra vez la experiencia, conviene a los intereses de los Estados Unidos cambiar a los embajadores después de un trastorno gubernamental tan explosivo como el que acababa de ocurrir en Cuba. El 10 de enero de 1959 renuncié oficialmente como embajador de los Estados Unidos. Mi carta de renuncia al Presidente decía así:

En el periodo de tiempo comprendido entre 1957 y 1959, durante el cual tuve el honor de servir como vuestro embajador en Cuba, he tenido la fortuna de participar en uno de los grandes dramas históricos latinoamericanos de nuestro siglo. He visto a Cuba salir de un capullo político para dirigirse a lo que todos esperamos será la libertad.

Después de un trastorno gubernamental tan explosivo como el que acaba de ocurrir en Cuba, creo sinceramente que conviene a los intereses de los Estados Unidos cambiar a su embajador. Por lo tanto,

respetuosamente os pido que aceptéis mi renuncia como vuestro embajador en Cuba.

Aprovecharé esta oportunidad para volver a la vida privada y a mis negocios, que he descuidado tanto tiempo.

Entonces recibí la siguiente respuesta del Presidente Eisenhower:

Estimado señor embajador:

Con profundo agradecimiento por sus servicios a la nación como embajador en Cuba desde julio de 1957, lamento aceptar su renuncia a ese puesto. Ha servido usted en él con dignidad y dedicación en una época de la historia cubana que le impuso exigencias muy difíciles. Ha respondido usted a esas demandas con distinguida habilidad y le agradezco los servicios que ha prestado. El gobierno y el pueblo de este país han contemplado con usted los acontecimientos que se desarrollaron en Cuba. Todos esperamos vehementemente, como usted, que el pueblo de ese país amigo, tan cercano a nosotros por su geografía y sentimiento, encuentre, por medio de la libertad, la paz, la estabilidad y el progreso. Deseo para usted y para su familia toda la dicha al reanudar sus actividades personales, que durante tanto tiempo descuidó para servir a su patria. Con mis cordiales saludos.

Sinceramente, *Dwight D. Eisenhower.*

Un año antes de que Batista huyera de Cuba, el 16 de enero de 1958, quedó constancia en una conferencia de prensa celebrada en el Departamento de Estado de que yo no creía que el gobierno de Fidel Castro cumpliera sus obligaciones internacionales, de que tampoco creía yo que Fidel Castro pudiera mantener la ley y el orden, y de que estaba seguro de que no convenía a los intereses de Cuba o de los Estados Unidos que tomara el poder. A partir de ese momento, los comunistas y los simpatizadores de Fidel Castro hicieron todo lo que pudieron por desacreditarme y ponerme obstáculos.

Al día siguiente de mi renuncia (11 de enero de 1959), la revista *Bohemia* publicó un ataque injurioso acusándome de ser "criado del Déspota". Durante meses, esta revista se encontraba bajo la estricta censura del gobierno, pues su

director, Miguel Ángel Quevedo, era violento simpatizador de Castro y opositor de Batista. Ahora, tenía libertad para vomitar su odio acumulado. Quevedo es un ejemplo de esos periodistas que fueron inconscientes de la propaganda comunista.

Éste es el principio del artículo de la revista *Bohemia:*

De esta oficina del embajador de los Estados Unidos, Earl E. T. Smith, después de que se oyó un portazo, salió un hombre vigoroso de paso firme y aire de profesor. Su rostro estaba enrojecido por la ira. Estaba tan agitado que parecía sordo a las excusas que presentaron los diplomáticos que lo seguían. No era posible disipar este incidente con unas cuantas palabras pomposas.

Muy pocos conocían la airada visión en el frío ambiente del quinto piso, pero muy pronto su nombre pasó de boca en boca: Homer Bigart, del *New York Times.*

Unos minutos después, el incidente en el cuartel general diplomático norteamericano traspuso sus muros y se convirtió en tema de discusión de quienes tomaban un jaibol en el Hotel Nacional. El propio señor Bigart les dijo a sus colegas que habían venido de los Estados Unidos para describir la situación cubana: "Fuí a ver al embajador para preguntarle su reacción cuando le informaron mi súbita partida de La Habana para ir a la Sierra Maestra." De nuevo la redonda cara del veterano periodista al que habían honrado con dos premios Pulitzer se puso colorada al hablar de su conversación con Smith: "¿Cómo es posible", preguntó el embajador, "que haya ido usted a la Sierra Maestra para hablar con esos comunistas?"

"Esa gente no es comunista, señor embajador."

"No me diga eso. Fidel Castro es un comunista con una pequeña banda de criminales que se dedican a matar y robar en las montañas de Oriente."

Después de repetir el diálogo, Bigart, con el rubio pelo sobre la frente, miró a los rostros de sus colegas para leer en ellos su reacción, y no tardaron en aparecer expresiones ásperas.

Indignado todavía, Bigart escribió en el *New York Times* del domingo 23 de marzo de 1958: "Si continúa la actual política con respecto a Cuba, los Estados Unidos se quedarán con un solo amigo: el dictador Fulgencio Batista."

El artículo de la revista *Bohemia* seguía acusándome de haberme vendido a Batista y a la Freeport Sulphur Company.

Según el señor Quevedo, Batista había comprobado mi apoyo para su gobierno dando concesiones favorables de impuestos a la Moa Bay Minning Company, subsidiaria de la Freeport Sulphur Company. El artículo insinuaba, además, que la Freeport Sulphur Company me había comprado a fin de obtener para la compañía una exención de impuestos del gobierno de Batista. La verdad es que el acuerdo entre la Freeport Sulphur Company y el gobierno de Cuba había sido aprobado por ambas partes antes de mi llegada a Cuba.

Ordené que enviaran el artículo completo por el teletipo al subsecretario Roy Rubottom y pedí que fuera desmentido oficialmente. Además, dije en resumen:

> No me importa lo que diga esta revista, pero no puedo desentenderme de la tacha a mi honradez. Hay dos cosas que nunca podrá llamarme nadie: una, pillo; la otra, maricón.

El 15 de enero de 1959, el Departamento de Estado, por medio de la Embajada de los Estados Unidos en Cuba, hizo la siguiente declaración:

> En respuesta a ciertas preguntas, la Embajada Norteamericana anuncia que ni el Departamento de Estado ni la Embajada de los Estados Unidos intervinieron nunca durante las negociaciones de las nuevas concesiones industriales otorgadas por el gobierno de Cuba a la Moa Bay Minning Company en agosto de 1957. Las negociaciones habían terminado en julio de 1957, antes de que el embajador Smith llegara a Cuba, y el subsiguiente decreto otorgando las concesiones fue publicado en agosto de 1957. El único interés que los Estados Unidos demostraron por el proyecto fue el de expresar, en fecha anterior, su interés general por la empresa de la bahía Moa, porque dicha empresa daría níquel y cobalto, metales que interesan a los Estados Unidos y para cuya compra el gobierno de ese país había firmado ya contrato con la Freeport Sulphur Company, compañía principal de la Moa Bay.

Capítulo XXI

OBLIGACIONES Y FACULTADES DE UN EMBAJADOR

El certificado de designación del Presidente de los Estados Unidos a un embajador dice así:

> Poniendo especial fe y confianza en vuestra Integridad, Prudencia y Capacidad, os he designado y con el consentimiento del Senado os nombro Embajador Extraordinario y Plenipotenciario de los Estados Unidos en ....., autorizándoos por el presente para hacer y desempeñar todas aquellas cuestiones y cosas que correspondan a dicho Puesto, o que puedan encargársele más tarde, y para ocupar ese puesto durante el tiempo que estime conveniente el Presidente de los Estados Unidos.

El embajador es el representante personal del Presidente de los Estados Unidos. Tiene la obligación de crear un estrecho entendimiento no solamente con el gobierno, sino también con el pueblo del país al que haya sido enviado. Debe comunicar la comprensión benévola y exacta de los Estados Unidos y crear amigos para este país. La embajada debe tener un conocimiento íntimo del pueblo, su cultura y sus instituciones.

El embajador tiene la obligación de vigilar y coordinar todas las actividades de los Estados Unidos en el país ante el cual se hallaba acreditado. El embajador está encargado de la misión diplomática de los Estados Unidos y debe vigilar todas sus operaciones. La misión comprende —además del personal

del Departamento de Estado y del servicio exterior— también a los representantes de todos los demás órganos de los Estados Unidos que tengan actividades en el país [1].

Se espera que los representantes de los demás órganos se comuniquen directamente con sus oficinas en Washington, pero tienen instrucciones de pedir orientación al embajador y de mantenerlo informado.

Hoy, gracias a las comunicaciones modernas, las decisiones de un embajador se limitan a las que tiene que tomar de inmediato en casos de urgencia. Un embajador representa a su patria y habla a nombre de su patria, pero todas las decisiones políticas las toma el Departamento de Estado. El embajador tiene la obligación de mantener informado al Departamento en todo momento. En la embajada de La Habana había, aproximadamente, trescientos hombres y mujeres que trabajaban a las órdenes del jefe de misión. En este número figuraban los agregados militares y los grupos de consejeros militares. La embajada reunía, evaluaba y transmitía toda la información local. La reunión, cotejo, evaluación y diseminación de los informes se hace en Washington.

El subsecretario auxiliar de Estado para la Administración, señor Loy Henderson, tuvo algunos problemas para obtener la renuncia de algunos embajadores cuando terminó el primer mandato del Presidente Eisenhower. Es norma y procedimiento aceptado que los embajadores, miembros del gabinete y personas nombradas por el Presidente presenten su renuncia al Presidente antes de que éste termine su mandato. Entonces, si al Presidente lo reeligen para un segundo mandato, está en libertad de hacer los nuevos nombramientos que prefiera, sin que sea baldón para los interesados.

Esto indujo al subsecretario a aclararme, a mí y supongo que a otros, que mi nombramiento terminaría al acabar el el segundo mandato del Presidente Eisenhower, y que no debía abrigar falsas esperanzas de convertirme en un embajador

[1] *Foreign Affairs Manual*, Vol. 2, 16 de enero de 1962, 020.1 (p. 1).

perpetuo. Le aseguré al subsecretario que no debía temer que tuviera ambiciones a este respecto.

Todos los cablegramas de una embajada al Departamento de Estado se dirigen automáticamente al Secretario de Estado. Cuando se reciben en el Departamento, se distribuyen a la oficina que corresponde. Un embajador tiene el privilegio de dirigir un cablegrama personalmente a cualquiera, incluyendo al Presidente. Cuando es una cuestión de importancia, yo dirigía mis mensajes directamente al subsecretario Rubottom. No consideré que fuera correcto pasar sobre él. No creo que un embajador deba juzgar lo que pasa por encima del Subsecretario de Estado, sobre todo cuando hay tantas decisiones importantes que es necesario tomar día a día y que afectan nuestras relaciones con países políticamente turbulentos, como sucedió en Cuba.

Entre los hombres libres, todos tienen derecho a formarse una opinión y a expresarla. Los periodistas expresaban diariamente sus opiniones. Sin embargo, a algunos de ellos les faltaba el sentido de responsabilidad. Un embajador tropieza con los obstáculos de tantos embajadores que se nombran a sí mismos, como, por ejemplo, los periodistas que fueron a Cuba para escribir una buena noticia. Como consecuencia de las opiniones expresadas por los liberales, los cubanos tuvieron la impresión de que podían obtener resultados haciendo presión sobre la prensa y aprovechando las reacciones de simpatía de quienes instintivamente están de parte del débil. El mismo Fidel Castro fue un ejemplo de una persona que sabe apreciar el poder de la prensa y que se da cuenta de la necesidad de que haya buenas relaciones públicas. Siempre estuvo dispuesto a recibir a los periodistas.

Durante muchos años no se ha dejado de hablar del tema del funcionario de carrera, comparándolo con el que es designado por razones políticas. Lo que quiero decir es que el Presidente elige a una persona de capacidad probada, que ha tenido éxito en su campo concreto. Dichos hombres han tenido mucha experiencia y a menudo pueden ser más eficaces

que los funcionarios de carrera en situaciones particulares. En una población de casi 185.000,000 de personas, hay muchos talentos, y muchos de ellos pueden ser aprovechados. Es ilógico el supuesto de que los funcionarios de carrera deben tener el monopolio de los puestos de embajador en el extranjero. En ambas partes ha habido hombres distinguidos y hombres incompetentes.

En mi opinión, el requisito más esencial en un embajador es el buen juicio y el valor para obrar según este juicio. A un funcionario de carrera que tenga buen juicio, le intimida el saber que en la vida del servicio —ya sea en los servicios armados o en el servicio exterior—, es más ventajoso para seguir ascendiendo conservar una actitud aceptable en los problemas vitales y no una actitud que se base en las convicciones personales.

El embajador tiene la autoridad de enviar a los Estados Unidos a todos aquellos miembros de la Misión que, a su juicio, no trabajen eficazmente, informando las circunstancias al Departamento de Estado [2].

Es costumbre celebrar reuniones diarias con el personal. Todas las mañanas, celebraba una reunión del personal en mi oficina, a la que asistían el subjefe de la Misión, el cónsul general, el consejero de asuntos económicos, el primer secretario de asuntos políticos, los agregados de las fuerzas armadas, el agregado de prensa, el funcionario de asuntos públicos, la Misión de Operaciones de los Estados Unidos en Cuba (Punto Cuatro) y los agregados legales y políticos.

Una vez al mes celebrábamos una reunión del grupo del país, en el que figuraban todos los citados y el agregado de agricultura, el agregado de trabajo, los miembros de los Grupos Consejeros de Ayuda Militar y quienes servían con otros miembros militares agregados a la Misión.

Poco después de que un embajador presenta sus credenciales al Jefe de Estado, debe hacer visitas formales a todos

---

[2] *Foreign Affairs Manual*, Vol. 2, 020 (p. 1), 1-16-62.

y cada uno de los embajadores, y éstos deben hacerle, a su vez, visitas formales. Se espera que las esposas de los embajadores sigan el mismo procedimiento.

Mi esposa y yo dimos recepciones de doscientas cincuenta a cuatrocientas personas para los dignatarios, miembros del Congreso, de las Cámaras de Comercio, de las Juntas de Comercio, periodistas, etc., que nos visitaban. Además, agasajamos, en 1957, a los hombres de negocios norteamericanos, el Cuerpo Diplomático, la prensa cubana, la sociedad cubana, los políticos cubanos, los dirigentes obreros cubanos y el clero cubano. Asimismo, procuramos que cada una de las personas agregadas a la Embajada Norteamericana (cubanas y americanas) fueran invitadas por lo menos a una recepción en la residencia de la embajada.

A mí se me había concedido un gasto anual de siete mil dólares, aproximadamente, para agasajos. Si el embajador desea cumplir debidamente su tarea de representación, tiene que gastar bastante más, y en algunas embajadas esos gastos ascienden a mucho más de la citada suma. Un embajador debe estar en la posibilidad de hacer estos agasajos a su costa, lo cual significa muchas veces que, en realidad, presta sus servicios sin compensación.

Después de la primavera de 1958, restringimos los agasajos, pues no consideramos que fuera correcto dar grandes fiestas en vista de la inquietud política del país.

Se supone que la Embajada Norteamericana debe estar representada en las reuniones de los hombres de negocios norteamericanos. Asistíamos a esas reuniones el subjefe de Misión o yo. El embajador debe participar activamente en el fondo de contribuciones voluntarias, hablar en varias reuniones, hablar en el Club Norteamericano y en las fiestas norteamericanas, dar recepciones el 4 de julio, asistir a los oficios divinos y hablar ante todos los credos de la Iglesia, y rendir tributo a la memoria de los norteamericanos muertos, el 30 de mayo.

Mi esposa fundó la Beca Florence Pritchett Smith de Dibujo Comercial, que permitía a los cubanos estudiar en los Estados Unidos las diversas ramas del dibujo comercial. Ésta fue la principal actividad en que se interesó mi esposa durante el tiempo que permaneció en Cuba. Gran creyente en el valor de los programas de intercambio de estudiantes, la premisa de Florence al crear este programa particular fue la de ayudar a los cubanos de talento creador y artístico. Había pasado muchas horas recorriendo las tiendas, los mercados y los estudios de artistas, observando el bello trabajo que hacían los cubanos en madera, mármol y muchos otros productos del país. Como había vivido muchos años en el mundo de la moda de Nueva York, se daba cuenta de la habilidad de los naturales del país, pero también advertía la falta de presentación profesional o de buen gusto de sus productos. Comprendió que si el conocimiento norteamericano del dibujo comercial pudiera aplicarse a los productos de los cubanos, el intercambio sería benéfico para todos y, por lo tanto, serviría para crear la buena voluntad entre nuestras dos naciones.

Después de varias reuniones, se formó una junta de distinguidos banqueros, educadores e intelectuales cubanos, y el señor José Ignacio de la Cámara, vicepresidente de la Trust Company de Cuba, fue el presidente de la beca. Había también varios miembros del Instituto Cultural Norteamericano, bajo la égida de dicho instituto. Francis Donahue, agregado cultural de la embajada, ayudó mucho a mi esposa durante estos difíciles meses de preparación. Tenía mucha experiencia en las becas para estudiantes, y tanto mi esposa como yo agradecimos sus consejos.

Después de un viaje a Nueva York, Florence consiguió el diligente apoyo de seis norteamericanos distinguidos del mundo de los negocios y de la moda. Regresó muy complacida por el extraordinario entusiasmo que demostraron los norteamericanos por la beca. Todos querían ayudarla. La junta norteamericana estaba compuesta por Melvin Rawley, presidente de Lord and Taylor; Andrew Goodman, presidente de Bergdorf

Goodman; Adam Gimbel, presidente de Aks Fifth Avenue; Vincent Draddy, presidente de David Crystal; Raymond Loewey, diseñador industrial conocido internacionalmente, y Maurice Newton, de Hallgarten and Co. El Instituto de Educación Internacional aceptó administrar la beca una vez que se hubieran reunido los fondos.

Con la creencia de que una empresa conjunta es mejor que un regalo, la junta cubana reunió sus propios fondos, y los de los norteamericanos se reunieron en un baile que dio el comité norteamericano en el Waldorf-Astoria el 21 de noviembre de 1958. Se llamó "Noche Cubana de Gala", y muchas de las amigas que tenía Florence en Nueva York trabajaron en el comité e hicieron del baile un gran éxito. El comité cubano consiguió que vinieran a Nueva York artistas y orquestas cubanas por la Cubana de Aviación, de manera que el auditorio norteamericano pudo oir la bella y auténtica música que es una parte tan sobresaliente de la cultura cubana. Florence dijo siempre que su comité era el más eficaz para reunir fondos en Nueva York. Evidentemente lo era, pues *Life* los fotografió en color y aparecieron en la cubierta.

El ganador de esta beca de tres años asistiría a una escuela norteamericana de diseño durante un año, con todos los gastos pagados. El segundo año, le daría empleo una empresa que se dedicara a la clase especial de diseño que hubiera estudiado. El tercer año, volvería a Cuba y se le ayudaría a empezar su negocio. El primer ganador de los concursos que se celebraron en La Habana fue un joven que quería ser diseñador de vestidos. Su trabajo fue tan prometedor en la Escuela Parsons de Diseño, que la junta del programa de la beca pensaba darle un año más de estudios en ella. Por desgracia, la inquietud de vivir en los Estados Unidos mientras su madre se encontraba en Cuba, donde había disturbios políticos, fue tanta que abandonó la escuela y volvió a su patria. La ganadora del segundo concurso fue una inteligente e industriosa joven que no aceptó el premio porque quería casarse. Luego, Fidel Castro tomó el poder en Cuba y fue necesario abandonar la beca

hasta una fecha futura. Florence había pasado más de un año de trabajo intenso para establecer su programa, y fue en verdad una decepción haber iniciado algo que, debido a los trastornos políticos, no pudo proseguir.

Como me interesaba el beisbol, ofrecí un trofeo al jugador que seleccionaran los conocedores como el más distinguido de la temporada de beisbol de la liga cubana. También inicié emulaciones para obtener el Premio de la Ciudadanía Responsable.

En mayo de 1958 estábamos celebrando en los Estados Unidos el centenario del nacimiento de Theodore Roosevelt. El elemento fundamental de este centenario era la dedicación del pueblo norteamericano a la ciudadanía responsable, tema que tan bien ejemplificó Theodore Roosevelt, no sólo con palabras, sino también con hechos.

En una alocución que pronuncié ante la clase de secundaria que se graduaba en la escuela William T. Sampson de la bahía de Guantánamo, anuncié un nuevo programa para los estudiantes norteamericanos de secundaria en Cuba, con el propósito de premiarlos por haber conservado una alta norma de conducta personal, orientación de sus compañeros, tolerancia, cooperación y buenos servicios. Dije que los estudiantes norteamericanos podrían emular a Theodore Roosevelt adquiriendo su elevado sentido de responsabilidad como ciudadanos norteamericanos. "Ustedes, lo mismo que yo", continué, "representan y simbolizan a los Estados Unidos para el pueblo cubano. Su comportamiento y lo que hagan será considerado típico de los norteamericanos de su edad."

El programa consistía en dos premios que se darían ese año a ciudadanos norteamericanos responsables, estudiantes de los últimos cuatro años de la enseñanza secundaria, que mejor ejemplificaran los principios de la ciudadanía norteamericana, puesta en práctica en Cuba durante el año académico.

A los dos ganadores de los premios norteamericanos de Ciudadanía Juvenil se les dio un viaje con todos los gastos pagados a Washington, para participar en uno de los progra-

mas del centenario de Theodore Roosevelt. La Asociación "Theodore Roosevelt" y yo éramos copatrocinadores de los viajes.

Los que recibían los premios eran seleccionados sobre la base de las recomendaciones de sus escuelas en lo que ve a sus antecedentes como ciudadanos norteamericanos en el extranjero, y también sobre la base de un ensayo que serviría de examen.

Al llegar a Cuba, era mi intención observar una línea de demarcación entre la corrección diplomática cordial y la amistad personal hacia Batista. Seguí fielmente esta política en todo momento y muchas veces me fue difícil hacerlo. El Presidente Batista y su esposa tenían un hijo de la misma edad que nuestro hijo Earl. Eran padres devotos y querían que su hijo conociera a un niño norteamericano. Frecuentemente tuvimos que rechazar las invitaciones del Presidente Batista y su esposa para que el pequeño Earl pasara los fines de semana en su casa de la Playa Varadero, o en su casa de campo, la finca "Kuquine" en compañía de su hijo. Si veían a nuestro hijo jugar en la casa del Presidente, inmediatamente se deduciría que existía una estrecha relación de familia a familia que, en realidad, no existía.

Inclusive el comprar un perro para nuestro hijo tenía sus complicaciones. Mi esposa fue en avión a Palm Beach en noviembre para comprar un perro de aguas negro. Había tres periodistas y dos fotógrafos en el Aeropuerto Internacional de Palm Beach. "¿Es ése el perro que usted y el embajador le van a dar a Batista como regalo de cumpleaños?", preguntaron. Ésa era la versión que había salido de La Habana.

Habían transcurrido cinco meses desde nuestra llegada a Cuba y no habíamos invitado al Presidente Batista a la residencia de la Embajada Norteamericana. Aún había gente que no se había dado cuenta del hecho de que se habían renovado las relaciones cordiales, después del incidente de Santiago, entre el Presidente y el embajador de los Estados Unidos. Flo-

rence y yo sabíamos que era el momento propicio para dar una cena en honor del Presidente.

Un punto a nuestro favor para explicar el tiempo transcurrido, aunque era una desventaja en todos los demás respectos, eran las condiciones de la residencia de la embajada, pues resultaba imposible vivir en ella. Nuestros primeros festejos oficiales tuvieron que llevarse a cabo en el Hotel Nacional o en restaurantes, y toda Cuba lo sabía. Sin embargo, según el protocolo, debían darse ciertos agasajos antes de que hubiera transcurrido un tiempo razonable después de la llegada de un embajador a un nuevo puesto. La cena oficial de un embajador norteamericano recientemente nombrado ha de darse dentro de cierto límite de tiempo, en honor del Presidente de Cuba. Como todos sabían que se estaba modificando la residencia, se aplazaron las fechas de las recepciones formales y las cenas oficiales.

A fines de diciembre de 1957 ocurrió una serie de acontecimientos que claramente indicaban la necesidad de dar una cena en honor del Presidente, estuviera o no la residencia en buenas condiciones. Mi esposa invitó a cenar a dos personas con nosotros y asistir a un baile en el Country Club de La Habana. Corrió el rumor de que Batista estaría allí. Después de la cena, al acercarnos al Country Club, se vio que era cierto. En todas partes había guardianes armados. Unos amigos nuestros que vivían en el club nos dijeron que en la tarde habían sido molestados por los detectives, que hicieron un registro minucioso. Hubo necesidad de desocupar apresuradamente algunas habitaciones, pues daban a la sala de baile, en la terraza. Los hombres armados y silenciosos se mantuvieron detrás de estas ventanas hasta que terminó el baile.

Los cuatro nos unimos a un grupo numeroso y alegre de cubanos. Poco después, mi esposa se levantó a bailar. Para llegar a la pista, tenía que atravesar un estrecho pasillo entre dos mesas. Al hacerlo, pasó detrás del Presidente de la República. Mi esposa advirtió su presencia, naturalmente, como todos los demás que estaban en la sala. Al pasar junto a él,

los dos se saludaron cortésmente con un movimiento de cabeza y mi esposa siguió su camino. Esto suscitó inmediatamente toda clase de comentarios en la sala. "Ella no dijo nada." "Él no dijo nada." "¿Qué significa eso?" Y así siguió, como sólo en Cuba pueden correr los rumores. No se tomó en consideración el hecho de que mi esposa no se detuvo ni le habló a un Presidente al que no había sido presentada. No se tomó en cuenta el hecho de que el Presidente del país no se puso de pie ni le habló porque no los habían presentado. Los dos hicieron lo que era correcto, aunque no habían sido presentados; se saludaron cortésmente con una inclinación de cabeza y mi esposa continuó su camino.

Había llegado el momento de que invitáramos al Presidente a la embajada, por lo que le pedí al Ministro de Estado Güell que informara al Presidente de nuestro deseo de ofrecer una cena oficial en su honor y pedirle que nos comunicara cuándo sería conveniente para él.

Poco antes de que el Presidente Batista hiciera su primera visita formal a la embajada —acontecimiento que requirió grandes preparativos de parte de mi esposa—, recibimos la noticia de que Peter Van Ingen, mi nieto, que nos visitaba, había caído en cama con la varicela. El Presidente Batista, al que se le avisó esto, telefoneó para decir que, por fortuna, todo su personal la había padecido ya. Por esta razón, la fiesta pudo darse como se había pensado.

El Ministro de Estado nos envió una lista de los miembros del gabinete que sería necesario incluir. Luego, nosotros le enviamos una lista de los demás invitados para que fuera aprobada por el gobierno. En opinión de mi esposa, como Batista había asistido a tantas cenas oficiales, debíamos agregar algunas parejas jóvenes que fueran atractivas e hicieran divertida la cena.

Aparte del gran salón comedor oficial, que estaba terminado, la única habitación de la embajada que ya estaba amueblada era la biblioteca, la cual se usaría para los cocteles y después de la cena, y en la que apenas cabían quince perso-

nas sentadas cómodamente. Tuvimos que preparar las cosas de manera que algunos invitados pasaran la velada en las terrazas de la residencia, por lo que imploramos al cielo que hiciera una noche calurosa. Aunque mi esposa organizó la cena en el comedor para cincuenta personas amenizada por una orquesta cubana de cuatro músicos, también tuvo que preparar emparedados y café para unos treinta agentes de la inteligencia militar que vigilarían el lugar mientras el Presidente se hallaba en la residencia de la Embajada Norteamericana. Los agentes de seguridad de los Estados Unidos registraron la casa e interrogaron a los sirvientes adicionales que habíamos contratado para esa noche. Una embajada extranjera no puede correr ningún riesgo cuando el Presidente del país visita a la embajada. No corrimos ningún albur. Un helicóptero del gobierno voló en círculos sobre la casa mientras estuvo allí Batista.

Y entonces llegaron las malas nuevas. Esa mañana, en Cuba descendió súbitamente la temperatura. Florence se enteró de que en la noche haria más frío. Nos encontrábamos en la triste situación de dar una cena oficial de cincuenta personas para el Presidente de la República sin disponer más que de una habitación cómoda. La situación podía resultar embarazosa.

Aquello planteaba un problema. En La Habana no había comerciantes de quienes pudiéramos alquilar muebles, y tampoco había manera de dar calor a las terrazas. Florence, como es natural, se sentía inquieta. Sabíamos que si el agasajo salía mal, todos hablarían de él al día siguiente en la isla. De cosas tan pequeñas pueden surgir verdaderos problemas. Fue el duque de Talleyrand, al partir para la Conferencia de Viena, quien, cuando le preguntó Luis XVIII si no necesitaba más instrucciones, replicó: "Sire, tengo más necesidad de cacerolas que de instrucciones." En la mañana, cuando salí para ir a la cancillería, mi esposa me dijo: "No te preocupes, voy a resolver esto con una gran proporción de imaginación norteamericana y una pequeña cantidad de equipo. Si la fiesta sale bien, a nadie le importará lo demás."

Después de la cena, a petición del Presidente Batista, Anita Colby, invitada nuestra que vivía en la embajada, se sentó junto a él porque Batista tenía curiosidad por las mujeres que habían hecho una carrera. Ella lo recreó con divertidas narraciones de las pruebas por las que pasa una mujer de carrera, y el Presidente estuvo muy divertido.

En las cenas oficiales, en Cuba, es costumbre que el Presidente se despida entre la una y la una y media de la mañana. A la una advertí que el Presidente se estaba divirtiendo. Unos minutos después le dije a Batista: "Guardaré mi reloj, si usted guarda el suyo." Ninguno de los invitados, contando al Presidente Batista, se fue antes de las tres y media de la mañana.

Fue un gran festejo y se habló de él en La Habana. ¿La fórmula? Florence cambió los muebles de la terraza al gran salón vacío y lo convirtió en un club nocturno. Usó palmeras para llenar los rincones vacíos, cubrió las mesas con manteles y alegres ramos de claveles rojos y color de rosa como centros de mesa. Llevó al salón, de otras habitaciones, los candelabros de pared, los llenó con bujías rojas y parpadeantes, y encendió el fuego de la chimenea. Después de la formalidad de la cena en el salón oficial, donde la mesa estaba adornada con frutas artificiales y rosas de la felicidad (la rosa predilecta de Marta Batista), fue una sorpresa entrar a un pequeño cabaret alegre y acogedor. Más o menos una hora después, subrayando de nuevo la atmósfera de club nocturno, Florence habló en español por el micrófono e instó a ciertos invitados a que nos divirtieran. También algunas de las esposas de los miembros del gabinete tenían talento, y Florence sabía de antemano que estarían dispuestas a hacerlo. Más bien que una cena demasiado formal, fue una fiesta informal en la que se restablecieron las buenas relaciones.

En la Pascua de Navidad de 1957, mi esposa y yo instituimos la idea de celebrar una fiesta de Navidad en la residencia de la Embajada Norteamericana para los niños pobres y necesitados en lugar de una fiesta de cocteles para los miembros de la colonia norteamericana. Estos niños eran víctimas

de hogares deshechos, algunos huérfanos y otros que vivían en instituciones oficiales porque sus padres no podían sostenerlos.

A fin de que el grupo fuera representativo, mi esposa le pidió a Francis Donahue que escogiera a diez diferentes organizaciones de asistencia e invitara a diez niños de cada uno, con un total de cien. Tres autobuses transportaron a los niños de la cancillería a la residencia, donde aproximadamente cien niños norteamericanos del grupo de la embajada esperaban a sus invitados. Creímos que los niños cubanos se sentirían mejor si aparecía como una fiesta que daban los norteamericanos a los cubanos.

Para repetir las palabras de mi esposa:

Un enorme prado que se extendía hasta la piscina estaba decorado alegremente con globos, luces, caramelos y guirnaldas. Junto al gigantesco árbol de Navidad que había en el vestíbulo, esperamos para recibir a cada niño que pasaba, mudo de emoción. Los niños tenían de cinco a diez años y representaban todas las religiones y todas las razas.

Después de una hora de películas de Mickey Mouse y otras, que se exhibieron en el comedor de la embajada, se les pidió que formaran una fila y, tomados de la mano, salieron corriendo al prado del jardín. Mientras corrían por el prado, un helicóptero (prestado para la ocasión por el ministro de Obras Públicas, Nicolás Arroyo), volaba en círculos sobre nuestras cabezas, bajando cada vez más. Los niños apenas podían contenerse cuando el helicóptero aterrizó en el prado y salió de él un enorme y gordo Santa Claus cargado de juguetes.

La reacción fue universal. Cubanos y norteamericanos por igual se apiñaron en torno a Santa Claus gritando: "¿No tienes un regalo para mí, Santa?" Y sí lo tenía. Tenía un obsequio para cada uno de los niños, con su nombre en él, de manera que cada uno sabía y creía que era realmente para él. David Marx, de la Marx Toy Company, había cooperado generosamente con todos los regalos, y las esposas de los miembros de la embajada habían trabajado muchas horas para envolver cada regalo. Las esposas ayudaron también a adornar el prado, pues formaban un grupo entusiasta. En cuanto desapareció el helicóptero en el crepúsculo, los niños devoraron *hot dogs,* crema helada y pastel.

Luego, mientras recorríamos el jardín, surgió ante nuestros ojos una serie de naturalezas muertas, que subrayaban dramáticamente la

necesidad de comenzar con los niños del mundo si queremos alcanzar una amistad verdaderamente internacional. Un niño cubano, por cuyo mentón escurría crema helada de chocolate, se hallaba con la cabeza unida a la de un pequeño norteamericano, concentrando la atención en la manera de hacer funcionar un aeroplano de cuerda, y dos muchachos cubanos de grandes y tristes ojos, sostenían en la mano sus *perros calientes (hot dogs)* mientras una niña norteamericana les ponía mostaza. Era un cuadro de papeles rotos, caras cubiertas de caramelo y crema helada que se derretía sobre las pecheras españolas y norteamericanas, y el entendimiento mutuo, y el compartir el momento, resultaba alentador y le daba a uno esperanza en el porvenir.

Cuando el crepúsculo se convirtió en noche y las luces de Navidad parpadeaban en todas las ventanas de la residencia, los autobuses se alejaron con el eco de dulces voces españolas que gritaban: "Hasta luego, muchas gracias, Felices Pascuas."

En la acostumbrada fiesta de Navidad del personal de la Embajada de los Estados Unidos, celebrada el 23 de diciembre de 1957, tuvimos el privilegio de escuchar algunas palabras del huésped de honor, el entonces senador de los Estados Unidos, John F. Kennedy, de Massachusetts, quien nos visitaba en la embajada. Yo presenté al senador diciendo: "Tenemos la fortuna de poder oir algunas palabras del senador de Massachusetts, quien muy bien puede ser nuestro próximo Presidente."

Mi experiencia con el Cuerpo Diplomático fue placentera e instructiva. Aunque los intereses y la influencia de otras naciones en Cuba no se acercaban a los de los Estados Unidos, el entendimiento y el apoyo que procuré conseguir fue siempre muy valioso. Conocían la responsabilidad del pueblo de los Estados Unidos para el pueblo cubano. En algunos casos, los Estados Unidos y otros países pasaron juntos algunos periodos difíciles. Así, por ejemplo, Stanley Fordham, embajador de la Gran Bretaña en Cuba, fue muy criticado por los revolucionarios debido a la venta de aeroplanos ingleses de caza al gobierno de Batista. El embajador español, Juan Pablo Lojendio, era un representante vehemente y orgulloso de una nación orgullosa. Había en Cuba una numerosa colonia espa-

ñola y muchos españoles ocupaban puestos de importancia en la Iglesia. El embajador Lojendio se disgustó tanto por las invectivas de Castro por la televisión contra España, que también él apareció en la televisión para desmentir a Castro.

Varios meses después de mi salida de Cuba, el embajador Lojendio se enfureció después de oir otra diatriba. Fue a los estudios de la televisión, se acercó a Castro, interrumpiéndolo en medio de su invectiva histérica contra España. Lo amenazó con el dedo en la cara y lo reprendió frente al público de la televisión. Castro notificó al gobierno español que el embajador era persona *non grata*. Aunque poco diplomática, fue la reacción natural de un español orgulloso que defendía el honor de su patria contra las maliciosas injurias de un ex bandido que se había vuelto político.

Durante mi estancia, el Cuerpo Diplomático fue un grupo precavido que se comportó con dignidad. Esperaban que hubiera una solución pacífica a los problemas políticos de Cuba. Durante nuestros frecuentes intercambios de puntos de vista, estreché muchas amistades y me conmovió su reacción cuando, al salir de Cuba, me obsequiaron, en grupo, una gran caja de plata para cigarrillos. El obsequio lo hicieron en una ceremonia especial, en la residencia del nuncio papal. Sobre la caja había un mapa de la isla de Cuba, con pequeños zafiros que indicaban las principales ciudades de cada una de las seis provincias.

Capítulo XXII

¿QUÉ SIGNIFICA TODO ESTO?

Sea cual fuere el color que se le quiera dar, es indudable que el comunismo internacional ha establecido una base a ciento cuarenta kilómetros de nuestras costas, desde la cual se está organizando contra los Estados Unidos en toda la América Latina.

No importa que tengamos aliados cerca de las fronteras rusas; lo que importa es que los rusos no habían establecido una base en el hemisferio occidental hasta que Castro apareció en Cuba.

Mi experiencia en Cuba me ha llevado a la conclusión de que no tenía que haber sucedido así forzosamente. El hecho de que sucediera se debió, en grado sorprendente, a la política de muchos que ocupaban puestos importantes en el Departamento de Estado, basada en que era preferible un dictador izquierdista a un dictador derechista, aun cuando el dictador derechista fuera amigo de los Estados Unidos y el dictador izquierdista fuera nuestro enemigo. Para ellos, el criterio no

es lo que sea benéfico para los Estados Unidos, sino lo que encaje con sus puntos de vista doctrinarios acerca del mundo futuro.

Es difícil entender esta política desde un punto de vista norteamericano. Como embajador en Cuba, encontré que no podía entenderla al aplicarse a Cuba. Concediendo que Batista ya no fuera útil, la alternativa, desde luego, no tenía que haber sido Castro, nuestro enemigo. Y es necesario advertir que Castro no se habría encontrado en la situación de alcanzar el poder y no hubiera podido crear el medio para tomarlo sin la buena voluntad del Cuarto Piso.

No es posible sostener que el gobierno de los Estados Unidos ignoraba que Raúl Castro y el "Che" Guevara, los dos hombres principales del Movimiento 26 de Julio, fueran comunistas, afiliados a la Internacional Comunista. Hay suficientes pruebas a este respecto. En este libro he demostrado que era imposible que el subsecretario de Estado Roy Rubottom, su compañero William Wieland y el Cuarto Piso no estuvieran enterados de las afiliaciones comunistas de Fidel Castro. No existe la posibilidad de que la CIA no lo supiera. Roy Rubottom se encontraba en Bogotá cuando Fidel Castro, a la edad de veintidós años, era un organizador activo de la insurrección comunista.

Esto hace que surjan tres preguntas:

> ¿Cuál es, realmente, nuestra política? ¿Quién la hace? ¿Cómo se establece? ¿Por qué intervinimos en favor de Castro en Cuba, cuando podíamos haber apoyado a otros hombres capaces, conocedores y simpatizadores de los Estados Unidos?

Si la única cuestión a que tuviéramos que hacer frente fuera la de dictadura *contra* democracia, no sería difícil tomar una decisión. Sin embargo, como nos encontramos en medio de una lucha por sobrevivir, son pertinentes otras consideraciones. Además, el cambiar a un dictador por otro no produce la democracia.

Si la política de los Estados Unidos consiste en buscar la caída de los dictadores con la esperanza de que a ello siga la democracia, entonces creo que los Estados Unidos deben estar dispuestos a tomar las medidas necesarias para mantener la ley y el orden y para impedir el caos durante el periodo de transición, que puede durar mucho tiempo. Si se desea celebrar elecciones libres y abiertas en estas naciones cuando cae un dictador, es necesario formar un gobierno provisional, y dicho gobierno necesita el apoyo exterior para mantener la ley y el orden. Hacer otra cosa significa dejar un vacío en el cual los comunistas pueden tomar el poder. En Cuba se produjo ese vacío. Un grupo estaba dispuesto a tomar el poder, un grupo comunista, y le ayudamos a tomarlo.

Afirmamos que nuestra política es de no intervención, y con nuestros actos damos a entender que la Doctrina Monroe ha muerto. Pero intervenimos positiva o negativamente, o por insinuaciones, todos los días. Intervenimos cuando contratamos la venta de carros blindados, o aeroplanos de instrucción, o lo que sea, y cuando retenemos lo que hemos aceptado vender después de que han adelantado el pago. Ésta es intervención para poner al gobierno constituido en una situación embarazosa, incapaz de defenderse contra las fuerzas de bandidos apoyadas por los comunistas. El efecto sicológico del retiro de la ayuda norteamericana fue devastador. Es intervención negativa. Permitimos que el dictador izquierdista establezca una base de operaciones en los Estados Unidos, violando nuestras leyes de neutralidad, y el Departamento de Estado trata con sus emisarios. Es intervención positiva. Influimos en otros gobiernos para que no le vendan armas al gobierno de Cuba. Es intervención por insinuaciones.

Si queremos intervenir suficientemente para provocar la caída de las dictaduras, debemos intervenir al grado que se requiera para cumplir nuestro propósito. De otra manera, en mi opinión, debemos esperar el desarrollo normal de un pueblo y no ayudar a ninguna revolución. Y tenemos que estar pre-

parados para recibir la crítica de apoyar a gobiernos amigos reconocidos por los Estados Unidos, aunque se les tache de dictaduras.

Para aclarar lo anterior, permítaseme decir que ayudamos a derrocar a la dictadura de Batista, que era simpatizadora de los Estados Unidos y anticomunista, tan sólo para que surgiera la dictadura de Castro, que es comunista y antinorteamericana. Debido a que la democracia tiene éxito en los Estados Unidos, algunas personas influyentes del Cuarto Piso creen que debemos trasplantarla e implantar nuestras ideas y nuestra forma de democracia a todas las demás naciones, muchas de las cuales no están todavía preparadas para nuestra forma de gobierno, y no les gusta. Después de todo, un pueblo tiene el derecho de tener su propia forma de gobierno y su propia manera de vivir.

Declaré ante el Senado que había descubierto por experiencia y por observación que nuestra política está determinada por personas influyentes del personal subalterno del Departamento de Estado con lo que hacen día a día. Cuando los funcionarios superiores se enteran de ella, ya está hecha y hay que cumplirla. En esta obra he citado palabras de las declaraciones de otros cuatro embajadores que dieron su testimonio bajo juramento para el mismo efecto. Es demasiado tarde para corregir los errores de estos oficinistas, que muchas veces se consagran a los países a los que están asignados al grado de que se olvidan de que lo que les debe importar son los Estados Unidos. El Cuarto Piso está formado por oficinistas, como los llaman. Son funcionarios de carrera del servicio exterior que con frecuencia consideran que los funcionarios nombrados políticamente duran poco tiempo en sus puestos.

Después de que se publique este libro, algunos querrán imputarme que acuso a todo el servicio exterior. No es ése mi propósito ni mi deseo. Por experiencia aprendí a tener un alto concepto y respeto para muchos funcionarios del mencionado servicio.

Aunque es imposible condenar a todo un cuerpo de hombres, no es imposible ni incorrecto decir que la estructura de una organización es tal que los hombres que se encuentran en cierto nivel de la organización, que no tienen responsabilidad política, pero sí la facultad para tomar decisiones día a día en las cuestiones políticas, pueden crear una situación que quizá produzca daño a la nación.

Muchos considerarán que es ésta una afirmación demasiado general. Sin embargo, es la verdad en el caso de Cuba. El Secretario de Estado se hallaba preocupado por Pekín, Moscú y Berlín. Las decisiones políticas en los asuntos cubanos las determinaban en el Cuarto Piso del Departamento de Estado, donde algunas personas influyentes creían en la revolución y confiaban en su éxito. Por lo que sé, en el quinto piso (personal superior del Departamento de Estado) no se fijaba ninguna política definida para gobernar nuestra actitud con el gobierno amigo de Cuba.

Durante todo el tiempo que duró mi misión, el Secretario de Estado no habló conmigo del problema cubano. Sólo tuve dos entrevistas, y las dos a petición mía, con el secretario. Una fue antes de que saliera yo para La Habana a fin de ocupar mi puesto de jefe de misión. La segunda entrevista fue en el Hotel Waldorf-Astoria, en 1959, poco después de que me habían retirado de mi puesto en La Habana. Castro se hallaba entonces en el poder. Batista había huido de Cuba. En esa ocasión, el secretario me preguntó si podía explicar cómo era posible que Batista hubiera perdido el dominio para que lo ganara Castro, en vista de las armas y equipo militar que tenía el gobierno de Batista, a más del apoyo de su fuerza aérea. El secretario volvió a mencionar la amistad a los Estados Unidos que había demostrado el embajador de Batista ante las Naciones Unidas, doctor Núñez Portuondo. No presumiré de adivinar las razones que había tras las observaciones o los razonamientos del secretario. Al parecer, no le habían informado completamente acerca de los antecedentes de los

hermanos Castro, hasta que fue demasiado tarde. No es una crítica a John Foster Dulles. Ningún hombre puede llevar en las espaldas al mundo entero.

Es una crítica a la estructura del Departamento de Estado, en el que la actitud de los Estados Unidos hacia un gobierno amigo puede ser determinada por las acciones diarias del personal subalterno. Repito que estoy convencido de que la alternativa de Batista no tenía que haber sido Castro, el comunista. Los Estados Unidos hubieran podido contribuir a que se formara un gobierno de unidad nacional en Cuba sin Batista y sin Castro. A mi juicio, habría sido posible establecer un gobierno semejante hasta el verano de 1958. Después, al pasar los meses, cada vez habría sido más difícil excluir a Fidel Castro. Éste no era la única alternativa para Cuba, y Castro no conquistó a la isla de Cuba sin ninguna ayuda.

Socavamos al gobierno de Batista, pero no alentamos la búsqueda de una solución pacífica. El Cuarto Piso dijo que teníamos la esperanza de que hubiera elecciones aceptables. Pero no quisimos apoyar a la Iglesia, la oposición política y los grupos cívicos para hacer un esfuerzo general a fin de crear una atmósfera que fuera favorable a la celebración de elecciones honradas, de manera que el pueblo de Cuba pudiera elegir a su gobierno. No quisimos apoyar a un gobierno de unidad nacional, que sólo habría servido de gobierno provisional y únicamente habría durado el tiempo necesario para celebrar las elecciones.

En este libro he demostrado que varias veces, cuando la ocasión era propicia y había oportunidades de encontrar una solución sin Batista ni Castro, nuestro Departamento de Estado se negó a dar su apoyo. La negativa se basaba en que acusarían a los Estados Unidos de intervenir en los problemas internos de Cuba. Sin embargo, con el tiempo, el Departamento de Estado indicó a Batista que había llegado el momento de que se ausentara del país. Ésa fue una intervención positiva a favor de Castro.

Ninguna fórmula para encontrar una solución sin Castro o Batista habría tenido éxito sin el apoyo de los Estados Unidos. Éstos ocupaban una posición dominante en Cuba. El prestigio y la influencia de los Estados Unidos, hasta el primero de enero de 1959, fueron importantísimos. Sólo los Estados Unidos hubieran podido dar una solución viable. Ningún grupo, salvo la Iglesia, tenía el valor suficiente de incurrir en la enemistad tanto de Castro como de Batista queriendo dar una solución sin el apoyo activo de los Estados Unidos. La Iglesia intentó, una y otra vez, encontrar una solución pacífica, y una y otra vez tuvo la esperanza, que fue vana, de que los Estados Unidos darían su apoyo.

Sin embargo, la complejidad de los órganos gubernamentales de los Estados Unidos, la prensa y los miembros del Congreso, con sus acciones incomprensivas, contribuyeron en mucho para provocar la caída de la dictadura de Batista. Muchas personas influyentes del Departamento de Estado simpatizaban con lo que, a su parecer, era una revolución de masas que se producía en Cuba. Estas personas influyentes estaban dispuestas a correr el riesgo de provocar la caída de un dictador derechista para que tomara el poder un dictador izquierdista. Dicha política no podía ser benéfica para los Estados Unidos.

En nuestra patria, hay un error general que los acontecimientos cubanos fueron provocados por el bajo nivel de vida y las desigualdades sociales. Los hechos desmienten esta creencia.

No fue sino hasta poco antes de que Batista huyera, que hablé con el subsecretario de Estado, y no fue sino hasta el otoño de 1958 cuando fui entrevistado por el subsecretario auxiliar de Estado. Por lo que sé, las decisiones las tomaba el secretario auxiliar de Estado para los Asuntos Latinoamericanos. Mi línea de comunicación corría por el Departamento de Estado, y por los conductos del Departamento de Estado. Mi predecesor, el embajador Gardner, declaró que no le hicieron caso y que ni siquiera lo interrogaron al terminar

su misión [1]. No es éste un procedimiento serio; a pesar de ello, eso fue lo que sucedió.

La experiencia me ha enseñado en mi vida de servicio público y en los negocios que la estructura de la organización del Departamento de Estado es defectuosa. Ningún Presidente, ningún Secretario de Estado, por sincero y resuelto que sea, puede proteger a los Estados Unidos contra el daño de las acciones diarias de sus funcionarios subalternos. Estos hombres están protegidos por la Ley del Servicio Exterior, por la Ley del Servicio Civil, por la Ley de la Administración de Veteranos de la Guerra y por la presión del Congreso.

No es ninguna ventaja para los Estados Unidos el enviar un embajador a un país si los representantes de la CIA en él obran por su cuenta y toman una actitud opuesta. La situación se vuelve particularmente confusa si los representantes de la CIA envían informes que, siguiendo una actitud doctrinaria, confunden a los que están en Washington. Así, por ejemplo, el embajador informa que la política actual del Departamento de Estado sólo beneficiará a los comunistas, y la CIA informa que los que dirigen la revolución no están dominados por los comunistas. ¿Quién tiene la razón? ¿Debemos esperar el curso de los acontecimientos para descubrir la verdad? Esto puede resultar muy costoso.

Cuando hay que determinar una política tan importante como la de nuestra actitud hacia un gobierno amigo, creo que el Presidente o el Consejo de Seguridad Nacional de los Estados Unidos, o alguna otra autoridad igualmente alta, debe tomar la decisión. Entonces, las acciones de todos los departamentos del gobierno, comprendiendo el Departamento de Estado, deberán orientarse de acuerdo con la política que ha dictado la autoridad superior. Y a quienes consideren que deben hacer lo que les parezca mejor, hay que pedirles que se vayan.

---

[1] Es costumbre, cuando un diplomático regresa de su puesto, que lo interrogue el Departamento de Estado para conocer sus últimos puntos de vista y su último juicio sobre la situación.

Quizá la mayor confusión en nuestras relaciones exteriores se debe a la incertidumbre de cuál sea realmente nuestra política. Como embajador, nunca me dijeron cuál era. Las orientaciones que recibí de Herbert Matthews y del Cuarto Piso no indicaban, ciertamente, ninguna cordialidad hacia el gobierno cubano. Me parece que cuando a un embajador lo designan jefe de misión en un país, debe dársele una orientación concreta sobre nuestra política, sus rasgos permanentes y su flexibilidad, y, desde luego, acerca del país al que lo envían. El hecho de que en nuestros días un embajador se encuentre al extremo de un teléfono, no importa. En una revolución, las comunicaciones pueden interrumpirse.

La no intervención en los asuntos internos de otras naciones ha sido, supuestamente, la piedra fundamental de nuestra política exterior; sin embargo, el que los Estados Unidos proclamaran la no intervención en los asuntos internos de Cuba estaba muy alejado de la realidad. Cuba se encontraba demasiado cerca de los Estados Unidos histórica, económica, social y geográficamente para que no la afectaran los diarios acontecimientos de los Estados Unidos. Éstos intervenían todos los días, en una u otra forma, en los asuntos cubanos. El gobierno cubano lo reconocía así; el pueblo cubano lo sabía.

El Departamento de Estado no reconoce su error por lo que ve a la revolución comunista de Castro. En abril de 1961, dieciséis meses después de que Castro tomó el gobierno de Cuba, el Departamento de Estado publicó el Papel Blanco sobre Cuba, que habla de "La Traición de la Revolución Cubana" y afirma: "Nunca en la historia ha devorado una revolución tan rápidamente a sus hijos." La declaración inicial del Papel Blanco es la siguiente:

> La actual situación cubana pone al hemisferio occidental y al sistema interamericano ante un grave y urgente desafío.
>
> Este desafío no es resultado del hecho de que el gobierno castrista de Cuba se estableciera por la revolución. El hemisferio se regocijó con la caída de la tiranía de Batista, miró con simpatía al nuevo régimen y recibió con beneplácito sus promesas de libertad

política y justicia social para el pueblo cubano. El desafío es resultado del hecho de que los dirigentes del régimen revolucionario traicionaron a su propia revolución, la entregaron en manos de potencias ajenas al hemisferio y la transformaron en un instrumento empleado con efecto calculado para suprimir las renovadas esperanzas del pueblo cubano de democracia y para intervenir en los asuntos internos de otras repúblicas americanas.

Lo que se inició c mo un movimiento para ampliar la democracia y la libertad cubanas se ha pervertido, en resumen, para convertirse en un mecanismo que persigue la destrucción de las instituciones libres en Cuba, con el objeto de que el comunismo internacional se apodere de una base y cabeza de puente en el continente americano y para acabar con el sistema interamericano.

Además, el Papel Blanco dice: "Cuando el doctor Castro decidió traicionar las promesas de la Revolución, tenía que liquidar a quienes encarnaban esas promesas y destruir a los hombres que las tomaban seriamente."

Muchos pueden haber sido engañados sinceramente por Castro, pero el Departamento de Estado no puede darse el lujo de que lo engañen. El Cuarto Piso estaba bien informado sobre Fidel Castro desde el levantamiento de Bogotá en 1948.

El Cuarto Piso no debió haber sido tan ingenuo para creer que los comunistas no aprovecharían el Movimiento 26 de Julio como les viniera en gana. El Cuarto Piso no debió haber sido tan ingenuo para desechar todos los informes sobre la infiltración y el dominio comunistas del movimiento de Castro como si fuera propaganda de Batista.

El Departamento de Estado y la Agencia Central de Inteligencia tenían conocimiento de que el "Che" Guevara era un comunista activo en Guatemala y México, y de que Raúl Castro había participado en el movimiento estudiantil comunista internacional.

Según creo, el Papel Blanco justifica mi pretensión de que esas personas influyentes del Cuarto Piso estaban dispuestas inclusive a correr el riesgo de que apareciera un dictador izquierdista con tal que triunfara la revolución. Además, tenían en sus archivos los informes sobre las afiliaciones comu-

nistas de Fidel Castro, que habían dado los embajadores de los Estados Unidos en Cuba, México y probablemente en Colombia, y de muchas otras fuentes.

El primero de mayo de 1961, menos de un mes después de que se publicó el Papel Blanco, el Primer Ministro cubano, Fidel Castro, en una alocución de tres horas y media por la televisión en una reunión del Día del Trabajo en La Habana, declaró que Cuba era un país socialista y que ya no celebraría elecciones. En el porvenir, dijo Castro, su régimen dependería del apoyo directo de los cubanos que asistieran a reuniones semejantes.

"¿Necesitan ustedes elecciones?", preguntó Castro a la multitud. "No, no", gritaron los que lo oían. Castro dijo que la revolución no piensa dar a la clase opresora la oportunidad de volver al poder. Luego agregó: "Si al señor Kennedy no le gusta el socialismo, a nosotros no nos gusta el imperialismo. No nos gusta el capitalismo." Advirtió que la política agresiva de los Estados Unidos estaba poniendo a Nueva York en el peligro de convertirse en otra Hiroshima.

Lincoln White, funcionario de prensa del Departamento de Estado, declaró que el discurso de Castro del Día del Trabajo, en el que proclamó que Cuba era un país socialista, demuestra que Cuba se ha convertido, indudablemente, en miembro del bloque comunista.

En una alocución por radio y televisión a todo el país, el 2 de diciembre de 1961, Fidel Castro dijo: "Soy marxista-leninista y lo seré hasta el día en que muera." El resto del mundo va "camino al comunismo". También dijo que iba a formar un solo partido semejante al comunista, el "Partido Unido de la Revolución Socialista de Cuba". El nuevo partido llevaría a Cuba, por el socialismo, a "una democracia del pueblo o la dictadura del proletariado". Su programa será "marxista-leninista y adaptado a las condiciones cubanas". Luego agrega: "No hay camino medio entre el socialismo y el imperialismo."

Desde luego, es difícil entender por qué el personal superior del Departamento de Estado, todavía en abril de 1961, permitió la publicación del Papel Blanco sobre Cuba.

Los Estados Unidos no pueden darse el lujo de excusar errores tan costosos diciendo que la revolución fue traicionada por Castro. Los Estados Unidos tampoco pueden arriesgar su seguridad dejando que el Cuarto Piso acepte el peligro de un dictador izquierdista con tal que triunfe la revolución.

Hay que considerar que los motivos del Cuarto Piso no son egoístas. Sin embargo, no podemos suponer que en un mundo cambiante los Estados Unidos pueden apoyar a grupos revolucionarios que se llaman a sí mismos democráticos, pero, en realidad, tienen orientación marxista. Si tenemos la política definida de apoyar las revoluciones democráticas, entonces es obligación nuestra intervenir para cerciorarnos de que son democráticas y no comunistas, pues de otra manera frustramos nuestros fines idealistas. El Departamento de Estado y la CIA tienen la función de saber de antemano cuál es la naturaleza de cada grupo revolucionario. Los Estados Unidos arriesgan su supervivencia con ese conocimiento.

Es una verdad ineludible el que tenemos un país comunista a ciento cuarenta kilómetros de nuestras costas. Existe la posibilidad de que el Caribe se convierta en un lago comunista. Tenemos el deber y la obligación de prevenir esa posibilidad.

F I N

ACERCA DEL AUTOR

Financiero, director asociado y miembro del New York Stock Exchange durante más de treinta años, EARL E. T. SMITH *cursó sus estudios en Taft School y posteriormente en la Universidad de Yale. Nacido en Newport, Rhode Island, nunca pudo sustraerse al encanto de la vida marina. Actualmente reside en Florida, desde donde se dedica a la política tanto estatal, como nacional.*

Durante la Segunda Guerra Mundial prestó servicios como teniente coronel en el Ejército Norteamericano y en el Octavo Cuerpo de Inteligencia de la Fuerza Armada. Su carrera política ha tenido el reconocimiento especial de tres presidentes: Franklin D. Roosevelt lo nombró Chief of Field Offices de la Contract Distribution Division, War Production Board antes de Pearl Harbor, Dwight D. Eisenhower lo asignó embajador en Cuba de 1957 a 1959, y John F. Kennedy embajador en Suiza, puesto que después declinó.

Este libro se terminó de imprimir
el día 30 de mayo de 1983 en los
Talleres de Editora Corripio, C. por A.
Calle A Esq. Central
Zona Industrial de Herrera
Santo Domingo, República Dominicana